

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 6 DE ABRIL DE 1930

NÚMERO 40



ESPECIAL PARA LA NACION

Por JUAN PELÁEZ.

MENDOCINA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

TAPICERIA **Goya**
SARMIENTO 751



DECORACION Y ARREGLO DE — INTERIORES —

Confíenos el Arreglo y Decorado de su Hogar

CRÉDITOS

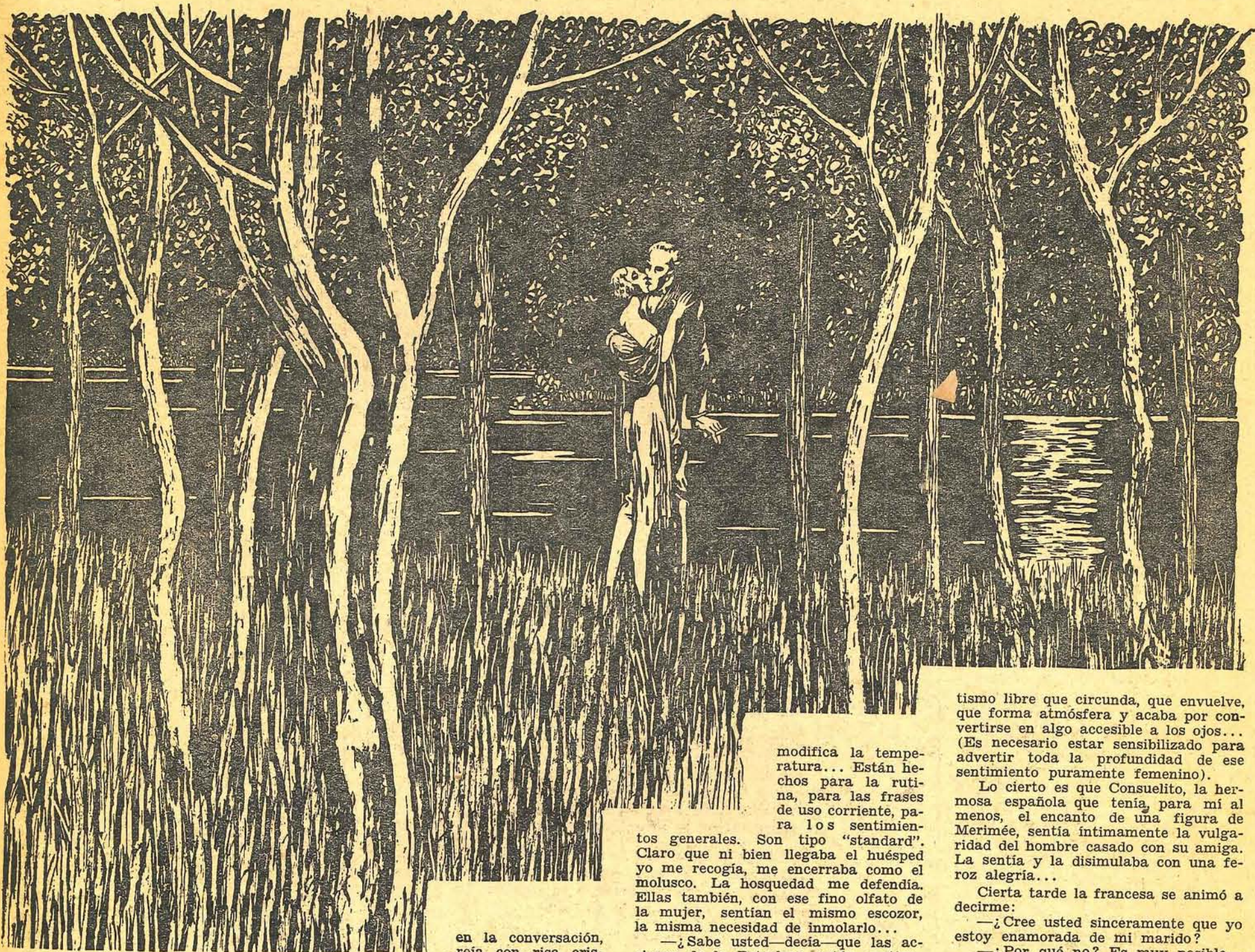
Si le es más cómodo para usted, haga uso de nuestra Sección Créditos. Solicítenos un formulario y se le tramitará dentro de la mayor reserva sin pago anticipado alguno.

Estamos en condiciones, por nuestros precios y surtidos, de dar la más amplia satisfacción a nuestros clientes.

La dedicación constante al mayor dominio de lo que constituye nuestra ÚNICA ESPECIALIDAD, nos coloca en situación ventajosa para interpretar y a la vez dar ideas ya sean sobre Decoraciones de estilo Antiguo o Moderno, ajustándonos siempre al presupuesto de cada interesado.

El testimonio de miles de clientes satisfechos es nuestra mejor garantía. Sin que ello implique ningún compromiso para usted, SOLICÍTENOS PRESUPUESTO.

TAPICERIA **Goya**
SARMIENTO 751



en la conversación, reía con risa cristalina que acababa por contagiarle a

uno, cierto optimismo dinámico.

Cuando se viaja es de buena práctica el tono y el acento optimista. El mundo—lo sabemos ya—se anima y se colora con las refracciones de nuestro espíritu. Es espejo donde van dibujándose las propias imágenes.

Colocado como estoy entre el pesimismo estoico y la sonriente indiferencia, me apoyaba en la española para el entusiasmo y la jovialidad y en la francesa para el límite y la composición artística. Así me iba resultando en extremo simpática mi estada en el hotel de Bregenz.

Después del almuerzo solía reunirme con mis amigas en la terraza del hotel. Charlábamos, bebíamos buen café y fumábamos cigarrillos rubios y perfumados.

Arlette era un verdadero murciélago: encendía un pitillo tras otro y se extasiaba con las volutas del humo que trezaban raros arabescos en su melena de color oro.

A veces aparecía allí el marido, monsieur Gastón. Este señor llegaba oportunamente para envenenarnos la tertulia. Pertenecía a ese grupo de seres que no saben preguntar, que no saben olfatear el ambiente, que viven sin aire alrededor, en forma tal, que llegan como transportando una porción de vacío... Su sola presencia empañaba las voces, desfigura las risas,

modifica la temperatura... Están hechos para la rutina, para las frases de uso corriente, para los sentimientos generales. Son tipo "standard". Claro que ni bien llegaba el huésped yo me recogía, me encerraba como el molusco. La hosquedad me defendía. Ellas también, con ese fino olfato de la mujer, sentían el mismo escorzo, la misma necesidad de inmolarse...

—¿Sabe usted—decía—que las acciones de la Petrolera están castigadas?—y en seguida:—¿no cree usted que ese discurso de Poincaré aflojará el mercado?

Respondía yo con dos frases del surtido general y esperaba silencioso a que cualquier señor abúlico del hotel se lo llevara a jugar un partido de dominó. Jugaban por el café. No hacían "poker" ni barajaban fichas.

—No... no... es lo bueno que él tiene—afirmaba la señora Arlette—, no se juega el dinero...

—Es lástima—contesté una vez—, el juego tiene una virtud: la de arruinar a los imbéciles.

Me deleitaba a ratos el hacer frases "brumelianas", pero confieso que no las plagiaba de los almanaques ni de los recetarios humoristas.

Tenía en esto cierta espontaneidad creadora y sabía manejarla con provecho.

A la buena francesa claro que no le hacía mucha gracia la pesadez mental del marido. En cambio, a la española sí, le regocijaba mi fastidio y el fastidio de su amiga.

Existe entre las mujeres casadas y solteras una rivalidad curiosa. Tiene algunos puntos semejantes con las mil rivalidades entre hombres, pero es más aguda, más fina, más sutil. Se oculta siempre tras delicadezas de expresión y de sonrisas amables. No llega a la frase ni se enquista en una pregunta, ni se resuelve en una afirmación. Es algo latente, fuerza extraña, magne-

tismo libre que circunda, que envuelve, que forma atmósfera y acaba por convertirse en algo accesible a los ojos... (Es necesario estar sensibilizado para advertir toda la profundidad de ese sentimiento puramente femenino).

Lo cierto es que Consuelito, la hermosa española que tenía, para mí al menos, el encanto de una figura de Merimée, sentía intimamente la vulgaridad del hombre casado con su amiga. La sentía y la disimulaba con una feroz alegría...

Cierta tarde la francesa se animó a decirme:

—¿Cree usted sinceramente que yo estoy enamorada de mi marido?

—¿Por qué no? Es muy posible—repuse.

—¡Ah, lo cree usted!—añadió—. Menos mal... Ahora, al menos, podré hacerle una pregunta que me tienta hace ya días...

—Las que usted quiera.

—Veamos... una sola, que vale por varias: ¿podría usted explicarme qué diablo es "el amor", o al menos qué entiende usted por amor?

Confieso que me animé con la pregunta y mirando fijamente a la señorita española que había clavado en mí sus grandes ojos llenos de luz, repuse:

—¡El amor!... No sé... Recuerdo haber leído en alguna parte una hipótesis realmente interesante del sentimiento amoroso y su contrario, el sentimiento de odio o de repulsión...

—Veamos...—murmuró la señora Arlette mientras sus dedos afilados iban y venían sobre el armijo de su hermoso cuello de piel.

—Establece la hipótesis, que posiblemente es de Ribot o de Dubois, que esos dos sentimientos se manifiestan por un misterioso movimiento en espiral en ciertas fibras cerebrales. De realizarse ese movimiento hacia la izquierda se traduce en amor, si se produce hacia la derecha, en odio... La premisa es sugestiva... ¿no es cierto? Viene a demostrarnos cómo para nada interviene la inteligencia en la gestación de esas dos formidables paralelas afectivas, tan caprichosas, tan tiránicas...

—No veo la demostración—exclamó perpleja la señorita Consuelito...—si la inteligencia no interviene, el sentimiento amoroso será algo puramente animal, instintivo...

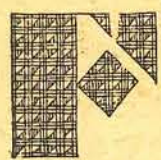
—¿Y por qué no?... Es casi seguro que lo sea. Así hallaremos lógico que un hombre culto, afinado de espíritu, selecto de gustos, se enamore perdidamente de una zafia sin encanto

(Continúa en la pág. 41)

UN CAPITULO FRIVOLO

Por HECTOR OLIVERA LAVIE

ILUSTRACION DE ALEJANDRO SIRIO



UE tan cortés, tan mesurado y gracioso, que a ninguno hablando jamás decía de tú, ni consintió que le besasen la mano. Hacía poca estima de sí mismo". Una extraña y doliente mezcla de fuerza y miseria. Fué de aventajada estatura, recio de cuerpo y membrudo: "el aspecto feroz, casi a semejanza de león". Según otro cronista, en su rostro se pintaba la afición a la rusticidad silvestre. Una nariz deformada y aplastada, a causa de un accidente en su mocedad, daba al rostro cierto aire simiesco. Los anchos pómulos y el mentón largo y prominente hacían parecer cóncavo el perfil de su cara, cual si hubieran arrancado algo de su centro. El resto de la persona era de hombre apuesto, aunque gustaba de ocultar sus rubios cabellos con caperuzas y birretes indignos de la regia majestad.

Su deporte dilecto fué la caza de bestias fieras. Los bosques de Balsain, en el Guadarrama, conocieron sus más dichosas horas. Huraño y ajeno a todo decoro, más bien semeja a uno de esos príncipes nórdicos, bárbaro y bonachón, que a un monarca de tierras meridionales, comenzadas a dorar por el sol de la Italia renaciente.

Tan enérgica rudeza fué tan sólo máscara pegadiza. Parece no haber duda sobre lo justificado de aquella voz despectiva con que la historia completó su nombre, cascabel de opaco timbre. Enriquez del Castillo nos dejó un espléndido retrato del dolido monarca, espíritu mórbido que surge en punto y sazón inoportunos. España necesitaba muy otra cosa para hallar un cauce a aquella sociedad impulsada por fuerzas tan contradictorias: usos morunos, negocios judíos, religiosidad flamenca, aires humanistas de la Italia densa de aquellos días, un pueblo campesino, aunque muy alerta dentro del ámbito castellano. El noble sabe ya el alto precio asignado a cualquier audaz iniciativa, y aspira a vivir y a gozar de un mundo más sonriente. Todas esas fuerzas van a entrecuchar violenta y ciegame, como naves sin timonel. Al frente de todo se halla este melancólico personaje, que huye de sí mismo y se refugia en quién sabe qué derivativos. "Compañía de muy pocos le placía; toda conversación de gentes le daba pena. A sus pueblos pocas veces se mostraba; huía de los negocios; despachábalos muy tarde. Era muy enemigo de los escándalos; acelerado e amansado muy presto. El tono de su voz, dulce e muy proporcionado; todo canto triste le daba deleite. Estaba siempre retraído; tañía dulcemente laúd; sentía bien la perfección de la música: los instrumentos de ella le placían... Rey sin ninguna ufanía, amigo de los humildes, desdenador de los altivos."

Mas hubieron de casarlo, porque así lo exigían aquellos reinos. Su primer matrimonio fué con Blanca de Navarra, unión aparental. Doce años de convivencia no habían traído sucesor para la corona, y los grandes solicitaron del Pontífice la anulación del infructuoso connubio. La triste doncella es una de las más dolientes y encantadoras figuras que registran nuestras crónicas; a la tierra francesa sólo llevó el recuerdo de aquella faz huraña y el eco de unas miserables calumnias.

La nueva compañía de tan cerril cazador va a ser "una linda señora morena", según la describe el Barón de Rosmihal, viajero bohemio, que tuvo ocasión de contemplarla en Olmedo. La llegada a España de Juana de Portugal y de las doce jóvenes que formaban su séquito es un hecho con repercusiones en la vida de aquel siglo. Nos hallamos en un momento renovador, para las costumbres y para la general

MEMORIAS DE UN TRISTE REY ENRIQUE IV DE CASTILLA Por AMERICO CASTRO

(Para LA NACION) MADRID, marzo de 1930.

disposición de los ánimos. Suele reiterarse mucho el lugar común de que el instante en que vivimos es el menos morigerado, el más olvidadizo de una moralidad y de un recato antes familiares a la conciencia de los antepasados: vestidos pudorosos, recogimiento, usos en suma patriarcales. No creemos. sin embargo, que nadie describiera hoy a sus hijas como lo hizo D. Iñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana:

Frentes claras y lucientes,
las cejas en arco alzadas,
las narices afiladas,
chica boca e blancos dientes,
ojos prietos y rientes,
las mejillas como rosas,
gargantas maravillosas,
altas, lindas al mi grado.
Carnoso, blanco y liso
cada cual en los sus pechos,
porque Dios, todos sus fechos
dejó, cuando hacer las quiso, etc.

Se vivían nuevos ideales en torno a la mujer. En este país de contrastes,

tros pueblos interiores (Mendoza o Alba de Tormes serían lo mismo para el caso) irrumpiera un tropel de deliciosas muchachitas de Hollywood, prestas a hacer en vivo algunos de esos pasos arriesgados que la pantalla lanza sobre las multitudes como inasequible ensueño. Mas oigamos al docto cronista Alonso de Palencia, que en un latín estremecido nos conservó el dulce escándalo de las escenas cordobesas:

"Pasábanse los días en la distracción de los juegos, y la nobleza acudía a muy varias atenciones, pues la juventud había hallado recientes estímulos al deleite en el séquito de la Reina, compuesto de jóvenes de noble linaje y deslumbradora belleza, pero más inclinadas a las seducciones de lo que a doncellas convenía. Ninguna ocupación honesta las recomendaba; ociosamente y por doquiera se entregaban a solitarios coloquios con sus respectivos galanes. Lo deshonesto de su traje excitaba la audacia de los jóvenes, y extremá-

desdichas, y perdido enteramente todo recato, fueron desterrándose los hábitos de virtud."

El destino posterior de algunas de aquellas beldades nos es conocido. El Duque del Infantado condensó su afición en doña Isabel Enriquez, y otro gran personaje de esa familia, D. Pedro González de Mendoza, ministro poderosísimo de los Reyes Católicos, hubo de prendarse de doña Mencía de Castro.

En cuanto al rey Enrique, su historia es conocida. La exquisita portuguesa no se resignó al desafecto pertinaz de aquel hombre adusto, y procedió muy en otra forma que Blanca de Navarra. Don Beltrán de la Cueva usurpó las funciones regias, y fruto de aquellos cínicos amores fué la niña Juana, adjetivada luego de nacer con el significativo mote de "la Beltraneja". El Rey, enemigo de complicaciones, la hace jurar como heredera del trono; más tarde, forzado por la repulsa de los nobles a reconocer como heredera del trono a quien saben que no es hija del Rey, tiene que nombrar sucesor a su hermano Alfonso y, a su muerte, a Isabel, que ha de ser llamada la Católica.

Estos últimos años serán para Enrique de trastorno y melancolía cada vez más agudos. Sus costumbres son de más en más extrañas. Su corte imita abiertamente las de los príncipes musulmanes. El Barón de Rosmihal es recibido en Olmedo por el Rey, que está sentado en el suelo como un moro. "Come y se viste a la musulmana, es enemigo de los cristianos, viola los preceptos de la ley de gracia y vive como un infiel." Los vecinos de Olmedo no observan la religión. En Burgos, un gran señor llega a organizar un harén como los de Granada. Rosmihal lo hallará rodeado de muchachas ataviadas a la morisca. Comen y beben en la misma forma, y bailan danzas orientales con gran encanto de los visitantes alemanes, que contemplan extasiados tanta bella de ojos negros.

Para completar este cuadro bastante imprevisto, recordemos a uno de los principales enemigos del rey Enrique, el organizador del simulacro de deposición, en el cual la estatua del monarca fué privada de todos los atributos regios. Este D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, es un perfecto prelado dentro de nuestro siglo XV: culto, mundano e incontinente. Gusta de magias y astrologías, hasta el punto de hacernos pensar que la ceremonia de Avila es una figura más entre las que el buen arzobispo acostumbraba a levantar. Según Fernando del Pulgar, "placiale saber experiencias y propiedades de aguas y de yerbas y otros secretos de natura. Procuraba siempre haber grandes riquezas, no para tesoro, mas para las dar y distribuir, y este deseo le hizo entender muchos años en el arte del alquimia... En lo cual, o en buscar tesoros e mineros consumió mucho tiempo de su vida y gran parte de su renta."

Momento sugestivo este siglo XV. Iberia, antes de lanzarse a las grandes empresas que han de abrirle un ancho lugar en el planeta, hierve en pasiones y curiosidades. Nuevas ideas se abren camino. El pueblo adquiere conciencia de su poderío. Aristocracia y plebe esgrimen sus armas de muy diverso temple. Es un error considerar el advenimiento de los Reyes Católicos como algo súbito e inesperado. Nada lo es dentro de la historia. En torno a esta figura del rey trunco, movidos alternativamente por la piedad o por la repugnancia, podría percibirse el fecundo hervor de una raza que se dispone a abandonar los rumbos hasta entonces habituales.

Silencio

Silencio, blando nido de pluma y terciopelo,
tan mullido regazo nunca pude encontrar.
¿Adónde ir por consuelo para mi desconsuelo?
¿Dónde buscar amparo para poder llorar?

Voy hacia ti, Silencio, ávida de ternura,
yo que no tengo donde mi dolor esconder...
tibieza de tu asilo, recatada blandura
¿cuántas horas serenas te debo agradecer!

Cuando en ti me refugio, tu caricia piadosa
adormece mis párpados y me sabe calmar;
en lágrimas deshace mi tensión angustiosa,
en sosiego convierte mi agitado anhelar...

¡Silencio, ven a mí con tu manto sedoso!
Envuélvame tus pliegues, porque quiero dormir.
Cántame, como canta la madre a su pequeño;
bésame, que a tu beso yo no sé resistir

Arrópame, Silencio, con tu manto mullido...
Hoy sufro la nostalgia del eterno esperar.
¡Déjame que suavice mi dolor en tu nido,
yo que no tengo donde mis lágrimas volcar!

Mercedes Arias

el aire nuevo de Italia venía a proyectarse sobre una inveterada rusticidad, mas también sobre otros elementos nativos, que conocemos mal, pero que son perceptibles en ese despertar de lo sensible, en el gusto por el lujo y la libertad de los sentidos, entonces tal vez más intensa que en los días del renacentista Garcilaso de la Vega.

La llegada a Córdoba de las doncellas portuguesas hace girar en torbellino a los nobles y prelados castellanos, que contemplan como realidad lo que hasta entonces, para los más de ellos, no fué sino anhelo y literatura. ¿Cómo podían esconderse tan insospechadas maravillas en la aislada y remota corte de Lisboa? Y aconteció lo que hoy ocurriría si en alguno de nues-

banla sobremanera sus palabras aún más provocativas. Las continuas carcajadas en la conversación, el ir y venir constante de los medianeros, portadores de groseros billetes, eran más frecuentes entre ellas que en los peores lugares. El tiempo restante lo dedicaban al sueño, cuando no consumían la mayor parte en cubrirse el cuerpo con afeites y perfumes, y esto sin hacer de ello el menor secreto; y desde los dedos de los pies, los talones y canillas, hasta la parte más alta de los muslos, interior y exteriormente, cuidaban de pintarse con blanco afeite, para que al caer de sus cabalgaduras, como con frecuencia ocurría, brillase en todos sus miembros uniforme blancura. Este foco de libertinaje empezó a aumentar las



Retrato de Enrique IV de Castilla
(Reproducción de un manuscrito de Stuttgart)

MI VIDA

CAPITULO I

ACLARACION PRELIMINAR

HACE poco tiempo lei, y no sin interés, que antes de la guerra mundial había estado yo trabajando en una factoría pesquera de Noruega. A lo que parece, limpiaba bacalaos. Era abstemio por completo, y ganaba 800 coronas gracias al duro esfuerzo a que me dedicaba. Ocurrió inclusive que el autor de estos recuerdos pintorescos me había visitado posteriormente en la Rusia soviética, que yo había conversado con él en noruego irreprochable, y que le había mostrado el Kremlin y sus dependencias. Tal minucia de detalle es, en verdad, de lo más gracioso del mundo. Lo cual no impide que en aquella época estuviera yo viviendo, no en Noruega, sino en Viena, que no haya puesto los pies en Noruega más que una sola vez, de paso para Petrogrado desde un campo británico de concentración, y que el idioma noruego me sea, ¡ay!, tan extraño como el arte de limpiar bacalaos.

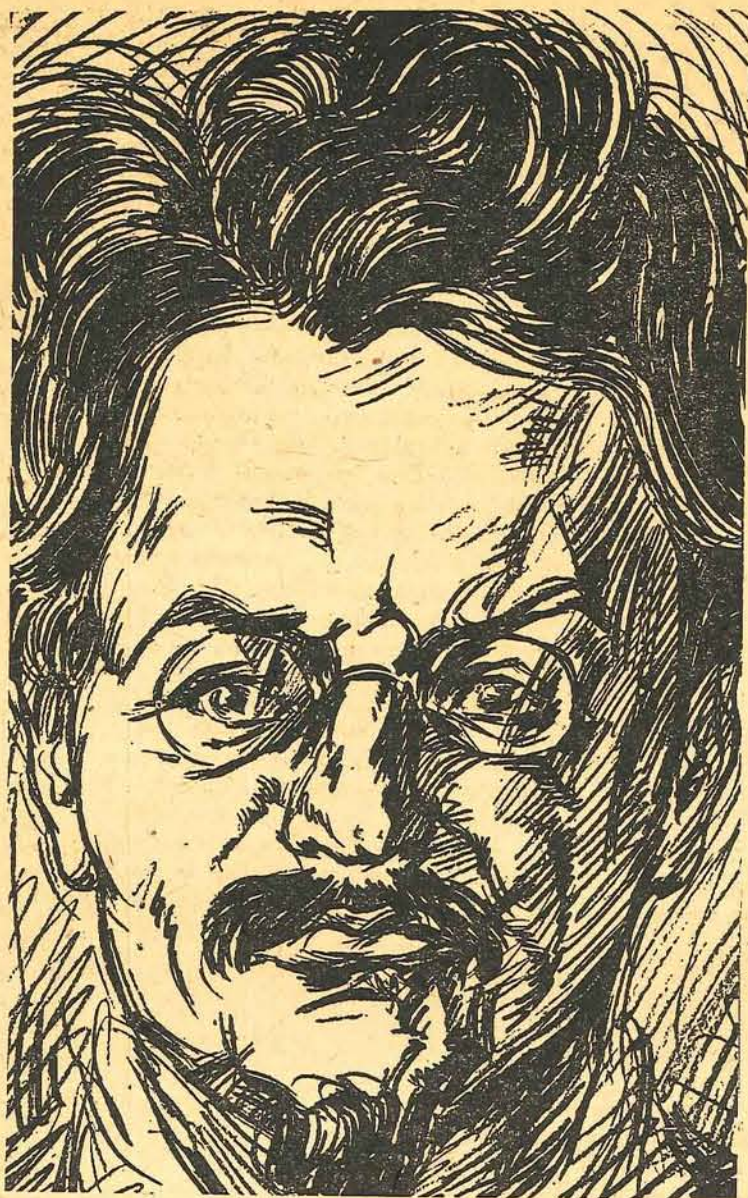
Un médico norteamericano que, a diferencia del periodista noruego, me conoció, efectivamente, en mi juventud, escribió un libro de recuerdos sobre mi persona, en el que—al decir de los que lo leyeron—me adjudicaba, entre otras varias, la condición de epiléptico. El impulso creador biográfico adquiría en esta circunstancia el carácter de una típica "desviación" médica.

Amigos míos que han seguido más de cerca que yo cuanto la prensa mundial ha publicado a mi respecto en los últimos diez años, aseguran que no quedan ya en el Viejo ni en el Nuevo Mundo un restaurante ni un café donde yo no haya dejado algún "clavo".

A mi entender, estos autores imaginativos no siempre inventan deliberadamente sus fábulas. Sería de otro modo imposible de explicar el hecho de que me haya ocurrido muchas veces recibir escritos o escuchar manifestaciones en los que se me recordaban viejos conocimientos y encuentros frecuentes en lugares y fechas en que era materialmente imposible que tuviesen lugar. Semejantes "recolecciones" me han dejado siempre perplejo, visto que nueve veces de cada diez se hacía indudable que mis interlocutores las formulaban sin la intención de aprovecharse de ellas. La naturaleza ha otorgado a los hombres una imaginación que suele burlarse de ellos con frecuencia.

He mencionado estos episodios, tomados al azar, con objeto de anotar algunas observaciones y sacar de ellas unas cuantas conclusiones, en parte autobiográficas y en parte de índole general. La limpieza de bacalao, por ejemplo, me recuerda que debo confesar, y no sin algo de pena, que no tuve jamás ocasión de ganarme la vida con el trabajo manual. Creo que una experiencia de esta índole me hubiera sido de gran valor en muchos casos desde el punto de vista de mis actividades políticas.

El autor del cuento escandinavo afirmó con exacta verdad que no fui nunca aficionado a las bebidas fuertes, aunque tampoco me fuera dable exhibir en Noruega esta virtud. Soy, en efecto, un partidario ferviente de los métodos "secos". Estimo criminal el sistema de comercio de vodka a cargo del Estado puesto en



práctica por la República Soviética después de la muerte de Lenin. No necesito, sin embargo, añadir que a pesar de la firmeza de mis convicciones "secas", disiento por modo considerable de Mr. Hoover en varias otras cuestiones.

No padezco ni he padecido nunca de epilepsia y debo rechazar la afirmación gratuita del galeno americano.

Aunque no me haya ganado el sustento con el trabajo manual, tampoco hice nunca vida de bohemio, como se ha dicho con tanta frecuencia de mí. Las visitas a cafés y restaurantes fueron en mi juventud excepción más bien que costumbre. El número total de estas visitas en todas partes del mundo no excederá seguramente de un centenar. Y afirmo rotundamente que no existen, donde quiera que sea, un mozo ni un cajero que puedan mostrar una cuenta mía dejada a deber.

No he aceptado, empero, la invitación que se me hizo de que escribiera mi autobiografía, con el propósito de dar un mentís a los relatos sobre mis ataques de epilepsia, ni de vindicar mi conducta como parroquiano de café. No me es posible tampoco negar que hayan faltado accidentes en el curso de mi vida, pero la razón de ello debe ser achacada más bien a las circunstancias especiales de cada época que a mi propia idiosincrasia. Es evidente que esta o aquella característica personal se hicieron indispensables para llevar a cabo tal o cual cosa, buena o mala, de las realizadas por mí. Pero en un ambiente histórico distinto hubieran podido ellas seguir adormecidas, del modo mismo que tantas y tantas aptitudes e inclinaciones humanas lo están mientras las circunstancias sociales no las impulsan a actuar. La tesis de Carlyle acerca de la importancia del elemento "persona" en la vida es, a juicio mío, fundamentalmente errónea.

Mi vida consciente y activa, que empezó cuando tenía yo 17 ó 18 años, ha sido una lucha constante en pro de ideas y aspiraciones concretas. Mi experiencia personal carece de sucesos capaces de justificar por

si mismos el interés ni la atención públicos. Los episodios de mi vida que se salen por algún concepto de lo ordinario están relacionados con luchas de índole social, y derivan de estas luchas la significación que puedan tener. Este punto de vista es lo único susceptible de justificar la aparición del presente ensayo autobiográfico en letras de molde.

Comencé a redactar mis memorias en Alma-ata, donde permanecí desterrado un año, que coincidió casi con el de 1928. La tarea—abordada por sugerión de mi amigo Preobrajensky, uno de los más notables escritores marxistas de nuestro país—no progresó mucho, sin embargo. A pesar de la gran distancia que la separa de Moscú, Alma-ata no estaba apartada por completo de las actividades políticas, y al cabo de dos meses de destierro me hallé tomando parte otra vez en la lucha. Tuve que dejar a un lado mis memorias para escribir cartas y artículos políticos.

Mi deportación al extranjero interrumpió luego el trabajo. Hoy—por vez primera en vida—me encuentro en un vivac esperando pacientemente el desarrollo de los acontecimientos. Esta pausa o entreacto me brinda ocasión oportuna para volver rápidamente la vista atrás antes de reanudar la marcha una vez conseguida la sacrosanta visación, sello apocalíptico de la era de la postguerra.

Al objeto de dar un orden cronológico a mi narración, permítanme unos cuantos datos liminares. Nací en la noche del 25 al 26 de octubre del año 1879 del calendario viejo, lo cual quiere decir que cumplí la cincuentena. El día de mi nacimiento coincide con el de la revolución de octubre. Los místicos y quirománticos pueden deducir de aquí lo que gusten. Por lo que a mí toca, no advertí la curiosa coincidencia hasta tres años después del golpe de Estado.

Permanecí los nueve primeros años de mi vida en una remota aldea. Estudié luego durante ocho años en las escuelas superiores de dos ciudades del sur de Rusia. Fui detenido

Por LEON TROTZKI ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

PREVIA adquisición de los derechos respectivos, comienza a publicar hoy LA NACION las memorias de León Trotsky, el famoso ex jefe bolchevique, organizador del ejército rojo y uno de los hombres a quienes cupo en la revolución rusa un papel más importante. Predestinado de la expatriación, León Trotsky ha pasado en realidad su vida entera en el exilio. Agitador y conspirador, puede afirmarse que pocos hombres conocerán mejor que Trotsky la organización carcelaria de los distintos países europeos, que recorrió en sus años juveniles. Triunfante la revolución e instalado en el gobierno de Rusia, un vuelco de la fortuna le obligó a expatriarse nuevamente, como si de ningún modo pudiera escapar a su destino de moderno Judío Errante. En los últimos años, más de una vez se le ha dado por muerto, en lo que, como él mismo dice con su humor habitual, hay alguna exageración. Rechazado por varios países como huésped indeseable, León Trotsky ha ido a buscar en Constantinopla un clima propicio para su salud claudicante y un rincón tranquilo para escribir las memorias de su azarosa existencia, en la que lo pintoresco alterna con lo trágico. Allí ha dado forma al sensacional documento histórico cuya publicación iniciamos hoy.

por vez primera un año después de terminar mis estudios en un establecimiento docente similar a la Realschule alemana. A semejanza de muchos de mis contemporáneos, no frecuenté más Universidad que la cárcel, la deportación, y el destierro más tarde. Estuve encerrado en las prisiones del Zar en dos ocasiones, con un total de tiempo de cerca de cuatro años. Los esbirros del zarismo me deportaron dos veces. La primera duró unos dos años y la segunda apenas unas semanas. Me fugué de Siberia dos veces también. He vivido doce años en varios países de Europa y América: dos antes de la revolución de 1905 y casi diez después del fracaso de ella.

Durante la guerra fui juzgado en rebeldía en Hohenzollern, Alemania, el año 1915. Me condenaron a dos años de cárcel. En 1916 me vi deportado de Francia y España. Pasé una semana en la Cárcel Modelo de Madrid y estuve un mes vigilado en Cádiz por la policía. Luego me expulsaron a América del Norte. Allí me encontraba al estallar en Rusia la revolución de febrero de 1917.

En mi viaje de Nueva York a Petrogrado fui detenido, en marzo de 1917, por los británicos, que me hicieron permanecer un mes en un campo de concentración en el Canadá. Tomé parte en los movimientos revolucionarios de 1905 y 1917, y en ambas ocasiones presidi el Soviet de diputados de San Petersburgo. Me cupo desempeñar un papel activo en el alzamiento de octubre y fui miembro luego del Gobierno de los Soviets. En calidad de Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros, tuve a mi cargo las negociaciones de la paz de Brest Litovsk, en unión de los delegados de Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria. Comisario más tarde de Guerra y Marina, dediqué cinco años a la reorganización del Ejército Rojo y la reconstrucción de la Armada Roja. En 1920 me fué encomendada también la reorganización del sistema ferroviario.

Exceptuando los años de la guerra civil, la ocupación principal de mi vida ha sido, sin embargo, la política y la literatura. El departamento oficial de Publicaciones empezó a editar mis obras en 1923. Lleva dados a la estampa trece volúmenes, sin mencionar cinco de índole militar aparecidos antes de dicha fecha. En 1927, al encontrarse la persecución contra el "trotskismo", fué suspendida la divulgación de mis trabajos.

En enero de 1928 el actual Gobierno de los Soviets me desterró. Pasé un año cerca de la frontera china. En febrero de 1929 fui deportado a Turquía, y estoy escribiendo estas Memorias en Constantinopla.

No creo que la sucinta relación de los acontecimientos de mi vida pueda ser calificada de monótona. Si se considera, por el contrario, la abundancia de

episodios, sucesos inesperados, agudos conflictos y demás alzas y bajas, podría tal vez caer en la tentación de decir que mi existencia abunda en "aventuras". Habré, sin embargo, de apresurarme a afirmar que mi espíritu no tiene nada de aventurero y que soy, de ser algo, antes bien tranquilo y conservador en mis costumbres personales. Me decido a consignarlo así, no solamente porque resulta muy difícil escribir una autobiografía sin hacer referencia a la propia persona, sino también porque ello me faculta para poner de relieve la intersección complicada de las circunstancias individuales e históricas.

Tengo que decir, y no por hacer una paradoja, sino porque así es realmente, que aborrezco el desorden y la destrucción. Fui de pequeño un escolar mañoso y constructivo, y ambas cualidades me han acompañado a lo largo de mi vida. Cuando durante la guerra civil recorría en mi tren distancias equivalentes a muchas veces el perímetro terrestre, hallaba placer en la contemplación de una cabaña de pino recién construida. Lenin conocía esta inclinación y solía gastarme bromas acerca de ella. Un libro bien escrito, en el que pueda hallar ideas nuevas y una pluma bien templada que haga llegar a los demás las ideas de uno, han sido, y son, para mí, los frutos más deseables y valiosos de la civilización. El estímulo de aprender no me ha abandonado nunca. En muchas ocasiones he tenido el vago sentimiento de que la revolución estorbaba a mi trabajo. Las luchas revolucionarias han llenado, sin embargo, casi un tercio de siglo de mi existencia, y si hoy tuviera que vivirla de nuevo, no vacilaría un segundo en emprender el mismo rumbo.

Me veo precisado a escribir estas líneas en la emigración forzosa. Mis amigos más íntimos se encuentran desterrados o atestados las prisiones de la República Soviética, en la creación de la cual tomaron parte decisiva. No me considero, a pesar de ello, derrotado, ni me invade el desánimo. Los explotadores que quieren alcanzar las cimas vírgenes de los Alpes no lo consiguen al primer ensayo, sino que han de intentarlo una y otra vez hasta abrir la senda. Y la empresa en cuya solución estoy empeñado es inconmensurablemente más difícil.

¿Habrán de ser consideradas estas Memorias como el sumario y compendio de toda una vida? Sí y no. Me propongo referir fielmente el pasado, pero ello no significa que considere mi deportación a Constantinopla como el capítulo último de la obra. Permítanme que repita a este respecto las palabras de Mark Twain a ciertas gentes que pretendieron enterarle vivo: "El rumor de mi muerte es grandemente exagerado."

(Continuará)

UN MARTIR DE LA POESIA Y DEL AMOR POR JACQUES BAINVILLE



I UEREIS escuchar un cuento de amor? Es singular. Es cruel. Si Stendhal lo hubiera encontrado en las crónicas italianas, habríalo unido a "La abadesa de Castro". Pero no por ser violento tiene por teatro Florencia o Padua. Y creo que no ha sido vuelto a referir desde que los primeros románticos abusaron de "los grandes castillos en tiempos de Luis XIII".

Todos aquellos primeros años del siglo XVII estuvieron llenos de dramas. Los poblaban almas furiosas. Se estaba aún muy cerca de la Liga. Se tenía la costumbre de la muerte, y la voluptuosidad olía a sangre. Duelos, guerras civiles, conspiraciones, patibulos... Dejaron un residuo pasional en los venenos de la Brinvilliers, y la alta decencia del Gran Siglo es una victoria alcanzada contra naturalezas demasiado ardorosas. Freud diría que la tragedia raciniana es una sofocación íntima.

★ ★ ★

... Pues bien, era un poeta en tiempos de Luis XIII. Y no es metafóricamente que muriese por su amada. Por ella fué sometido al suplicio de la rueda en la plaza de Grève, después de haberlo colmado ella, y cuando había jurado él cien veces, en sus versos, que sus rigores le costarían la vida.

Guillermo Colletet ha velado los amores de Esteban Durand y de María de Fourcy, por prudencia, para no hablar de cosas que hacían fruncir el ceño al Cardenal, y para no malquistarse con altos personajes.

Pero esos amores trágicos han sido el tema de una pequeña novela escrita en 1830. Actualmente, M. Federico Lachèvre, generoso servidor de las letras y bondadoso con las víctimas de las catástrofes obscuras, ha sacado de la sombra polvorienta la vida y la obra de Esteban Durand.

No quedaba más que un solo ejemplar de sus poemas. Federico Lachèvre lo volvió a encontrar, lo exhumó y lo reimprimió en un noble papel, como una ofrenda expiatoria. ¡Pobre poeta! Le trituraron los huesos en la plaza de Grève. El jefe de policía y una familia espantada por el escándalo quemaron sus "Meditaciones".

Pues se trata de unas "Meditaciones" escritas dos siglos antes que las de Lamartine. ¿Qué ha inventado el corazón humano? Ni un solo error, ni un solo dolor. ¿Y la literatura? Ni siquiera un título.

No es un poeta muy grande este prelamartiniano. Ocupa un lugar entre Desportes y Malherbe. Su arte no es siempre certero, pero su verso fluido llega a tener fuerza. Acento, también. Más que todo, la obra de Esteban Durand es su aventura, su verdadera biografía. Sus poemas siguieron los contornos de su vida, y terminaron casi como ella. Una gran pasión, única musa del poeta, fué la que rigió su destino.

Había nacido a fines del siglo XVI, en la buena burguesía parisiense. Su familia ocupaba cargos importantes al servicio del rey. Adolescente, había concebido una violenta pasión por su bella prima, María de Fourcy. Ha descrito con cierta languidez los comienzos de un mal que no debía abandonarlo hasta su último suspiro en la rueda de suplicio y de infamia.

Comment eussé-je cru, quand j'eus l'heur de connaître Ta beauté qu'en un bal d'Amour me fit paraître, Que par un tel abord ma débile raison Dut se mener captive elle-même en prison?... Il me souvient encor des heures écoulées,

Nous promenant au frais des plus sombres allées, Sans pouvoir reconnaître en ce doux entretien, Que mon cœur me voulait quitter pour être tien. Il me souvient encor... et de ces petits jeux Où bien souvent le sort favorisait mes vœux Me faisais obtenir des baisers de ta bouche, Qu'il fallait arracher de ton humeur farouche; Je sentais bien de l'aise en si libre action, Mais étant sans désir, j'étais sans passion... Mais depuis que l'Amour m'a fait voir sa puissance Depuis qu'il s'est lassé de mon indifférence, Il m'a fait voir en toi tant de causes d'amour Que je crois que mes yeux ne voyaient pas le jour.

Y cuando los ojos, el corazón y los sentidos del poeta se abrieron, he aquí cómo vieron a María de Fourcy:

Des cheveux ondulés dont l'Amour fait ses rets, Un front de majesté, de douceur et de grâce, Un sourcil dont ce dieu fait un arc pour sa chasse, Un œil comblant l'esprit de langoureux projets.

María no era insensible. Sabemos que ella compartía ese amor, que siempre recordó a su primo, y que por fin consintió en darse a él. Pero no fué su esposa, y él tuvo el dolor de verla con otro. Ambiciosos y orgullosos de su nobleza reciente, los padres de María no vieron en Esteban Durand el yerno que habían soñado, y casaron a su hija a su gusto. En 1610, año sangriento, bajo el signo de Ravillac y de su cuchillo, María de Fourcy contrajo nupcias con el poderoso señor Antonio Coiffier, quien a este apellido vulgar agregaba el título de Marqués de Effiat, y que, a poco, fué nombrado sucesivamente intendente de Finanzas, gran maestro de la artillería, mariscal de

Francia, y senescal de Auvernia y del Borbonesado. El drama del poeta se desarrolló en los círculos del gran mundo y del mundo oficial.

Aquel día de septiembre en que sus padres dispusieron de su mano, ¿pensó acaso María en el corazón desesperado? En cuanto a Esteban Durand, su suerte estaba ya decidida. En el lenguaje de los dioses, el único que empleó para su dama, exclamaba:

"Mi vida y mi amor se devanan en el mismo uso".

Y desde entonces, todos sus esfuerzos tendieron a conquistar a pesar de los obstáculos, de las conveniencias, de las verosimilitudes, y contra el orden social mismo, a la mujer de cuyo amor había sido privado.

El año en que M. Federico Lachèvre exhumó las "Meditaciones", falleció un poeta que yace en el olvido ya, casi tanto como el autor de las "Meditaciones" anticipadas. El corazón de Esteban Durand no tuvo parecido con el de Sully Prudhomme. No era ni lánguido ni frágil. No fué un "vase brisé". Durand conoció la tortura de los celos y de la rabia. Las imágenes que hacen apretar los puños, la almohada que uno muere durante largas noches...

Maldijo su dolor. Execró su amor y no se resignó jamás.

Tampoco renunció nunca, hasta el último momento. En sus "Meditaciones" los movimientos que agitaban su corazón apasionado aparecen envueltos en una retórica algo abundante. Era un temperamento altivo. Volvía en sí noblemente después de abandonarse a la tristeza y a las lamentaciones. Ora decía que "la constancia en el amor realiza extraños milagros", ora se avergonzaba de su cobardía, y en medio de sus momentos de desesperación más agudos, recordaba que la esperanza renace siempre. El siguiente diálogo entre el poeta y sus pensamientos reviste gracia y fuerza al mismo tiempo:

Pourquoi courez-vous tant, inutiles pensées, Après un bien perdu qui ne peut revenir? — Nous voulons rechercher tes lieuses passées Pour en faire à ton cœur quelque chose parvenir. — Quoi, ne savez-vous pas, Chimères insensées, Que d'un laisier perdu triste est le souvenir? — Oui, mais en peut encor d'espoir s'entretenir, Quand un peu nos douleurs ont nos âmes laissées.

No le faltaban energías al poeta, y conocía los ejercicios espirituales que dan valor. Quien canta su mal lo encanta, y quien se mofa de él también. Esteban Durand utilizaba ambos medios. Despreciaba perfectamente al tirano Eros, verdugo de los hombres y de los dioses, y se burlaba de él:

Amour, c'est en vain que l'on croit Que par toi le monde s'agit: Jamais si grand corps ne pourroit (Se) mouvoir d'une âme si petite.

Tu ne fus point des premiers corps L'essentielle intelligence, Il étaient en trop de discords Pour être accordés par l'enfance.

Tu n'es point cet esprit fatal Qui des astres serre la bride. Leur cours ne serait pas égal Ayant un aveugle pour guide.

Ce ne sont tes feux véhéments Qui par les saisons peuvent rendre L'âme mouvante aux éléments: Les feux ne font que de la cendre...

Como se ve, Esteban Durand no carecía de vigor ni de acierto en su expresión. Los conservaba al dirigir las siguientes estrofas a "su sacra majestad" la inconstancia... Su orgullo de hombre era el que lo hacía hablar en ese momento, erguido y pensativo: "Ni yo ni mi amor merecíamos ser desdichados, y la ingrata nos echará de menos a los dos".

Esprit des beaux esprits, vagabonde inconstance, Qu'Eole, roi des vents, avec l'onde conquit Pour être de ce monde une seconde essence, Reçois ces vers sacrés à ta seule puissance Aussi bien que mon âme autrefois te regret.

Déesse qui partout et nulle part demeure, Qui préside à nos jours et nous porte au tombeau, Qui fais que le désir d'un instant naisse et meure Et qui fais que les cieux se tournent à toute heure, Encor qu'il ne soit rien ni si grand ni si beau.

Y para agradecer a la Inconstancia el haberlo aliviado devolviéndole la libertad, le promete una ofrenda:

Je te fais un présent d'un tableau fantastique, Où l'amour et le jeu par la main se tiendront, L'oubliance, l'espoir, le désir frénétique, Les serments parjurés, l'humeur mélancolique, Les femmes et les vents ensemble s'y verront.

¿Cuál es el poeta, amante despechado, que no haya dedicado una oda a la inconstancia? La de Esteban Durand tiene grandes bellezas. Nueve meses antes de escribirla, el poeta, más sincero quizá, vencido por

su amor, juraba a su cruel amada una fidelidad imperecedera, con rimas algo débiles esta vez:

Je fais vœu de mourir Plutôt que de souffrir Qu'autre beauté m'attire, Et promets d'estimer

Moins la douleur qu'on souffre en un égal martyre Que l'honneur de l'aimer.

¿Quién nos hablará del espléndido día en que María de Fourcy, conmovida por tanto amor, se entregó a su primo? Es posible que sobre la felicidad de Esteban Durand se haya cernido una sombra, pues no fué al poeta a quien cedió María. Dicen que la lectura de las "Meditaciones" tuvo menos eco en su corazón que una traducción de "Gloconda" (que no vale lo que la de La Fontaine) y que allí había visto que en la mujer, la virtud cuenta menos que las alegrías que puede dar. Es posible que María de Fourcy haya tenido sensibilidad, caridad, sentidos. Es posible también que haya carecido de lirismo.

Esteban Durand lo tenía siempre. Primero cantó su victoria con acento triunfal:

Autant aimé qu'aimant, ma peine est terminée, Mon délice renaît au feu de deux beaux yeux, Et Jupiter me doit envier dans les Cieux La faveur que l'Amour en terre m'a donnée.

No, la pena de Esteban Durand no había terminado. Había logrado mucho, pero no era hombre de contentarse con ello. Quería a María de Fourcy para él solo. Sin reparto. En el mismo momento de su felicidad, concibió la idea de quitarle su esposa al Marqués de Effiat. Y, como siempre, en unos versos, en un soneto en que dice su agradecimiento a su amada, anuncia, en un terceto misterioso, una voluntad nueva:

Nourrissons-donc, mon cœur, ces flammes commencées, Puisque par les destins nos vœux et nos pensées Sont établis es lois de l'amour desiré.

Una aventura complicada y peligrosa, he aquí lo que tentó Durand para conquistar a María. Una aventura como para romperse los huesos, y, en efecto, así terminó literalmente. Una aventura que pocos poetas han corrido.

En 1618 se vivía en una época de conspiraciones y de turbulencias. En torno del rey, apenas salido de tutela, se manifestaban con furia las rivalidades y las ambiciones. Esteban Durand se alistó en la conspiración que dirigían de lejos la reina madre y Concini. En caso de éxito, si Luynes era arrojado del poder, Durand esperaba altas recompensas. Contra el Marqués de Effiat, que servía al ministro, obtendría una sentencia de destierro o quizá de muerte. Grande y poderoso a su vez, podría ofrecer a María, por fin libre, una alianza que no la rebajara.

Esta novela — amor e intrigas, como en la conjuración de Fiesco — tuvo un desenlace brutal, en pocos días. Luynes estaba sobre aviso y, como conspirador novato, Esteban Durand pagó por todos los demás. Escribía demasiado. Había vuelto a escribir. Convicto de haber compuesto un libelo injurioso para el rey, el poeta fué condenado con dos aventureros italianos, los hermanos Sigi, a la pena capital, por el crimen de lesa majestad. El 19 de julio de 1618, fué descuartizado en la rueda. Exhaló su funesto amor juntamente con su vida.

★ ★ ★

¿Terminó la historia? Todavía no. Un cuento en que había sangre, voluptuosidad, tanta potencia pasional, debía impelir sus ondas hasta una playa más lejana.

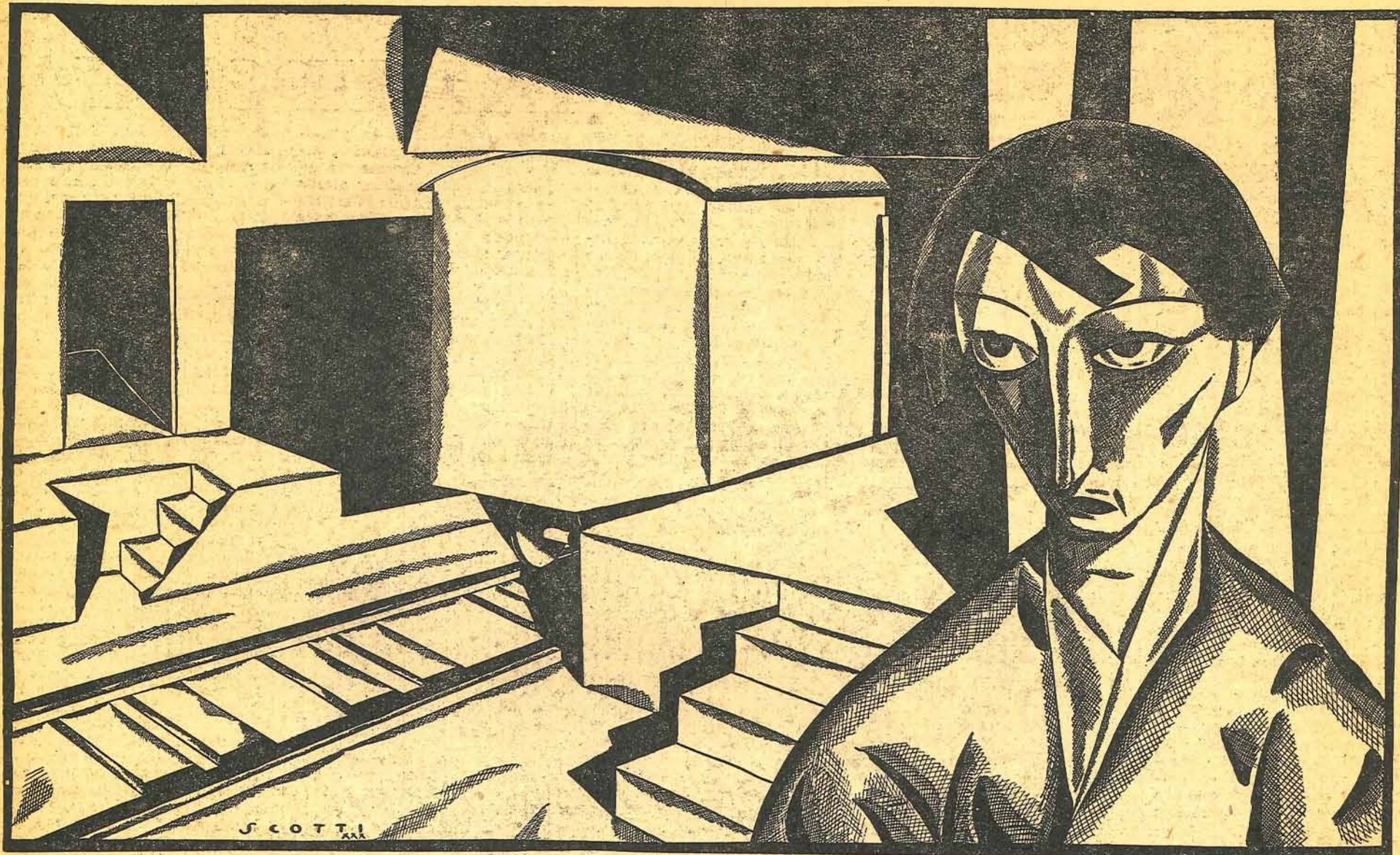
María de Fourcy había visto a su primo, su amante, complicado en una empresa insensata y muerto por ella. Asimismo vió morir a su hijo, víctima a su vez de una gran ambición causada por un gran amor. ¿Quién fué ese hijo? Cinq-Mars, el orgulloso, el elegante Cinq-Mars. El también conspiró demasiado, como Esteban Durand, y por una mujer, como el amante de su madre. Si Cinq-Mars hubiera derribado a Richelieu, hubiera sido condestable. Se hubiera casado con María de Gonzaga, futura reina de Polonia, que amaba, que quizá lo quería a él, y que el cardenal destinaba a Monsieur. Cinq-Mars no murió en la rueda. Noble, fué decapitado. Pero en la segunda generación se repitió la aventura de Esteban Durand, transportada a las proporciones de la grande historia.

Ahora bien, ¿quién sabe si Cinq-Mars no era hijo de Esteban Durand? ¿Quién sabe si, concebido en un momento de exaltación, no llevaba en él la predestinación de la poesía y del adulterio? El amor invoca a la muerte. La muerte invoca a la muerte. M. Frederic Lachèvre, confrontando las fechas, estima que el decapitado de Lyon, el amigo y cómplice del desventurado de Thou, ha podido ser engendrado por Esteban Durand.

¿Pensó en ello Vigny, en su novela "Cinq-Mars"? No lo sé. Ni trataré de informarme. Me gusta "San-són", me gustan "Los amantes de Montmorency".

Pero la vida es corta. Es indudable que tendré ya tiempo de volver a leer los engendros novelescos del conde Alfredo de Vigny.

(Para LA NACION)
PARIS, marzo de 1930



UNA MAÑANA INUTIL

POR HECTOR I. EANDI

ILUSTRACION DE ERNESTO M. SCOTTI

SOBRE el pueblo, el cielo cerúleo de la tarde se torna más de infinito. Un comienzo de noche empieza a disgregar las cosas, cuyo corazón va quedando desierto.

En la puerta del boliche está Pilón. Apoyado en una jamba de la puerta, rumia su aburrimiento absterio. No ha encontrado ni siquiera una moneda para convertirla en alcohol. ¡Y sería tan bueno "tomar la tarde"! En su pensamiento, tras de la noche que cae, la idea del nuevo día de trabajo se le hace aborrecible. Entre las sombras nacierentes, su mirada vacía naufraga, inútil, como sus manos hundidas en los bolsillos.

Carlos lo mira, y su imagen se le emborrona de recuerdos y de tarde.

Dos chicleos merodean por la calle desierta. Uno de ellos se acerca al obrero de mirada ausente:

—Pilón — dice — ¿me da diez centavos?

—¿Eh? ¿Qué? ¿Ah! — reacciona Pilón —. ¡No tengo; no tengo nada!

—Sí, Pilón, ¡cómo no va a tener! Deme...

—¡Mais non! Te digo que no... — dice, y va mostrando los bolsillos vacíos.

Pero los ojos de Pilón se iluminan de pronto. ¡Cosa estupenda! En un bolsillo olvidado encontró una moneda. Rápidamente penetra en el boliche. Desde la puerta grita: ¡un ajenjo! Y sus ojos han olvidado la noche próxima, el odioso día de trabajo que la seguirá y el chicleo que todavía está allí, boquiabierto...

Apoyado en el palenque — una barra de hierro, cuatro postes —, Carlos mira a los muchachos perplejos y sonríe. Y así se queda, con el extremo de la sonrisa adherido a la comisura de los labios. Ahora la noche se le acerca, confiada, como a una cosa. Una mano de recordar le acaricia las sienes: las ciudades... En otra parte anochecen las ciudades. Los ojos encendidos de sus ventanas escrutan la noche; y el hombre, empujado, busca la casa, la guarida, el cubil. En otra parte... Las ciudades...

Entretanto, la noche cierra su esfera de tinieblas sobre el pueblo achicado en su rincón de pampa agrícola y cosmopolita.

Entonces él camina en la noche, y se siente libre. Libre en la noche que le permite ser como una cosa cualquiera.

¡Carlos! El mismo dice su nombre.

Carlos: esa es su realidad, para los demás y para sí mismo. Piensa en un aspecto cualquiera de su ser: eso es Carlos; en otro totalmente distinto, y también eso es Carlos. Toda su compleja realidad se le aclara, sintetizada en esa palabra salvadora. Si no fuera por ella, ¿cómo reuniría los aspectos disímiles que lo integran?

A veces nos sentimos dueños de nuestra realidad, de la realidad de nuestro ser; nos sentimos vivir en el mundo, y el mundo adquiere sentido por nuestro ser. Pero para eso es necesario un asidero, un nombre, una palabra, un recuerdo, que nos fijen en el tiempo y nos den un lugar en el espacio.

En medio de todo, qué soledad, piensa. Pero precisamente cuando piensa, siente que una presencia está a punto de allegarse. Mira a su alrededor, y la noche le alcanza su soledad desnuda. Sonríe y recuerda:

"En la orillita del mar la vi llorando las otras tardes"...

Sonríe, recuerda, y ya no está solo. El gesto casi borrado de la melodía que él sabe, parece a punto de alcanzarle una presencia, siempre la misma, pero nunca más acá de las promesas.

Tararea, a través de una sonrisa: "En la orillita del mar la vi".... La expresión opera el milagro, por la cantidad de posesión visual que hay en ella. Ya no está solo. Alguien, como salido de la noche, va a su lado.

—¿Cómo tardaste — reprocha, gustando su fresca alegría —. ¿Tanto te costó saber que yo estaba aquí? Callas; todavía no eres toda tú. Hasta para mis sentidos tienes sólo una semi-presencia.

La mira largamente, y murmura palabras ardientes, que van trasladando pasión de su alma hacia ella, para hacerle una presencia más próxima. Presencia de pasión. Así podrá ser ella, ella, tan de su sentir de otros días. Se le acerca, pero no alcanza completamente la vecindad de su cuerpo.

—Es la noche — murmura él —; es la noche, ya sé, tú siempre le temiste; por eso yo tenía para ti una mañana encerrada en mi pecho. Pero aquí no es posible: las mañanas son desmedidas de claridad y de distancia, tienen un alma de llanura imposible de abarcar; temo diluirme en ellas, en su claridad

fría, en su despiadado mirar, que no conoce cosas entrañables. Por eso no tengo para ti una mañana, como las de antes; pero, sin embargo, no dejes de volver, yo te haré claridades con un amanecer de todo mi corazón; yo sé tus luces y los suaves grises de tus sombras ojerosas. ¡No dejes de venir! Todo, ¿sabes?, todo... Canciones, y también... Por aquí, es cierto, el trabajo... ¡Ah, caramba, siempre estos hierros amontonados en el camino! Si, el chasquido del eco en el galpón de la barraca. Galpón de cinc, su eco chasquea, como un látigo, ¿por qué será?... El hombre está en la playa de la estación. Sortea unos hierros apilados, un montón de cajones, y marcha a lo largo del galpón que le devuelve un eco restallante, raro, como siempre, porque el eco del galpón es así.

La noche ya está madura, redonda y negra como una uva. La estación duerme, huérfana de trenes. Sólo allá, hacia el fondo de la noche, el farol rojo del semáforo vela el insomnio de la señal, centinela de pie ante la muerte que viaja en tren.

El hombre recorre automáticamente un sendero de costumbre, y llega a las habitaciones de los empleados. Tras de la puerta, un hombre, el brillo frío de un puñal y un grito ahogado:

—¡Vos, Carlos! — y el puñal se detiene junto al pecho del hombre que entra.

—¿Eh? ¿Cómo? Yo, sí, soy yo; ¿pero qué es esto, Gabriel?

—Nada, callate. Creí que era Romero.

En silencio, se miran los dos hombres. Una turbidez de crimen les vela la visión. Gabriel ha ocultado el puñal, pero no puede borrar la expresión de odio que le crispa la cara ruda de italiano meridional.

Carlos se sienta en la cama de Romero y emplea un rato en volver a sí mismo. Al fin las cosas tornan para él a su cauce de siempre.

—¿Gabriel, por qué todo esto, eh? — dice, nervioso.

Sentado en su cama, hosco y turbio, Gabriel no responde. Carlos imagina las cosas. Conoce la permanente rivalidad que existe entre Gabriel, huraño hijo de calabreses, y Romero, español, buen mozo, mujeriego y bromista.

Lo sabe, sí, pero nunca hubiera imaginado...

—¿Por qué, Gabriel? — vuelve a preguntar.

—Por nada. Tengo que matarlo a ese... Me ha humillado, y tengo que matarlo. No puedo aguantarlo más.

—¿Matarlo, Gabriel? Pero, ¿lo has visto bien? ¿Has visto cómo vive?

—Sí, como un chanchito. Come, ríe, goza; es un puerco — contesta Gabriel, sombrío, con el puñal otra vez entre las manos.

Carlos le quita el arma y la arroja sobre la cama. Parece mirar más allá de las paredes cuando dice:

—No. No lo has visto bien. Romero vive, más que todos nosotros, en la claridad y en la substancia de las horas. El día se regocija cuando él lo refleja en sus ojos. Tiene algo de divino...

Ha hablado como para sí mismo. El otro lo escucha sin comprender.

—No digas macanas — interrumpe Gabriel con desprecio —. Es un puerco, y nada más. Y María no va a ser para él, a pesar de todas sus fanfarronadas de "gayego" pretencioso.

—... Vive como un dios — sigue diciendo Carlos, como para sí mismo —; está en medio de la vida, y la claridad le canta en los ojos. Ah, él sí puede tener, toda suya, una mañana...

—¿Che, che, qué estás diciendo? — interrumpe otra vez Gabriel.

—¿Eh? Nada, nada — replica Carlos, precipitadamente —. Se sienta junto a Gabriel y le habla suavemente:

—¿No lo vas a matar, verdad? Mirá el cuchillo, qué hoja clara tiene. En ella puede reflejarse el sol y brillar, como en los cristales de las ventanas; lo mismo que en las ciudades, cuando amanece y el día va entrando por las claraboyas.

—¿Qué ciudad ni qué sol, hombre, parecés sonso, vos también! Andate a dormir, andá; dejame. Ya volvé a jorobar con tus cosas...

—Sí, con mis cosas... ¡Si vos supieras, Gabriel! Yo te miro, ¿ves? Aquí, aquí debajo tenés el corazón, y parece mentira.

—¿No te acostás? — dice Gabriel, para terminar.

—No. Salgo — dice Carlos indiferentemente —. Todavía me queda un pedazo de noche por recorrer.

—Andá, andá, babieca — termina Gabriel con gesto despectivo. Pero en seguida salta de la cama, toma a Carlos por un brazo y le dice, mirándolo

(Continúa en la pág. 40)

CARTAS DE ITALIA

ROMA Y LA "MARCHA NUPCIAL"



El sol de Roma, el sol de estos dorados incendios del universo y de los cuales tan sólo Roma posee el secreto, ha ido al encuentro, al primer sonido de marcha real o de "Brabançonne", del rey y de los príncipes que escoltando a la princesa María José hasta la casa de su esposo bajaban de las nieblas del Norte a la fantasmagoría solar del Mediterráneo... Los hermanos de María José, el Duque de Brabante, el Duque de Flandes. Brabante de sombras y de penumbras de los señores magnánimos y silenciosos, Brabante agrícola bajo benignos cielos velados, Brabante industrial, de quietos y grises talleres, y Flandes vieja, Flandes soñadora y velada de los cuadros de Teniers, de las imágenes de Le Bas, donde la "mies" es de plata y en las nubes de algodón pálido hasta el prodigio luminoso del arco iris. Flandes sugestiva y misteriosa de los grandes pintores flamencos, maestros de la sombra y de la penumbra; Flandes de los encajes y de los cisnes, de los campanarios a media voz y de las viejas devotas en oración. Flandes de Bruges, la muerta, y de Gante soñolienta; Flandes de Rodenbach y de Maeterlinck... Cuando al salir de la estación de Termini toda terciopelo y banderas, y una vez atravesado el vial de la princesa María José, la novia, bajo el gigantesco Arco de Triunfo de haya y de laurel adornado, como en una fantasmagoría de Versailles o de nuestro parque de Colodi, los plateados y movidos juegos de agua de la fuente de los ríos en el hemisclio de la Esedra, cuando la novia haya visto extenderse ante su vista, en una selva de amarillos y negros, de encarnados y de verdes, de blancos y de violetas, las dos largas paredes de Via Nazionale adornada en toda su línea horizontal desde las aceras hasta el techo, por cien mil cabezas humanas; cuando el deslumbramiento del sol con sus rayos debe haberla obligado a cerrar los ojos, la augusta novia, que conoce la pintura y los pintores, suyos y nuestros, debe haber percibido en un instante dentro de sí la fiesta de toda nuestra paleta, la orgía colorística de nuestros grandes maestros, los puntos más radiosos de todos los más luminosos museos del mundo, el sol de Rafael, los azules de Botticelli, los esplendores de Ghirlandajo, los oros y las púrpuras de Tiziano y del Veronés. Las grandes calles de Roma, las ilustres plazas, plaza Venecia, dominada por la mirada de Mussolini detrás de las ventanas, y el viejo Corso de Stendhal no eran ya, en la prodigiosa mañana de la llegada, líneas, arquitecturas, casas, palacios, portales, balcones, ventanas, terrazas. Las plazas y calles por donde la princesa pasaba no era otra cosa que sedas, terciopelos, brocados, damascos, festones y banderas, banderas, banderas; la diversión loca y al mismo tiempo ordenada, delirante y precisa de un pintor borracho de colores que durante la noche se hubiese complacido en derramar todos sus colores más calientes, más encendidos aquí y allá y por doquier, sin límites, sin medida, en la monstruosidad gigantesca y genial, involuntaria y sapiente de una maravillosa obra de arte: la obra de arte de una paleta donde cada color, puesto al azar aquí y allá, da, en un delirio, en una flama, en un sentido clamoroso de apoteosis, el máxi-

mo esplendor que puede contener toda su luz unicolor en la divina luz de Roma, que tiene todos los colores divididos, unidos en un indescriptible e incomparable esplendor, por lo de todos los caminos del mundo—"caput mundi"—se llega hasta ella por su camino, por el camino del sol.

A los viejos e ilustres muros de Roma que Chateaubriand, obsesionado por funebres cadencias dentro del alma, vibrante a toda música, veía siempre cubiertos de mortal decrepitud; a los viejos muros de Roma, macizos y firmes, a través de los siglos, les cuadra

deca un alegre día de sol, pesar sobre su alma, el polvo ilustre y milenar, el mundo augusto y fúnebre de las sepulturas de una era pasada? Pero cuando en estas noches de fiesta en las que toda Roma, como una ságrama de oro—desde las terrazas del Pincio y las napoleónicas del Valadier a los encajes humeantes de las teas de los torreos palacios del siglo XIV—arde en el fuego de las iluminaciones; cuando en estas noches las arquitecturas imperiales, desde el Coliseo a los Arcos de los emperadores, desde los templos a las columnas, desde las flores a las ruinas

bronce eterno. Pero la gravedad de la Roma histórica, arqueológica, lentamente tradicional, desaparece en un alarde de pintoresco y de fantasía cuando en sus calles hace irrupción el cortejo de las regiones, entre danzas y cantos, la aldea de cada región, la más genuina y fragante flor de la estirpe itálica desde los Alpes al mar, en su colorido municipal, con el distintivo inconfundible del traje entre miles sonrientes muchachas y otros tantos apuestos muchachos, el elemento más espontáneo y más alegre de la nación, lo sano del país, la ingenuidad nativa de la vida rural, la se-

do, cantando entre flores y frutas, grano y uva, color y poesía, llevaba a la futura Reina, sobre la plaza donde ella esperaba, sus dones. Aquel que inventó esta fiesta, que preparó este homenaje fué un gran poeta que sin versificar creó en el aire caliente de una tarde de enero las maravillosas estrofas de un poema que es imposible olvidar.

Como por otro lado, más tarde, apareció en las salas del Quirinal o del Campidoglio, la más fastuosa Roma diplomática, la Italia oficial en uniforme y cubierta de deslumbrantes condecoraciones. Alrededor de un nutrido grupo de reyes presentes o futuros, en medio de las princesas y de los príncipes de estirpe de todos los reinos católicos, pasaban resplandecientes con sus púrpuras cardenalcias los príncipes de la Iglesia. Y todavía aquí, como en los viejos cuadros "tiepoleschi", en el esplendor de Venecia, colores, colores, colores, la orgía de la paleta, el frenesí del prisma, el arco iris de la imagen de Le Bas con las sedas y los terciopelos, los bordados y el dorado de los uniformes y de las "toilettes". Y todavía, todavía, todavía, en la fiesta de la calle, en medio de la franca alegría del pueblo que espera el desfile [visión de fábula], a la reina de un cuento de hadas, a la joven esposa, en esta Roma toda adornada de flores y de banderas, galas y luces, oriflamos y estandartes, reposteros y tapetes, y siempre colores, colores, colores. El paisaje italiano, desde Venecia a Nápoles, desde las velas adriáticas a los naranjales sicilianos, desde las puestas de sol de Roma a los amaneceres de la Rivera reviste aquí todos sus esplendores. Los museos italianos, los museos del mundo vierten aquí en la calle toda en fiesta y desde los cuadros de los museos italianos, ríos de amarillos, de rojos, de verdes. Mañana de Roma en el gran sol de esta primavera nupcial que todo contribuye para hacerla nueva y joven. Muchedumbre entre banderas. Bélgica e Italia por todas partes, como símbolo, abrazadas. Todas las lenguas y todos los dialectos se hacen oír en torno a nosotros. Aquí y allá cuartetos de pueblerinos en la metrópoli; grupos de campesinos de Brienza o de Sicilia. Mediodía. Campanas en fiesta de cuatrocientos campanarios. Lejanas charangas clamorosas que pasan. Muy cerca, trompetas de autos, "clacksons" de autobuses con banderas. Arriba, en el cielo de oro y de azul, un ronroneo metálico, un esplendor plateado: cientos de aeroplanos, rumorosas escuadrillas de la patria en el cielo, volando por encima de la cabeza rubia de la Princesa, que desde una ventana, la dulce mano en la fuerte mano de su esposo, tiernamente sonríe. Y abajo, en la plaza del Quirinal, entre las fuentes de los Dióscuros, entre el pintoresco de la inmensa muchedumbre, de improviso, dos avalanchas, dos pinceladas de maestro, que van y vienen: un vivo violeta y un fuerte encarnado. Los seminaristas violetas de los colegios americanos, los seminaristas escarlata de los colegios germánicos. Y también ellos dirigen su mirada al Palacio Real, a la esposa. Y hasta aquellos dos colores del seminario, a pleno sol y en este día de fiesta, no son ya sacrificio, renunciación, milicia mística, sino que son como todos los colores de Roma en ese frenesí cromático que festeja a una esposa, canto, himno, alegría, fábula, amor, juventud.



La princesa María José de Bélgica y su esposo el príncipe heredero de la corona de Italia

aparecieron deslumbrantes de reflejos eléctricos debido a la magia moderna de las iluminaciones preparadas como una sola centella y por la voluntad de una sola mano, fué tan sólo entonces cuando la sombra de las eternas noches en que el pasado duerme no pesó más sobre nuestro espíritu.

El incendio eléctrico de las gloriosas ruinas anuló con el capricho festivo la majestad conmemorativa de las viejas piedras. En las ruinas de los arqueólogos, en las basílicas y en los mercados desenterrados, en el imperio subterráneo del mundo latino no cantaron ya más las voces de sombras lejanas, los poemas seculares glorificación de pretéritas grandezas, sino que de improviso, entre las ruinas de los siglos, fulguró rodeado de reflectores, el arco voltaico para glorificar y festejar a una princesa de veinte años que hoy va a esposarse y que el día de mañana será Reina. Vida en la vida, hay, por lo tanto, en la actualidad alegre primavera en nuestro breve año humano. Roma de los viejos Césares, sí, pero también, y ante todo, Roma, nuestra Roma, de resurgimiento y de alegría nupcial, Roma de Mussolini y de la princesa María José.

La grandeza patética, el mundo lírico, la incomparable fisonomía de esta augusta Roma estriba justamente en esta continua presencia de las grandes sombras, de los fantasmas inmortales reunidos en una eterna vigilia en torno a los vestigios del gran pasado, de los documentos de dos imperios y de dos civilizaciones. Pero esta grandeza patética es grave, como graves son el himno que nace de los siglos, la piedra que no se rescuebra, el

LUCIO D'AMBRA

(Para LA NACION)
ROMA, febrero de 1930.



L fuego, cansado de arder, parpadea soñoliento. A la vuelta un puñado de hombres—cuarenta y ocho horas de vigilia y de marcha!—ha ido quedándose dormido, crucificadas las cabezas sobre los brazos, éstos sobre las rodillas. Un paso más allá la noche escamotea el campo y el bosque. Los caballos pacen atados a sogas unos, otros se amodorraron al son de las coscojas. El frío prueba de callada su filo.

Alguien vela, sin embargo: un hombre inerme, en mangas de camisa, gorra zarrapastrosa. El general Paz... El general no duerme, pero sueña con aquel vuelco de dados del azar que ha hecho un ex hombre del dueño militar de media República.

¿Es que no son así las cosas de los sueños? El, al frente de su ejército en marcha, se adelanta unas cuadas. Lleva apenas un ayudante, un trompa, un baquiano. Quiere, según estila, espiar el campo que van a pisar sus tropas, pero con sus ojos, que soborna los secretos. Una partida exploradora del enemigo anda por ahí cerca y se ha propuesto coparla; esto, sin duda, en sí no es nada, pero puede permitirle presentarse ante el enemigo con ese silencio—estupor de los cazadores—del elefante que atraviesa un bosque. Es, además, la única manera de recabarle batalla a un ejército que ha hecho de la guerra una cacería innumerable. Se necesita, es claro, de un golpe certero y limpio como un impacto en la manzana que corona una cabeza.

La más inveterada experiencia le enseña que eso ha de hacerlo por su propia mano. Entonces el azar se entromete con el uño de sus eslabonamientos inimitables. Un jefe que recibe orden de adelantarse con la caballería y no lo hace; el baquiano que guía al general por un atajo mal aconsejado; el general que lleva un traje de estreno desconocido de los suyos; la partida federal que muestra absurdamente divisa blanca y no punzó; todavía el ayudante que se intimida y señala a muerte a su jefe, y uno de los enemigos, antiguo soldado suyo, que grita reconociendo a su ex general: "Párese, mi general". "no le tiren, que es mi general"; y finalmente, rematando tamaña combinación del destino, ese tiro de bolas del gaucho Ceballos que pesará en la historia más que muchas batallas o una constitución.

Doce o catorce hombres lo rodean con las carabinas gachas. Quieren obligarlo a montar a la grupa de su ex soldado, que, caballero entre villanos, no lo consiente, antes cede su caballo al prisionero. Marchan con él a gran prisa, mientras alguno se demora por desmenrar el caballo boleado para alcanzarlos luego. Fugan con la rapidez del sueño, en un silencio cinético. Ya el peligro retrocede. Resguardados por el bosque y la noche, se paran un mo-

mento para prorratarse el botín: el florito, el chaquetón, las espuelas del general invicto condecoran a los gaucho-soldados; uno permuta su gorra por la suya tripulada de insectos; aun le zafan una bota inquiriendo onzas. El paga con su reloj el comedimiento del soldado caballeresco. Marchan de nuevo. Sin resultado, el prisionero intenta el soborno. Alboroto negro cuando dan con el grueso de la partida. Nuevos ultrajes también: un soldado le quita el pañuelo del cuello y aun quiere llevarse la camisa. Antes del alba hacen alto, desmontan, inventan un fuego. El capitanejo quiere ahora arrancar el secreto de sus presuntos tesoros al general. Habla éste, argumentando su pobreza, y olfateando la verdad, los soldados callan conmovidos.

Marchan de nuevo, y así hasta que el sol se acaba. Los batidores denuncian un rumor sospechoso en el bosque ladero. De pie sobre sus caballos, algunos soldados halconean. El oficial secreta al cautivo su orden de fusilarle a la primera aparición de una fuerza enemiga. Sus salvadores posibles van a ser su perdición segura. Instantes profundos en que la muerte, como una avispa, zumba en las orejas del reo. Nada. La retirada a trote largo no respeta la obscuridad ni el piso traicionero. Se cautela doblemente al preso. Con un lazo al cuello su caballo va atado a la cincha de otro. Aun hablan de atar por debajo los pies del general. ¿Para qué? Menos mal que la sombra, avergonzada de los hombres, esconde lo que puede al "Ecce homo" de ese matungo ético que jadea a remolque de otro tironeado por el lazo, despatarrado por los tropezones, sin tregua, en un zangoloteo de farsa macabra. ¿Cómo es que no ha caído todavía? Sí, ha caído por fin, aunque contra toda la lógica, sin aplastar al jinete. Se incorpora éste tratando de redimir su decoro, de tapar su humillación con dos palabras jocosas. Sus crudos guardianes han maliciado no sé qué de grande que reta su poqueza y quieren ya ser menos indignos de este hombre.

Por horas y horas su marcha sigue socavando la noche. No lejos de la abertura del alba hacen alto y acampan rodeando un fogón.

Una vez más, pues, el cautivo, único despierto en la rueda, ha hojeado ese sueño que dura ya treinta horas. De nuevo la vergüenza le pesa como una mochila. Quiere justificarse ante sí mismo diciéndose que la fortuna es una cortesana vieja. Se dice también

que Napoleón, aun contando con tenientes destrisimos, practicaba asimismo esa mala costumbre, que ayuda a sobornar la victoria, de observar con ojo propio al enemigo, y más de una vez peligró dejarse coger como un granadero, y en la retirada de Rusia, si los cosacos no lo agarraron, fué porque más los sedujo el saqueo. Repasa lances parecidos en sus tupidos años de guerra patria. Pero todo se disipa como humo de batalla y sólo queda lo agudo de su caída, limpio como una bayoneta. Cierro, le han quebrado las dos alas... ¿No ha oído de algún cabrero de las sierras que con un guijarro de honda ha apeado un cóndor?

Cuando vuelve de este sueño advierte que todos sus custodios duermen. El jefe de la partida ha soltado las riendas de su caballo, que tenía envueltas en un brazo...

¡Oh, aquella tentación del Destino! ¿Volcará otra vez los dados? Quien le ha jugado tan mala partida, bien puede darle desquite. La perspectiva es mareante, de veras. El no es práctico de aquellos bosques. (Puede despertar a su baquiano que está allí, pero esto traerá demora y además, su fidelidad no es segura.) No sabe en qué punto se halla ni a qué distancia está su ejército. Después, sus burlados guardianes y todo el paisanaje sublevado lo rastrearán con encarnizamiento lobuno. Un instante no más ha vaciado. Comienza ahora a enderezarse, con la pausa que crece la hierba, en un tiempo infinito; se ha apoderado del caballo, su fuga suma ya cuatro pasos. De pronto, el destino, que habla por boca del oficial, le sale al cruce: "¿Qué es lo que usted iba a hacer?" Y el prófugo desanda sus pasos, devuelve el caballo a su dueño, se sienta donde estuvo, en un silencio de muerte. Y como de vuelta de su asombro el oficial le reconviene, amargo, lo ataja a su vez: "¿Para qué hablar tanto? Hágame disparar un tiro y acabamos con esto." Le replican: "Ni lo piense. Sano lo hemos de entregar a don Estanislao."

Reanudan la marcha antes del alba rumbo al campamento enemigo. Fasan junto al Fuerte del Tío, pueblo fronterizo, donde la vista del horno de ladrillos que acababa de mandar construir para edificar el cuartel, la iglesia y la escuela, espolea la congoja del cautivo, no tanto, sin embargo, como la piafante algazara con que el paisanaje aplaude su desgracia. Ni que hubiera sido la del más desahuciado forajido. Cosas son como para hacer descreer

de los hombres a un pecho menos templado que el suyo. ¿Pero, por qué asombrarse demasiado de que la barbarie se pague de lo bárbaro!

Aperreado por la comitiva, que se ha vuelto ya populosa, el glorioso y misero reo marcha adelante, solo. Se oyen felicitaciones al gaucho Ceballos. Se cruzan preguntas y respuestas filosas. Por ratos la algarabía chisporrotea pirotécnica. Llegan pifias al sesgo, y amenazas de punta. Con alarde bellaco, amartillan tercerolas. Un quidam (tránsfuga para más señas), por delegación tácita, se adelanta a insultarlo a quemarropa.

Uno de los jefes enemigos, que sale a recibir al prisionero, ve llegar a un hombre que trae pantalón de brin, ponchito pura hilacha sobre la camisa y gorra de munición digna del poncho; de montura, un lomillo sin faldas ni caronas, todo sobre un caballejo tan achaparrado como suerte del jinete.

El coronel Echagüe, hombre urbano, se deja conmovir y arriesga alguna palabra comedida.

"En verdad—contesta el general—, esto me lastima menos que a usted. Después de todo, ¿soy otro hombre porque no llevo plumas y galones encima?"

Pero el camino sigue aún cuesta arriba. Comienzan a llegar los indios, aliados federales. Vienen atropellando leguas, dan vuelta los caballos en un grito, se abalanzan, sujetan, cabriolean, viborean, parten en la punta del viento, en monstruosa hermandad de hombre y bestia, enarbolando la lanza y el alarido.

Un indio aforrado de tigre se viene, disparado a muerte, sobre el cautivo. Está ya a un paso cuando el jefe, que va al lado, con juego maestro, desvía aquel chiflón.

Aun le quedan ratos de chacota patibularia. Mientras conferencia con el general enemigo, en un ranchillo sin puertas, desde afuera un bufón hirsuto le prefigura el ademán redondo y los espasmos del degüello. En un alto del camino a Santa Fe, otro indio se abalanza sobre él con un cuchillo desmesurado.

Nada de esto podrá olvidar, pero tampoco que la noche que pasó en el campamento, los dos jóvenes oficiales de la guardia se han arruinado para dolerse de lo indigno del trato que le han dado con tan noble vehemencia, que el prisionero se ha confesado a sí mismo esta cosa es que se oye sollozar la patria: "Crecó que hoy recién con corazones argentinos."

Más allá un capitán Pajon, sensible acaso a la preza de guardar semejante prisionero, gasta donosas finuras con él. Le facilita ropas. Y un poncho. También, al disimulo, le ha puesto cuatro pesos en la mano... Y he aquí que esa corazonada, tan generosa y misera, señala al cautivo, mejor que las injurias desarrapadas, la profunda vertical de su caída.

LA GRAN BOLEADA POR LUIS FRANCO ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

EN UNA CASA COLONIAL (EVOCACION DEL VIRREINATO DEL PERU)

Por JOSE SANTOS CHOCANO

Vetusta casa:

hay en tu pompa un misterioso no sé qué;
y así es cómo una mitad finges oratorio
y otra mitad finges harén.
Ya consagrada a la católica tristeza,
ya al musulmánico placer,
aposentaste por igual los fanatismos
y los pecados de la Corte del Virrey.

Resto fastuoso

de la que fué
reverberante edad de seda: una hábil mano
hoy te restaura, acariciándote tal vez;
pero no puede reanimarte con el soplo
del tiempo ido para nunca más volver...

En tu anacrónica elegancia

mézcclanse hastío y altivez,
con que disuenas en la urbana arquitectura
por tu actitud de melancólico desdén...

Melancolía desdeñosa

llena tu aspecto de un romántico interés,
cual si estuvieses remembrandote
exquisiteces y opulencias de tu ayer
y te apenase la osadía con que un vulgo
de casas nuevas se le encara a tu vejez...

Así el fantasma de un palacio,

al que una noche se le mira aparecer:
da la impresión de un secular sonambulismo,
que, al caminar en largo sueño y a través
de angostas calles,
va en las tinieblas dando tumbos sin caer,
hasta empotrarse en un rincón, donde se queda
como el cadáver de una Edad puesto de pie.

Vetusta casa:

hay en tu pompa un misterioso no sé qué;
y así es cómo una mitad finges oratorio
y otra mitad finges harén...

Catedral breve hecha quizá con los encajes
en que, ceñida desde el cuello hasta los pies,
iba, entre sedas, la Señora Aristocracia
a frufuar por los salones del Virrey...
Mística fiebre exacerbada
por mil demonios en tropel,
coquetería entre follajes misteriosos
estremecidos por la gracia del minué:
dentro de la ampulosidad de las volutas
de tu derroche ornamental, se dejan ver
sombras levíticas que pasan
por los ambientes de Versailles y Aranjuez...

Tal por el cedro de tallados y molduras,
y por la piedra de los arcos que el cincel
hizo estallar en delirantes florecencias,
y por los claros azulejos en los que
se multiplica algún emblema fugitivo,
y por las rejas en las que es
el hierro escudos y coronas
o monogramas de mujer,
revienta la frondosidad de tus adornos
calenturientos, que a la vez
se exaltan llenos de piedad o de lujuria
y se retuercen de fervor o de placer...

Arquitectura tumular y voluptuosa,

arquitectura sibirítica y cruel;
hay una fúnebre lascivia
que te recorre y te hace toda estremecer
con un ascético histerismo
de iluminada santidad o auto de fe.
Tu misticismo es epicúreo:
libidinosa tu liturgia viene a ser;
que es así cómo una mitad finges oratorio
y otra mitad finges harén.

Vetusta casa colonial: cristiana y mora...

¡Se impone, al fin, tu melancólico desdén!
Eres la nieta
del Escorial y de la Alhambra... Así, tal vez,
tu madre ha sido una odalisca;
¡pero tu padre ha sido un Rey!

Yo que en la noche de los siglos

salgo aventuras a correr,
ante ti quiero detenerme: en la fachada
con mi linterna un temblor pongo; y hago en él
destacar entre las tinieblas tus balcones,
que como pulpitos enfáticos se ven...
Reclamando hombros que las carguen
y les impriman mayestático vaivén,
nobles literas son que tienen
algo de tálamo y de féretro a la vez:
así, de pronto, en tus balcones,

de las suspensas celosías al través,

podría junto
a la cabeza del Amor la de la Muerte aparecer...

Veo cubrirse los balcones, de repente,
con cortinajes. Por la esquina hay un tropel
que trae en hombros una imagen milagrosa...
¡La procesión! Las celosías dejan ver
en azafates repujados lindas flores,
que leve alfombra de la calle son después.
La oración llena los balcones de suspiros;
y los sollozos entrecortan el "amén"...

Truécase el cuadro.

Obscuridad. Pavor... ¿Y qué?
En un balcón veo un fantasma que se asoma.
Una palmada, otra palmada: suenan tres.
Y hay una escala que desciende,
en la que luego un embozado pone el pie.
(Señor de Nieva: reconozco tu figura...)
Junto al Amor está la Muerte: ¡ójelo bien!
Robarle el beso de su esposa,
es preparar el corazón para la daga del Marqués...)

Otro embozado...

Una mueca hay de luz y sombra
en la fachada: acaso fué
chisporroteo de la lámpara ante el Santo,
que se destaca sepultado en la pared...
Este embozado al portón llega suavemente:
tricornio, capa, espadín y alas en los pies...
Con el fulgor de mi linterna,
tallado en roca, hago surgir sobre el dintel
escudo de armas, que parece que en un barco
del mascarón hace el equívoco papel...

El embozado abre el portón, y entra al misterio;
y yo consigo deslizarme tras de él...

En el zaguán, una calea
me hace pensar en Merimée:
la Perricholi regalándole la suya
a la parroquia, para que
la ostentación que va arrastrada
no viese al Viático ir a pie...
En el zaguán, una calea urde este asunto
que una mitad es sensualismo y otra es fe.

El patio luce un jardincillo:
jazmín, aroma y pasionaria, que su red
extienden sobre la atracción de una glorieta,
en que un estanque de azulejos deja ver,
bajo la plata de la Luna,
el oro trémulo de un pez...

Charla amorosa entre jazmines. ¿No es la misma
tonadillera y su Virrey?

Mica Villegas dice elogios de su estanque;
y amartelado el de Juniet
se ofrece a hacerle un singular Paseo de Aguas,
donde en la góndola de ella haya un asiento para él...

Llega hasta mí desde el traspatio
rancio tufillo. Yo entro a oler...

Bodegas: pipas bien preñadas
de vino añejo. Un gnomo es
el bodeguero: sus rubíes le da el Rioja
y sus topacios el Jerez.

(Pienso que Edgardo Poe esta noche
encontraría el fabuloso amontillado en su tonel...)

La servidumbre, en encaladas
habitaciones del traspatio, sigue fiel
cuidando el sueño de los siglos
con que parece que durmiera "Su Merced"...

¡Oh, los esclavos musculosos
de la azotada y recia piel!
Hablando están de brujerías y del gesto
de Ana de Castro en el reciente auto de fe...
(Tal cual morena joven me hace
imaginar una estatuaría desnudez
de ébano puro, en que se enrosca
como serpiente una canción de Baudelaire...)

La escalinata en el patio ínstame... Y yo pienso
que está tendiendo hacia mis pies
sus gradas amplias y sumisas
de voluptuosa languidez...
Subo por ella. Una tapada,
que sólo un ojo me hace ver,
mientras que subo, baja a escape
y desaparece sin dar tiempo a que malicie yo quién es...

Ante mí se abre la cancela;
y entro a los largos corredores, en los que

pone cabriolas y retozos
la turbulenta aristocracia de un lebel.

Llego a la puerta del salón, y una mirada,
rápidamente, clavo en él.

Pende del techo artesonado profusa araña de cristales,
en que bujías de colores dejan su blanda luz caer...

Como testigos, en los muros acolchados,
las claras lunas de Venecia oyen y ven...

En un rincón ríe el marfil de un clavicordio:
rincón opuesto, una armadura está de pie.

Una consola, en un florero, ostenta un ramo
artificial, entre labores así de Eibar como de Sevres.
Otra consola: en un reloj el ronco arrullo
de una paloma da las tres...

Y en la molicie de la alfombra,
veinte sillones de la E-
poca dorada, abren sus brazos, de rodillas,
en la actitud de los eunucos de un harén.

Súbito, cruza un personaje
por el salón: es un Virrey,
que se ha salido del retrato
puesto debajo de un dosel.

Y se improvisa una tertulia.

Lindas damas:

blanca peluca, miriñaque, chapin de raso en breve pie...
Pulcros varones: las casacas de rojo o verde terciopelo,
por cuello y mangas escaparse dejan encajes en tropel...
Un espadín de cincelada empuñadura
habla con un impertinente de carey.

(Esa es la hija del oidor: doña Mariana
de Querejazu. Esa otra es
la Sancho Dávila. Platican
con el Marqués
de Casa Concha... Y me parece
en el diván reconocer,
por su inequívoca hermosura,
a la Carrillo de Albornoz — Condesa de
Montemar — que abre su abanico y disimula
una sonrisa tras de él,
mientras deslízale al oído un galanteo
el heredero del Condado de la Vega, nada menos que del Rén.
(¡Y cómo impone su figura
Pepita Risco de Avilés,
ya que además de ser Virreina,
limeña es...!)

En el rincón de la armadura refugiados,
juegan tresillo, en frágil mesa, uno... dos... tres
ceremoniosos viejos y una
grave matrona... Un As... Un Rey...
Y con el nácar de las fichas del tresillo,
rima el esmalte de las cajas de rapé.

El clavicordio en tal ambiente
rompe a sonar. Y dos parejas ante él
van desdoblado, por los siglos de los siglos,
con majestuosa lentitud, el cuadro vivo de un minué...

Dejo el salón; y por los largos corredores
a visitar el dormitorio voy después.
En los silones de vaqueta, arrellanado
bosteza el sueño que pregunta: ¿Qué hora es?

Sobre la cuja de madera, en que el artista
hizo tallados milagrosos, un emblemático dosel
descuelga, al fin, sus fatigados cortinajes,
a la manera que sus alas dejase un águila caer.

En el armario de caoba,
una manzana está escondida; pero trasciende sin querer...
En los arcones tachonados,
el mudo sueño de la plata suele, asimismo, trascender...

Y en una cómoda, en su urna,
el Crucifijo ante una lámpara, hace sentir en paz también
la trascendencia de su gesto resignado
desde las púas de las sienes hasta los clavos de los pies...

El Oratorio solicítame...
Arrodillado está el Virrey
ante un altar, en que se ofrece Santa Rosa
como una flor en que cupiera todo el perfume del Edén.

(Puesto que Rosa libró en vida
a su ciudad de la amenaza de Spiltberg
—ese Simbad vuelto corsario,
que amaba el mar por no olvidar que era holandés —
pídele auxilio el conde ahora,
para emprender
viaje en castigo de piratas, que el de Lemos



NIETZSCHE decía en "Aurora", según nos parece recordar, que el estudio de la fisiología de los filósofos esta-

ba por hacer; de este modo daba a entender la importancia que entendía conceder al substrato físico en lo que concierne a las creaciones del espíritu. Ya sé que, así consideradas las cosas, el problema de la libertad queda seriamente maltrecho; pero, se nos ocurre preguntar: ¿ganaría en algo la libertad si pudiéramos concebirla aislada de todo factor humano? La única libertad que nos interesa — con la única que, en nuestro egoísmo, transigimos — es la que, de modo indisoluble, se encuentra ligada a nuestro organismo, a su historia y, sobre todo, a la proyección de ésta en el futuro. Si el problema se plantea con esta claridad, la frase de Nietzsche — ¡profética en lo que a él mismo se refiere! — encierra una verdad irrefutable.

Materialismo estrecho — se ha repetido siempre que el examen independiente del problema ha sido planteado. Una doctrina filosófica, un sistema, una concepción moral ¿dependían, pues, del estado del hígado, del riñón o del corazón del filósofo? Un exceso de úrea en la sangre, la localización de un tenue microbio en los centros nerviosos, ¿bastarían para edificar un cuerpo de doctrina capaz de revolucionar al universo? ¿Y por qué no?

Téngase en cuenta que toda concepción teórica debe ser considerada según el lugar que ocupa en la historia de las ideas. Tal concepción teórica, pues, es capaz de representar una época, una raza o un país. Y ya aquí aparece muy claro un nexo material. Un paso más y observaremos que ciertas concepciones teóricas caracterizan un tipo humano. En fin, en otras palabras, podría decirse que la curva de las creaciones del espíritu y la de la evolución fisiopatológica del individuo siguen una marcha paralela.

¡Cálculé la importancia de tal afirmación! La "Crítica de la razón pura" no habría sido quizás escrita si las cápsulas suprarrenales de un hombrecillo seco y nervioso hubieran producido menos adrenalina. El pesimismo de Schopenhauer, su elevada expresión del idealismo, acaso no hubiera cristalizado nunca en la pura forma literaria, si el filósofo no hubiera sido víctima de un accidente acaecido en su juventud... Y entiéndase bien que no tratamos de explicar lo espiritual por lo físico, sino de poner en evidencia la correlación indudable de esas dos corrientes de la realidad, imposi-

EL PROBLEMA DE LA CREACION Y DE LA ESPONTANEIDAD LITERARIA

POR

JOAQUIN
DE LUNA

(Para LA NACION)

PARIS, febrero de 1930

o si queréis de la técnica. De nada servirá, en efecto, que el fenómeno íntimo, el más depurado del espíritu, dé lugar a la nebulosa del esbozo artístico, si

única entre aquélla y su resultado? En fin, dicho de otro modo: a una mínima emoción artística ¿corresponderían una o varias creaciones? En el primer caso, la espontaneidad desaparece; en el segundo, la obra artística surge sin que ninguna previsión hiciera sospechar su existencia.

Ahora bien, en otro orden de ideas y sirviéndonos de un paralelo puramente físico, diremos que la "espontaneidad" de un fenómeno material es posible si conocemos sólo el estado inicial y el estado final del fenómeno en cuestión e ignoramos la concatenación que los une. Así, en química, hay reacciones que dan la ilusión de una aparente espontaneidad de la materia, y que desaparecen cuando la investigación nos informa de las transformaciones íntimas de los cuerpos puestos en presencia.

Perdónese me la comparación, humillante quizá, a los ojos de algunos, para las prerrogativas del espíritu.

¿El peligro de tal concepción? Apresurémonos a señalar el más grave. He aquí: si la creación literaria representa,

no la determinación de un estado orgánico, sino su "epifenómeno" y si la espontaneidad es sólo aparente, la concepción artística debe ser necesariamente individualista y particularista. ¿No más doctrinas comunes, no más escuelas! ¿Abajo los principios de tribu, de casta o de grupo! ¿El individuo! El individuo solo reaccionando en arte como en la vida, según sus ideas y según sus músculos, según sus prejuicios y según sus glándulas... ¿Y tal se nos antoja un peligro? En realidad es todo lo contrario, puesto que la creación artística será personal, esto es, individualista, o no será tal creación. Si es posible una literatura social o socialista, su creación será por el contrario el triunfo de una individualidad.

Es imposible, sin embargo,

se nos dirá, negar la influencia de las escuelas en la producción literaria más individualista. Examinemos esta cuestión. Las escuelas o tendencias literarias son de una gran utilidad para el estudio de la literatura "a posteriori", pero jamás se me hará ver en ellas otra cosa más que una generalización cómoda de algunos hechos individuales. Sirvanos de ejemplo el naturalismo en la novela, del que ya nos hemos ocupado en estas columnas. Entre los escritores del grupo de Médan — Emilio Zola, Guy de Maupassant, J. K. Huysmans, Henry Céard, León Hennique, Paul Alexis — no había nada de análogo, de semejante, ni siquiera en el detalle. Temperamentos distintos, ideas diferentes, concepciones artísticas opuestas, como puede comprobarse por la lectura de las obras más representativas de cada uno de los seis autores. ¿Cuál fué, pues, el lazo que los ligó durante un cierto tiempo bajo la designación de naturalistas? El espíritu de rebelión contra lo académico, que cada autor veía a su modo. De aquí la inmensa variedad de matices del movimiento en cuestión y de aquí su inmortalidad. Pero, en el fondo, el individualismo triunfa amañerándose a veces en un particularismo o personalismo grotesco.

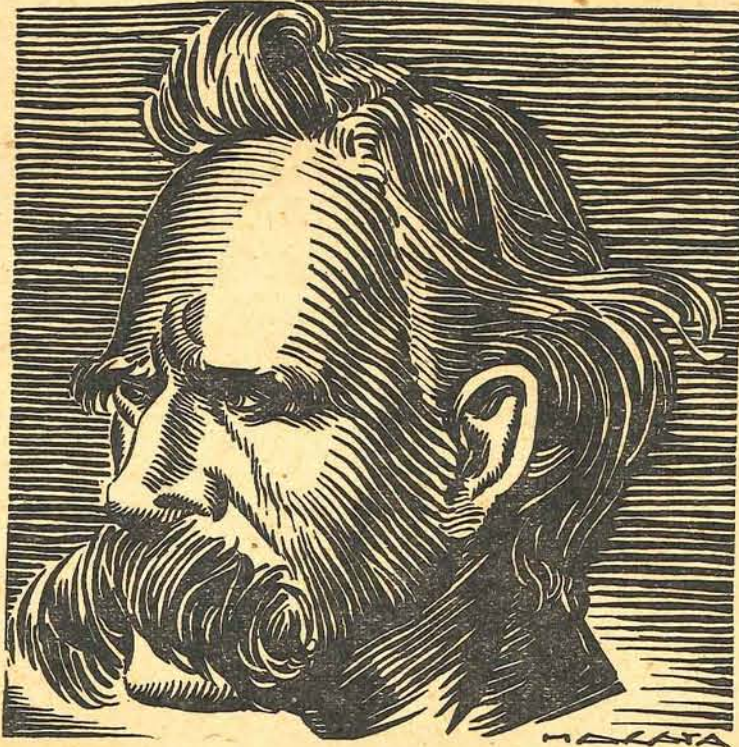
De Zola a Alfonso Daudet — escritor naturalista, sin embargo, — hay la distancia que separa el grito de la ironía. De Maupassant a Huysmans, la de un salón a una catedral.

Y la observación que apuntamos referente al naturalismo, es válida para todas las escuelas literarias, del romanticismo al simbolismo, pasando por los parnasianos y llegando a los "surrealistas".

El triunfo de la individualidad en arte es, pues, el de un organismo — ¡no temamos la expresión! — a cuyo servicio colabora un conocimiento perfecto de la técnica, una ciencia acabada de la manera de hacer.

— ¿Y cuáles son — me diréis — los factores orgánicos que determinan o sirven la creación literaria?

¿Quién podría fijarlos! Yo jamás me lo propuse. Antes al contrario: los imponderables de la creación artística existirán siempre, en torno de ella, de tal modo, que nuestra ilusión se mantendrá eternamente rica y lozana. Y en el fondo, así es, puesto que la obra de arte puede ser considerada, en su esencia, como un manantial que fluye oculto en el alma del poeta — ¡independiente de su voluntad! — realizándose así la creación literaria espontánea entre todas: la producción de la obra artística que se impone, de modo invencible, a la conciencia del autor.



FEDERICO NIETZSCHE
Dibujo de Luis Macaya

la técnica no acierta a reproducir el fenómeno de un modo reversible. Toda creación literaria supone un primer tiempo de "impresión", de recepción, si se prefiere esta palabra, durante el cual el "tamiz orgánico" deforma la realidad para transformarla en idea. La idea pura no es aún una obra de arte. La obra de arte aparece al conjuro de los medios de expresión, del "saber", que crea en suma, todo el artificio del arte. Hay, pues, reversibilidad en estos dos tiempos de la creación artística.

¿Y la espontaneidad? La emoción, punto de partida de la realidad-impresión artística, ¿puede expresarse bajo diversas formas o presenta más bien una correlación estrecha y

resolvió ir a perseguir ya desde ayer, encomendándose a la Santa y encomendando el Virreinato a su mujer...).

Todo el altar es un encaje bordado en oro con la gracia de un joyel: es una fronda en que una Santa se ha aparecido, tal cual una ninfa se puede aparecer...

El humo gira del sahumero, que un braserillo quema en símbolo de fe; y entre las blancas espirales van pasando sueños de tierras prometidas a la columna de Moisés... Se da el Virrey golpes de pecho que en lo profundo de los siglos se oyen bien, cual campanazos que repiten en las sombras: — ¡Jerusalén!... ¡Jerusalén!... ¡Jerusalén!...

Atraer siéntome a la sala de lectura.

La estantería está repleta de infolios. Cuento: hay más de Forro de cuero. Sobre el lomo toscas letras. ¡cien. el grave peso y la polilla hacen crujir un anaque!...

En ancha mesa está escribiendo un enlutado, con su peluca de algodones encasquetada hasta la sien.

¿Será don Pedro de Peralta?

La pluma de ave va corriendo en el papel... Punto final. Vuélcase el frasco de arenillas... Y el gran poeta colonial se pone en pie.

¿Adónde va?

Lleva el escrito en una mano. Va al refectorio. Yo lo sigo.

¡Cálido ambiente de placer!...

Trémula luz prodiga el bronce de retorcidos candelabros que rebotando va, en los muros, de cada espejo en el desliza. Llega a los postres el banquete. Rebulle en torno de la mesa, por entre un lujo de epigramas, el discreto de un rondei...

Se une al postizo de las damas, la ostentación de los varones; que en el Triánón dictan los Luises la de las modas dura ley. Aparadores enconchados lucen febril cristalería, torres sin fin de porcelanas, platas y aceros en tropel. (Dos azafates repujados se ríen contra la pared).

Graves lacayos van portando una vajilla... Ramo de flores se deshoja sobre la nieve del mantel... Es un banquete harto académico...

(El varón docto que hace honores al Marquesado de Castell dos Rius, preside: es un Poeta, sin olvidar que es un Virrey).

Se alza don Pedro de Peralta, y lo que ha escrito entonces lee: es un soneto conceptista prolijamente elaborado en español, en italiano y en francés...

Rómpele el dulce encantamiento...

Noche de luna. Gran reposo. Honda mudez... Tal, cuando vuelvo al corredor, surge en lo obscuro hacia un rincón el tinajero y, sin querer, en el silencio de la noche oigo la gota que está llorando por el tiempo que se fué...

¡Vetusta casa!

Hay en tu pompa un misterioso no sé qué; y así es cómo mitad finges oratorio y otra mitad finges harén. Una hábil mano hoy te restaura, acariciándote tal vez; pero ¡ay! no puede reanimarte con el soplo del tiempo ido para nunca más volver...

E. E. VIDAL

AUTOR DE LAS
"PICTURESQUE
ILLUSTRATIONS
OF BUENOS AIRES
AND MONTEVIDEO"

Por ALEJO B.
GONZALEZ
GARAÑO

casísima figuración pública y el cual, además, no nos da, en las páginas de su libro, el menor indicio de la causa de su prolongada residencia en el país, y he tenido la fortuna de obtener éxito en mis investigaciones.

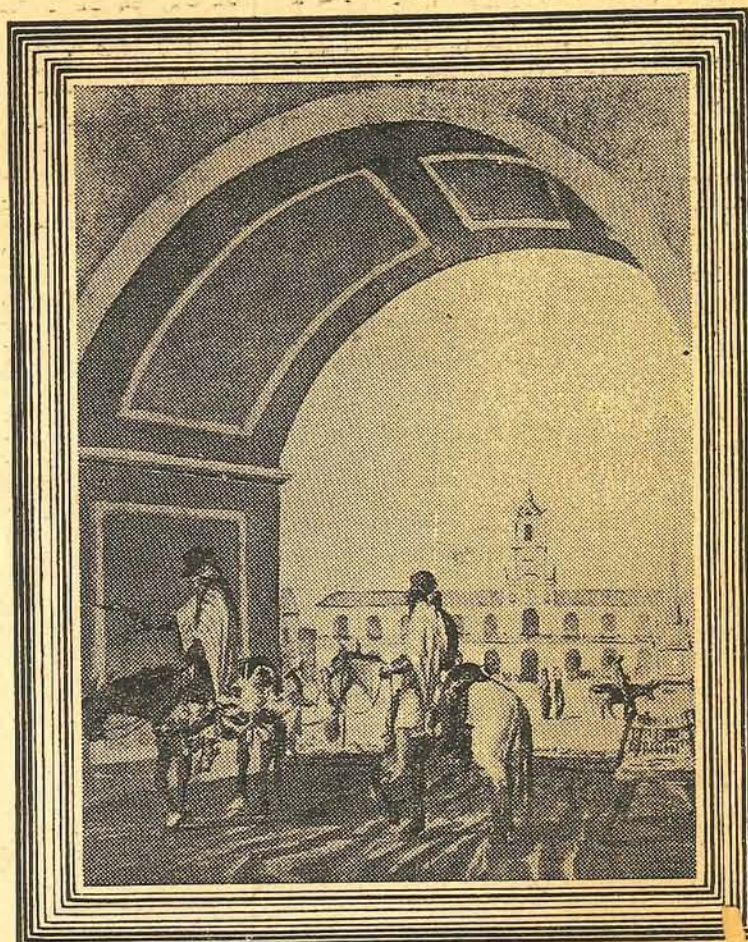
Poseedor de cuarenta-acuarelas originales de Vidal, de las cuales quince referentes a Buenos Aires, completamente inéditas, preparo con el fin de divulgar estas últimas, su reproducción, en su tamaño y colorido original, en una edición de lujo, que irá precedida de una noticia biobibliográfica sobre el autor y su obra y cuyo contenido hago público hoy en forma sumaria, con el objeto de que sean conocidos, con anterioridad de unos meses, estos datos que serán de sumo interés para los amantes de nuestro pasado.

Un Emerie Vidal, negociante en Surrey, Inglaterra, y que lo suponemos francés, pues testó en este idioma en 1785, estatuyó como heredero a un sobrino de su mismo nombre, residente por entonces en Montauban, Francia, y que fué el padre de nuestro artista. Aunque por estas razones podría creerse francés, lo cierto es que hizo toda su carrera en la real marina inglesa, ocupando el cargo de contador y luego el muy honorífico de secretario de los almirantes Sir John Lockart, Ross, Duffy y Kingsmill.

Fallecido en 1811, sus bienes pasaron a posesión de su mujer, Jane, con la cual había tenido tres hijos varones y una mujer. Todos los hijos abrazaron la carrera de su padre. El primogénito, Ricardo Emerie, fué capitán de la real armada. El segundo, Alejandro Thomas Emerie, llegó al elevado cargo de vicealmirante, siendo el tercero nuestro biografiado.

Emerie Essex Vidal, nació el 29 de marzo de 1791, en la ciudad de Brenford, situada en el condado de Middlesex. A los quince años de edad, el día 14 de agosto de 1806, entró al servicio naval en calidad de voluntario a bordo del Clyde, de estación en el Mar del Norte, pasando a los pocos meses a ocupar el puesto de oficial de secretaría en el mismo buque. Tenía para este puesto, una bellísima letra, cultura grande y, dentro de ella, el conocimiento del dibujo y del arte del acuarelista, utilísimo para su puesto y objeto de distracción para llenar las horas de holganza, anotando los aspectos de los diversos países adonde lo llevaran sus ambulantes ocupaciones de agregado a la marina británica.

En el año 1807 Francia amenazó con una invasión militar a Portugal. Obedeciendo a las insinuaciones del gobierno inglés, el Regente decidió trasladarse con toda su corte al Brasil, lo que efectuó en noviembre de ese año, escoltada su escuadra por la británica al mando del almirante Sir Graham Moore. Vidal formó parte de esta expedición, realizando su primer contacto con la América del Sur el 27 de enero de 1808. En marzo siguiente fué hecho escribiente del Clyde, siendo nombrado posteriormente contador a bordo del Calypso, pasando luego al Caliope, en el cual permaneció hasta diciembre de 1809. Estuvo a media paga o retirado



Vidal. El Cabildo desde el arco central de la Recova en enero de 1817 (Colección González Garaño)

EMERIC ESSEX VIDAL 1791-1861

LOS recuerdos gráficos referentes a Buenos Aires, a sus habitantes o a sus costumbres, durante los primeros siglos de su existencia son escasísimos y poco fieles como exacta expresión de la realidad. Los más son productos de la imaginación de sus autores, como las primitivas y fantásticas láminas de la crónica de Schmidel, editada por Hulsius el año 1599 o como la representación de la ciudad dibujada por Silvestre Ferreira da Silva en 1748, otras, que basadas en apuntes o bocetos sacados del vero, al ser interpretadas por sus autores las falsean despojándolas de verdad y carácter, como sucede en parte con el panorama tomado de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XVII, salido del estudio del cartógrafo holandés Juan Vingboons y otras, en fin, ejecutadas por personas que sólo tenían una muy rudimentaria noción del dibujo, como la perspectiva de la ciudad, dibujada a la pluma en 1770, por el piloto español José Antonio Puig y existente en mi colección. Es sólo a fines del siglo XVII, en el año 1794, que un artista de verdad, Fernando Brambila, dibujante del célebre viaje de Malaspina, ejecuta a la aguada dos panoramas de nuestra ciudad, que constituyen la más exacta representación de Buenos Aires colonial; uno de los cuales, el tomado de la ribera sudeste, fué repetidamente reproducido, constituyendo por muchos años la vista clásica de nuestra ciudad. Ambos panoramas descubiertos por mí, el año 1925, en el Depósito Hidrográfico de Madrid y dados a conocer a los estudiosos de estas materias por sus reproducciones fotográficas, han sido hechos públicos por primera vez por mi distinguido y sabio amigo el Dr. Félix F. Outes en su erudito artículo "Las vistas más viejas de Buenos Aires colonial y las inéditas anteriores al siglo XIX".

La misma pobreza que hallamos en las vistas que representan los aspectos exteriores de Buenos Aires, la encontramos en las que reproducen al habitante, a sus trajes y costumbres, sus medios de movilidad y las faenas del campo, como las aparecidas en la obra de Bouganville, que nos muestran el modo de vestir de los

habitantes de Montevideo; las pobres e ingenuas ejecutadas en 1799 por William Gregory, que nos hacen ver nuestras primitivas carretas o el modo de enlazar el ganado y, en fin, los diversos grabados a la aguada de resina, originales de Brambila y que hubieron de ilustrar la fracasada obra de Malaspina.

A raíz de las invasiones inglesas, fué tal la curiosidad producida por estas tierras, que en Europa aparecieron obras ilustradas que las describían y diversas láminas poco fieles como expresión de la realidad.

Entre todos los escasos recuerdos gráficos que constituyen nuestra primitiva iconografía no encontramos ninguno efectuado por un artista nativo. En el año 1705 aparecen en las misiones guaranícas los grabados de carácter religioso que ilustran la "Diferencia entre lo temporal y lo eterno", del Padre Nieremberg, y otros más de los que sólo se conoce la magnífica lámina de San Juan Nepomuceno, cuyo único ejemplar se halla en mi poder. Fundada la imprenta en Buenos Aires en 1780, casi contemporáneamente se ejecutaron los primeros grabados, pero ellos se limitaron a reproducir santos, como el de la Virgen de Luján, obra de Rivero; la imagen de algún rey, y después de nuestra independencia, los primeros retratos, infantiles de factura, de los más altos representantes de la patria, originales del platero correntino Núñez de Ibarra.

Es sólo en el año 1820 con la aparición de "Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo", etc., por E. E. Vidal, que tenemos en conjunto las primeras, verídicas y exactas reproducciones sacadas del natural y con su colorido propio de los diversos aspectos y costumbres de nuestra ciudad y campaña.

Hace pocos años solamente que se da a esta magnífica obra editada por Ackerman, el valor que ella merece, siendo sus ejemplares disputados a altísimo precio. A pesar de ello se ha ignorado por completo la vida y la obra de su autor, que pasará a la posteridad por ser el primero que nos ha legado tan magnífico conjunto evocador de nuestro pasado.

Desde hace años me he ocupado de rastrear la vida de este artista; difícil búsqueda, por tratarse de un personaje de es-

del servicio activo hasta fines de 1813, en cuya fecha lo hallamos a bordo del Speedy.

Vidal contrajo enlace con la señorita Ana Juana Capper, el 27 de enero de 1814, en la parroquia de St. Brides, Londres. De su matrimonio tuvo dos hijos y tres hijas. Así como su padre y sus hermanos pertenecieron como él a la marina, sus hijos y sus yernos fueron religiosos y él parece haber sido un espíritu profundamente cristiano. Sus hijos varones, James Henry y Owen Emerie, fueron mellizos; nacidos en 1819, ingresaron en 1832 al Colegio de San Juan en Cambridge. El primero fué vicario de Chiddingly, Sussex, y el segundo llegó a ocupar el cargo de obispo de Sierra Leona, en Africa.

A fines de 1814 ejercía Vidal su cargo en el Bann, y desde entonces hasta mayo de 1816 se halló en situación de media paga. Durante ese período lo encontramos en los lagos del Canadá, donde su hermano el capitán Alexandre Thomas Emerie se hallaba ocupado en el levantamiento de cartas. Emerie Essex Vidal actuó por un tiempo como secretario del comandante en jefe, comodoro Sir Eduard W. C. R. Owen, y sus servicios fueron de tal manera apreciados por éste, que para retribuirlos obsequióle con un hermoso tintero de plata, que Vidal conservó hasta el fin de sus días. De esta época datan las acuarelas primeras que conocemos, debidas a su mano y que representan los puertos de Kingston y Sacketts, sobre el lago Ontario, las cuales fueron dedicadas a su amigo personal el almirante Sir Graham Moore, pintando además en 1816, para lady Moore, las "Cataratas del Niágara". Vidal estuvo en esas regiones durante la segunda guerra de los Estados Unidos con Inglaterra y seguramente asistió a alguno de sus sangrientos combates.

Del 7 de mayo de 1816 al 28 de septiembre de 1818 (31 meses) se encontró ejerciendo su cargo de contador en el buque de S. M. B. "Hyacinth", de estación en el Brasil, ocupando durante parte de ese período el puesto de secretario del almirante de la escuadra. Para nosotros es ésta la parte más interesante de su vida, pues durante una prolongada residencia pintó en el Brasil, Uruguay y Argentina las acuare-

las que conservo en mi colección.

De su estada en Río de Janeiro conozco solamente un panorama de la ciudad, en poder de una de sus descendientes residentes en Londres, y dos de mi propiedad, una bellísima de la Bahía de la Gloria, fechada en julio de 1816, y otra de la misma bahía ejecutada en 1818 y dedicada en el dorso a Lady Moore. Pero no es posible creer que sólo estas tres acuarelas pintara en Río de Janeiro. En su prolongada residencia, en un sitio en el cual la esplendorosa naturaleza incita a pintar en todo momento al artista, brindándole temas por doquiera, aumentados ellos por los presentados por las pintorescas y coloridas costumbres, es de pensar que su producción artística haya sido más numerosa.

Respecto a su estada en Buenos Aires, poco sabemos. Que nos conoció bien, lo prueba la veracidad de su relato, pero en ninguna de sus páginas nos hace saber cuáles fueron sus ocupaciones, y dada su cultura y su don de gentes, quiénes fueron sus amistades.

Su residencia en nuestra ciudad no tiene otra explicación que la venida a las aguas del Plata, al mando del comodoro de S. M. B. William Bowles, de gran parte de la división naval que se hallaba en el Brasil y con motivo de la ocupación de Montevideo por los brasileños, con el objeto de proteger al comercio británico. En esa división figuraban los buques de la armada inglesa Amphion, Creoli y Hyacinth, siendo este último en el que se hallaba embarcado Vidal. En el Archivo Nacional de Montevideo, así como en el nuestro de la Nación, hemos hallado constancias de la estada de ese buque en los dos puertos, precisamente en las fechas indicadas en sus acuarelas.

Espíritu curioso, observador e ilustrado, con facilidad de redacción, llenó sus ratos de ocio, que para un empleado en un buque británico fondeado en nuestras aguas muchas habían de ser, escribiendo sus impresiones y describiendo las costumbres de este país, sin ánimo de darlas a luz algún día, como él lo dice en el "Preface". Cuando Vidal llegó a Buenos Aires se encontró que el paisaje, tal como él lo concebía, no existía, por lo menos con la variedad de aspectos o el es-



N sencillo libro de memorias ("Memorias de un bilbaíno. 1870-1900") ha emocionado al Bilbaio de nuestros días. Su

autor, José de Orueta, no ha hecho otra cosa que contar su vida en esos treinta años de fin de siglo, presentándonos con tal pretexto el ambiente un poco patriarcal de la ciudad embrionaria, sus luchas, sus afanes y, sobre todo, su maravilloso optimismo. El éxito del libro está, precisamente, en el tono alegre y en el culto que allí tienen las cosas de que el bilbaíno se enorgullece: su buen humor, su buena mesa y el espíritu de aventura que ha anidado casi siempre en nosotros.

José de Orueta, que no es un escritor profesional sino un caballero de aquellos tiempos, que nos cuenta de la manera más familiar del mundo, lo que sucedía entonces, recoge canciones, almacena episodios, reconstruye, en fin, la escena de una época que para muchos de los que aun viven representa la juventud triunfal. Para sus hijos y para sus nietos, es un Bilbao simpático, heroico y gracioso el que nos ofrece ese libro, cuya portada empieza por mostrarnos a un cazador de chimbos, armado de todas armas, debajo de su higuera, como si esperase la acometida de un leopardo; un dibujo tartarinesco de Anselmo de Guinea, en el que la nota de humor está dada por medio de un perro de lanas, esquilado a la moda de entonces: pompones en las patas y en la punta del rabo y el medio cuerpo zaguero bien limpio de pelo, como si interrumpiendo la parte de corredo se tratara de imitar al león de las selvas.

Se ha emocionado Bilbao, sencillamente. Y eso que el libro ha aparecido en las papelerías, junto a las cajitas de lápices y de lacres, junto a las escribanías y junto a los cromos de encaje para los niños, en plena alza de la libra esterlina y cuando los "tenedores" de acciones ferroviarias andaban no poco preocupados con la amenaza del nuevo estatuto...

"MEMORIAS DE UN BILBAÍNO: 1870-1900"

JACINTO
MIQUELARENA

(Para LA NACION)

BILBAO, febrero de 1930.

Un libro que ha detenido la vida fenicia de la ciudad; que se ha impuesto a las cotizaciones bursátiles; que ha flotado serenamente sobre el encrespado y breve temporal económico...

"Memorias de un bilbaíno" tiene varias páginas consagradas a iluminar "El Kurding", la famosa sociedad o tertulia sobre la que tanto se ha fantaseado en Bilbao, "presentándola a veces como un grosero alarde de incontinencia y una cinica jactancia de la borrachera entre señoritos".

"En primer lugar — escribe Orueta — la sociedad no se llamaba "Kurding", nombre que le pusieron los maliciosos de fuera; se llamó "El Escritorio", y, según el inolvidable "Chato", nuestro buenísimo amigo Ramón Real de Asua, ese nombre "es para poder decir a todas horas y a todos, que vas al escritorio y no te sigan, y así te dejen en paz con los amigos".

El reglamento estaba escrito en el pergamino de un pandero, colgado de una pared, y decía: "Dentro del local de la sociedad, cada socio podrá hacer lo que le dé la gana, siempre que no moleste a los demás".

Esto era todo. No había presidente ni junta ni nada. Un socio, por turno entre los voluntarios, quedaba autorizado a hacer lo que quisiera en la administración del club; podía hacer vender los muebles y cerrar los locales sin consultar con nadie. A ese socio se le llamaba "La Comisión".

"El decorado lo hicieron Manuel Losada, Guinea e Ignacio Zuloaga en sendos paneles pintados al óleo y pegados en las paredes; el mobiliario, sencillísimo, era de sofás y butacas de gutapercha, sillas, mesas pequeñas, una mesa de billar y un piano. En un rincón, una pequeña Venus de Milo en yeso.

Por paredes y rincones había colgadas cuantas cosas heterogéneas y extraordinarias pueden imaginarse, pero casi todas de interés bilbaíno".

Allí se conservaron las ar-

mas que trajo de sus expediciones por tierras de Africa el llamado "Moro vizcaíno", José María Murga; la cabeza enorme del primer "Don Terencio", el gigante de cartón, con su bicornio y sus bucles del siglo diez y ocho; el silbo de "Chistu" (Chango), el gran tamborilero, y todo en fin lo que guardara un aroma de aventura o representase lo pintoresco de un pueblo que iba poniéndose demasiado triste, según los del "Kurding".

Las reuniones de "El Escritorio" se hicieron famosas. Había banquetes romanos; cenas habladas, "el día del carnero inglés"; grandes conciertos íntimos a cargo de los socios, la mayoría de los cuales sentían una pasión muy de la época por la música; se celebraba la fiesta del trabajo, el 10. de Mayo, presidiéndola el socio que menos había trabajado en su vida; exposiciones de pinturas, "obligatorias para todos los socios", en una de las cuales se presentó el Nervión reproducido en forma ingenua, con doce angulas verdaderas, cocidas y clavadas con alfileres al lienzo, en actitud de nadar...

"Hubo otras fiestas — añade Orueta — con invitaciones para las señoras de las familias de socios, con preciosas sesiones de siluetas y sombras, hechas por Losada, y recitados alusivos, con letra de Juan Carlos Gortazar. En Cuarema se servía, en estas fiestas, a las señoras, "colación" con sopa de ajo, coliflor y dulces secos".

A través del libro se advierte la preocupación de las gentes de la época por el más allá de los límites españoles. El bilbaíno viaja constantemente y trae impresiones de Francia, de

Gran Bretaña, de Dinamarca. Los pintores hablan de Mannet, Degas, Claude y Puvis de Chavanne. Los músicos importan a Gluck. Llega Ignacio Zuloaga con un cierto modernismo y aparece el terrible colorista Darío de Regoyos como uno de los quince Independientes de Bélgica.

Los "snobs" visten y se mueven a la "última" de París y Londres; los aventureros se lanzan al Norte de Africa o a las Repúblicas americanas, más de conquista que en plan fenicio, como aquel Enrique de Ibarreta y Uhagon que emprendió la exploración del río Malcomayo, en Bolivia y Paraguay, pereciendo en ella.

Para Bilbao no existe Madrid entonces. Nadie va a Madrid, nadie vuelve de Madrid, nadie cuenta cosas de Madrid. No sé si este desinterés por las cosas nacionales es o no digno de elogio; pero Bilbao, que empieza a ser un gran puerto, palpita ya con emociones universales y va labrando de esta forma su porvenir glorioso: su fuerza económica, la independencia de sus artistas, el humor de todos.

En el libro se recogen todas las genialidades de Adolfo de Guaiard, pintor y humorista, que aun cuando solía decir que "el hombre es el único animal que pide trabajo" y que "el que ama el trabajo "pereserá" en él", ha dejado una estela magnífica de arte, en lienzos, paneles y dibujos, de su paso por la vida. Se recogen también todas las historietas de la época, y ellas van cristalizando el tipo bilbaíno de fin de siglo, con perfiles perfectamente claros.

No se olvida el episodio de aquel caballero que paseaba un día por el muelle de Ripa, con un paraguas colgado del brazo, y que se encontró con un capitán de barco amigo suyo.

—¿Qué haces? — le preguntó el caballero.

—Preparándome para zarpar.

¿Quieres visitar mi barco? Y el caballero visitó el barco.

—¿Por qué no vienes con nosotros? — exclamó entonces el marino.

—No he dicho nada en casa... —Pues hombre, manda un recado.

Nuestro bilbaíno llamó a un pilluelo que pasaba por el muelle y le dijo:

—Vas a mi casa, entregas este paraguas, y le dices a mi mujer que no irá a cenar.

Nada más. Poco después salía con su amigo, rumbo a Chile. ¡En un barco de vela!

Esto puede dar una idea de la familiaridad con que nuestros antepasados trataban a la corteza terrestre. Un viaje a Chile en un barco de vela, no exigía despedidas más tiernas ni más teatrales.

Y pasa por el libro el espectro de la guerra carlista con su bambardeo sobre Bilbao, acogido por la población con el más elevado espíritu "deportivo" y con una serie de canciones alusivas a "Carlos-Chapa" y a sus secuaces, extraordinariamente divertidas.

Nos habla Orueta de algunos rincones deleitosos de los alrededores de Bilbao, destruidos hoy y enrojecidos por las explotaciones mineras. Estampas y cuadros de entonces. La ría, aun con sus bajos o "churros" en la baja mar. Escenas de "sirga".

Y todo lo que se quiera en canciones de puerto, de las que destaca el "folk-lore" de un pequeño mundo de gabarreros, cargadores y habitantes de muelle... Como esta canción:

Arbolito bien plantao
siempre parece arbolero;
la mujer de buen marido
siempre parece soltera.

Un libro escrito honradamente, limpiamente, sin ninguna preocupación literaria. Tiene la frescura de las cosas logradas al primer intento.

Y en este Bilbao donde apenas se hablaba de otra cosa que de la cotización de los "explosivos" y del alza de la libra esterlina y de la baja de los "ferros", hace ya algunos días que las gentes se detienen en las calles para preguntarse:

—¿Ha leído usted el libro de Orueta?

plendor de los otros lugares visitados; todo era monótono, sin color, y la llanura inmensa se perdía en el horizonte. La arquitectura era pobre y sin carácter. El interés residía en el habitante de la ciudad y de la campaña, en sus faenas camperas, en las inmensas carretas y en los animales que poblaban las pampas y que constituían el sostén y la riqueza del país. Esta es la razón por la cual el paisajista que había en Vidal transformóse en pintor de figura y en animalista, difícil esto último para el hombre de mar, pues para representar bien una cosa menester es observarla con frecuencia. Pero si no sobresalió en ello, necesario es reconocer que es el único, hasta entonces, que nos ha dado la verídica representación de lo que vió y el primero que tal cosa realizó en nuestra ciudad, mal dibujados, así eran los habitantes del villorio, así se vestían, así se movían, tales eran las faenas del campo y tal la pobreza y la tristeza de la miserable población.

De regreso a Londres el editor Ackerman, entusiasmado con los originales que le enseñó Vidal, se resolvió a editar la obra, que comenzó a aparecer en mayo de 1820, en forma de cuadernos mensuales, de los que salieron seis, en los meses que van de mayo a octubre. La edición hecha en forma lujosa, contenía veinticinco aguatinas coloreadas y debidas a los mejores grabadores de esa época. La tirada fué de ochocientos ejemplares. Las acuarelas originales, reproducidas en la obra se encuentran en mi colección,

habiéndolas adquirido el doctor Francisco P. Moreno, quien las hubo de fuente insospechable; fueron pintadas en 1819, especialmente para ella, tomando sus temas de las acuarelas primeras pintadas por el artista en los años 1817 y 1818, las cuales las adquirió en Inglaterra de la familia Gore, algunos de cuyos miembros representaron su país en el nuestro y cuya publicación facsimilar preparo, como he dicho anteriormente.

Durante la época de la publicación de su obra, Emerie Essex Vidal no se hallaba en Londres, pues de julio de 1820 a septiembre de 1821 fué secretario del contraalmirante Robert Lambert, a bordo del Vigo, de estación en el Cabo de Buena Esperanza y en Santa Elena. Sus aficiones artísticas lo llevaron el año 1821, en el tiempo de la muerte de Napoleón, a hacer apuntes de esta isla, habiéndose, el año 1816, subastado en Londres un libro original de Vidal, conteniendo vistas de Longwood y de la tumba del emperador. Una bizneta del artista conserva en Londres tres pinturas que representan, respectivamente, la mascarilla de Napoleón y sus funerales y entierro.

De diciembre de 1822 a septiembre de 1826, lo hallamos en el Gloucester y posteriormente en el Ganges, a bordo del cual, el año 1828 y 1829 estuvo nuevamente en la América del Sur, como secretario del contraalmirante Sir Robert Otway. De este período poseo dos acuarelas de gran tamaño y que representan el "Modo de

enlazar el ganado en Buenos Aires" y "Carreta pasando un pantano", en las que se advierte el progreso realizado en su arte por Vidal en los diez años transcurridos desde la ejecución de las primeras. Ambas llevan en el dorso la dedicatoria del artista a Lady Pousonby. Lord Pousonby, ministro inglés en el Plata, era un hombre anciano y su esposa una joven y hermosa mujer, llamada Fanny, e hija del cuarto Conde de Jusey. A Buenos Aires habían venido de Viena y la transición entre la lujosa Corte y la pobre y poco higiénica ciudad hizo que jamás se adaptase la mundana dama al nuevo medio. En julio de 1828 Lord Pousonby fué trasladado a Río de Janeiro, en donde su esposa se adaptó menos a la sencilla y poco comfortable vida sudamericana. Muy explicable es que Vidal, secretario del almirante, conociera e intimara con la interesante dama en Buenos Aires y en Río de Janeiro. En junio de 1829 el almirante Otway regresó a Inglaterra, después de una poco brillante actuación, y con él lo hizo igualmente Lord Pousonby. En ese viaje Vidal estrecharía aún más la amistad con la pareja y obsequiaría a la lady con esos recuerdos de su estada en estos países.

Vidal estuvo, por último, embarcado a bordo del Asia, de 1831 a 1834 (42 meses). La mayor parte de ese largo período lo pasó de estación en Lisboa. El 29 de septiembre de 1832 y durante la guerra entre Don Pedro y Don Miguel, una bala de mosquete le atra-

vesó el cuerpo, dañándole seriamente el hígado. Cayó herido mientras acompañaba al comandante del Asia, capitán Peter Richards, al cual servía de intérprete, pues poseía el portugués, aprendido en sus largas estadas en el Brasil. Sobre el Asia flameaba el pabellón del almirante en jefe de la estación de Lisboa, Sir William Packer.

De los años que Vidal residió en Portugal quedan en poder de los descendientes de su yerno el Reverendo Arthur Lewis, varias pequeñas pinturas.

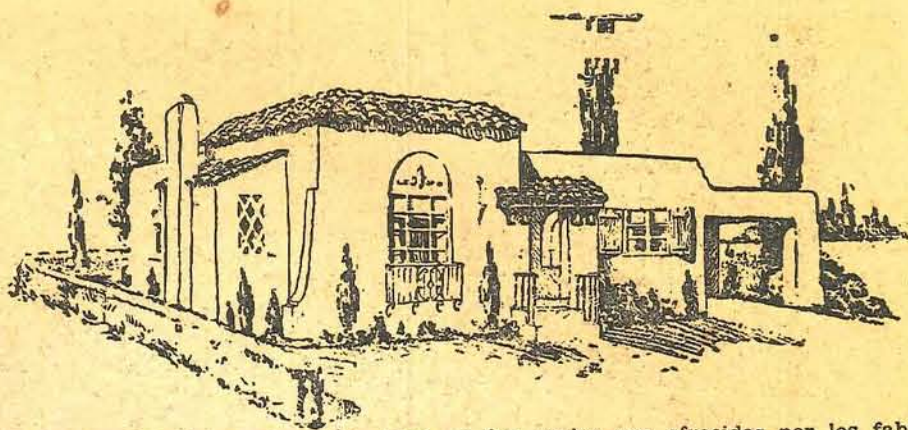
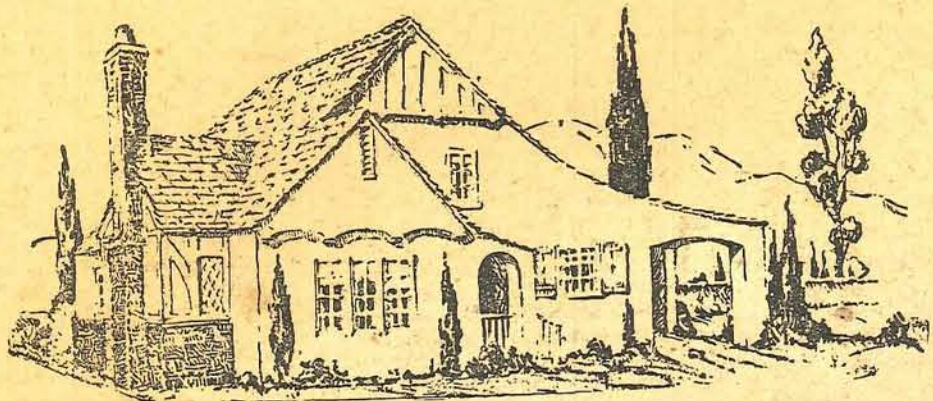
Desde que fué herido, el hígado le ocasionó frecuentes molestias que, complicadas con otros males, hicieron inútil para el servicio activo en el mar, pues se veía obligado a permanecer en completo reposo hasta que se apaciguaran sus sufrimientos.

Se retiró definitivamente del servicio naval el 24 de agosto de 1858. Viéndose debilitado por sus males, pero en perfecto estado mental, hizo su testamento el 4 de mayo de 1860. Refiérese en él a su mujer y a sus cinco hijos y les recomienda que su sepelio sea sencillo y sin boato.

Emerie Essex Vidal murió repentinamente el 7 de mayo de 1861, en el No. 3, Lennox Place, Brighton, a la edad de 70 años.

Estuvo 28 años en servicio activo. Durante ellos, diez y medio lo fué como secretario de seis comandantes en jefe, en el Báltico, en el Cabo de Buena Esperanza, Santa Elena, Antillas, lagos del Canadá y dos veces en la América del Sur.

El retrato de Vidal, que ilustra este artículo, constituye una verdadera primicia; es la primera reproducción del único retrato existente del artista, un daguerreotipo, en poder de una de sus nietas, Miss Fear, que ha tenido la suerte de encontrar, después de infructuosas búsquedas anteriores. Es un bello retrato que lo representa en el ocaso de su vida y en el cual apreciamos la expresiva y fina fisonomía, los cuidados cabellos, la amplia frente y la elegancia y distinción de toda su figura. Como podemos apreciar en la breve biografía de Emerie Essex Vidal, su figuración en la armada británica fué modesta, transcurrió su existencia placidamente, sin ningún hecho sobresaliente en su carrera, y su nombre se hallaría sepultado en el más absoluto olvido si él no hubiese sido el autor literario y artístico de las "Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo". No son sus recuerdos del Canadá, de Santa Elena, del Brasil o de Portugal los que darán fama a su nombre, desde que de esos lugares existen mejores y más artísticas reproducciones; su obra imperecedera es la dedicada a Buenos Aires, pues como ya lo he dicho, son los únicos verídicos documentos gráficos en los que podemos contemplar los aspectos de nuestra ciudad al comenzar el siglo XIX y cuyos originales, felizmente reunidos y salvados de la destrucción inevitable, forman un verdadero tesoro iconográfico para los argentinos.



La industria americana provee en la actualidad todos los elementos necesarios para construir casas confortables, no exentas de belleza, a precios muy reducidos. No sólo en materia de automóviles y cinematografía se hallan los poderosos vecinos del Norte en condiciones ponderables, puesto que en lo que respecta a arquitectura, buena parte de los artefactos y estructuras que se exhiben en las construcciones de nuestro siglo proceden de talleres y de fábricas de los Estados Unidos. Por lo que hace a las pequeñas viviendas, la producción en serie ha llegado a un grado de perfeccionamiento visible y digno de ser imitado. Existen organizaciones industriales y comerciales que elaboran "cottages" con los mismos sistemas implantados por los fabricantes de automóviles y de máquinas agrícolas. La casa construida en el taller, con las ventajas de la elaboración sistematizada, se remite al domicilio del cliente en condiciones de ser instalada en pocos días. De tal modo la realización del sueño de la vivienda propia resulta casi instantánea para el obrero y para el empleado, siempre que éstos dispongan de unos pocos miles de dólares o se adhieran a cualquiera de los planes de pago en cuotas, planes previsores que, a diferencia de lo que suele ocurrir en la Argentina, no admiten que el plazo sea de veinte o treinta años, sino de tres o cuatro, a lo sumo.

Para llegar a esta última posibilidad, claro está que el costo de los edificios es mínimo, no excluyendo ningún detalle de confort y duración. Se alcanza así el resultado, por cierto satisfactorio, de que en todo el territorio del país sólo sea inquilino quien no quiera dejar de serlo. Con 1200 dólares un habitante de cualquiera de las pequeñas poblaciones rurales norteamericanas consigue la propiedad de una casa de aspecto agradable, de tres habitaciones, cocina y baño, con el aditamento de roperos, mesas y enseres que dan realce y comodidad a la distribución interior.

Los procedimientos más generalizados en la ejecución de residencias de reducida amplitud son el concreto armado y la madera. Uno y otro sistema resultan en la práctica de duración ilimitada. Las casas de madera se difunden extraordinariamente entre la población rural, por ser más baratas y, en muchos casos, de fácil traslado. Ofrecen, además, ventajas positivas en las zonas expuestas a temblores de tierra. Las de concreto, por su parte, tienen la conveniencia de una conservación más larga y menos costosa.

Es lamentable que en la Argentina no haya llegado a arraigarse una industria tan productiva y útil. Toda la región cordillerana y en especial las provincias de Mendoza, San Juan y Salta, reclaman tipos de edificios seguros y de comprobada asismicidad, pero se tropieza en ellas con la carestía de la madera y con el alto costo de los transportes y de los materiales. Son muy interesantes los estudios practicados por los arquitectos Raúl J. Al-

varez, en la capital mendocina, y Alberto Horteloup, en las serranías salteñas, para llegar a la ejecución de construcciones a prueba de sacudimientos del suelo. Diversas obras, grandes y pequeñas, de ambos profesionales, constituyen un ejemplo decisivo de lo que debe hacerse en las zonas citadas para contrarrestar los efectos destructores de los sismos, asegurando vidas y capitales y estimulando la inversión de estos últimos en aquellas ciudades cuyo progreso es lento por el temor a la furia de los terremotos.

La construcción de residencias de madera, generalizada en los territorios boscosos de Misiones y del Neuquén, no ha logrado extenderse al resto del país y especialmente a las regiones rurales, por la falta de grandes empresas que preparen las casas en los lugares de materia prima y mano de obra baratas, remitiéndolas luego a destino para ser armadas. En Posadas, Santa Ana, Bompland, Yerbal Viejo y otras poblaciones del interior misionero, una casa con su entramado de loro, viraró u otra madera dura, con sus tabiques interiores y exteriores de cedro de buen espesor, con su cubierta de incienso y tejas también de madera y muy durables, con su piso de lapacho en tablas y con sus tres habitaciones amplias, cocina, baño y pórtico, cuesta, completamente instalado, no más de dos mil pesos, bien entendido que en ello se incluyen algunos artefactos sanitarios de alto costo, llevados desde Buenos Aires. Cabe señalar, además, que con las tablas y tirantes utilizados en una sola casa podrían construirse holgadamente dos. El hecho cierto es que construcciones semejantes podrían montarse en los suburbios metropolitanos o en la campaña bonaerense a un costo que no excedería en un cincuenta por ciento del señalado, con un margen de ganancia, por cierto, apreciable para el productor.

En tanto algún hombre de empresa se decide a tentar negocio tan halagador bueno será someter a inteligente revisión las ideas, por cierto arcaicas, con que se explotan los montes fiscales cordilleranos y misioneros. La riqueza maderera nacional es inmensa, no obstante lo cual, se introducen al país no menos de cuarenta millones de pesos de madera anualmente. Millares de árboles son abatidos por la acción del tiempo y permanecen caídos hasta que la humedad los destruye. Y, entretanto, el colono que corta un árbol es perseguido y sumariado por no haberse provisto del permiso que se concede a ese objeto,

Con cuatro mil dólares se construye esta casa en el territorio norteamericano. Bautizada con el nombre de "Las cuatro lunas de miel" por el arquitecto que la proyectara, tiene todos los detalles indispensables para la comodidad de una pequeña o nueva familia

La imaginación de los proyectistas ha bautizado a esta casa con el nombre de "Todas las flores del mundo". Es una residencia para recién casados. Consta de dos dormitorios, "living-room", cocina, baño, garage y varios roperos. Cuesta en Estados Unidos 2500 dólares

permiso que, invariamente, se tramita en no menos de un año y con el aditamento de diez o doce viajes de varias leguas a la oficina seccional de tierras, para activar el asunto. . . . Supuesto que los árboles fiscales crecen como todos los árboles, lo lógico sería admitir que se cortasen en la medida de su crecimiento, y si se quiere, de su replantación posible, con lo cual esa riqueza tan decantada e inútil se incorporaría de una vez por todas al dominio de la industria activa y provechosa.

La construcción de casas de madera ha progresado en Estados Unidos porque en el gran país del Norte no se teme a la posible extinción de los árboles seculares, temor propio de países inactivos y de hombres contemplativos. Sin llegar a la explotación irracional de los bosques, tratase por todos los medios de disfrutar de las ventajas económicas que una enorme producción maderera puede proporcionar. Grandes talleres, situados en plena selva, se encargan de la elaboración de la madera en todas sus fases. El árbol es apeado, desecado, aserrado, cepillado y convertido en elemento útil para la civilización. Se da el caso de que uno de los pinos copulentes de la baja California procure toda la madera necesaria para la ejecución de una vivienda de relativa amplitud. Pero el aspecto más interesante, por la enseñanza que puede proporcionar, es el de los referidos y tipos de casas que en las desideritas fábricas se construyen. El aprovechamiento de los materiales de construcción llega a un grado máximo, para conseguir, como consecuencia, una economía apreciable en las estructuras. Hasta los más pequeños restos de madera elaborada son utilizados integralmente y el mismo aserrín es el que mueve los motores y las máquinas. ¡Cuán lejos nos hallamos de ese perfeccionamiento! En Misiones se construye una casa con diez árboles y la mitad del tronco y la totalidad de la ramazón se quema para limpiar el terreno. . . . Y en Bariloche los cohíhuos gigantes se emplean con frecuencia para hacer tapias, vale decir, en lugar de los alambrados corrientes se colocan postes a manera de horquetas y encima troncos de árboles como si fueran alambres!

Dejemos de lado estas cuestiones que hablan al espíritu de atraso y de desidia. Los arquitectos norteamericanos han rivalizado en la tarea de proyectar casas de madera o de concreto, o a un mismo de ambos sistemas simultáneamente utilizados. De tal modo, existen millares de tipos distintos,

los cuales son ofrecidos por los fabricantes a la libre elección de los compradores. Las ilustraciones que acompañan a estas líneas muestran cuán variado y cuán pintoresco es el aspecto de las viviendas correspondientes. Y en materia de costo, bastará fijarse en las cifras consignadas al pie de los grabados, para darse cuenta del grado de progreso a que se ha llegado para proporcionar vivienda barata e higiénica a las personas y familias de escasos recursos de los Estados Unidos.

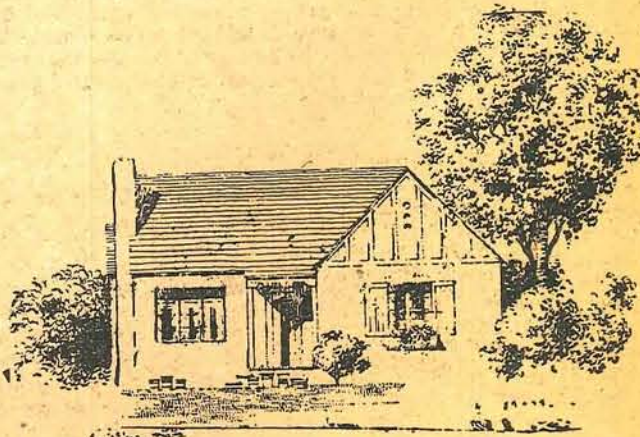
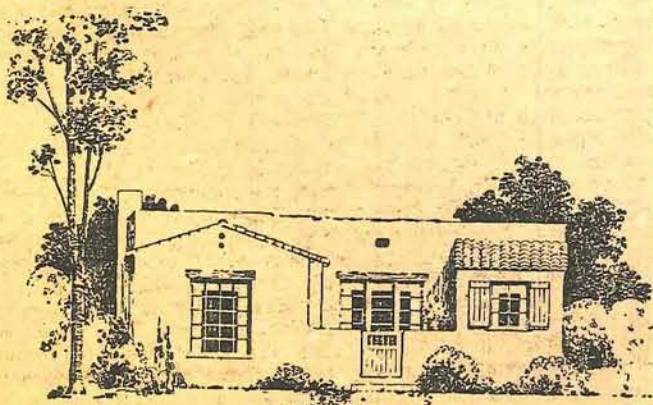
La madera, que ha sido sometida a un proceso de desecación artificial extrayéndose toda la savia, admite así un trabajo delicado sin que sufra mayormente por la acción de los agentes exteriores. Las grandes fábricas de pintura del país—que son, sin duda, los mejores compradores del lino de nuestra República—se encargan de producir los elementos requeridos para asegurar aún más aquella conservación de la madera, contribuyendo a la vez a embellecer el aspecto de las viviendas. El comprador de una casa de madera sabe, por anticipado, que debe pintarla con frecuencia. Y como cada norteamericano es un pintor excelente heredado, sin duda, de los ingleses—de ahí que el problema de mantener una casa de tal índole en perfecto estado sea un problema muy distinto del que entre nosotros podría presentársenos, aquí donde el odio doctoral a los oficios manuales hace que muchos ciudadanos no sepan cuidar otra cosa que sus uñas limadas. . . .

Veamos ahora, concretando lo expuesto, algunos ejemplos de residencias reducidas, y describamos sus principales características. En el romántico "cottage" llamado "Todas las flores del mundo", un pórtico diminuto da acceso a la sala de estar con su gran chimenea y su librería, todo ello avecinado a un comedor, también reducido, que se liga directamente a la cocina. Esta cocina, por su perfección, parece en realidad un laboratorio culinario. Allí la dueña de casa prepara los platos del menú hogareño y atiende a la vez sus chicos, cuyo desayuno y comidas son servidas en el comedorcito anexo. Dos dormitorios, un baño, varios roperos y un lavadero completan la distribución. Demás está decir que la casa es para dos recién casados. El jardín es el complemento ineludible y todas las flores del universo se disputan un lugar imaginativo en semejante morada.

"Las cuatro lunas de miel" es el nombre inquietante de otra casa pequeña que describiremos. Tiene las mismas dependencias que la anterior. Es de poca elevación y las fachadas, muy sencillas, recuerdan los modelos de las antiguas misiones californianas. Las paredes exteriores son de doble tabique de madera. Toda la construcción consta de un entramado de vigas y tirantes del mismo material, convenientemente ensamblados y dispuestos triangularmente. Esta última combinación da mayor estabilidad a la construcción, en especial contra la acción de los sismos. Numerosas casas, en efecto, ejecutadas con el mismo criterio, han soportado airoosamente grandes conmociones del suelo.

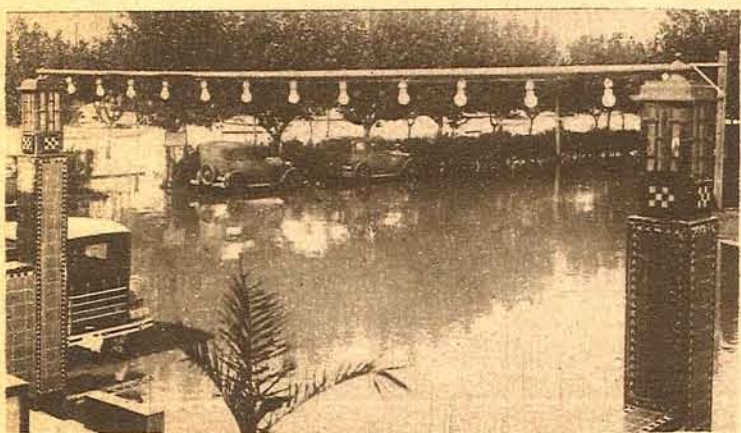
Un tipo sencillo de casa de madera cuyo costo es de mil doscientos cincuenta dólares. Consta de un "living-room", dormitorio, una pequeña pieza, baño, cocina, lavadero y roperos. Es susceptible de posteriores ampliaciones

Simplificando las líneas externas se ha llegado a proyectar una residencia simple y cuyo costo—no superior a dos mil dólares—permite resolver el problema de la casa y del matrimonio a muchos ciudadanos norteamericanos





Los partidos de cricket entre el equipo de Sir Julien Cahn y los combinados de la Asociación Argentina de Cricket, están llevando gran cantidad de espectadores a las canchas. He aquí el aspecto que ofrecía uno de los sectores de la de Hurlingham durante el desarrollo del segundo test-match



Las autoridades del Club Náutico San Isidro han realizado importantes obras de embellecimiento del local. Durante las últimas grandes lluvias, empero, el club citado no pudo escapar a las inundaciones, y aquí se ve su entrada convertida en un lago

MOZAICO PORTIVO



La Federación Atlética Argentina está empeñada en una labor de difusión del sport. El grupo que presenta la fotografía está formado por dirigentes y atletas, reunidos especialmente en el campo de la Asociación Cristiana, para escuchar la palabra del presidente de la institución, Dr. Eduardo Ursini, respecto a la necesidad de intensificar el trabajo de preparación para los próximos torneos internacionales

Por la raza y por la higiene
la linda mujer argentina cuida
de su vigor físico con los deportes;
y de la finura de su cutis exquisito
mediante el delicioso

**JABÓN
HENO DE PRAVIA**

Úselo usted. Quedará encantada
de su pureza, de su espuma cremosa,
de su aroma intenso, inconfundible.
Suaviza y perfuma la piel.

Precio, \$ 0,70 en toda la República.
En Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

Perfumería Gal. -- Madrid
Sucursal en la Argentina:
Maure, 2010-14. - Buenos Aires.
Proveedores de SS. MM. los Reyes de España.



Vidrieras del Paseo de Julio, respirando "tradicionalismo". Libros viejos, colecciones de fotografías de Buenos Aires y tarjetas postales con palomitas



El viejo librero "trabaja" al cliente hasta fuera del negocio

LOS QUE VENDEN PAN ESPIRITUAL PARA GANAR EL PAN MATERIAL

POR
LUIS
POZZO ARDIZZI

PSICOLOGIA DEL LIBRERO QUE NO LO ES.—LAS LIBRERIAS SUI GENERIS DEL PASEO DE JULIO.—LAS "FERIAS" NOCTURNAS DE CORRIENTES.—; LIBREROS PRESTIDIGITADORES? EL LIBRERO AMBULANTE DE FLORIDA, CAMPEON DE LA MENTIRA, EXPLOTA EL LIBRO DE MODA



Vidrieras portátiles colgadas en cualquier parte, contra carteleros y "affiches" que nada tienen que ver con el alimento del espíritu



RE E el lector que existe una docena de libreros en Buenos Aires? Ante todo, comencemos por preguntar, ¿qué se entiende de por librero, en la verdadera acepción de la palabra?

Para mí, librero es el individuo que se ha dedicado con verdadera vocación a tal oficio, más complicado y de responsabilidad de lo que parece.

Vender libros porque sí, como quien vende zapatos o sombreros, puede hacerlo cualquiera. Pero vender libros a conciencia, orientando al cliente, y hasta negándose a entregarle una obra mala, aunque se conspire contra los propios intereses, de eso sólo es capaz: Un Señor Librero.

ELOGIO DEL SEÑOR LIBRERO

El Señor Librero no posee un negocio con el único objeto de enriquecerse. No pertenece a la categoría vulgar de los comerciantes. (Siente animadversión por todo lo que debe venderse en balanza y da margen para ofrecer 800 gramos por un kilo).

Cuando abandonó el colegio—por disgustos con los profesores, porque era un poco haragán, o porque sus padres no podían seguir costándole los estudios—se empleó en una librería. Y no lo hizo maquinalmente; tenía predilección por los libros—hay que creer en la ascendencia—, pues sus padres le inculcaron, desde pequeño, el amor al alimento del espíritu.

Pasaron los años y el Señor Librero terminó por encontrar un verdadero placer espiritual en la investigación, y hoy es un bibliófilo de ley... Posee una gran librería, en la que no falta el volumen más curioso que se ha editado en el mundo, y es un hombre feliz...

El Señor Librero, a pesar de llevar cuarenta años en el oficio, todavía se emociona cuando vende un buen libro, y se siente ligado espiritualmente al caballero o la dama que lo adquieren.

Y el Señor Librero se indigna también cuando el cliente solicita un ejemplar de literatura subida de color... y pierde el negocio porque no permite que esos libros ocupen sus estantes...

(Pero, querido lector, estos son apuntes imaginativos sobre el Señor Librero, que alguien se ocupará de aplicar el día que descubran al raro ejemplar a quien corresponderá esta denominación: "Vera efigie del Perfecto Librero Desconocido...").

En realidad, deseo ocuparme en este artículo del librero común, en sus distintos aspectos, tal como lo he visto, según la calle donde se halla ubicado.

PSICOLOGIA DEL LIBRERO QUE NO LO ES

El librero que se dedica a ese comercio por casualidad, ha instalado su negocio en cualquier parte. No tiene en cuenta la importancia de la calle o del barrio en relación a la mercadería que ofrece. El es co-

merciante y sólo desea vender para ganar...

La nacionalidad nada tiene que ver en el asunto: es ruso, checoslovaco, italiano, español, etc... Por lo general comenzó en "librero de viejo"—no en la verdadera calificación del oficio—compraba "a domicilio", por pocos centavos, lo que después vendería cuadruplicando su costo.

Ahora, con librería bien instalada, vende y vende, sin mezclar el espíritu en los negocios que realiza. Con la misma indiferencia entrega al cliente un tomo de Carolina Invernizio que una antigua edición del Quijote...

LIBRERIAS DEL PASEO DE JULIO

Se ha escrito mucho sobre el Paseo de Julio—hoy Leandro N. Alem—, pero de las librerías de ese punto, que yo sepa, no se ocupó nadie hasta ahora. Y no porque ellas no ofrezcan tema...

Sostengo que las librerías del Paseo de Julio son "únicas" en Buenos Aires por el tradicionalismo ingenuo que destilan, desde sus "vidrieras portátiles" hasta la más insignificante de las mercaderías ofrecidas en las mismas. Las librerías instaladas en el Paseo de Julio han sido siempre un pretexto para... vender de todo... En ellas se encuentra, desde hojas de afeitar, tijeras, cortaplumas, etc., hasta libros... de verdad...

El librero de ese lugar—tradicionalista hasta el punto de llevar treinta o cuarenta años en el mismo sitio—ha visto crecer la ciudad; se asombró ante el levantamiento de fantásticos rascacielos, y comprobó el aumento incalculable del tráfico, pero él sigue vendiendo los mismos libros y las mismas cosas que ofrecía treinta o cuarenta años antes...

Las "vidrieras portátiles"—fabricadas con un trozo de madera en cuadro y un vidrio común—, que dejan ver las postales cursis, a colores, con palomitas en relieve llevando un ramillete de flores en el pico y la vieja inscripción: "Muchas felicidades", dejadas de lado hace más de quince años, constituye la principal característica, y hasta quizá el distintivo del negocio.

Todo allí respira "pasatismo", desde las postales para enamorados, las colecciones de vistas del Buenos Aires del centenario, hasta los novelones pasados de moda, amarillentos ya por la acción del tiempo...

Y si un forastero entra al negocio y pide el último libro de Morand, o Valery, el librero, quitándose los viejos lentes, lleno de asombro, habrá oído por primera vez tales nombres, y dirá mecánicamente lo que hace muchos años repite:

—"Eso" no tengo, pero puedo ofrecerle toda la colección de Rocambole, los libros de Feval, de Luis de Val, de Vargas Vila...

LAS "FERIAS" NOCTURNAS DE CORRIENTES

¿Quién habrá sido el "inven-

tor" de las "ferias" nocturnas de la calle Corrientes?

¿Puede creerse que el público nocturno de esa vía—que camina a tropezones debido a la gran aglomeración—tiene el espíritu en estado de "lectura"?

Sin embargo, las "ferias" nocturnas, no sólo viven, sino que se multiplican continuamente, y a veces existen tres y cuatro en una misma cuadra.

La competencia es grande, y no sólo se hace por medio de "pilas" de libros junto a la puerta de calle, con letreros llamativos: "Cualquier libro del lote, 0.20 centavos"; "A elegir, la ciencia al alcance de todos los bolsillos"; "Sólo vendemos a los inteligentes", etc., sino que también colocando junto a ellos a un verdadero altoparlante humano, que "a gritopellado" trata de atraer clientes...

¿LIBREROS PRESTIDIGITADORES?

Sí, descreído lector, existen libreros prestidigitadores, o si queréis, gente que hace prestidigitación con... la venta de libros...

Los libreros de esta índole actúan en Corrientes, y aparecen y desaparecen con el misterio y la elegancia de los ilusionistas profesionales...

El que permanece una semana, por ejemplo, en un local de dicha calle, a la altura del 1000, algunos días después "levanta el negocio" y bajo otro nombre se instala tres cuadras más adelante...

Y cuando alguien pregunta si es el mismo que ocupaba el local anterior, contestará inmediatamente:

—No, señor. Yo acabo de instalarme. Estoy en situación ventajosa para competir con los "pequeños negocios" ubicados por aquí. Liquidó por cuenta de una gran editorial extranjera, un enorme stock de libros de las mejores firmas, a precios verdaderamente irrisorios... Hago esto en beneficio

Por que sufrir del estómago

Ya nadie ignora que las molestias del estómago, tales como ardor, dolor, flatulencia, pesadez, etc., son originadas por el exceso de acidez.

Basta 1/2 cucharadita de bicarbonato cálcico (que no hay que confundir con el bicarbonato común) para hacer cesar toda molestia al instante, pues el bicarbonato cálcico elimina el exceso de acidez y facilita la digestión.

Un interesante folleto puede obtenerse gratis solicitándolo de los Sres. Laich & Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires.



de la cultura del país, porque, francamente, aquí perdemos dinero...

EL LIBRERO AMBULANTE DE FLORIDA

Y pasemos ahora a la "categoría" más curiosa: al librero sintético.

Denomino así al librero ambulante de la calle Florida, que irremediablemente existe en cada cuadra de esa arteria y pregoná su mercancía en las horas del clásico paseo.

He aquí al campeón de la mentira que explota el libro de moda: "Por sólo 0.20 centavos, señores, ofrezco la última novedad. El libro del año. Liquidó por cuenta de una gran editorial que ha cerrado sus puertas..."

Está de más aclarar que él no sólo no ha leído el libro, sino que ignora hasta si es bueno de verdad...

Pero su verdadera tragedia, que pone la mentira en descubierto, se comprueba en seguida:

(En la cuadra siguiente, su competidor ofrece el mismo libro a 0.10 centavos...).

BALANCE

Librero no es quien quiere, sino quien sabe serlo.

El vendedor de libros descrito aquí pertenece a la categoría del comerciante común, y es el individuo que más se parece al Señor Librero de que hablo al comienzo de este artículo.

Por lo general, salvo raras excepciones—no me ocupo de

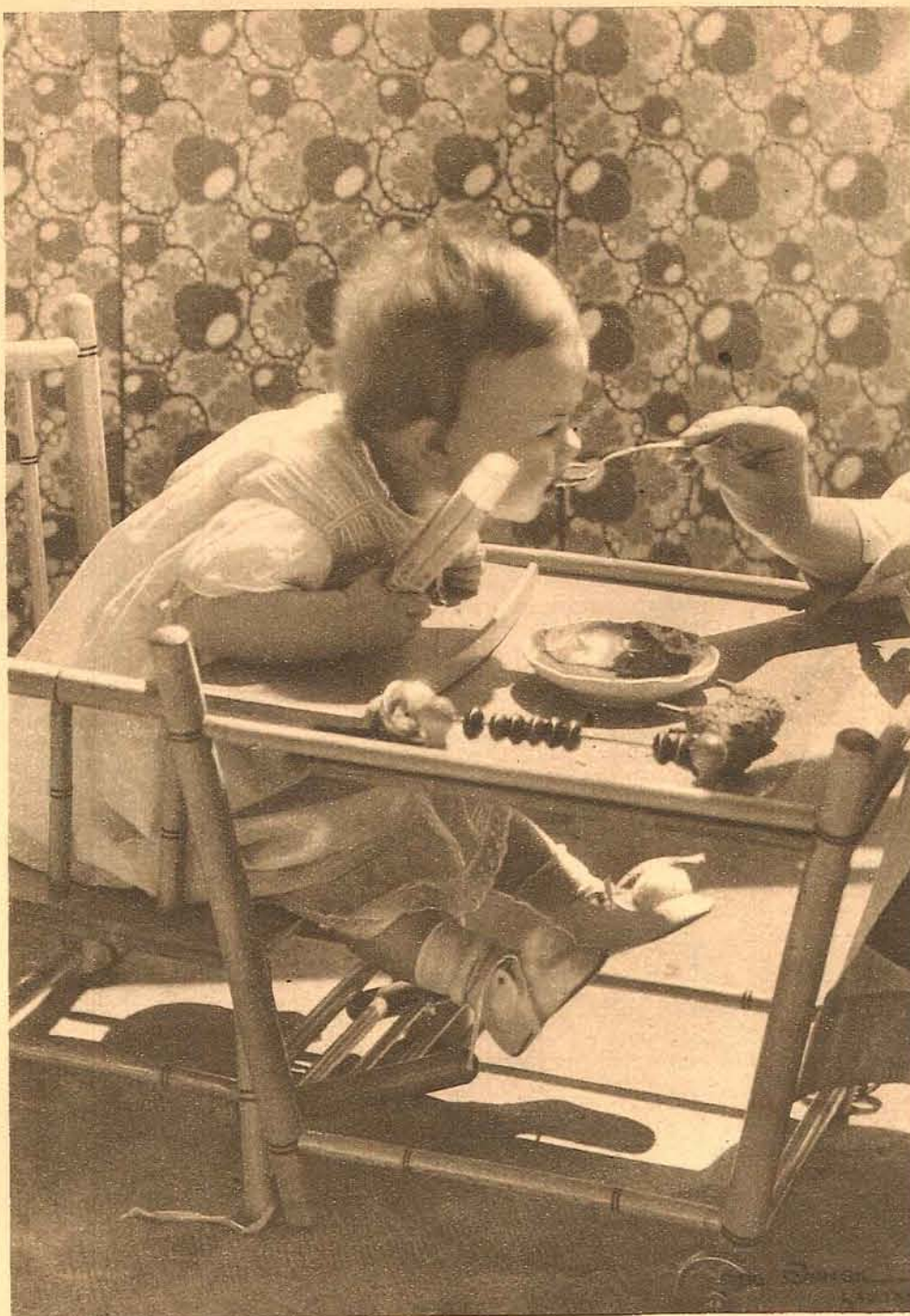
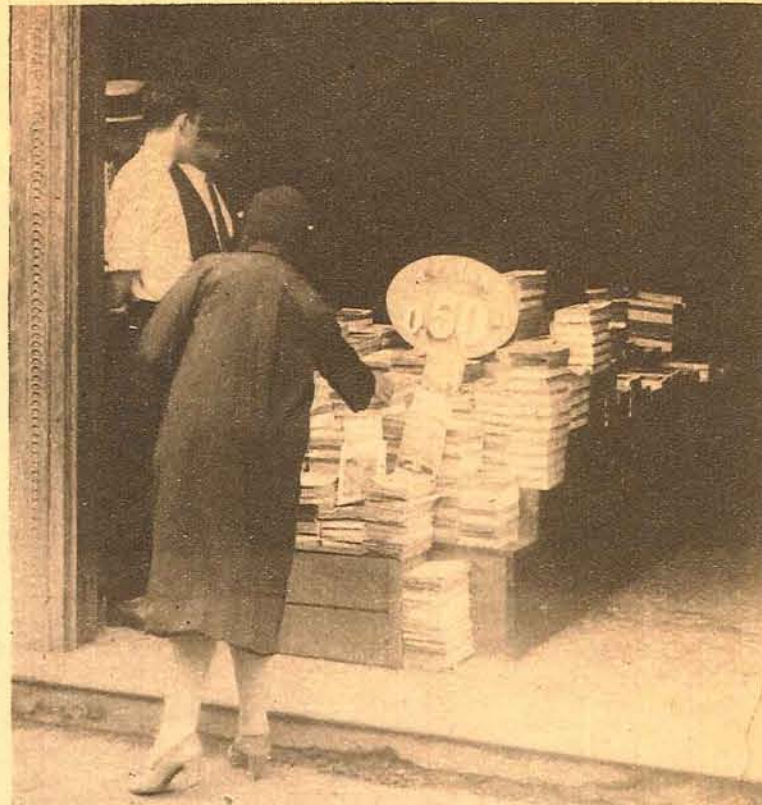
Algunos títulos al azar: "Paolo Valera", "María", "L'Aquila ferita", "Abelardo y Eloisa", "Giovanna Prima", "Virtud y perversión", "Parnaso argentino", "Parnaso mejicano" y otros parnasos



ellas en el momento—, los que venden pan espiritual para ganar el pan material, ignoran el exacto valor de lo que ofrecen, y tratan de endilgarlo al público con la misma indiferencia de quien desea deshacerse de una rifa o un sacamanchas...

Un aspecto de una de las ferias de Corrientes. Se ha llegado a la "democracia del libro". Una mesa revuelta y a elegir 5 tomos por un peso

Filas de libros: el arte, la ciencia, la novela y el cuento, al ínfimo precio de 50 centavos



EL CHOCOLATE

NESTLÉ

ES TAN SANO

DELICIOSO

Y DELICADO

QUE SE

PUEDE DAR A

LOS NIÑOS

SIN TEMOR A

QUE LES

HAGA DAÑO

CHOCOLATE **NESTLÉ** ES EL MEJOR DEL MUNDO

CUPÓN PARA MUESTRA GRATIS

Se entregará una muestra gratis del delicioso chocolate NESTLÉ, para la taza, a toda persona que entregue este cupón en la Casa NESTLÉ, Balcarce 327, Buenos Aires.

NOTA: Las muestras se enviarán por correo solamente, a los residentes fuera de la Capital Federal o en el Interior.

NACIÓN 6, IV, 30.

LA PINTURA EN PARIS HACE VEINTICINCO AÑOS

POR
ELEF TERIADE

(Para LA NACION)

PARIS, febrero de 1930.



Renoir. Retrato de Mlle. Romaine Lacaux

Es evidente que en la época presente las artes plásticas vacilan entre recuerdos y deseos, y que aquéllos pesan considerablemente sobre éstos y entorpecen su vuelo. De esto resulta, sobre todo para los jóvenes, una perturbación profunda que confiesan desde hace mucho tiempo ya las exposiciones anuales. Después de lo que hemos dejado atrás, estamos en vísperas de algo?

“Los maestros primitivos y los de la decadencia se han encontrado en la actualidad y marchan codo a codo con los del siglo de Pericles y los del Renacimiento y los de los siglos de Luis XIV y de Luis XV. Todos los siglos son vecinos en el nuestro. Y no sólo existe la singular intimidad de la ingenuidad y la podredumbre, sino que hay algo de podredumbre en la ingenuidad, y las mismas almas están divididas en estas orientaciones contrarias y viven dolorosamente, y producen, percederamente, en ese equilibrio inestable.

“No conozco ejemplo más impresionante, más conmovedor, de la universal dispersión moderna. Como en las artes se codean todas las escuelas, asimismo se codean todas las religiones y todas las filosofías y se contradicen con la abominable serenidad de la indiferencia.

“Como son las vibraciones iniciales e iniciadoras de la vida humana, la poesía y el arte, en una época de caos y de desquicio, tienen que expresar con suprema intensidad el desorden: y no dejan de hacerlo.

“Ciertos optimistas afirman que estas condiciones fueron las del arte en todos los tiempos, que no hay que inquietarse por ello, que este caos aparente es la parte necesaria del desorden, que el genio y el talento han sabido siempre encontrar su camino. No tienen en cuenta la gran novedad que caracteriza al instante actual y contra la cual no es permiti-

do invocar la autoridad de la tradición, porque la desmiente: esta novedad considerable es, precisamente, que nuestros contemporáneos han creído en la posibilidad de una “novedad” en arte.”

Podría seguir en este tono; desgraciadamente, no soy yo quien ha escrito esto. Esas ideas no son de hoy como se podría suponer muy justamente. Fué Charles Morice quien formuló hace 25 años en un número del “Mercure de France” (10. de agosto de 1905), estas honestas comprobaciones destinadas a servir de preámbulo a su célebre encuesta “sobre las tendencias actuales de las artes plásticas”. Dicha encuesta le valió a Cézanne, poco antes de su muerte acaecida el año siguiente, lamentables injurias como las siguientes: “obra de un limpiador de cloacas ebrio”; “no ha realizado ni un cuadro ni una obra”; “su nombre quedará vinculado con la farsa de arte más memorable de estos últimos quince años”; “impotencia absoluta de llegar al término de su ruta”; “sólo ha pintado bocetos”, etc., críticas emitidas por pintores y estetas que siguen ocupándose actualmente del perfeccionamiento de la raza artística.

Pero volvamos a Charles Morice. ¿Qué exactas y qué actuales son sus comprobaciones? Y qué triste es el ejercicio de la crítica de arte cuya virtud más pura parece consistir en hacer decir periódicamente, o siempre quizá, la misma cosa. Porque en la creación artística como en todo lo demás, a pesar de las fases disonantes o contradictorias de la pintura, que inducen fácilmente a malentendidos lamentables, por mucho que se remuevan las verdades, por mucho que se las disfraza y se cambie su aspecto, por mucho que se les den nombres distintos y apodos, permanecen siempre iguales y más empecinadas que nunca. Las obras no se hacen conforme a ciertas verdades o principios. Son las verdades y los principios los que se forman conforme a ciertas obras. Para poder vivir, las leyes tienen que nacer de la vida. Y esto no les impide ser eternas.

Lo que nos dice el crítico en 1905 puede repetirse aún hoy. Momento idéntico. Confusión. Fin de una época brillante de pintura que conoció el apogeo del espíritu de investigación, del espíritu clásico, del orden constructivo, y que hizo flore-

cer un gran movimiento desinteresado, excepcional: el cubismo. Consecuencias actuales: espíritu decorativo. El exceso ha quitado al arte su contenido, ha privado a la pintura de su germen, de su realidad. Irvasión literaria: preciosismo decadente, teorías, escuelas, subescuelas, superescuelas, crisis. Los elementos románticos fortalecidos en la sombra se yerguen, florecen en el desorden y arrastran consigo a todo lo que queda.

Ahora bien, volvamos a 1905: confusión. Fin de una época brillante de la pintura. Decadencia del impresionismo: cezanismo de superficie aun. “Art nouveau”; espíritu decadente; simbolismo, pintura literaria o decorativa: erotismo de Rops; sueños de Redon; refinamientos de Whistler; “Rose-Croix”; nostalgias extremas orientales; exotismo de Gauguin; Mauricio Denis; De Groux; Steinlen; teorías divisionistas; socialismo de Luce; Carrière; Puvis de Chavannes. Los poetas se habían impuesto a los pintores.

Pero contrariamente a ese momento en que los “fauves” estaban ya vibrantes en su puesto, a punto de emprender su aventura libertadora y en que se formaba pacientemente con el ejemplo de Cézanne el espíritu del cubismo como necesidad vital, ¿qué es lo que se prepara hoy? ¿En quién podemos confiar? ¿Dónde está la “revancha de los pintores”? Esto es lo que hay que desentrañar en medio de un terreno lleno de prejuicios modernos, de víctimas, de tristes héroes y de inconsolables impotencias. Confesemos que es una tarea muy difícil e ingrata.

Vivimos en la hora confusa de la liquidación. Pero la liquidación es larga — diez años ya — y difícil. Es el resultado de una intensa actividad paralela de los pintores pertenecientes a dos generaciones sucesivas de las cuales la más joven no es necesariamente la última. Asistimos a un cambio de frente, a una inversión de las ideas-principios de una época terminada. Lo que parecía fundamental ayer es particular ahora. Lo que era verdad, no lo es más, por lo menos aparentemente, y la contraposición de esa verdad se convierte en verdad a su vez. Pero los verdaderos pintores que están ellos mismos por encima de los principios — que utilizan sólo sabiendo que su valor es provisorio — no han sido afectados por este cambio. Pasan naturalmente a través de las verdades nuevas cuando sienten ellos mismos su necesidad generadora.

El hombre que presiente necesidades nuevas, hostiles quizá a su ambiente y a las ideas en boga, que tiene la fuerza de comprobar esas necesidades humanas en sí mismo, de abandonarse apasionadamente a la realización de su objeto y de internarse por fin en las direcciones adonde lo llevan, haciendo caso omiso de las verdades-principios que lo rodean,



Cézanne. Jovencita

sigue siendo el creador de siempre que denuncia la situación existente.

Los demás siguen.

La senda entreabierta por los jóvenes y en la cual nos estamos internando nos hace ver ya, a causa del relativo alejamiento que permite, los periodos anteriores enriquecidos por un significado y una importancia nuevos. Tan cierto es que lo nuevo dirige nuestra selección de lo antiguo y que los jóvenes sitúan casi siempre a sus mayores. Así por ejemplo, el estado de todos los “movimientos de fondo” como el impresionismo, el divisionismo, los “fauves”, el cubismo y su decadencia respectiva a través de la obra de sus imitadores, es hoy para nosotros tan claro como nuevo. Porque aunque uno quiera pretender que no ha habido movimientos, es indiscutible que en ciertos momentos precisos, algunos individuos calificados se han encontrado en la senda de las mismas investigaciones, de las mismas necesidades y de la misma corriente de ideas, todo esto sin dejarse arrastrar por dicha corriente y sin convertirse en corriente ellos mismos.

Pero lo mismo que los movimientos, se destacan más de su ambiente las personalidades: se sitúan en distinta forma que en los primeros días. Así, por ejemplo, es el caso de Cézanne, más actual que nunca.

De la obra de un gran pintor pueden sacar provecho varias generaciones sucesivas, aunque éste provecho no sea siempre el mismo. Así, la juventud actual comprende sin duda mejor que ninguna el ejemplo de la soledad de Cézanne, esa soledad de pintor en medio de una apaciguadora libertad que alejó a Cézanne del particularismo de los movimientos y le hizo conquistar el equilibrio, dominio verdadero de la pintura.

Por eso la juventud de hoy, para confirmar sin duda sus propias necesidades, descubre en la obra de Cézanne ese predominio del instinto sobre la razón que no siempre ha sido reconocido por los pintores y los estetas, quienes a menudo han pretendido lo contrario.

Pero tendré más adelante la oportunidad de hablar de esto a propósito de los jóvenes.

Con Cézanne comenzó una era nueva para la pintura. La intención plástica ocupó el sitio de la visión pretendidamen-

te directa y de la descripción anecdótica de la pintura. La imaginación plástica triunfó de la imaginación descriptiva. El pintor con sus cualidades y aun con las cualidades de sus defectos reemplazó al narrador trivial de cuentos efectistas. El tema pictórico y su puro desarrollo restó interés al tema representativo y a su narración escolar.

Cézanne devolvió a la pintura su dignidad de arte puro, de arte que encuentra su calidad en sí mismo y no está ya al servicio de las demás artes. Permite en esta forma comprender mejor la gran pintura de todas las épocas y abrió camino a las experiencias pictóricas que se volvieron más significativas y cargadas de humanidad que todas las falsas “inspiraciones” de los poetas-pintores, que todas las copias pretendidamente fieles de la naturaleza, que todos los cuadros realizados conforme a las recetas de una ciencia venerable y caduca.

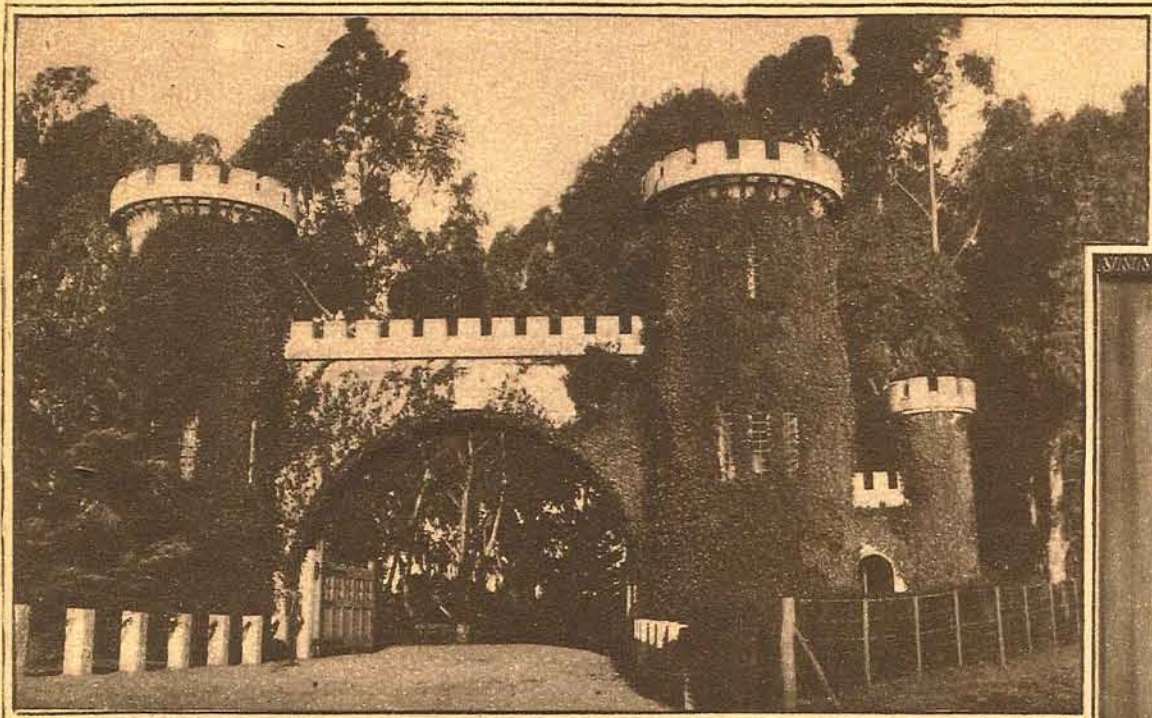
Cézanne fue, sin duda, un gran pintor solitario, un hombre que se adelantó a los movimientos, un hombre de “justo equilibrio”. Pero para el desarrollo de su genio, que se operó con tal fertilidad imaginativa, no fué totalmente indiferente el acontecimiento impresionista, ese estado de juventud y de libertad que instituyó el impresionismo en los dominios propios de la pintura. Y para que su obra fuera más significativa, ha sido preciso la confirmación de obras paralelas a la suya. Cézanne, fundador espiritual de la pintura moderna, fué eminentemente secundado por la magnífica fuerza natural de pintor que tenía Renoir, así como por el espíritu ordenado de Seurat. Mientras al envejecer Renoir orientaba su obra hacia una mayor libertad, hacia una mayor pureza experimental, Seurat traducía ya en sus grandes composiciones pacientemente construidas la pura esencia clásica que está comprendida en los aportes de Cézanne y de Renoir.

Pero para que brotara la chispa en los jóvenes que debían preparar lo nuevo de que habla Charles Morice, fué preciso el impulso romántico y más alentador de Van Gogh o de Gauguin: entonces nacieron los “fauves”.

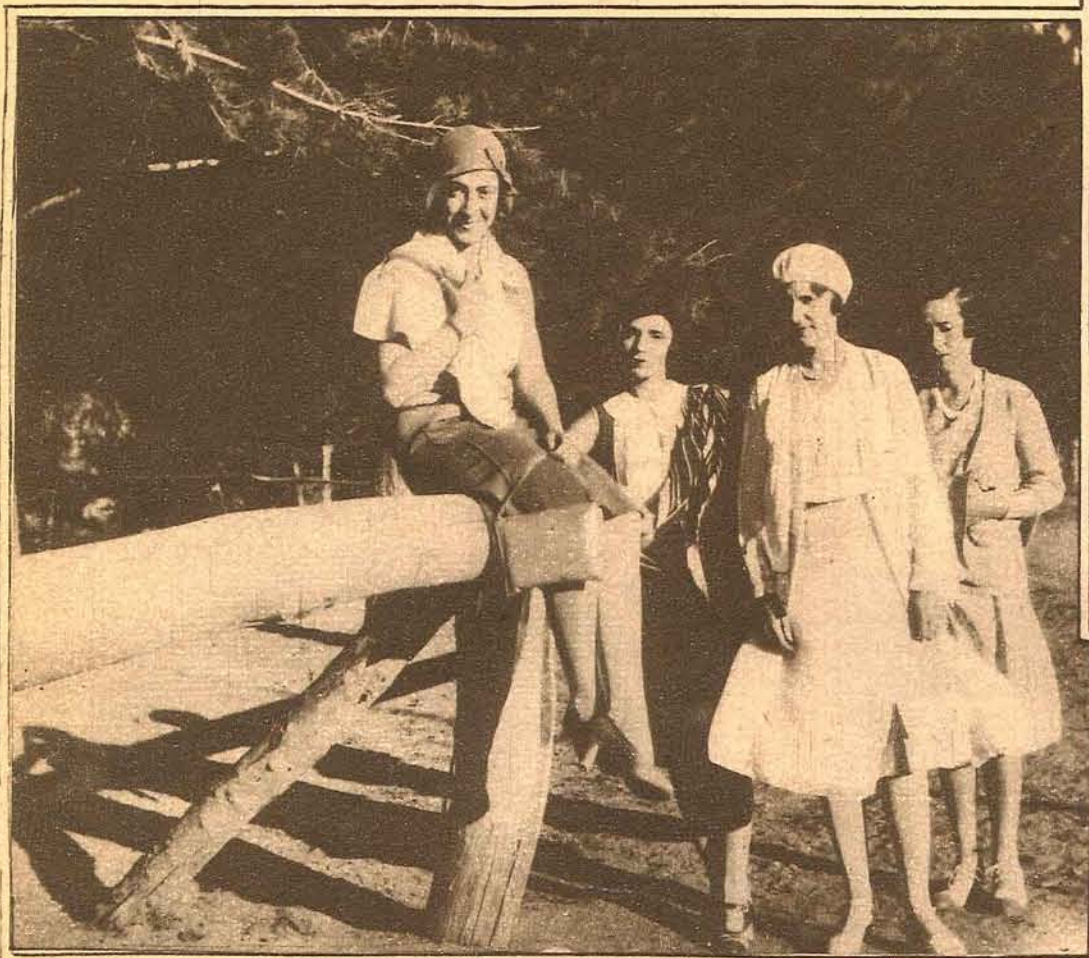
Tuvo una duración breve pero substancial este llamamiento vigoroso y fresco de liberación que pareció interrumpir el tranquilo advenimiento de la era clásica prometida por la obra de los tres pintores, y que en el fondo sólo les procuró la savia necesaria.



FILM SOCIA



Entrada de "La Indiana", residencia de D. Eduardo Saguier y su esposa, Da. Elena Santamarina, en Tandil, donde la hija de los dueños de casa, señorita Elena Saguier Santamarina, dió su fiesta anual para las niñas del Asilo de Huérfanas, de esa ciudad.



Doña Victoria Cañas de Benítez Alvear ha posado en París para el pintor Jules Cayron.

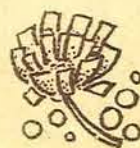


Antes de que el Otoño inicie sus días grises las familias que residen en los pueblos del Norte aprovechan las mañanas de sol para el ejercicio de la equitación. Las señoritas María Eugenia Yofre Hueyo, María Elena Lastra, María Luisa del Carril, Ana María Lastra y Carmen Lastra (de izquierda a derecha) en una de sus habituales excursiones en los alrededores de San Isidro.

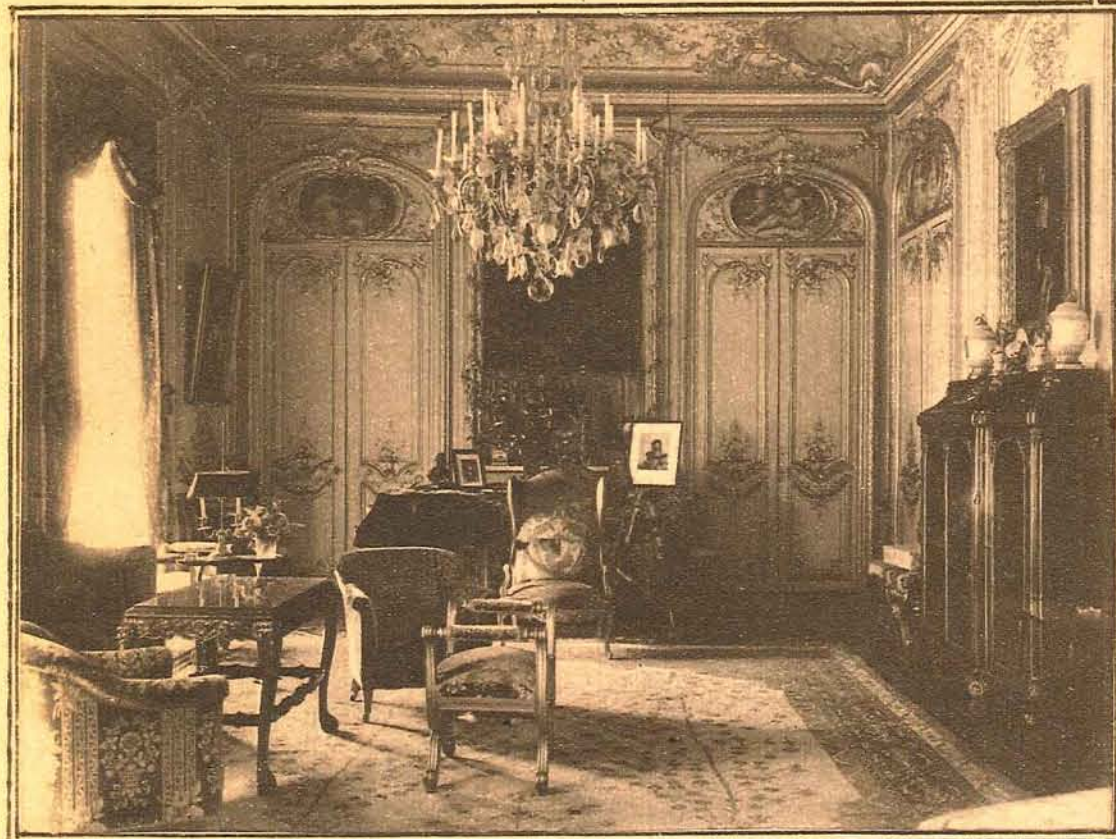
Laguna Verde, en el balneario de Viña del Mar, ha sido uno de los sitios de excursión preferidos de los turistas argentinos que visitaron el balneario chileno. Figuran en este grupo, de izquierda a derecha, las señoritas Laura Izquierdo, de la sociedad chilena, Susana Blaquier, Delia Obejero Urquiza y Ana María Frers Lynch.



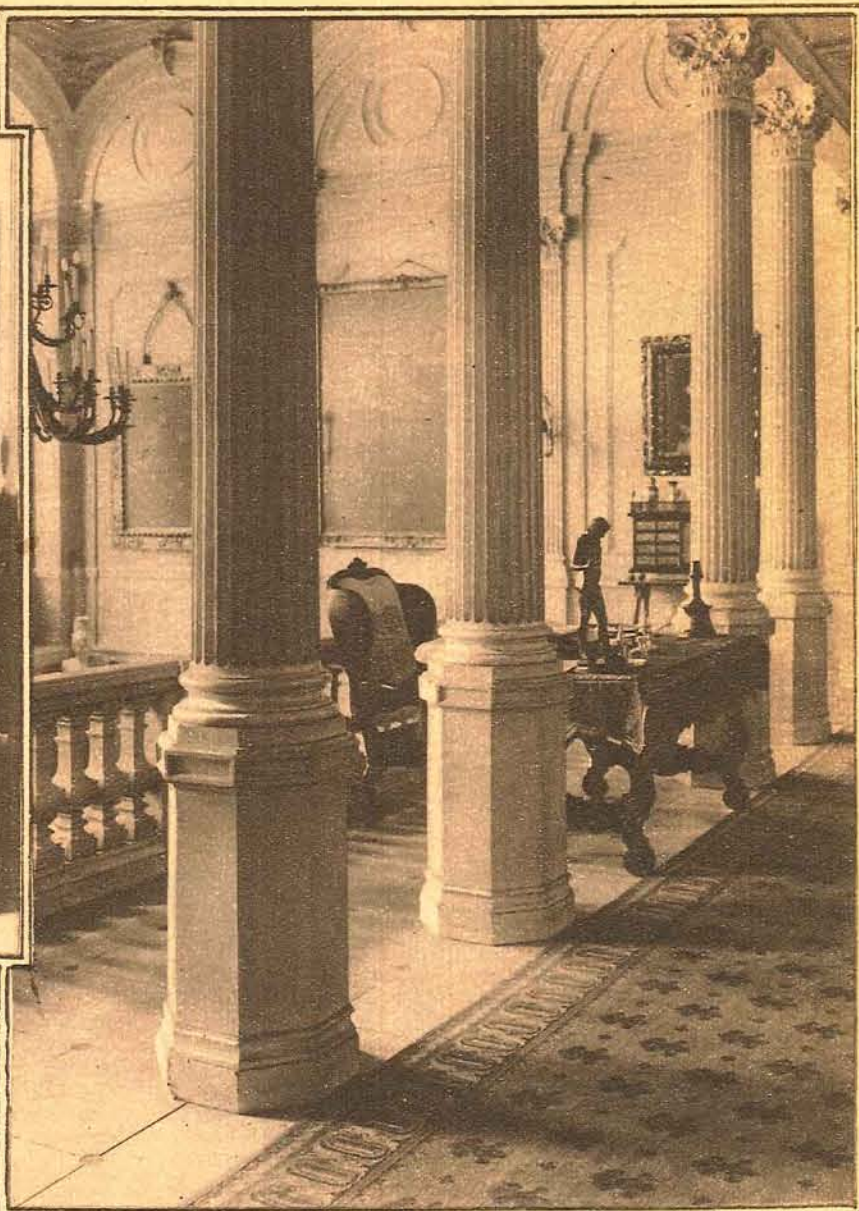
Manuel Ordóñez, hijo de los esposos Dr. Manuel V. Ordóñez y Da. Beatriz Gallardo.



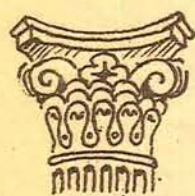
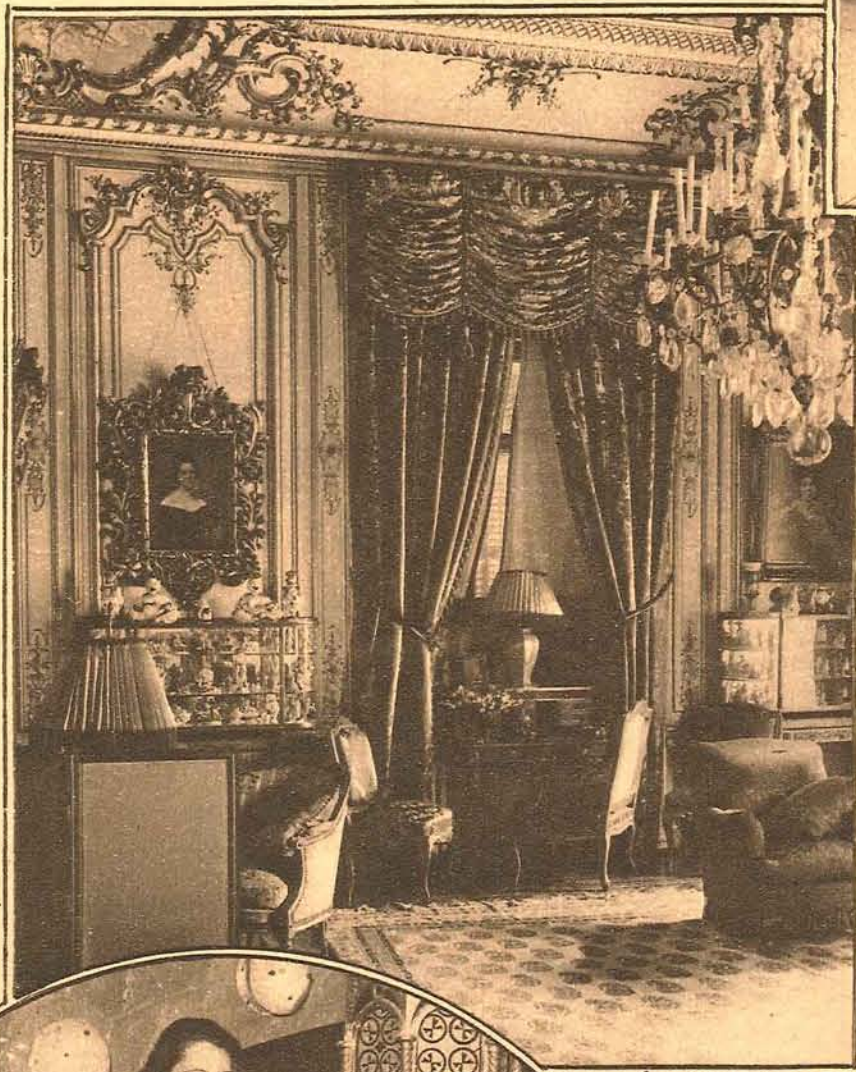
LAS GRANDES RESIDENCIAS



Uno de los salones del palacio de la duquesa de Parcent, en Madrid.



Aspecto del hermoso hall del palacio.



Detalle de uno de los salones de la misma residencia.



Ivette Labrousse, considerada la mujer más hermosa de Francia.



Este NUEVO JABÓN Blanco

Unicamente los fabricantes del renombrado "LUX" con su experto conocimiento y y amplia selección de materiales finos podian haberlo conseguido. Su delicado color blanco marfil, la rica espuma, el fascinador perfume le dicen a usted que en éste tiene un jabón tan lujoso como el más caro que usted ha usado hasta ahora. Sin embargo es tan barato que puede usarlo diariamente. Y cuán suave conserva el cutis!

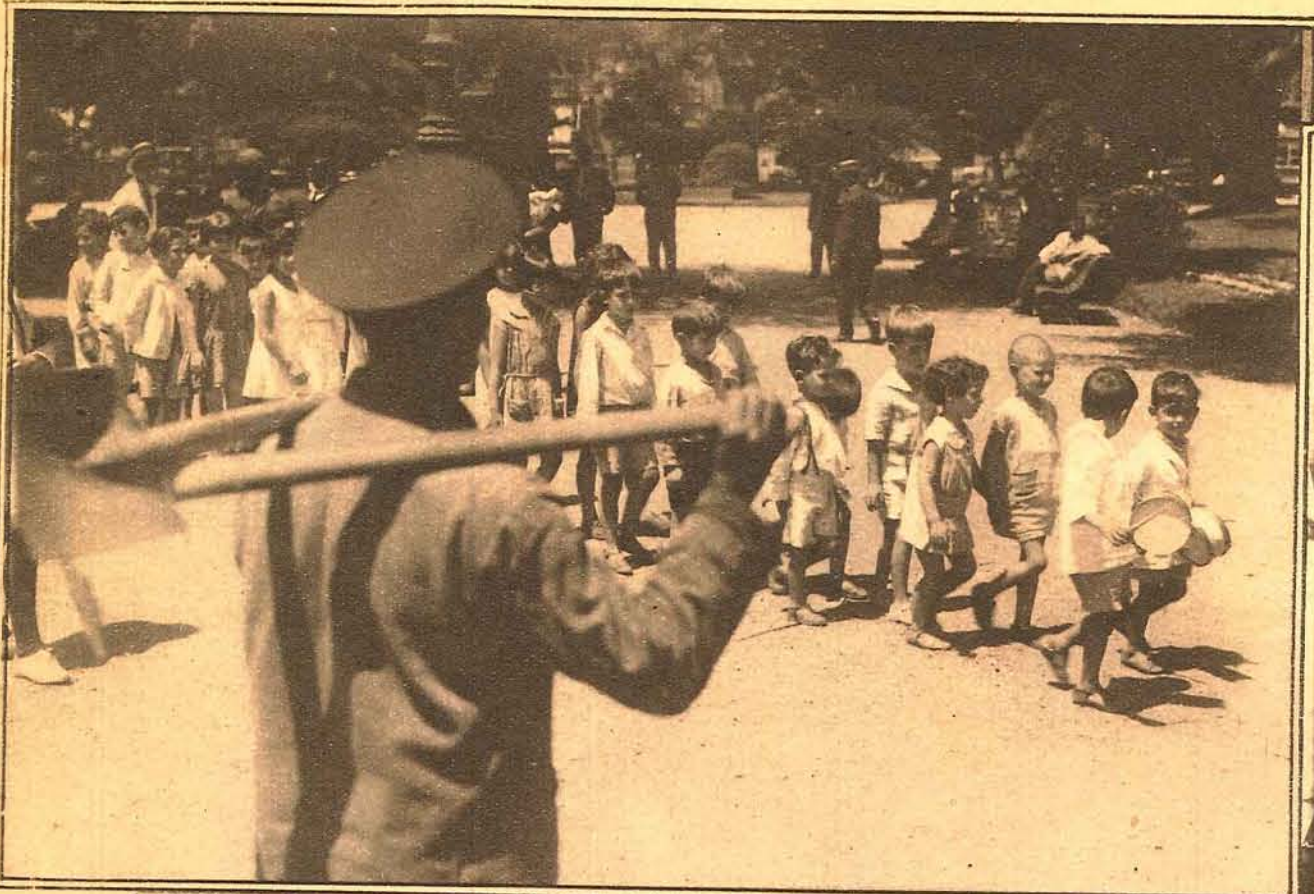
50 centavos la pastilla

LUX JABÓN de TOCADOR

LEVER HERMANOS, LIMITADA - ESMERALDA 70 - BUENOS AIRES

LTS 14

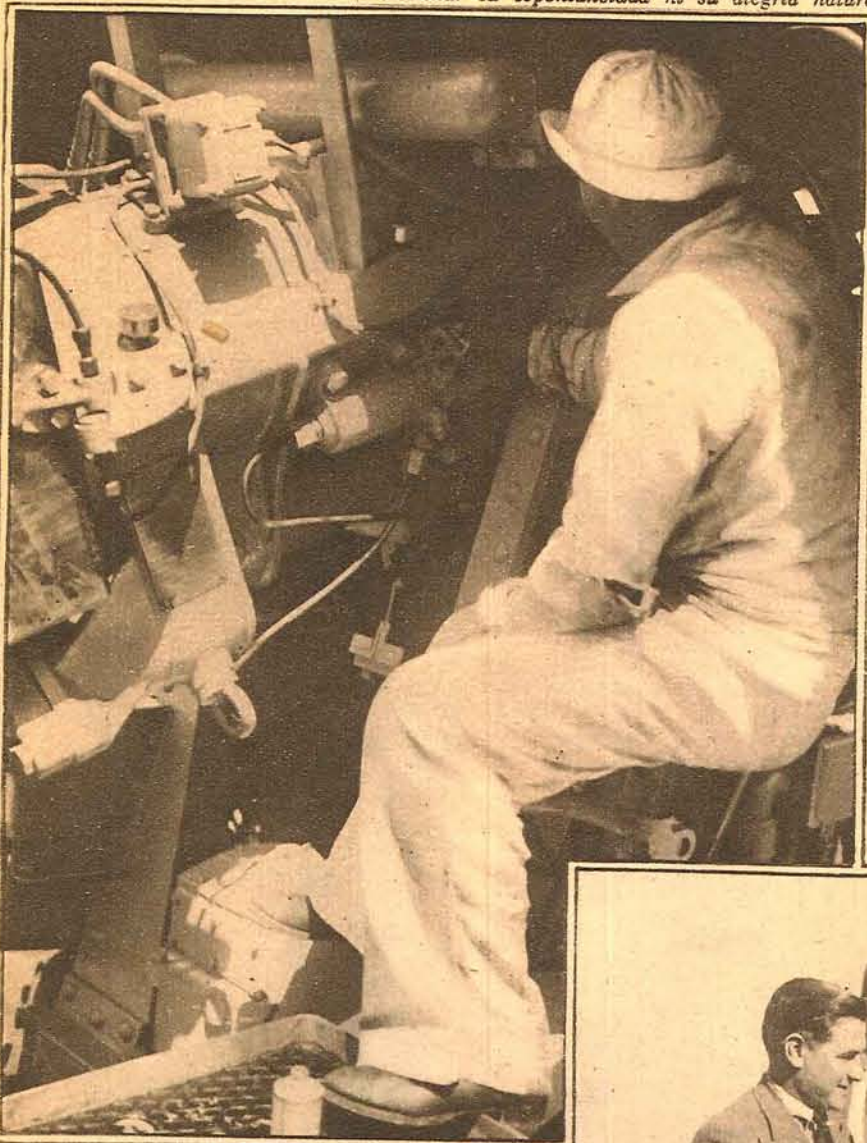
INSTANTANEAS



La marcha rítmica constituye un breve intervalo en el programa de juegos al aire libre del jardín de infantes. Insensiblemente, los niños adquieren con ella nociones de orden y disciplina sin violentar su espontaneidad ni su alegría natural.



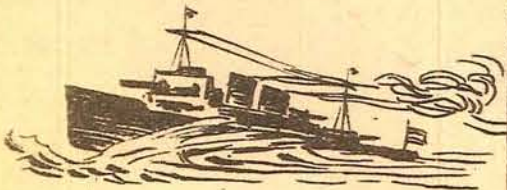
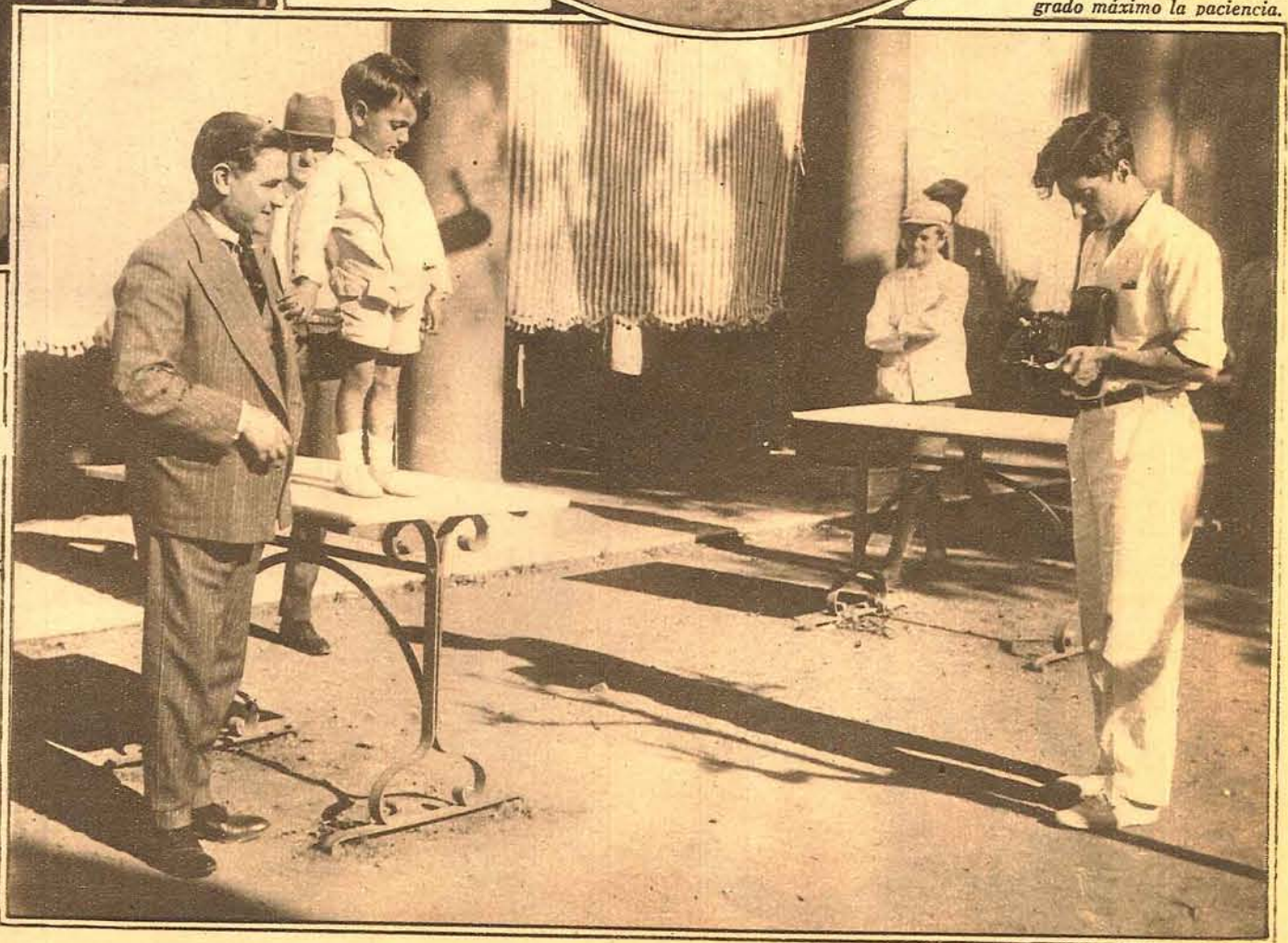
Maria Elena Cáceres Cazenave tienta a la suerte antes de sumergirse en las aguas del balneario de Necochea.



Sobre los maquinistas de a bordo recaen en gran parte las responsabilidades de la travesía. Las maquinarias complicadas de los barcos son por ello su preocupación exclusiva durante el viaje.



El pescador de raza pretende que el éxito en su oficio es obra de la astucia y la destreza. La observación de la fotografía nos convence que en él interviene en grado máximo la paciencia.



Angel Bossio, el famoso arquero internacional del equipo argentino, disponiéndose a obtener un recuerdo gráfico del más joven y entusiasta de sus admiradores.

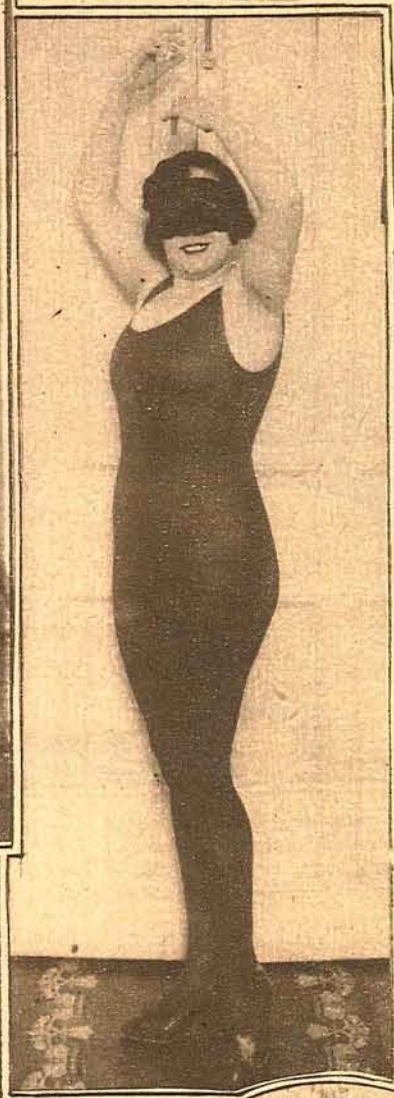
El "maillot" y el antifaz

Recientemente se realizó en Madrid un concurso de esbeltez en el cual tomaron parte artistas conocidas de los escenarios españoles. Las participantes aparecen con "maillot" y antifaz y revelando luego su identidad a cara descubierta.

Conchita Piquer.



Elena Cortesina.



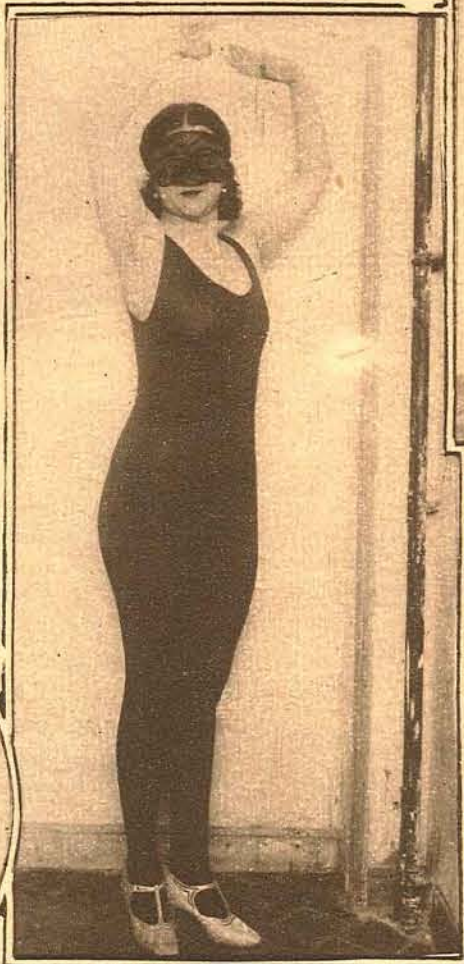
Consuelo Hidalgo.



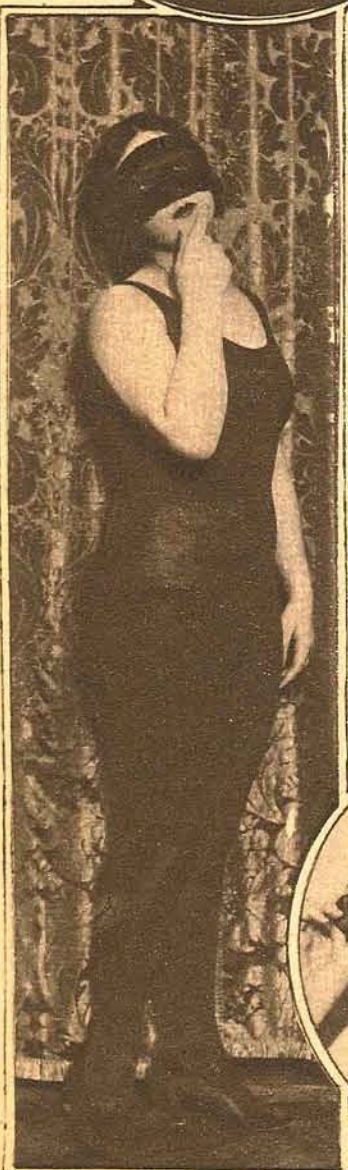
Pilar Aznar.



María Caballé

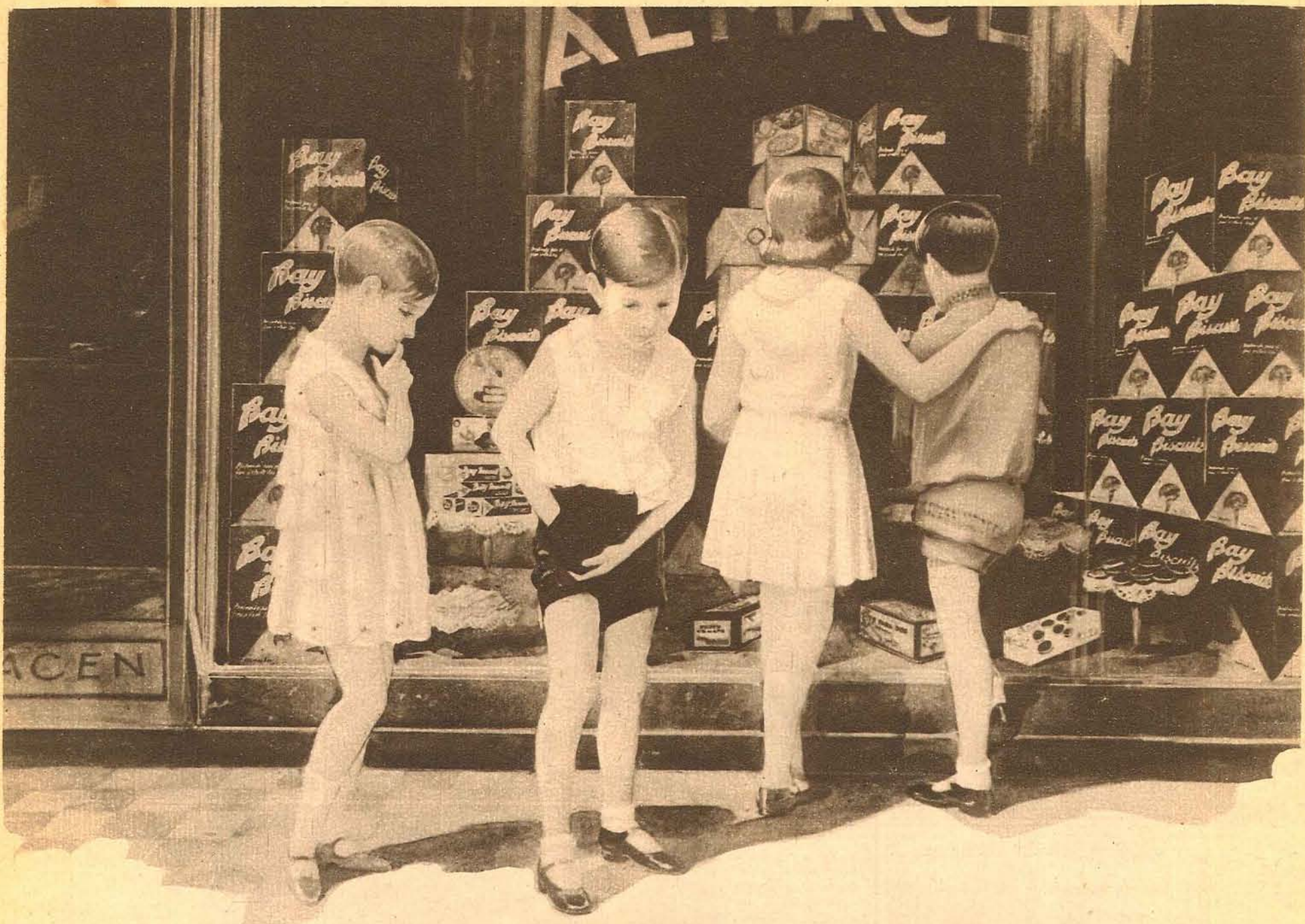


Carola Fernán Gómez.



Celia Gámez.





Frente a la tentación: ¡una sola moneda!

La ilustración reproduce una escena de hace pocos días, en la calle Cabildo. Frente a una vidriera totalmente presentada con galletitas de TERRABUSI, y por ello "tentadora como ninguna", cuatro niños se extasiaban en su contemplación, pregustando, sin duda, lo que para ellos sólo son deliciosas golosinas. La moneda afanosamente buscada vino pronto en su ayuda. E instantes después los cuatro marchaban alegres, y acaso sin saberlo ó comprenderlo, alimentándose con los bizcochos más sabrosos y de más alto valor nutritivo: los

Bay Biscuits

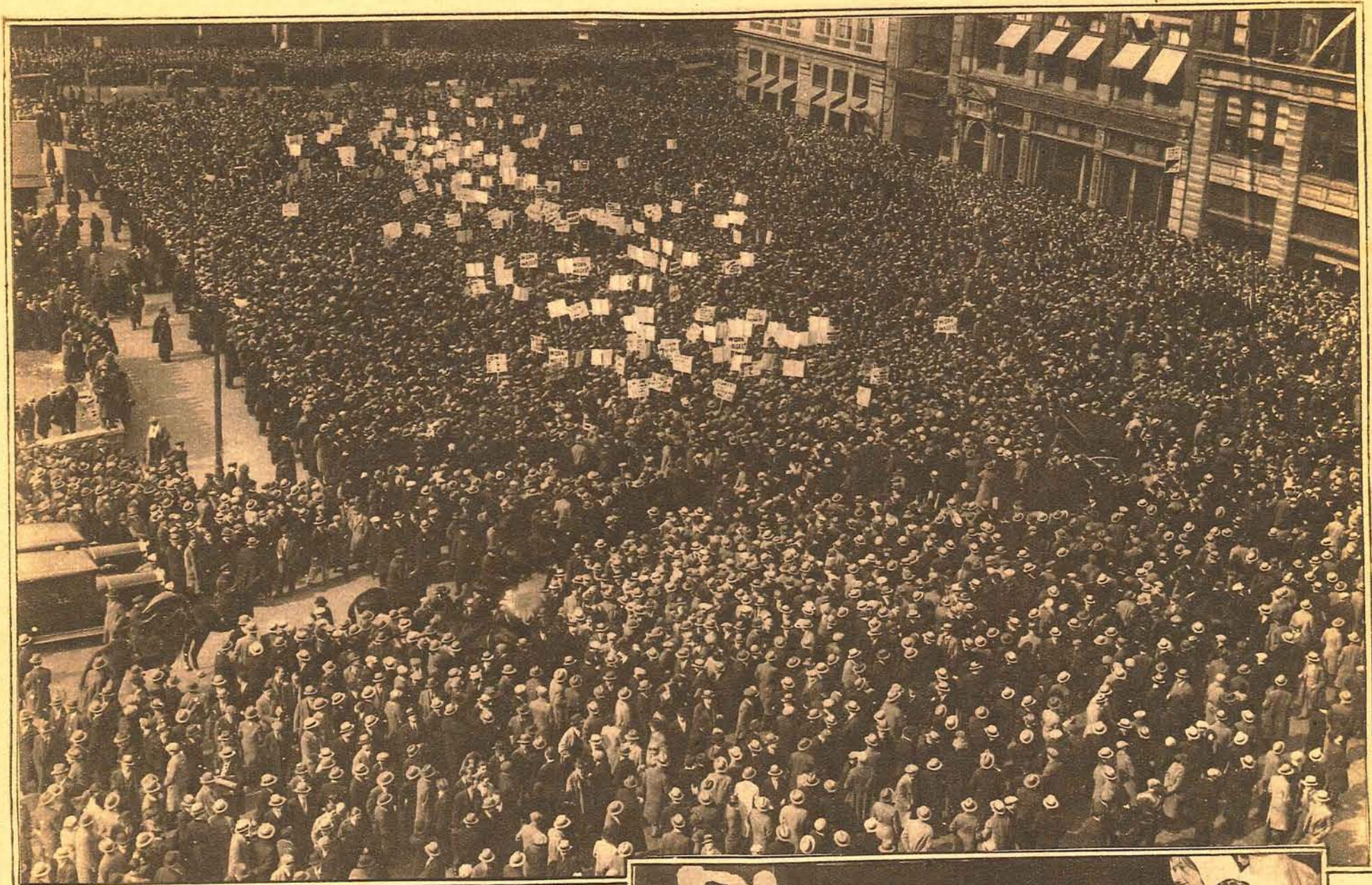
Haga que sus niños gasten bien sus monedas. Aconséjeles que siempre compren lo mejor: ¡de TERRABUSI!

Una variedad de
"mil delicias"



S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

Pídalos a su proveedor.
Se venden en todo el país.



Un aspecto del mitin comunista realizado en la Unión Square, ante el edificio de la Municipalidad de Nueva York para protestar contra la desocupación.



Los embajadores de Francia y Argentina ante el gobierno de Gran Bretaña saludando a los artistas que tomaron parte en la representación de la obra francesa "Sous les genoux des amazones", en la que tomaron parte alumnos del King's College.



La infanta Cristina, hija de los reyes de España, vistiendo por primera vez el uniforme de enfermera de la Cruz Roja.



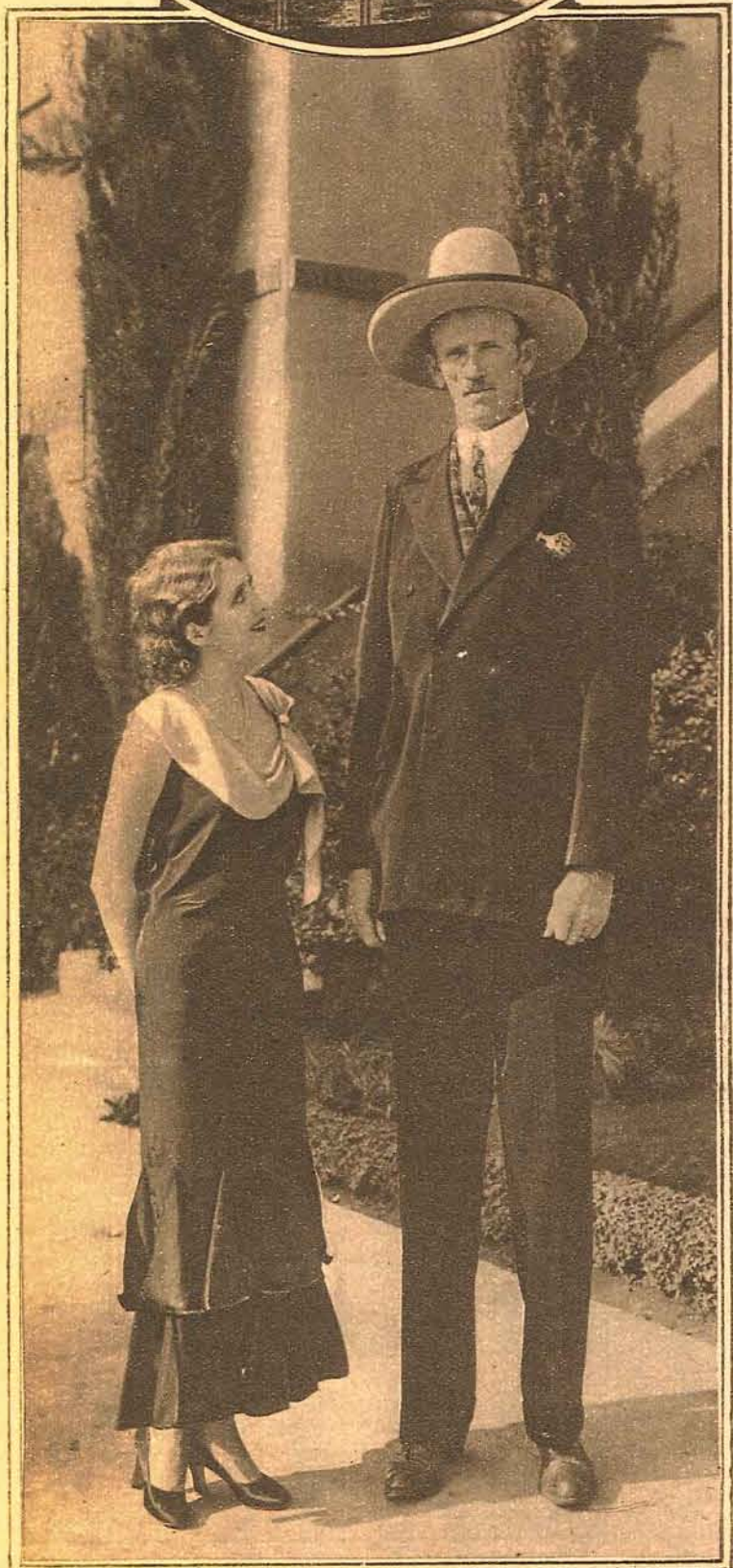
El maharajah de Kapurtala con su séquito, en ocasión de asistir a la reunión de príncipes de la India realizada recientemente en Delhi.



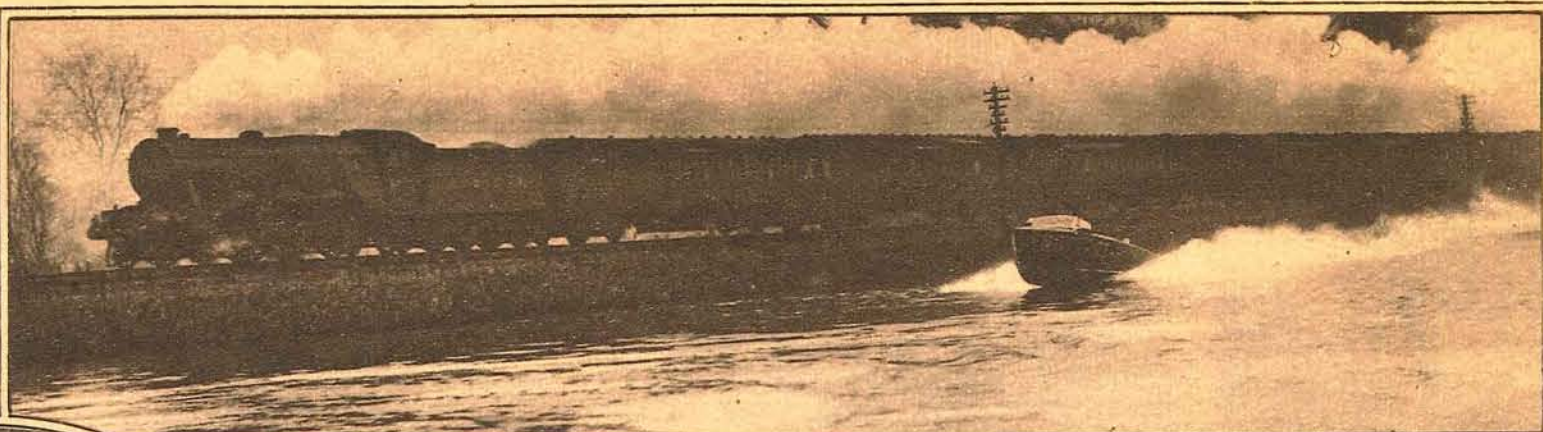
Mr. J. W. Shillan trata de ganar una carrera al expreso "Flying Scotsman" con una lancha automovil de su propiedad. La singular prueba de velocidad se disputa en y a orillas del río Ouse.



El agricultor Zalewski, caballero de la Legión de Honor, tiene ciento cuatro años. A su edad realiza todas las tareas del campo, lee y escribe con toda corrección y naturalidad.



Billie Dove forma con R. E. Madsen, que mide 2.28 metros de altura y que es considerado el hombre más alto de Estados Unidos, una pareja bastante despareja.



"Palidecen las pecas; se alisa la indiscreta arruga"

dice la eximia actriz Doña Blanca Podestá

¡Aquí está su secreto de belleza y juventud!

"Aplicaciones constantes de Crema de Oriente VINDOBONA", dice doña Blanca Podestá. La famosa actriz ha revelado el secreto de su tocador, que es también el de muchas, entre sus destacadas compañeras. Crema de Oriente VINDOBONA es todo cuanto usted necesita. "La edad no interesa", dice la gentil actriz. "Crema de Oriente VINDOBONA resuelve este problema: cómo mantener un cutis de niña".

El tratamiento facial de resultados rápidos

Cualquier cutis — el cutis de usted — se renueva normalmente con sólo este tratamiento sencillo y agradable. Cuando usted va a reposar, no descansa su rostro sobre la almohada sin antes haberlo limpiado bien y haber aplicado Crema de Oriente VINDOBONA. Con la ligera presión de los dedos, penetra por la epidermis hasta las capas ocultas de la misma y allí "trabaja". Sí, realmente hay bajo la superficie marchita de su cutis un maravilloso laboratorio donde se prepara el cutis que usted ostentará mañana. Allí la Crema de Oriente VINDOBONA estimula y allí disuelve las pecas y manchas cutáneas, refina los poros, alisa las arrugas y blanquea la piel. Usted podrá constatar los resultados ya a la mañana siguiente de la primera aplicación. Su espejo le confirmará que aparece una nueva belleza en su rostro, un cutis lozano, blanco, liso y suave, que estaba oculto detrás de la máscara que sobre él había formado la capa exterior marchita. Este proceso de renovación, de verdadero embellecimiento, es agradable. Nadie se dará cuenta de que usted sigue un tratamiento. Sana las grietas y paspaduras en seguida que se aplique, y protege la piel contra las inclemencias del tiempo.

Garantía VINDOBONA

Por si no bastara la opinión de miles de señoras bellas en Europa y América, los Laboratorios Vindobona garantizan ampliamente la bondad de los productos que ofrecen. Si a usted la Crema de Oriente VINDOBONA no le diera resultados satisfactorios, preséntese con sus boletas de compra, o si reside usted en el interior, escribanos y le devolveremos íntegro el dinero gastado.

Crema de Oriente VINDOBONA se vende en la Sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA Nº 8 - Piso 1º - BUENOS AIRES

(Atendida por señoritas)

También venden Crema de Oriente Vindobona las casas de mayor prestigio:

Franco-Inglesa	Farmacia Scanapico	Farmacia Gibson	Farmacia Santa Ana	En Mar del Plata:
Sarmiento y Florida	Esmeralda y Tucumán	Alsina y Defensa	Rivadavia 3202	San Martín 3458
Farmacia Echeverry	Perfumería Vislowna	Farmacia Inglesa	Tienda "La Piedad"	En Mendoza:
Rivadavia 6851	Cabildo 1589	Av. de Mayo 900	Bm. Mitre y Cerrito	San Martín y Lavalle
Farmacia Chialvo	Farmacia Nelson	Casa Argentina Scherrer	Farmacia La Estrella	En Córdoba:
Sarmiento y Talcahuano	Suipacha 477	Suipacha 171	Rivadavia 1501	Lima 34
Farmacia González	Farmacia Del Pueblo	Farmacia L'Aiglon	En La Plata:	En Montevideo:
Rivadavia y Centenera	Rivadavia 729	Cangallo y Callao	Calle 7 esq. 47	W. Ellis, Andes 1338

Pida folletos gratis de los productos VINDOBONA.

Llene y remita el cupón.

Pedidos del interior se atienden en el día.

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. O. 29

Florida Nº 8 - Piso 1º - Buenos Aires.

Sírvase enviarme gratis folletos explicativos de la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre

Calle..... Nº.....

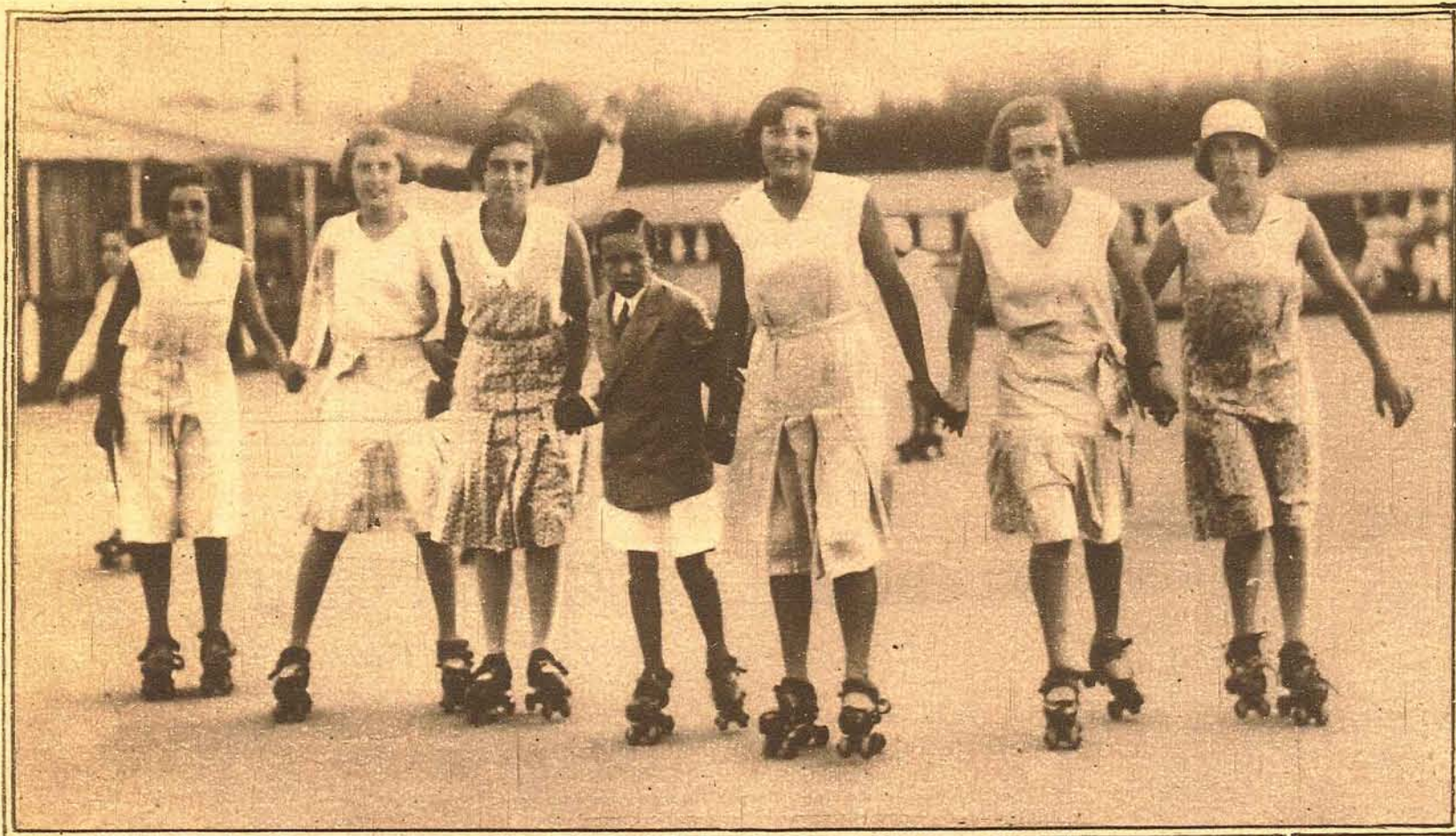
Ciudad..... F. C.....



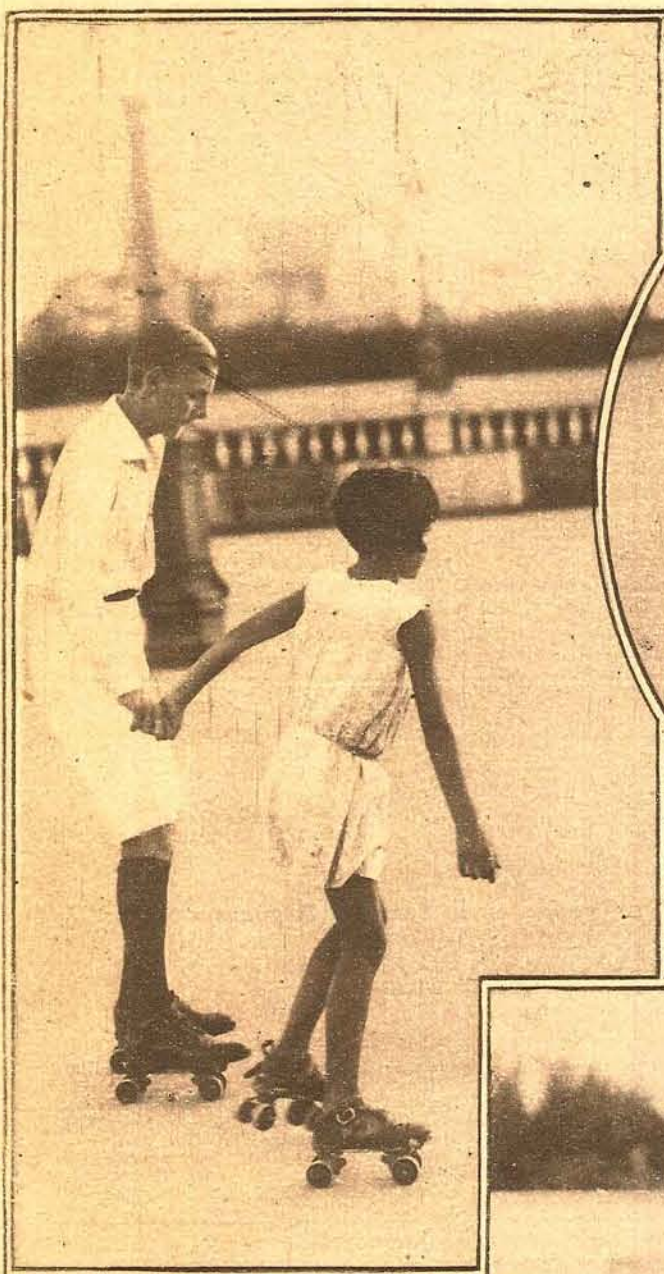
Para adelgazar, reducir la papada, brazos o caderas gruesas

Esta pomada, que se infiltra rápidamente, destruye los tejidos adiposos y las grasas y reduce las carnes. Es un hecho probado. Usted puede con Pomada Reductora Sarowal modelar su cuerpo, como modela un escultor sus obras maestras. Un ligero masaje con esa científica pomada y a los pocos días la papada desaparece; las caderas disminuyen, favoreciendo la silueta; los brazos, las piernas, los tobillos adelgazan hasta donde desee. Pomada Reductora Sarowal no mancha. Es saludable. Sus efectos son rápidos. Las casas más prestigiosas del ramo la recomiendan.

Farmacia Franco-Inglesa	Farmacia Del Pueblo	Laboratorios Vindobona
Sarmiento y Florida	Rivadavia 739	Florida Nº 8 - Piso 1º
Perfumería Vislowna	Gath & Chaves	Ciudad de Méjico
Cabildo 1589	Casa Central y Sucursales	Florida y Sarmiento
Farmacia L'Aiglon	Farmacia Nelson	Farmacia Chialvo
Cangallo y Callao	Suipacha 477	Sarmiento y Talcahuano



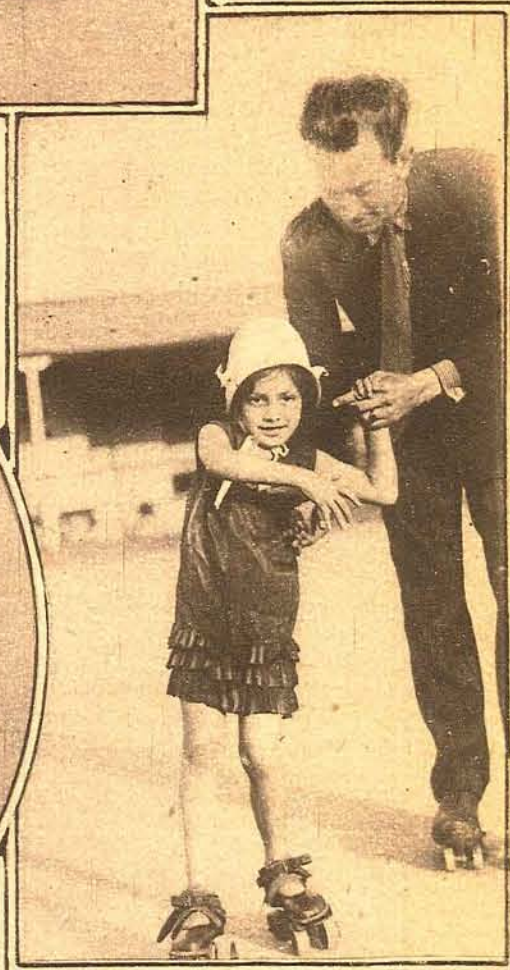
La pista de patinaje del Paseo General Paz se ve asiduamente concurrida durante las tardes del Balneario.



Un momento de indecisión. La niña, más valiente, conduce al novicio a través de la pista.



Una de las pruebas más difíciles: patinar agachado.



El profesor de la pista de patinaje se preocupa en iniciar a los principiantes en el difícil arte del patín.



Los niños son los más entusiastas concurrentes a la pista de patinaje y con sus gritos y juegos ponen una nota de animación.





Una de las extrañas escenas de "La línea general", último y más discutido "film" de Sergio M. Eisenstein, en el que éste ha suprimido la literatura argumental para hacer un "film" esencialmente objetivo

gares, sin la fama cinematográfica.

En los tres meses que lleva en Hollywood, Flores ha hecho lo imposible por pasar uno de los portones de los "studios", y aunque sólo ha conseguido ser bien conocido por los estóicos porteros de los varios "lots", el ambicioso Augusto ha conseguido en parte saciar su deseo. Por intermedio del consul peruano residente en esta ciudad, Flores ha podido hacer una visita a los "studios", y nada más.

ESTA EN PREPARACION LA OBRA DE UN ARGENTINO

Tres millones de dólares es la cantidad de dinero que compondrá el presupuesto de gastos de producción de películas de la compañía cinematográfica James Cruze Incorporated, que serán exhibidas durante la temporada de 1930.

Entre los argumentos que serán llevados a la pantalla y dirigidos personalmente por Mr. Cruze, figuran las siguientes obras: "El alma del tango", historia original del escritor argentino Arturo S. Mom; "El desfile del circo", original del autor Jim Tully; "La gran pelea", adaptación de la obra de teatro del mismo nombre, original de los señores Gropper y Marcin, y "Anna Boyd", por Will Harben.

CORREO DEL CINE CARTA DE HOLLYWOOD

Por WHITE SCREEN

EL DIVORCIO DE BILLIE DOVE

El idilio de Billie Dove, una de las más prominentes y hermosas estrellas de la pantalla, e Irwing Willat, su esposo y conocido director cinematográfico, ha ido, después de dos años de aparente vida feliz, a chocar contra las rocas del fracaso.

La hermosa y elegante Billie no ha podido menos de reconocer que ella y su esposo han decidido comenzar el nuevo año por caminos distintos. La luminaria ha tomado uno de los lujosos departamentos en el hotel Beverly, en Beverly Hills, y Mr. Willat se ha trasladado al hotel La Hacienda; las razones en que estará basado el futuro divorcio es incompatibilidad de caracteres. El caso de los esposos Willat, es semejante al de Gilda Gray y su marido, el empresario teatral S. Boig. Miss Dove, antes de iniciarse en la carrera artística del celuloide, era corista de las revistas Ziegfeld; su hermosura y su casamiento con el director Willat la colocaron pronto como una de las grandes estrellas de la constelación hollywoodense. Los buenos sueldos, la admiración del público, la crítica lisonjera y la altura en que la coloca su popularidad hace que muchas de nuestras estrellas se sientan mareadas, pierdan la cabeza y luego, cuando ya es tarde, se den cuenta que por un corto espacio de tiempo han estado viviendo una vida distinta a la realidad.

UN AMBICIOSO MAS

Augusto Flores, peruano, de diez y nueve años de edad, y cuatro amigos argentinos, salieron de Buenos Aires el 11 de julio de 1926, resueltos a llegar a la meca cinematográfica norteamericana — Hollywood — y convertirse en rivales de John Barrymore o Clive Brook, en el último de los casos. Unas veces a pie y otras andando, el muchacho recorrió la distancia que media entre la reina del Plata y la capital de Cinelandia, en la que se encontró a fines de 1929, o sea tres años después de iniciado el viaje.

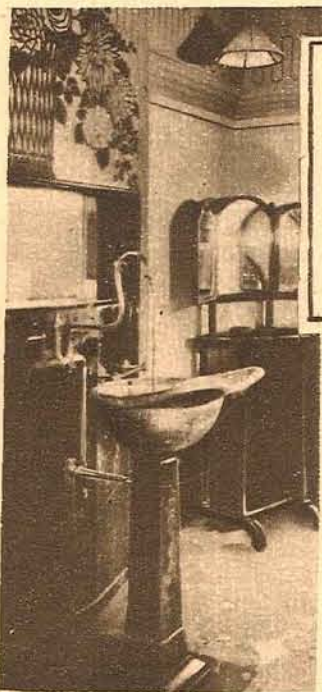
De los cuatro amigos con los que Flores comenzó la odisea, uno regresó a la capital argentina al llegar a Bolivia; otro hizo lo mismo desde territorio ecuatoriano, y los otros dos juzgaron conveniente desandar lo andado y regresar a sus ho-

... y al mismo tiempo revela su
hermosura natural."

dice el célebre

LEON DESFOSSÉ

— uno de los más conocidos especialistas parisienses de belleza.



Desfossé tiene un salón singular para damas en París... piso de mosaico y paredes de mármol, que prestan un ambiente de suprema elegancia.

El jabón
Palmolive
jamás se
vende
desenvuelto



35
centavos
la pastilla

3 pastillas por \$ 1.-

"La eficacia del Palmolive reside en su mezcla única de los aceites de palma y oliva, que limpian y suavizan la cara y al mismo tiempo descubren el color natural del semblante."

L. Desfossé

Los aceites cosméticos de este famoso jabón para la cara son su mejor protección contra los peligros que amenazan la belleza del cutis en la vida moderna.

Si usted ha estado en París, o bien por sus amistades que allí hayan estado, probablemente conocerá el salón "chic" de belleza de Desfossé, en la rue Saint Honoré. Este establecimiento ha sido escuela para muchos de los ahora famosos especialistas franceses en belleza, incluso Émile Massé.

Desfossé en persona fué llamado a Madrid para atender a miembros de la corte de España en la época de la coronación del rey Alfonso XIII. También fué llamado a Alemania para atender a princesas, cuando fué coronado el último rey de Sajonia.

Tal es el profesional, de tanta importancia internacional, quien recomienda usar jabón Palmolive. Y agrega: "Siempre aconsejo a mis clientes lavarse con jabón Palmolive y agua tibia, haciendo primero una espuma con ambas manos, enjuagándose con agua tibia primero y luego con fría; esto reanima todo el semblante".

Desfossé no es el único que sostiene que los aceites de palma y oliva de este jabón tonifican el cutis. Hoy día, un grupo considerable de más de 18.900 expertos en belleza de todo el mundo recomiendan el jabón Palmolive.



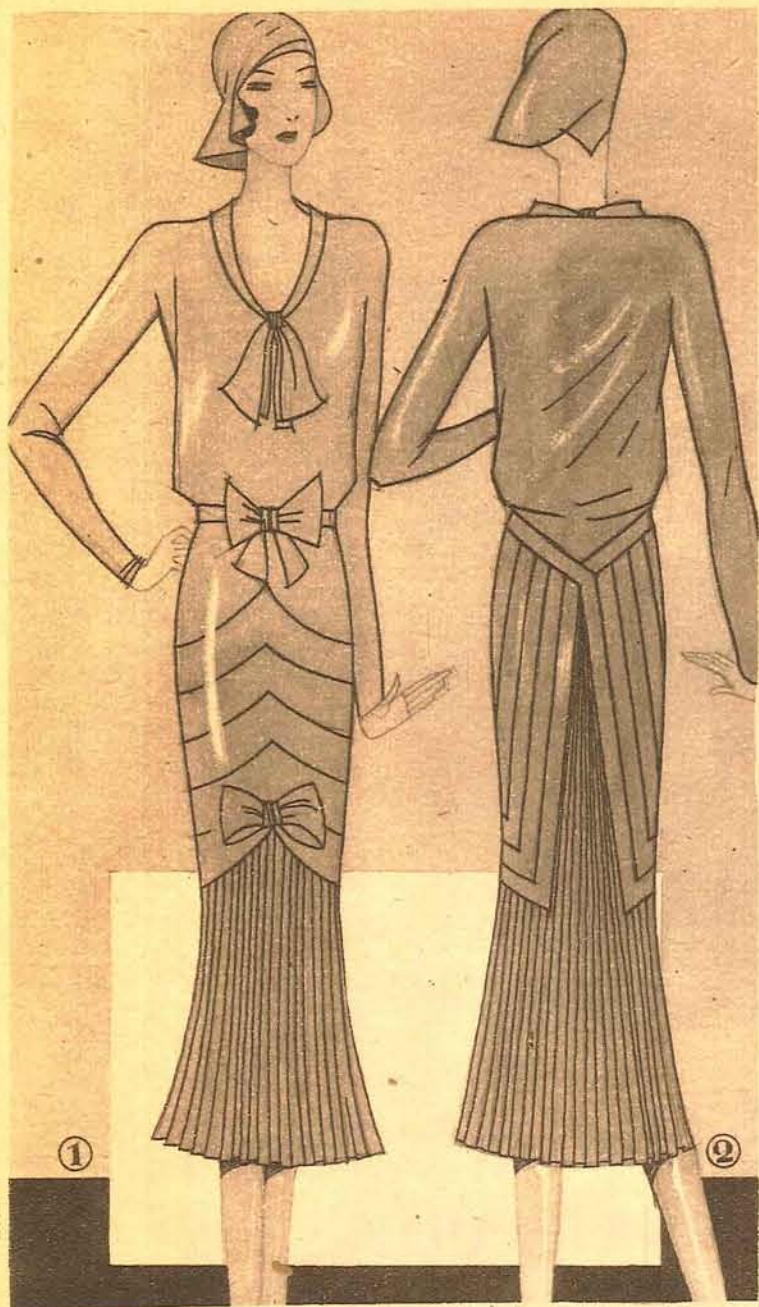
Los jabones ordinarios no son iguales.

Cuidese de usar jabones ordinarios, hechos de grasas, coloreados artificialmente o fuertemente perfumados; pueden ser dañinos, y el experimento es peligroso. Palmolive no está compuesto de otros aceites que no sean los de palma y oliva, que son los que le dan ese color verde natural, haciendo innecesario agregar perfumes penetrantes.

"La piel tiene que ser muy bien lavada, pero debe emplearse un jabón que rinda los mayores beneficios con el mínimo de inconvenientes"; esto lo aconseja el gran Desfossé. Los jabones ordinarios pueden ser irritantes. No debe usted hacer experimentos cuando es tan fácil adquirir Palmolive. Millares de personas lo usan también para el baño.

Usted hallará que este jabón protege la piel y es suavizante. Los más grandes expertos en belleza del mundo lo aconsejan. Pruebe Palmolive y comprenderá por qué. — Colgate-Palmolive-Peet-Ltd., S. A. Ind., Santiago del Estero 1997, Buenos Aires.

JABON PALMOLIVE



LOS FABRICANTES DE TELA Y EL COLOR

RODIER opina que el pastel será el tono preferido para la próxima estación. En casi todas las telas se ven tonos verdes, azules, rosados y amarillos. Le siguen los beige, tirando al café con leche y masilla, luego los grises y algunos malvas. En otros colores, fuera de los tonos pastel, hay marrón castaño, azul marino y muchos rojos vivos, especialmente coral.

Como siempre, hay mucho blanco y negro y muchos blancos coloreados con verde, crema y crudo.

En las telas imprimé y bordadas hay mucha riqueza de colorido, porque se sabe que los Rodier son grandes coloristas. En la colección Meyer hay muchas mezclas blancas y azules y también blancas y negras, con diseños chicos, rayas quebradas, puntos, etc., sobre todos los colores básicos. En general, se usan los colores mezclados. Hay tweeds que tienen como cuatro colores a la vez y muchos tricolor. Algunas combinaciones de colores son muy nuevas, como el rosa, verde y colorado; granate, amarillo pálido y gris; blanco, azul y verde. En las telas lisas se ven todos los tonos pastel y también los colores claros, sin la mezcla del gris que tienen los pastel. Hay también efectos de "camaieu" en los tonos "degradé" de un mismo color, como asimismo combinaciones de tonos que Meyer conceptúa será el modo en que tratarán las elegantes este problema del color.

En las sedas, Bianchini coloca al azul en primera línea, sobre todo en tonos pastel, lavanda y los pizarra claros. Los pastel son los más importantes. El gris ceniza está bien representado. El amarillo persiste para conjuntos al aire libre. Tiene un buen número de diseños en blanco y negro.

Coudurier opina que será ésta una estación de mucho colorido, subrayando los tonos pastel. M. Cendron sabe que todas éstas son suposiciones, pues se usarán aquellos colores que elegirán a su gusto algunas de las elegantes de mayor representación. Tiene combinaciones encantadoras en grises y amarillos. Los imprimés en lamé y chiffon tienen mucho color y son sobre fon-

1: Vestido de Doeillet Doucet, en marocain ciruela cortado en curvas; en el delantero adornado con moños. — 2: Parte posterior del mismo, con efecto de delantal sobre la falda plissée

dos oscuros y claros. Hay bastantes rosas combinados con plata.

En la colección Ducharne, los fondos negros son los que preponderan entre los crêpes y chiffons. Muchas de sus creaciones ofrecen el toque gris, característico suyo, pero predominan los colores vivos y claros. En todas las colecciones hay tal cantidad de verde que "se dice" que será el color de moda de la estación.

LA PREPONDERANCIA DEL TWEED EN LOS CONJUNTOS DE VIAJE

Por SYLVESTRE DORIAN

MEDIA hora antes de salir el "Train Bleu" de la Gare de Lyon para la Costa Azul, pude admirar los trajes de viaje más elegantes, salidos recién de los talleres de varias grandes casas parisienses.

Me llamó especialmente la atención una señora joven y delgada que viajaba con dos niñas; vestía un conjunto en tweed fino beige y marrón, con cuello chal y puños anchos en castor. Fuera de las trenzas largas y piel más escasa, las niñas eran una fiel reproducción de la madre, desde los sombreros pequeños, bien ajustados a la cabeza, hasta los zapatos, en cuero marrón con taco bajo.

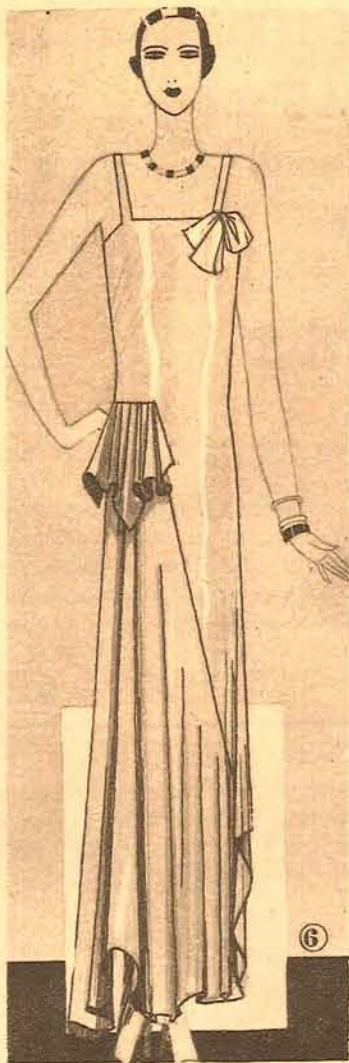
Entre otras viajeras vi una que tenía un conjunto en tweed en tono neutro, atravesado por una hebra roja.

Tenía dos grandes bolsillos cuadrados y una especie de cuello echarpe en la tela con una franja angosta en lapin, que cruzaba adelante. El sombrero negro, muy chico, dejaba la frente al descubierto: los zapatos y la cartera de viaje eran en cuero negro de reptil; los zapatos tenían tacos en cuero liso.

Era interesante observar el equipaje; las parisienses llevaban la idea del conjunto hasta en ese detalle. La señora de quien hablaba despachó a mi vista una serie de baúles en cuero marrón dorado, todos



Traje de noche de Louise Boulanger, con un recogido que forma la cola



Modelo de noche de Doeillet Doucet, en satén beige ligeramente "drapé" en las caderas, con dos cocas flexibles a la derecha

en la misma forma, color y diseño, hasta unas minúsculas sombrereras llevadas por las niñas y una bolsa con sus palos de golf.

La impresión que recibí en ese momento fué, indudablemente, que el tweed preponderaba sobre las demás telas. Más de la mitad de las viajeras lo usaban. También ¡qué maravillas de tweeds! De todos los diseños: tejidos canasta, acordonados, pedregosos, jas-

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY



4: Modelo de Lelong, para tarde, en chiffon negro con saquito corto terminado en volado. — 5: Vestido de noche de Lelong, en satén azul pizarra

peados "chine", como lo llaman los franceses, en unos colores preciosos: rojos y negros, amarillos y marrones, y azules con hebras grises. Había muchísimas carteras en la misma tela del traje, algunas con cierres en madera y otras en hueso en un tono que hacía juego con la tela. Muchas llevaban sombreros en tweed: también formaban conjuntos los zapatos y carteras en una combinación de cueros.

Antes de terminar citaré un conjunto que rompía la monótona procesión de tweeds. Una silueta pequeña y fina, con cabello tostado obscuro, de reflejos cobrizos y piel muy blanca, tenía un conjunto en lana gruesa verde, con cuello parado tres cuartos, en astracán negro. Al entreabrirse el saco se veía el diseño modernista del pullover tejido.

PARIS. SERA SIEMPRE EL CENTRO DE LA MODA

Por Mme. HAVET
(Directora de la Maison Havet)

EN París el arte de la costura y sus derivados es, a la vez, una industria muy vasta y de suma importancia, pues no sólo es un recurso financiero para el gobierno francés, sino que proporciona al mismo tiempo un medio de vida a millares de los habitantes de Francia. Puede decirse que la creación de la moda es su industria magna, y a pesar de algunos esfuerzos de Austria y los Estados Unidos para disputársela, mantiene incólume el derecho de ser su centro universal.

Aparte de estas razones materiales para conservarla, existen otras que impiden la competencia extranjera. La mujer francesa tiene el privilegio de la obra de mano. En las tiendas más pequeñas de los arrabales se ven vastas telas de algodón con bordados tan finos que dan pena verlos en tela tan ordinaria.

En los tranvías y ómnibus se ve a todas cosiendo o bordando, lo mismo que las niñas en las

plazas; y hasta la "femme de menage" que se dedica a las más toscas labores domésticas, tiene para coser la perfección de una lencera; como que en los colegios y pensionados, junto con aprender a leer y escribir, se aprende a la perfección sobre trozos de tela usada, a coser, a zurcir, a vainillar y a bordar. Señalo esta característica porque ilustra fundamentalmente que la creación de las primorosas obras de mano es una tradición en Francia.

Las paisanas bretonas, muchas de ellas analfabetas, no sólo crean los diseños, sino ejecutan los encajes más preciosos. Sus cofias son todas distintas, de una labor prolija y perfecta y constituyen su orgullo.

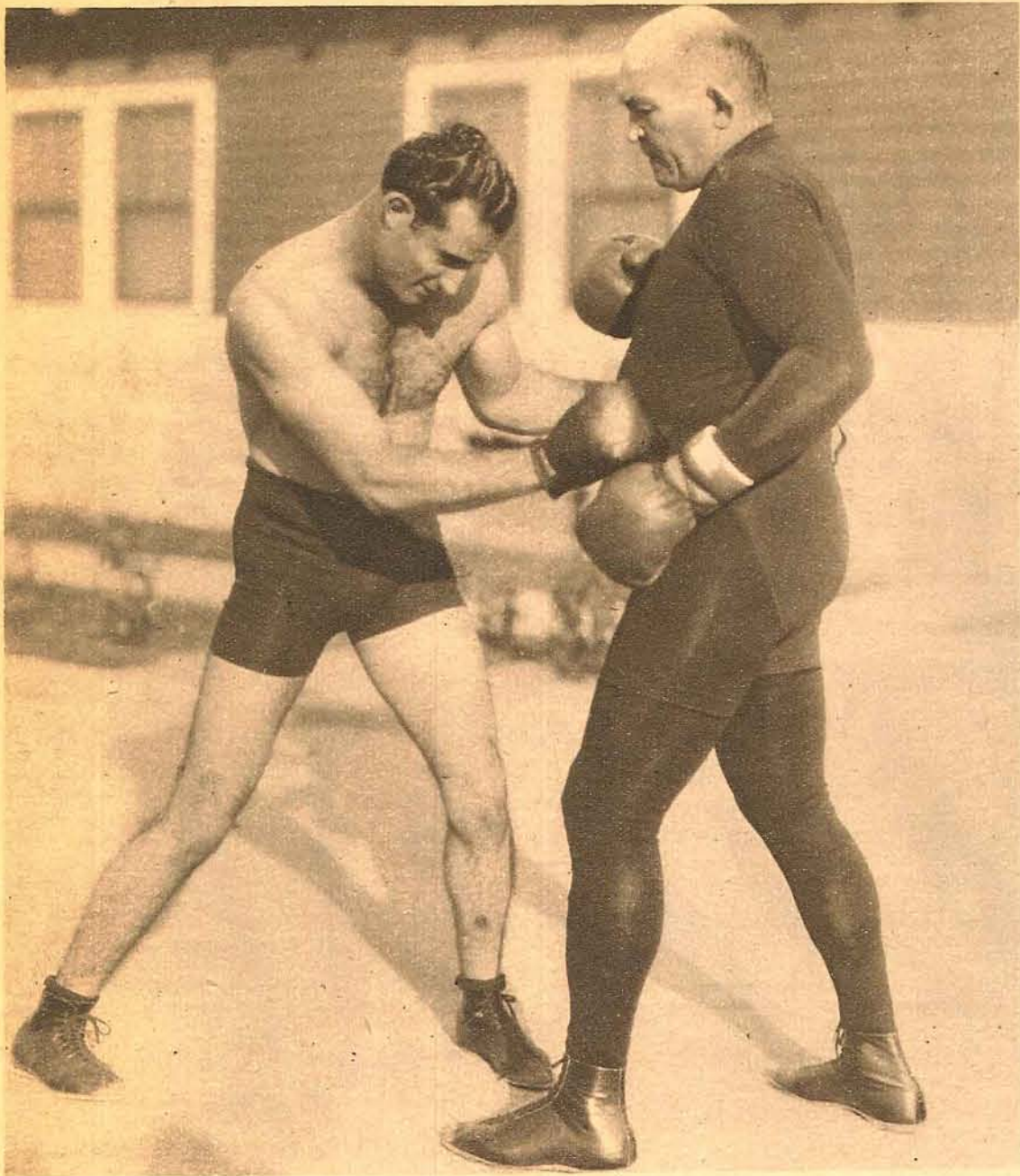
De Lyon vienen las sedas más maravillosas; la antigua industria del encaje, la fabricación de la tela de los trajes de sport y los lamés resplandecientes de los trajes de noche, cuyos diseños son ejecutados por artistas de fama y su trama tejida por tejedores que han seguido durante generaciones enteras, la misma profesión. Hasta la fabricación de botones es una industria de suma importancia. El cuidado perfecto del detalle y la pericia de cada uno de los artesanos que contribuye a crear la moda, es una de las bases sobre las que descansa el pedestal de la moda parisiense, que es la universal.

CONSEJOS PRACTICOS SOBRE COSTURA

LAS evoluciones de la moda traen consigo cambios importantes en la técnica de la costura, que ponen de manifiesto la oportunidad de algunas indicaciones apropiadas.

Los ruedos respunteados reemplazan los dobladillos, que hacen más pesada la parte inferior de la falda. Se da vuelta el borde de la tela, que se habrá recortado con una vainilla para que no se desfleque, y se pasan dos o tres hileras de pespuntos, muy cerca unos de otros. Los saquitos y el echarpe se terminan de la misma manera.

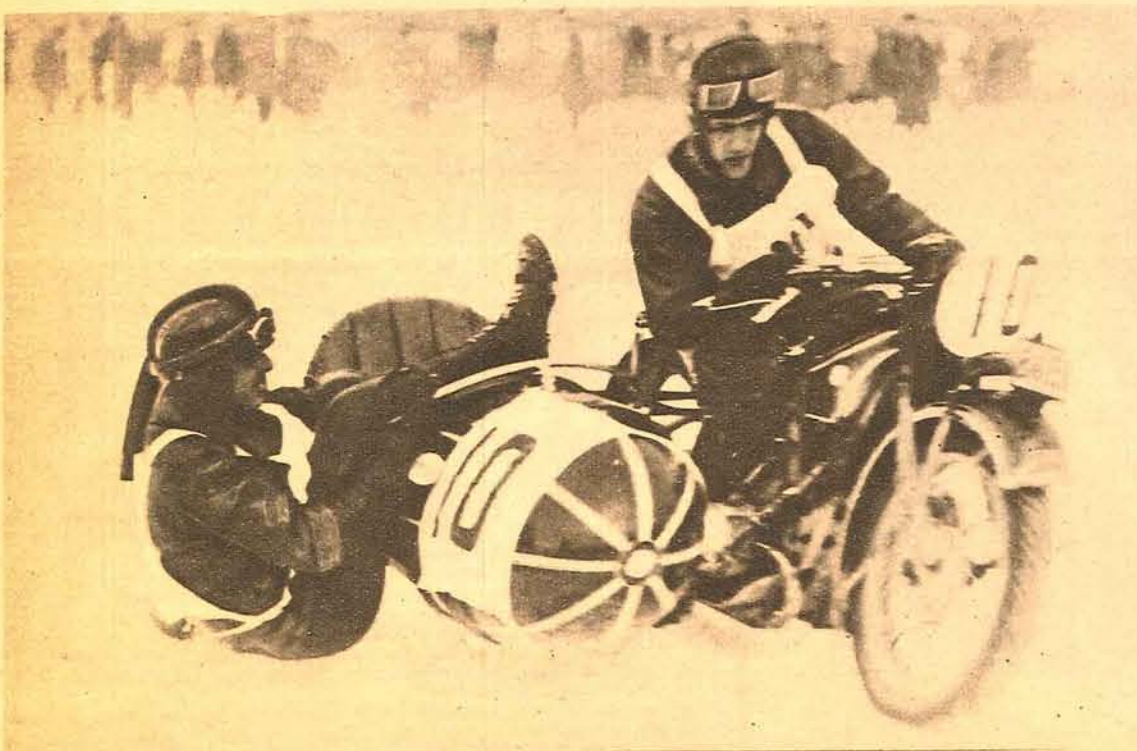
Los tablones planchados pierden la forma fácilmente; para conservarla se pasa un pespunte a un milímetro de cada orilla de la tabla, quedando ésta libre; el efecto es el de una "nervure".



Se afirma que el ex campeón mundial de boxeo de los pesados, James J. Jeffries, está preparando un boxeador misterioso. Este sería el joven Young Albert Morro, de 21 años de edad, y de medidas casi perfectas

SPORT
EXTRAÑERO

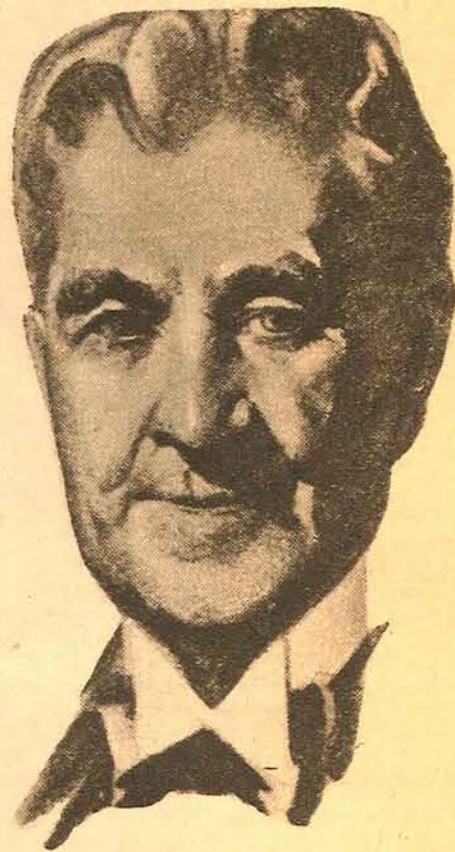
Miss Catherine Feraud es la nueva campeón de esgrima del sur de California. En una guardia impecable



En el lago de Eib, Alemania, se realizan anualmente grandes reuniones de sports sobre hielo. En la fotografía se ve a un corredor de sidecars en un viraje violento, ayudado por su compañero, que adopta una posición extraña para facilitar la maniobra



El famoso jugador de baseball Babe Ruth es un gran aficionado al boxeo. En la fotografía se le ve en el ring-side de Miami, dispuesto a presenciar el combate de Campolo con Risko y Sharkey con Scott



Lo que yo sé de las mujeres refinadas

OIGA lo que dice un médico cuya clientela incluye muchas de las familias pudientes. "Es simplemente increíble" dice, "la cantidad de mujeres — que uno supone refinadas, mujeres elegantes y de buena familia — que sufren de mal aliento y que lo ignoran absolutamente. Con razón sus maridos titubean al besarlas y las amigas tratan de evadirlas."

No se engañe

Recele de su aliento. Sea Usted la primera. Son tantas las condiciones que cada día causan el mal aliento que es una tontería suponer que uno está a salvo de este mal tan detestable. Una cosa tan pequeña como un diente cariado, puede causarlo. O una condición anor-

mal de las encías o partículas de alimentos que al no ser removidas por el cepillo de dientes, fermentan. O una pequeña infección de la nariz o garganta o por exceso de comida, bebida o tabaco. Las personas cultas usan Estomatine como un lavaje de boca y hacen gárgaras todas las mañanas y todas las noches, y también antes de reuniones. Estomatine elimina inmediatamente el mal aliento.

Destruye los olores — mata los gérmenes

Siendo un germicida tan activo mata los gérmenes y combate cualquier condición que causa olores y siendo un poderoso desodorante, destruye los olores mismos.

El mal aliento *no perdona a nadie...* elimínelo con

ESTOMATINE

El Antiséptico Seguro

Cómprelo en las buenas farmacias. Se vende en frascos de 240 cc. a \$ 2.— y 480 cc. a \$ 3.20 - Cía. Industrial Farmacéutica - Cangallo 2563 - Bs. As.



Cuerpo de baile del Teatro Fémima (ex Ideal). De derecha a izquierda: Dora Dormal, Lola Velazco, Juanita Malta, Marina Mármol, Nelly Contestáble, Carmen Nogales, Amalia Malta, Blanca Pasquetti, Blanca Carly, Sara Ruasan, Chola Oloris, Celia Rubin, Carmen Mármol, Josefina Oloris, Chola Asencio y Angélica Farias

KODAK TEATRAL



Renato Tignani, actor cómico de la compañía del Fémima



El primer actor y director de la compañía del Teatro Onrubia, José Balaguer



Amalia Savettieri, soprano dramática del conjunto lírico que actúa en el Teatro de la Opera

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Vd. está herniado es seguro que habrá usado brageros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Vd. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

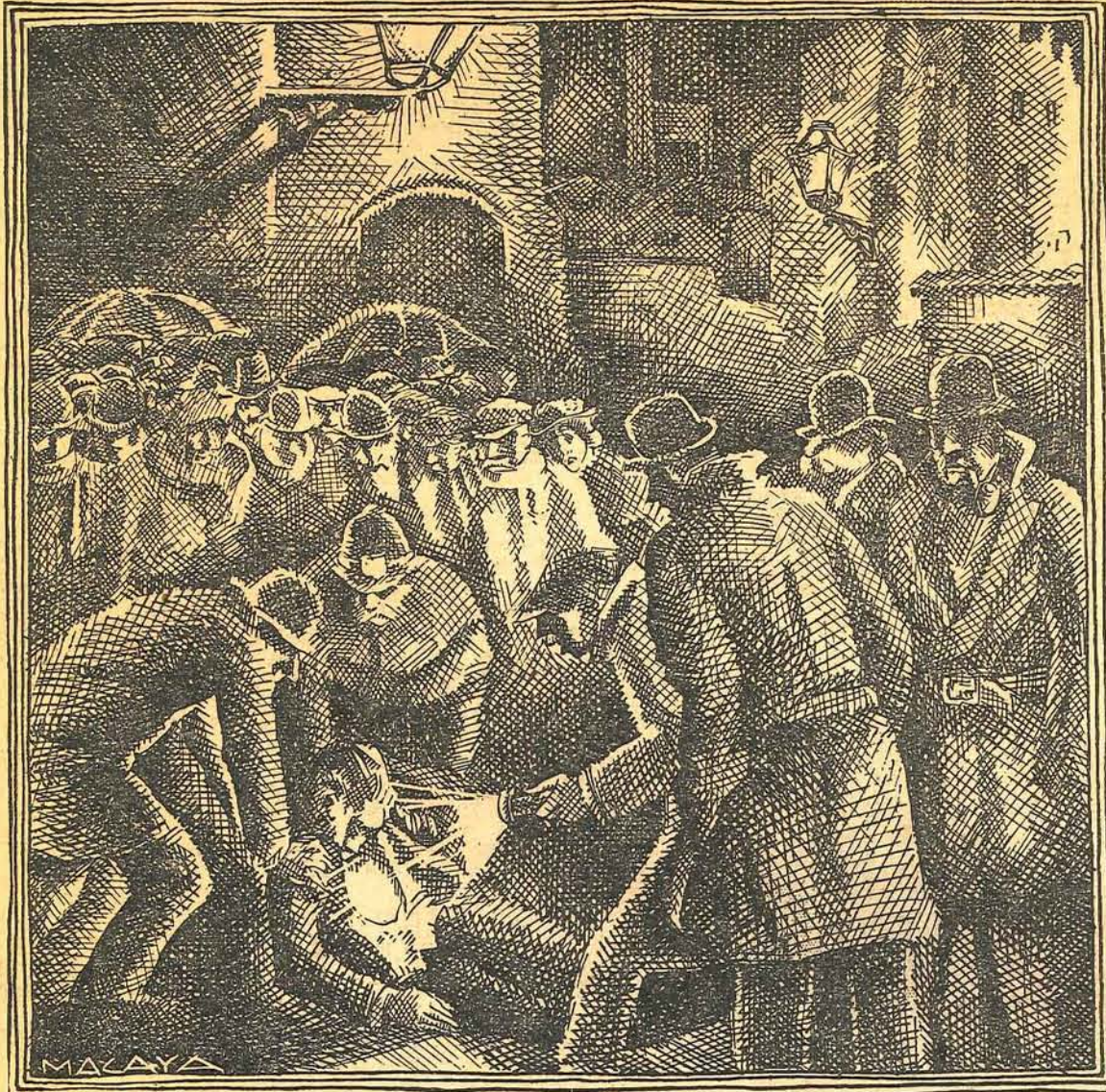
Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo.

po. Este método, ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo a **S. MORASSUT (ESPECIALISTA)** ROSARIO (Argentina)
SARMIENTO 1584



UN CRIMEN MISTERIOSO EN TIDAL BASIN

CAPITULO VI

LOUIS Lander lanzó una ojeada a aquella "cosa" aborrecible que acababa de derribar por tierra. Yacía el caído muy inmóvil y Lander notó que en su corazón el odio era reemplazado por un súbito horror. Echó un vistazo a través del camino. En frente estaba situada la clínica del Dr. Marford; una luz colorada, que brillaba obscuramente, pendía de un brazo de lámpara en la fachada de la casa, para informar de la profesión de su ocupante. Vió que la puerta estaba abierta y que alguien se paraba en el vano. ¿Iría a pedirle auxilio? La idea pasó fugazmente por su cerebro. Era su propia seguridad la que estaba en juego. No lo pensó más y se hundió con premura en la sombra que proyectaba la alta pared; ya había llegado al puente del ferrocarril cuando se le apareció la típica figura de un policía, y de un policía que venía a su encuentro. Miró a su alrededor en busca de una escapatoria. A su derecha, había dos grandes portones y, en uno de ellos, una puertita de postigo. Presa de pánico, empujó la puerta, que cedió. Por algún milagro, había quedado entreabierta. Se introdujo en un segundo y corrió el cerrojo. El policía pasó sin darse cuenta de su presencia.

El sargento Hartford componía en ese instante un breve, discurso que proyectaba pronunciar en la próxima reunión de la logia, en la cual se abordarían asuntos de interés muy considerable. Se comprenderá, pues, que estando concentrados sus pensamientos en ese pergeño, no divisase los movimientos del fugitivo. Un tal Harry Lamborn, que

era un ratero profesional y que en ese momento se mantenía al abrigo de una puerta muy escondida, tenía menos excusa, si no fuera porque sus ojos estaban pendientes de la chapa del policía que se aproximaba y que sentía poco interés por los asuntos que no le afectaban. Esa noche tenía ciertos planes relacionados con el depósito No. 7 de la Eastern Trading Company, y estaba aguardando a que el sargento Hartford diese remate a su ronda y emprendiese el regreso, para iniciar él, a su vez, la "operación".

Observó el pausado caminar del sargento, se recogió aún más en el abrigo que le concedía libertad para sostenerse en acecho y protección para guardarse de la lluvia, y pasó un "pie de cabra" de un bolsillo a otro, para mayor comodidad. Hartford ni siquiera había visto al hombre del traje de etiqueta. Estaba éste plantado en medio de la acera, limpiándose el polvo de su negro saco. Hartford descendió en seguida de sus elevados pensamientos y recobró su humana personalidad de sargento de policía.

—¿Se cayó usted, señor? — preguntó amablemente.

El interpelado volvió un rostro simpático hacia el interpeleante y sonrió. No debía estar, sin embargo, muy alegre. Sus manos temblaban violentamente y la blancura de sus labios ofrecía un rudo contraste en su cara quemada por el sol. Y estaba tan falto de aliento, que, al hablar, le salían jadeantes las palabras. Había llovido, y su saco lucía un manchón cenagoso y obscuro. Abarcó con una mirada el camino por donde había venido y pareció tranquilizarse al no ver a nadie.

—¿Que si me he caído?... — repitió —. Sí; creo que me he caído.

Miró con detenimiento al sargento.

—¿Vió usted al hombre? — preguntó Hartford se volvió a mirar la desierta calzada.

—¿Qué hombre?... — preguntó, con la aparente sorpresa del otro.

—Se fué por ahí; tuvo que cruzarse con usted.

Hartford movió negativamente la cabeza.

—No, señor. Nadie se cruzó conmigo.

El hombre de los labios blancos se mostró escéptico.

—¿No le hizo nada? — preguntó Hartford.

—¿No le hizo nada?... — El desconocido tenía la manía de repetir las palabras y de saborearlas con calma —. Me dió un puñetazo en la mandíbula; si eso no es nada... No hice caso.

En su rostro se dibujó una sonrisa.

—Yo también creo haberlo herido...

Pronunció con cierto énfasis las últimas palabras. El sargento Hartford lo observaba con el mayor interés.

—¿Quiere usted presentar alguna denuncia contra ese hombre? — preguntó.

El otro estaba arreglando su blanca corbata de seda e hizo con la cabeza un signo negativo.

—¿Cree usted que se le encontraría si yo lo acusara? — preguntó, a su vez, sarcásticamente —. No; déjelo ir.

—¿Es completamente desconocido para usted, señor?

Desde hacía un mes no caía en las manos de Hartford un caso policial interesante y de ahí que no estuviese dispuesto a dejarse escapar esta débil posibilidad que se le presentaba.

—No; lo conozco.

—Vive muy mala gente por estos lugares — manifestó Hartford —. Acaso un ebrio, un vago...

—Le digo que lo conozco.

El desconocido se impacientaba.

Introdujo una mano en un bolsillo interior, extrajo una cigarrera de plata y la abrió. El sargento Hartford se quedó allí en tanto que el otro encendía un cigarrillo y advirtió que le temblaba la mano con que sostenía el reluciente encendedor.

—Aquí tiene usted para un trago.

Hartford se irguió con orgullo y rechazó el dinero que se le ofrecía.

—Ni acepto propinas, ni bebo — dijo virtuosamente, y se dispuso a reanudar su majestuosa marcha.

"MASCARA BLANCA"

Por EDGAR WALLACE
ILUSTRACIONES DE LUIS MACAYA

El desconocido se desabrochó el saco e introdujo el dinero en un bolsillo del chaleco.

—¿Perdió usted algo?

—Nada — dijo el otro con satisfacción.

Arrojó una nube de humo, saludó al policía con un movimiento de cabeza y se separó.

El hombre del traje de etiqueta anduvo lentamente hasta llegar al empedrado de granito que dividía en dos partes iguales el sendero que conducía a los patios de la Eastern Trading Company. El ratero, oculto en la puerta escondida en el muro, lo vió tomar el cigarrillo de la boca, tirarlo al suelo y ponerle el pie encima. Y luego, repentinamente y sin que nada lo hiciese sospechar, vió tambalearse al hombre de semblante empalidecido; sus rodillas se negaron a sostenerle y cayó brutalmente contra la acera.

Lamborn era un oportunista. Advirtió en esto una dádiva del cielo encarnada en un petimetre ebrio; miró a derecha e izquierda, y cruzó el camino con pasos furtivos. No divisó a Hartford, que se aproximaba entre la sombra de la pared hacia el lugar en que él estaba.

Abrió con rapidez Lamborn el saco del hombre caído, sumergió su mano y descubrió una billetera. Sus dedos engancharon una cadena de reloj; extrajo ambas cosas de un tirón y vió, entonces, correr a un policía. Ser detenido por sospechas es un cantar; y ser sorprendido en posesión de objetos robados es otro. La mano de Lamborn se elevó y lanzó algo sobre la alta pared que circundaba el patio de la Eastern, y el ratero emprendió inmediatamente la fuga. Logró dar media docena de pasos y en seguida el peso de la ley se hizo sentir, implacable, sobre sus hombros, y el familiar "¡No se mueva!" resonó ingratamente en sus oídos.

Se rebeló, luchando impotentemente. Mr. Lamborn nunca había aprendido a poner en práctica la primera lección de la delincuencia, que ordena portarse con serenidad en el peligro.

Hartford lo empujó contra el muro, y en ese instante vió que alguien cruzaba el camino, y al reconocer la figura, recordó al hombre estacionado debajo del brazo de lámpara.

—Doctor... Ese caballero está herido. ¿Quiere usted echarle una ojeada?

El Dr. Marford había visto al desconocido tendido en el suelo y se inclinaba cautelosamente sobre él.

—¿No se mueva! ¿Quiere?

—dijo Hartford, con indignación, a su forcejeante prisionero.

El silbido del sargento Hartford repercutió agudamente en la noche. En ese momento, el mismo Lamborn se volvió inteligente.

—¡Ah, bueno! Es un policía — dijo con mal humor, y cesó en su forcejeo inútil.

En ese preciso instante, el policía escuchó una exclamación del médico, que continuaba encorvado, reconociendo al caído.

—Sargento... Este hombre está muerto... ¡apunhalado!

Alzó las manos, para que las examinase el policía. Hartford vió que estaban enrojecidas de sangre.

Elk, que se hallaba en el extremo de la calle, montando guardia en los alrededores de una casa sospechosa sometida a observación, oyó el silbido y vino aceleradamente hacia el lugar de donde había partido. Se oyó en todo Tidal Basin y de todas partes acudió gente. Hombres y mujeres prefirieron perder el resto de la noche a perder la emoción del suceso; cuando se enteraron de que lo que ocurría era nada menos que un crimen, tradujeron en una serie de susurros su agradecimiento por la recompensa dada a su curiosidad. Salieron como ratas de sus agujeros. Ya se había congregado casi una muchedumbre antes de que interviniesen las autoridades de la policía uniformada.

Al regresar Elk de telefonar al médico de policía de la sección, el Dr. Marford se lavaba las manos en una palangana con agua que un policía le había traído.

—Mason estaba en la comisaría; ya se ha puesto en camino.

—¿Oiga, Elk! ¿Qué es lo que piensan para detenerme?

La voz de Lamborn denotaba inquietud y temor. Allí estaba el pobre ratero con su figura desgarrada y miserable de hombretón rústico, emparedado entre dos gigantescos policías, aunque su espíritu vagaba en libertad.

—Yo no he hecho nada, ¿no es cierto? Este sargento me acorraló...

—¡Cállese! — gritó Elk, no sin cierta amabilidad —. Mr. Mason estará aquí dentro de un minuto.

Lamborn refunfuñó.

—¡El! — aulló casi —. ¡El simpático Mason! ¿Qué nochecita me espera!

El jefe de inspectores de investigaciones, Mr. Mason, visitaba su zona aquella noche y se hallaba en la comisaría cuando se comunicó telefónicamente el crimen. Llegó en un camión grande, imponente, de la policía, con un grupo de agentes de investigaciones, y un médico policial enojadizo y de edad madura. Era el doctor Rudd, que desempeñaba las funciones de médico policial, porque esas tareas le proporcionaban el máximo de interés por el mínimo de labor. Soltero, con una renta segura de capital bien invertido, se sentía ganado por la autoridad que le daba su cargo; le gustaba ver que los policías se llevaran la mano a los cascos, al advertir su paso por las calles; le impresionaba — favorablemente, claro está —, el apoyo que los magistrados otorgaban a sus declaraciones.

Conoció ligeramente al doctor Marford y lo saludó con un frío movimiento de cabeza; le molestaba que anduviese en danza este medicucho, en resumen, porque el "doctor peni-

Combata su debilidad general
con Kola Cardinette

El tónico ideal para hombres, mujeres y niños, universalmente recetado. Su sabor es sumamente exquisito.

Tonifica y Sustenta.



Kola

Cardinette

The Palisade Mfg. Co. — Yonkers, New York, E. U. A.

que" era uno de los parientes pobres de la profesión y no de esa clase de galenos a quienes se llama para una consulta, suponiendo que el Dr. Rudd llamase a alguien.

Hizo un minucioso examen del rígido cuerpo del desconocido.

—Muerto, por supuesto — dijo.

Pronunció estas palabras de tal modo, que parecía que, de haber llegado un poco antes, él hubiese evitado la tragedia.

—Se aprecia una herida de cuchillo — expresó Marford — que penetró...

—Sí, sí — dijo el Dr. Rudd, con impaciencia —. Por supuesto. Naturalmente.

Miró a Mr. Mason.

—Está muerto — manifestó —. Lo reconoceré nuevamente más tarde. A primera vista, ha sido una cuchillada. Probablemente, la muerte fue instantánea.

Miró a Marford.

—¿Estaba usted aquí cuando sucedió el hecho?

—Inmediatamente después — dijo el Dr. Marford —; un minuto después o menos quizá.

—¡Ah, ah! — exclamó el Dr. Rudd, con las manos en los bolsillos y las piernas abiertas —. Entonces, podrá usted contarnos algo...

Intervino Mason. Era un hombre calvo, de buen humor y voz profunda y untuosa.

—Sí, sí; charlaremos acerca de eso, doctor.

No parecía resentido por el intento de usurparle sus funciones; se mostraba casi siempre jovial frente a una impertinencia, la cual no era rara si el Dr. Rudd andaba por medio.

—Charlaremos acerca de eso. Doctor... ¿qué?

—Marford.

—Pues bien, Dr. Marford. Usted estaba aquí cuando se cometió el crimen o inmediatamente después: podrá usted, estoy seguro, contarnos algo, entonces. Pero ahora, naturalmente, usted está un poco turbado.

Marford se sonrió y movió, escépticamente, la cabeza.

—No tengo nada que contarle, Mr. Mason, excepto que vi al hombre caído.

—He detenido a este hombre, señor. Era Hartford el que hablaba, saludando rigidamente, con más arrogancia que un jefe de investigaciones al encargarse de su primera pesquisa.

Mason se encorvó sobre el cadáver y proyectó los potentes rayos de su lámpara eléctrica en la parte ensangrentada.

—¿En dónde está el cuchillo? — preguntó —. Necesitaremos echarle un vistazo, luego.

—No hay ningún cuchillo — dijo Elk, con melancólica satisfacción.

—Discúlpeme, señor —. El sargento Hartford, sin darse por vencido, se mantenía marcialmente rígido: delator, acusador y expositor, todo en uno. — He detenido a un hombre y aquí lo tengo.

Mason tomó nota de la presencia de su humilde subordinado y lo abarcó con una mirada desde el rosetón del casco hasta la punta de sus grandes y limpias botas.

—Debería estar en la comisaría — dijo con gentileza.

Explicó, entonces, Elk: —Ordené que se le tuviera acá, señor, hasta que usted llegase.

Mr. Mason introdujo el meñique en el oído y se frotó impaciente.

—Perfectamente — dijo —. Es un placer saber que todo se hace estrictamente de acuerdo con las reglas de la ordenanza. Parece ser, inspector, que tiene usted un plantel de funcionarios sumamente inteligentes en su división.

Se dirigía al inspector de división, Mr. Bray, que le acompañaba; pero Bray no era un hombre de humor y si entera-

mente refractario a la ironía.

—Hay un magnífico y competente grupo — manifestó placenteramente.

Mr. Mason miró el cuerpo extendido a sus pies y, luego, al hombre retenido por los dos policías, y nuevamente al cadáver.

—No hay cuchillo... ¿Quiere usted registrar al muerto, Elk? ¿Le ayudará usted, Shale? Gracias.

Se dio vuelta para observar a la multitud que los cercaba, y en seguida se notaron las evoluciones de algunos que, deseando por el momento evitar la investigación de Mason, se desvanecieron rápidamente en la obscuridad.

El Dr. Marford permanecía silencioso, en medio de una atmósfera cargada de hostilidad hacia el "doctor penique". De pronto, Elk extrajo un objeto de debajo del cadáver.

—He aquí algo, señor.

Era una vaina de cuchillo y no era muy agradable, sin duda, tenerla en las manos. Mr. Mason sacó de su bolsillo un sobre viejo y tomó cuidadosamente la vaina.

—¿Y el cuchillo, también apareció?

—No.

Bray se había sumado a los que removían y registraban el cadáver y prestaba gran atención a la tarea. Habían levantado el cuerpo ligeramente.

—No aparece el cuchillo — Mason fijó la vista en lo alto del muro —. Pudo ser arrojado sobre esa pared — opinó.

—Discúlpeme, señor —. El sargento Hartford llamaba sobre su persona la atención general.

—Espérese — dijo Mason —. Ahora, doctor, cuénteme, ¿qué vio usted?

Se dirigía a Marford, quien, llevado de súbito a la esfera de la curiosidad pública, tartamudeó y se sintió molesto.

—Salía de mi clínica — expuso con premiosidad — ese sitio de luz roja... Yo... yo... oí el ruido de dos hombres que se peleaban; creo que oí antes el rumor de un altercado; entré, pues, en mi casa y tomé el sombrero y el impermeable...

—Quería usted contemplar más de cerca la pelea, ¿eh, doctor? Mason esbozó una sonrisa. También el semblante de Marford se animaba ahora con una débil sonrisa.

—No lo hacía por eso, precisamente — dijo —. Las peleas no constituyen una novedad en este barrio. Me preparaba para salir, porque iba a atender un caso de maternidad. Al llegar a la calle, oí el tumulto. El policía detenía a un hombre cuando yo me acercaba...

—Espere — dijo Mason con premura —. Usted vio a dos hombres peleándose... ¿pudo usted identificarlos?

—Francamente, no — Marford movió la cabeza —, aunque estaban frente a mi clínica.

—Tuvieron ellos, entonces, mucha suerte — habló Mason —. ¿Era uno de esos individuos este hombre?

Marford no podía jurarlo. Se inclinaba más bien a creer que sí. De lo que estaba seguro era de que uno de ellos vestía traje de etiqueta.

—¿Usted no lo conoce?

Marford volvió a mover, en señal de negativa, la cabeza.

—Opinaria que era un forastero en este barrio; nunca le vi por estos lugares. Cuando lo divisé tendido en el suelo, pensé que se había reanudado la pelea de que yo fui testigo.

Mr. Mason emitió un pequeño silbido, clavando sus ojos justamente debajo de la barba del médico. Marford creyó que su cuello estaba desarreglado y llevó a él la mano, pero era aquella una costumbre de Mr. Mason, a quien se llamaba a veces "el simpático Mason".

—¡Hartford! — Mason hizo una seña al sargento para que se adelantase —. ¿Qué vio usted?

El sargento Hartford saludó. —Señor — dijo el sargento escrupulosamente — yo había visto al extinto...

Una sensación de fastidio se dibujó en el rostro de Mr. Mason. Tenía simpatía, sin embargo, por los sargentos locuaces.

—Sí, sí, querido, está muy bien; pero usted no está ahora, sabe, declarando ante los tribunales. No necesita usted llamarle "el extinto". No me interesa, en realidad, cómo le llama usted. ¿Usted le vio antes de que apareciese tendido en el suelo?

El sargento Hartford saludó de nuevo.

—Sí, señor, lo vi. Me detuvo al pasar yo junto a él y me preguntó si me había cruzado con un hombre con quien acababa de sostener una riña. Yo le dije que no.

—¿Describió a ese hombre?



Poco faltó para que la señora Albert, en su agitación, vaciase el contenido del vaso

—No, señor — dijo Hartford.

—¿No habló nada más?

Hartford pensó un largo rato y repitió luego, tal como pudo recordarlo, lo que el hombre pálido le había dicho.

—Usted no tropezó con su contrincante... ¿No estaría usted soñando con la cerveza que iba a tomar en la cena?

El sargento Hartford se disponía a rechazar indignado la suposición, pero se contuvo.

—No, señor. Unos minutos más tarde, al tornar sobre mis pasos, lo vi tendido bajo la luz del farol y vislumbre a otro hombre que se marchaba y lo detuve. A continuación, vi al doctor, que venía a nuestro encuentro. Ya había yo detenido a Lamborn, que trataba de fugarse.

—¡Oh, no! — dijo Mason, inquieto.

El señor Lamborn se sintió súbitamente con facilidad de palabra. Iba en busca de un doctor, protestó.

—El hombre estaba en el suelo antes de que usted le tocara; ¿es eso lo que usted quiere sugerir? — preguntó Mason.

El detenido no sólo sugería eso, sino que juraba ser cierto el hecho. Tenía una testigo, una mujer que llevaba un vaso en la mano. Debía haber preferido permanecer anónima, pero ese natural sentido de justicia que es immanente en la gente pobre e inocente se sobrepondría a su timidez. La mujer fué empujada adonde se encontraban las autoridades policiales, en medio del círculo formado por los curiosos. Tenía un aspecto respetable. Si era cierto. Ella había visto caer al hombre, había presenciado cómo Lamborn se dirigía hacia él. De alimentar algún punto de vista particular acerca del motivo de las atenciones dispensadas por Lamborn al caído, prefirió, prudentemente, reservárselo.

Mason la miró pensativamente.

—¿Qué lleva usted en ese vaso? — preguntó.

Estaba tapado el vaso. De buena gana, la mujer se hubiera negado a satisfacer la curiosidad del jefe policial, pero respetaba a la ley y dijo la verdad.

—Cerveza.

Mason pareció olvidarse del hombre muerto, del ratero detenido y de la mismísima existencia de misteriosos asesinos que acechaban su presa en las carreteras.

—Cerveza... Eso tiene gracia... Un reloj dió las diez y media... ¿Y se puede saber, señora, por qué lleva usted cerveza por la calle a las diez y media?

Se llamaba Albert la mujer. No adujo ninguna explicación sobre la cerveza, excepto — lo dijo trémulamente — que la llevaba a su casa. Se notó un murmullo de simpatía en el gentío. Un rebelde anónimo gritó: "¡Dejen en paz a la mujer!" Siempre hay voces surgidas del seno de la muchedumbre que ofrecen el mismo consejo a los policías en todas las partes del mundo y en circunstancias similares.

El sargento Hartford se desesperaba. Tenía algo que decir; algo vital, una solución que barrería todas las telarañas de misterio que rodeaban a aquella cosa lamentable tendida bajo la luz del farol y que tan poco facilitaba la labor de aquellos hombres empeñados en investigar su muerte.

—Necesitaba decirle, señor, que vi a este hombre arrojar algo sobre el muro.

Mason lanzó una ojeada al muro, como si esperase obtener de él una confirmación del aserto.

—¿Quién? ¿Lamborn? —. Contempló con fijeza al ladrón y sacudió la cabeza de modo significativo. — Llévanselo; lo interrogaré en la comisaría.

El Sr. Lamborn se alejó entre dos policías, mascullando una sanguinario desafío. Hay algo de "terrier" en el delincuente común: afronta el castigo con la mayor sangre fría.

—También a usted, señora, la interrogaré en la comisaría — dijo Mason.

Poco faltó para que la señora Albert, en su agitación, vaciase el contenido del vaso. Era una mujer casada, con cuatro hijos, y en toda su vida no había puesto el pie en una comisaría.

—Nunca es demasiado tarde cuando se trata de aprender o conocer... — expresó Mason con simpatía.

Llegó una ambulancia de mano, una de las pertenecientes al servicio seccional, y en seguida un automóvil de la policía, con fotógrafos, jowiales peritos en huellas digitales y empleados del Departamento de Identificación. El extraño crimen perdió su cariz novelesco y entró en su fase burocrática.

—Un crimen, lisa y llanamente — dijo Mason a sus subordinados, dirigiéndose hacia su automóvil —. Presenta uno o dos aspectos muy misteriosos, sin embargo.

Y fué, entonces, cuando, abriéndose paso entre la muchedumbre, llegó una mujer. Pensó Mason que era una muchachita, pero bajo la despiadada luz eléctrica observó que había dejado la juventud hacia rato. Era pálida, de ojos grandes, un "espíritu" de mujer; sus labios temblorosos iniciaron una frase inarticulada. Su mirada fué de uno a otro de los presentes. El Dr. Marford, desde la obscuridad, la vigilaba con curiosidad; la conocía por el nombre de Lorna Weston, una dama de ambigua profesión.

—¿Ez... él?...

Su voz, que despuntó como una imprecación, se ahogó en un sollozo.

—¿Quién es usted?

Mason se plantó frente a la recién llegada.

—Soy... Vivo aquí cerca —.

Hablaba espasmódicamente; cada oración representaba un esfuerzo. Vino a verme anoche, y le previne... del peligro. Ve usted; es que yo... yo conozco a mi esposo. ¡Es un diablo! Yo lo conozco en cierto modo.

—¿Fué su esposo el que mató a este hombre, eh?

Trató ella de marcharse, de adelantarse, y empujó a Mason, pero él la contuvo, y no sin cierta dificultad, porque el miedo había dado a aquel débil cuerpo la fortaleza de un hombre hecho y derecho.

—Despacio, despacio, muchacha. Acaso no sea tu amigo. ¿Cómo se llama éste?

—Donald —. Se ahogaba. ¿Puedo verle?... Yo le explicaré a usted.

Mas Mr. Mason quería proceder metódicamente, consolidando los fundamentos del suceso.

—Usted ha dicho esto: que este hombre vino a visitarla anoche y que usted le advirtió que tuviese cuidado de su esposo. Dígame ahora, ¿vive su esposo en este barrio?

Ella le miró demudada, turbadísima. El se percató de que la mujer no había asimilado la pregunta y se la repitió.

—Sí — repitió. Había cierto desvarío en su voz.

—¿En dónde vive su esposo? ¿Cuál es su nombre?

—Se movía ella de un lado para otro sin cesar. De pronto, se detuvo y se encorvó, queriendo buscar con la vista el cuerpo rígido que yacía a poca distancia en el suelo.

—Permítame verlo — plañió —. No me desmayaré... Quizás no sea él. Estoy segura de que no es él. ¡Permítame verlo! — Su voz era un quejido ahora.

Mr. Mason hizo una seña a Elk, y Elk condujo a la mujer, agarrada de un brazo, hasta el lugar en que se encontraba el cadáver. Ella lo miró, sin hablar una palabra; abrió los labios, pero no pudo proferir nada.

Y habló, después:

—¡Donald... hizo esto! ¡El canalla!... ¡Asesino!...

No habló más. Elk sintió que ella se desplomaba, que se le iba de las manos, y la tomó por la cintura. La gente de Tidal Basin observaba, atentísima, el drama. Aquello bien valía la pérdida de una noche de sueño.

Mason miró a su alrededor, tropezó con la mirada de Marford y lo llamó.

—¿Quiere usted encargarse de llevar a esta mujer a la comisaría? — le dijo —. Me parece que no es más que un desmayo.

El Dr. Marford protestó débilmente. El y un policía condujeron a la mujer a un automóvil cerrado de la policía y partieron. Al llegar a una farmacia, al final de Basin Street, Marford hizo detener el automóvil y envió al sargento para que tocara el timbre del servicio nocturno; pero los estimulantes no bastaron para que la mujer recobrase su estado consciente. Todavía al entrar en la comisaría permanecía sin despejar los labios.

Mr. Mason, en tanto que esperaba el regreso del automóvil, se entregaba a ciertas observaciones.

—He aquí un caso simple de asesinato y un asesinato lleno de color, no obstante — expuso al inspector Bray —. Es un caso simple de asesinato. Nada de música, nada de fuegos artificiales, nada de "boudoir" femenino, nada de sexual. Un hombre a quien se da muerte bajo tres pares de ojos y nadie vió al asesino. Ningún cuchillo, ningún rastro, ninguna luz sobre el prófugo.

—La mujer — empezó a decir Bray — habló de un diablo...

—No mezclemos la religión en esto — añadió Mason, no sin cansancio —. ¿Quién era el hombre que tiró el cuchillo y cómo hizo para recobrarlo? Ese es el misterio que no logro descifrar.

CUANDO se anunció que Sacha Guitry iba a presentar en una revista la historia de Francia, surgió en todos la misma interrogante: ¿cómo va a ingeniar el autor sutil de tantas superficialidades agradables para encerrar en la duración de una noche y volcar en el tono frívolo de sus espectáculos un panorama de tan amplia y tan variada grandeza? Aun poniéndose en el terreno de lo que lógica y discretamente podía exigirse en armonía con las limitaciones y las posibilidades de la obra, la empresa se presentaba tan difícil que costaba trabajo imaginarla. Era, indudablemente, una tentativa de variar un género, ya tan gastado, en todos los escenarios del mundo, y de darle categoría en la categoría ilustre de los personajes que se arrancaban al pasado, para colocarlos sobre las tablas con el relieve de sus caracterizaciones y la pompa de sus indumentarias suntuosas. No era posible que el autor pretendiera exponer en las tres horas de una representación lo que los eruditos han extendido en volúmenes y más volúmenes; y aun presumiendo que, como artista rápido, acostumbrado a ganar al público con dosis muy medidas y a revivir una figura con los cuatro trazos más salientes, eso hiciera de los graves y los pintorescos personajes que han llenado páginas austeras y páginas amables de la historia de Francia, no era tarea fácil imaginarse lo que sería un documento de siglos apurado al ritmo ligero y contagioso de los cantables de una revista. Y, por fin, cuando llegó al teatro, pudo tenerse una idea aproximada de lo que el autor se había propuesto y de lo que había logrado. Su trabajo aspiraba a ser menos fragmentario y menos episódico de lo que, conociendo la psicología del autor y las características del género, podía suponerse. Quería abarcarlo todo, si no en profundidad y en detalle, sí en extensión y casi en continuidad. Quería dar al público, de cada época, de cada situación, si no la síntesis completa, el rasgo saliente, el perfil característico que muchas veces no es el que ha gravitado con influencia decisiva sobre la marcha de los pueblos, sino el que ha quedado por su atracción amable, galante o risueña más grabado en la memoria de los hombres. Y ese rasgo, ese episodio o ese personaje es lo que ha buscado revivir Sacha Guitry en su muestrario escénico de la historia de Francia, tratando al mismo tiempo de observar un cierto encadenamiento de épocas en el cuadro más distendido que se ha tentado llevar al teatro, alzando el telón sobre la Galia primitiva y guerrera y bajándolo, por última vez, sobre la figura recia y actualísima de Clemenceau. Quince siglos que desfilan en una noche.

Los galos, fuertes y antece-
sores, dan tema al primer cuadro en el que, bajo la aparente evocación de sus costumbres, el autor busca simbolizar las más suaves y flexibles de la civilización actual. El guerrero, el marido, la mujer, el amante y el político se presentan así como los arquetipos de la humanidad de todos los tiempos. Cada uno busca su fin y emplea sus medios; cada cual revela su psicología, que es una e invariable a través de la historia; cada actitud muestra, como si se reflejara en un espejo, la debilidad de cada personaje. La patria, la ambición y el amor son los tres temas eternos que despuntan en la Galia ruda y se continúan a través de la agitación de las guerras y de las Cortes galan-

tes y de las luchas políticas en la Francia dulce y mundana. Y, como en las comedias de adulterio, la mujer es inconsciente y encantadora; y el marido trabajador y confiado; y el amante, una fatalidad inevitable; y como en todas las épocas, el guerrero sólo aspira a combatir como su única función; y como en los entretelones políticos de todos los días, sólo desarruga el ceño de los más graves, la sonrisa de una mujer. Y tras este prólogo, que más que historia antigua es la síntesis de lo que va a venir, comienza a desfilan la historia de Francia, espigando en su conjunto de hechos y de anécdotas. La primera victoria de la nacionalidad que se forma, aparece iluminada con la sonrisa angelical de Juana de

SACHA GUITRY HISTORIADOR

el ministro ultrapoderoso, mientras despunta, en el final, la sinuosa figura de Mazarino. Del interminable reinado de Luis XIV sólo toma un aspecto: sus relaciones con los hombres de letras. Las representaciones en el parque de Versalles, entre el perfume de la fronda y el rumor lejano de los surtidores, llevan a escena las figuras cumbres de Molière,

Napoleón aparece revivido en varios pasajes; primero sus ardimientos para llegar a Primer Cónsul; luego, su ostentación teatral del Imperio; después la amargura de los que lo han abandonado; por último, el relámpago de "los cien días". Surge en este momento una figura que el autor coloca como nexo flexible de todos los acontecimientos: la habilidosa personalidad de Talleyrand, siempre en su sitio, ante todos los cambios y ante todos los hombres, como un resorte infaltable de gobierno. Luego, el cuadro del Segundo Imperio, con la emperatriz Eugenia como astro radiante en medio de sus damas floridas, con el esplendor de un Renacimiento; Thiers haciendo surgir la República, mientras se oye, fragorosa, la

et l'amant", que consideró como el exponente más exacto, como la expresión más representativa del clásico triángulo del teatro francés. Ahora, al tomar el inmenso caudal de la historia de Francia para volcarlo en una revista, no ha querido, como muchos lo supondrán, hacer obra ligera, ingeniosa, agradable y superficial.

Ha querido y reivindicar haber hecho una producción seria, copiosamente estudiada, para la que reclama, por encima del éxito del espectáculo, casi el valor de un documento. Cuesta un poco creerlo, sin conocer la obra, y algo más, después de haberla leído. Pero es así. Sólo con la más seria intención se concibe que en el prefacio que acompaña a la edición de la pieza, el autor se considere obligado a citar las fuentes consultadas, como el más escrupuloso de los investigadores y enumere todas éstas:

"Primero, los archivos; después, Michelet y Lavissee y la inagotable biografía Michaud y Mallet, y la admirable historia de Francia de Bainville y Cabanès, y también Maxime Petit, tan claro, y el hermoso libro de Emil Ludwig sobre Napoleón I, a quien debo el diálogo de Goethe con el Emperador, y "Las memorias" de Talleyrand"; "Los recuerdos", de Mac Donald"; "La correspondencia", de Grimm; "Las cartas de Enrique IV", "Los pensamientos", de Richelieu, recopilados con tan buen sentido por Roger Gaucheron; "Choses vues", de Hugo; el "Enrique IV", tan maravillosamente documentado, de Pierre de Vaisseye; el "David", de León Rosenthal; el "Molière", de Grimarest. Y todavía agrega: "Y tantos otros que olvido!"

Y ante esto, ante esta cantidad de citas y de fuentes, enumeradas tan seriamente, el juicio queda en suspenso y en verdad un poco azorado. Después de leer su última escena se ha recogido la impresión de que el autor sólo pide para su pieza un aplauso y una sonrisa, como las que cierran el último cuadro de sus comedias musicales. Pero no es eso lo que quiere. Reivindica mucho más. Quiere que nos pongamos serios y juzguemos su obra seriamente. Habla de fuentes, de estudios, de investigaciones. Y entonces ya no se sabe qué camino tomar, como que se ha perdido toda orientación. "Histoires de France", ha titulado su diversa producción. Parecía un hallazgo el título. "Historias de Francia", pequeñas historias, episodios espigados acá y allá, por no decir historietas, si la palabra suena demasiado modesta. Aunque en realidad es lo que son: historietas de sus reyes y de sus favoritas; de sus héroes y sus intimidadas; de sus grandes hombres y de sus bellas mujeres, relatadas en tono amable, fácil, en algún momento ingenioso, casi siempre pintoresco. Creíamos que Sacha Guitry no había tenido otro propósito que revivir las grandes figuras sobre el escenario evocador para vestir las con sedas suntuosas; y las grandes épocas, para reproducir en las vastas decoraciones el lujoso tallado de sus estilos, y la intimidad de las almas para volcarla en un rasgo mundano. Y en lugar de sedas, muebles, caracterizaciones y anécdotas, el autor quiere echar sobre el tablado frívolo el polvo de los documentos y la gravedad de los archivos. Creíamos que sólo quería dar al público lo más fácil, lo más accesible, lo que estuviera al alcance de todos, pues todo lo que se dice en "Histoires de France", de un extremo a otro, es de lo más conocido. Creíamos que había querido llevar a un escenario parisiense un museo viviente y colorido de personajes. Pero resulta que ha querido escribir la historia de Francia.



Arco; Luis XI, el hombre empecinado que ha conseguido la unidad de la monarquía, aparece también como el hombre sombrío y receloso que ve dibujarse en cada pared la sombra de cada uno de sus mil enemigos; y el espíritu artista de Francisco I resurge en sus cuadros y en sus favoritas. Tiene Enrique IV uno de los pasajes más finamente trazados y de más lozana evocación. De acuerdo al plan general de la obra, no son sus guerras tenaces por la Corona, ni la amplitud de sus ideas religiosas, ni su posterior visión de gran administrador los elementos que el autor toma de este reinado firmemente glorioso. Es su episodio sentimental con la bella Gabrielle D'Estrées, de cuyos amores nace el bastardo Duque de Vendôme y en los que el autor coloca, como galante broche, la frase que dió al primer Borbón la corona de Francia, llevado de la mano fina y hábil de su favorita. La figura rotunda del cardenal de Richelieu aparece lejanamente ligada a sus guerras tercas y a sus decretos recios; pero el autor lo coloca en escena frente a la intrigante majestad de Ana de Austria, que, con toda su altivez se ve humillada por

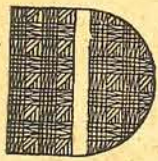
Dos de las más populares figuras de París: Sacha Guitry y su esposa Ivonne Printemps... en una "tenue" que no condice con el apellido de la célebre actriz

La Fontaine, Racine y Boileau, dibujándolas en su grandeza y en sus debilidades; pero, en lugar de los bellos y sonrientes pasajes a que daba tema el esplendor del reinado, cierra el cuadro con la ironía de la pensión de Molière, muy inferior a la de otro poeta secundario que el Rey Sol saludaba como "el más grande poeta francés que jamás haya habido". Entre éste y el pasaje siguiente hay un salto visible. El telón vuelve a levantarse sobre el horror del 93. Es la ejecución del Rey; pero no vista en sí, sino en dos significativos personajes del momento, reunidos casualmente en la tienda de un orfebre: Greuze, con sus cuadros finos y pulidos como un madrigal, y Davild, con su briosa pintura revolucionaria.

OCTAVIO
RAMIREZ

voz de Gambetta, y, como cuadro final, un intencionado diálogo entre Claude Monet y Clemenceau, en el que el pintor de la luz y el tribuno de hierro resurgen, sobre el escenario, que los recorta con eminencia de pedestal.

Sacha Guitry, el autor que con el tono amable de sus comedias, el barniz ligero de sus personajes y la gracia perfumada de sus cantables entretiene a todos los públicos que pasan por París, aspira, de cuando en cuando, a ser un escritor serio. Tal vez no lo sospechen los que creen que siempre escribe con una única aspiración de aplauso fácil y de sonrisa a flor de labios. Y, sin embargo, es así. Más de una vez se le ha visto pedir trascendencia a los críticos que sólo lo celebran, y esta última con un empeño que, ante algunas crónicas y algunas actitudes, llegó hasta la desilusión. Para su padre ilustre escribió una vez "Le comédien", en la que, bajo el aparente regocijo y la superficial sátira de muchos pasajes, hay un doloroso problema sentimental que el autor busca hacer compartir a su auditorio. Después concibió "La femme, le mari



URANTE la actual temporada se representará en Roma, en el Teatro Real, el drama en dos actos "Lo extranjero" — "El extranjero".

— argumento y música de Hildebrando Pizzetti, siendo ésta la primera vez que el público romano juzgará una obra del maestro parmesano, pues hasta ahora las obras "pizzettianas" se habían estrenado siempre en otras ciudades.

De nuevo en este trabajo Hildebrando de Parma consolida y expone las características propias de su personalidad y de su arte. Lo mismo que en "Deborah e Jaele", nos encontramos aquí en una atmósfera legendaria, en tiempos de la dominación hebraica, y de igual modo que en "Fra Gherardo", hay aquí una ardiente aspiración religiosa y una doble glorificación del amor: del amor humano, como puede sentirlo y entenderlo una mujer, y de un amor más grande, desinteresado y altruístico: el del prójimo. Desde este punto de vista el protagonista del drama — "El extranjero" — puede considerarse como el precursor de Cristo, y su doctrina es una doctrina de una sencillez evangélica. Mientras que en "Fra Gherardo" el amor y la fe se habían presentado en un conflicto espasmódico, en cambio en "El extranjero" Pizzetti demuestra haber superado el conflicto y haberlo resuelto en una pacífica compenetración de sentimientos, del amor con el de la religión. El choque que determina el drama estriba más bien en una antítesis entre la vieja concepción religiosa hebraica con sus supersticiones y sus instintos indomables de venganza, y la concepción evangélica de Cristo que perdona aún al enemigo.

Desde el más estricto punto de vista de la estructura, se observa que también en "El extranjero" como en sus otras obras anteriores, la parte importante, si no predominante, la tiene el coro, el cual, subdividido en un primer semicoro y en un segundo semicoro, representa y simboliza el contraste de dos multitudes, de dos fuerzas y de dos aspiraciones contrarias. En un principio el drama lo concibió Pizzetti con el título de "El rey pastor"; ahora bien, el título se cambió después con el del "El extranjero", pareciéndole, y con razón, al autor, que este segundo más que el primero fuese la figura más importante del drama.

La escena del primer acto representa una llanura de hierbas y piedras en el valle de las Acacias. En círculo, bajo las palmeras, están los más viejos pastores de la tribu y encima de una piedra, sentado en medio a ellos, está el rey Hanoch.

Su yerno Scedeur es el que está sentado el último a la izquierda donde el círculo se rompe. Rey Hanoch exalta ante los presentes la virtud de altruismo que se ha manifestado en favor de la tribu en las hazañas de un joven extranjero, el Senzanome. El fué encontrado un día, a lo último del bosque de las acacias, todo ensangrentado, pues un toro le había herido y el toro estaba junto a él y le lamía con la lengua la llaga que en el costado sangraba. Un muchacho se acerca a él, le toca y de repente la tierra se estremece y truenan y grandes nubarrones se ciernen sobre los montes. El extranjero vuelve en sí y dice: "Tengo sed", y la lluvia inunda la árida tierra y alegría a los trabajadores que desde hace interminable tiempo la invocaban. El ha curado al mismo hijo del rey que estaba enfermo; la gracia llega entonces a la tribu al mismo tiempo que el hombre desconocido. Y sin embargo, él trabaja en los campos como un siervo, guarda las ovejas como el último de los pastores, si bien fuese digno de ocupar el puesto

"EL EXTRANJERO"

LA NUEVA OBRA DE HILDEBRANDO PIZZETTI

de un rey y de vivir entre sedas y damascos, ya que él ha dado la alegría a un país desolado y ha templado los corazones débiles, y por donde va brotan las aguas vivas y crecen las hierbas y las flores. ¿Quién de nosotros le ha recompensado debidamente? Unos cuantos del coro se conmueven al oír las palabras del soberano, pero Scedeur le lleva la contraria, y en malos modos afirma que el extranjero, un desconocido, un esclavo, puede considerarse bien pagado después de haber sido recogido y curado, de que le hayan confiado un rebaño y de que tenga lo bastante para vivir sin más preocupaciones en la tribu. Encontrados son los pareceres entre los presentes; pero el rey insiste, repite y hace más convincente su persuasión de que el extranjero sea un protegido del cielo, y añade:

"A un viejo padre, el más viejo entre los viejos de su pueblo, no le queda ya más que una hija, última flor de un árbol caduco, último rayo de su corazón desolado; y el viejo rey dará su hija como esposa al huésped extranjero". Scedeur y unos cuantos entre los ancianos se sublevaron ante la propuesta del rey, que está en contra de la ley que ordena que las muchachas se casen en la misma tribu. El pueblo no toleraría jamás que un día fuese su soberano un esclavo. En vista de lo cual Hanoch le acusa a Scedeur de envidia y de celos porque el extranjero es fuerte y puro e infinitas bendiciones ha derramado sobre la tribu, mientras que Scedeur hubiese querido conducir al pueblo a guerras infamantes movido de su propia ambición. Lívido de rabia al verse desmenascarado, Scedeur amenaza. Si Hanoch realizase su propósito, Scedeur mataría al desconocido.

— Pero tu cuchillo — responde Hanoch — se quebraría antes de que llegase al corazón del hombre que es el protegido de Dios.

Con la aparición del extranjero se hace una momentánea pausa en la contienda, que vuelve a entablarse de nuevo más áspera y violenta. La multitud se divide entonces en dos campos enemigos: los unos que alaban al extranjero, los otros que le escarnecen. Entre los primeros se encuentran mujeres y muchachos, y Scedeur, apartándolos villanamente del extranjero, intenta golpearle con un bastón. Hanoch se interpone, y entonces Scedeur, ciego de ira, se vuelve contra el rey, y sobre él mismo recaería el golpe si algunos hombres con rapidez no le desarmasen. Hanoch pide perdón al extranjero de la ofensa que uno de sus súbditos le ha inferido, y añade: "Si todavía sientes por nosotros amor, si no desdénas quedarte entre nosotros como hermano, quedate; el tesoro más puro y más precioso que yo poseo te lo doy: mi hija será tu esposa". La hija del rey esconde el rostro en el seno de una mujer que está junto a ella y llora de ternura. El extranjero se acerca al rey, se arrodilla, y con la mirada lejana pronuncia una oración, durante la cual se oye la palabra "padre". Con lo cual esto da motivo a que los adversarios del extranjero le acusen de que pronuncia extrañas y misteriosas palabras encaminadas a hechizar. Entonces el extranjero se alza. Ha llegado la hora de que él hable y revele quién es.

Y cuenta que es hijo del rey de Tricca y cómo durante una fiesta dada en el Palacio Real

y a la que habían sido invitados muchos soberanos de otros lejanos países, uno de ellos se abalanzó sobre una muchacha virgen y abrazádola obscenamente; ésta se defendió hiriéndole con una horquilla. Los otros reyes hicieron causa común con el herido, y dejando airados el palacio real, se propusieron volver al frente de grandes ejércitos para invadirlo. Ante situación tan grave, Afrodita fué consultada y la cruel diosa sentenció que pueste que la guerra había sido provocada por virginal belleza, a su vez se evitase con el derramamiento de virginal sangre. Por lo que Ippodamia fué condenada a morir en la hoguera. En vano el extranjero suplicó a su padre que no admitiese el atroz delito, advirtiéndole que caería en la ira divina. Mofóse el rey y le obligó a besar el polvo, y blandiendo el cuchillo esperó que la víctima huyera de las llamas para rematarla



HILDEBRANDO PIZZETTI
Dibujo de Mugnai

con el cuchillo. Ciego de ira y de piedad, el extranjero le arrebató el cuchillo al padre y con su misma arma le dió muerte. Mató no por vileza, sino movido de piedad y pasión; y desde hace siete años él va peregrino por el mundo hasta encontrar quien comprenda su amor y le perdone el mal que de él se derivó, dándole de este modo la facultad de morir en paz. Ante el generoso ofrecimiento de Hanoch, el extranjero se sintió obligado a revelar su secreto y someterse, cualquiera que fuese el fallo, a su juicio.

Scedeur quería que le fuese aplicada la ley que prescribe que todo parricida sea lapidado; pero Hanoch — si bien infinitamente quebrantado — se rebela contra Scedeur, que se atreve a invocar la ley cuando siempre la violó. Ordena que se disperse la multitud e impone al extranjero que cuando llegue la noche, sin que de nadie sea visto, emprenda de nuevo su peregrinación, solo con su corazón y en compañía de Aquel que conoce todos los caminos. El acto se termina con la sentencia del coro que dice: "un gran abismo insondable es el corazón humano y ante el cual el hombre se atemoriza. Sólo en él penetra y lee en su fondo el Dios que conoce todo principio y juzga toda acción".

Cuando el telón se alza en el acto segundo, es de noche y en el cielo brillan las estrellas.

ALBERTO
DE
ANGELIS

(Para LA NACION)
ROMA, marzo de 1930

El silencio reina en absoluto. El extranjero, perdida la mirada en el vacío, invoca al padre para que tenga piedad de él y le inspire el camino que ha de emprender. Cuando de pronto surge silenciosa María, la hija del rey Hanoch, y le entrega al viandante un saquito con frutas y leche para que se reponga en el duro camino. Inmensa es la gratitud del extranjero que, sin embargo, no quiere aceptar el viático: "Lo mucho sería siempre poco; y lo poco es mucho. Breve ha de ser el viaje... Un día o dos por las arenas abrasadoras, bajo el sol y después caeré, me tenderé en el suelo y es posible que entonces se haga la paz en mi corazón martirizado".

María le conforta y le sugiere la confianza en Dios milagroso que hace bajar del cielo el pan y la miel para consuelo del viandante, que hace brotar junto a él un manantial de agua viva y le comunica en su corazón la esperanza.

Pero el Señor — contesta el extranjero — no podrá hacer esto en su favor, puesto que es un pecador. Vuelva la muchacha a su casa y no llore, que el extranjero se siente ya muy consolado ante esta inesperada demostración de humana compasión y de perdón que por vez primera ha recibido después del delito horrendo.

Y como María instintivamente se aparta de él, el extranjero prosigue: ¿Lo ves? También en ti el horror es más fuerte que la piedad.

Pero él no ha sabido adivinar el sentimiento que inspira a la muchacha: ¿Quién sabe — le dice ésta — lo bella que sería aquella mujer y quién sabe cuánto la amarías!

— No, no la amaba — responde el extranjero —, no como tú imaginas. Y María: ¿Y entonces, cómo pudiste matar?

Y el extranjero: ¿Y tú, por qué para llenar este saco has robado a tu padre? Si tú te has puesto en contra de todos para ayudarme aún en contra de la ley, es porque obedecías a una ley superior y lo mismo hice yo. Por obedecer a aquella voz llegué hasta el parricidio, y ningún Dios de la tierra fué lo bastante fuerte para impedir aquello que mi corazón me había dictado. Pero acaso no entendiera yo bien su dictado. Si tenía que matar, ¿por qué después huí horrorizado y perseguido por mil furias? Después él encontró, una vez, la sombra de su padre que le sonrió; pero nunca más volvió. Y ahora, hasta el Dios de María le ha condenado.

No le queda otro remedio al extranjero que volver a emprender su doloroso viaje.

En voz baja pero segura, María le responde que todo no ha terminado. Ella le acompañará, le llevará su saco, porque presiente que el Dios que el extranjero busca es más justo que los dioses de sus antepasados, y si el extranjero lo llega a ver, también ella lo verá y oír su voz, puesto que también ella ha infringido la ley, ha ofendido al Dios de sus padres, ha robado.

En vano el extranjero intenta disuadirla, pero María insiste siempre más enérgica y decidida: No temas, no te molestaré, te seguiré en silencio. No quiero ser tu mujer ni tu concubina, seré tu hermana y junto a ti tendrás un corazón que en ti venera al nuevo profeta de un dios nuevo.

El extranjero eternecido, sin embargo, se resiste todavía: No puedo. Ni tu frágil cuerpo, ni tu

corazón podrían resistir el viaje fatal.

— No existe fatiga ni sufrimiento — responde María — donde hay paz. La afectuosa contienda se agudiza cada vez más, implacable, firme. Y cada vez es más enérgico el extranjero, porque ya se ha dado cuenta de que María le ama, por lo cual afectuosamente amenaza: "Si me sigues, ¡cuidado!, vuelvo hacia atrás y me dejo matar". Tan sólo una última gracia pide a la muchacha: ver su rostro.

La muchacha se quita las cintas que rodean su cabeza y descubre un rostro lacrimoso, y sus cabellos al desatarse caen sueltos por encima de sus hombros, y se aproxima al extranjero de modo que su cara está bajo la de él y casi se tocan.

El extranjero queda hechizado por los grandes y dulces ojos de la muchacha. En el éxtasis del amor, él sueña con la posibilidad de poder vivir junto a aquella divina mujer; pero mientras ella le pregunta a él su nombre, lejana, mas aguda y retumbante, la trompa del vigía anuncia el alba. El extranjero vuelve a la amarga realidad e incita a María para que haya y se ponga en salvo. Pero ya es demasiado tarde. Una multitud que impreca invade la escena: El extranjero y su perra inmunda deben morir lapidados. Inmenso es el estupor cuando los presentes se percatan de que la mujer que se ocultaba entre los brazos del extranjero es la hija del rey. Se aprovecha de ello Scedeur para incitar al rey a que pronuncie la condenación, y Hanoch, dirigiéndose al extranjero, le dice con acentuada amargura:

¿Acaso te había hecho yo tanto daño para que tú tan grande me lo hicieras a mí? — Y a la hija, con repentino furor: ¿Y tú, cómo has podido llegar tan bajo?

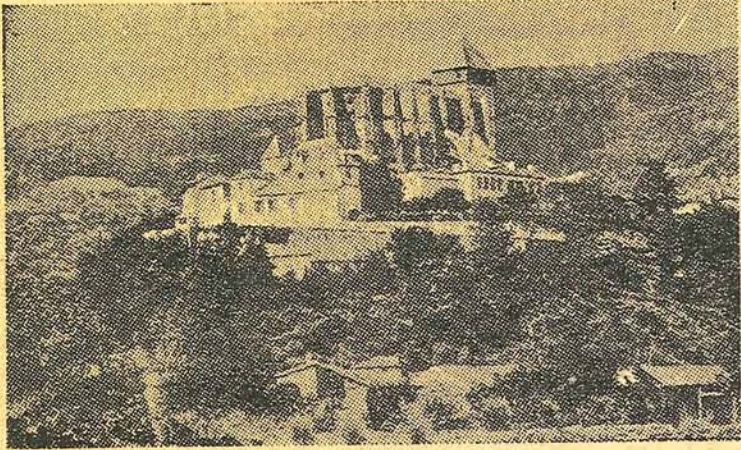
Entonces el extranjero con repentino, inexplicable, descarado tono, responde al rey: "Dejadla, no ves cómo se ha roto el encanto? Si hubieras tardado algún tiempo más, me habría llevado a tu hija. Y prosiguiendo en un tono burlón le dice a Scedeur: ¿Para qué te sirven tus ojos de demonio si no te has percatado del hechizo? Yo exhalé humo de mi boca en dirección de la muchacha y ella quedó en mi poder y obedeció a mi tácita orden. Ahora yo la habría llevado conmigo en el desierto y allí la hubiese inmolado a mi demonio. En un ímpetu de horror y de amor, Hanoch invoca a la hija que se echa en sus brazos. Lo veis — prosigue el extranjero — el encanto está roto. ¿La muchacha está libre de pecado? Vuelve al padre. La multitud, ¿por qué titubea? ¿Acaso otro encantamiento la hace cobarde hasta el punto de no atreverse a bajarse y recoger las piedras para apedrearla con ellas?

Titubeantes, algunos agarran una piedra y la tiran contra el extranjero. La pedrea va en aumento y se oye un grito: "A muerte". Y mientras bañado en sangre el extranjero empieza a debilitarse, María se acerca a él y lo estrecha contra su pecho y las piedras la hieren también a ella y muere. El extranjero, moribundo, encuentra todavía fuerzas para levantar en sus brazos el cuerpo ligero de la muchacha. — No pesa más que un pájaro. Ha dado toda su sangre roja para que los hombres aprendan a amar. Gentes de Hanoch, la luz del Dios verdadero resplandece en esta fúlgida aurora: no lloréis sino cantad ¡Aleluya! Y alzad los ojos hacia la luz que os ilumina y os ciega.

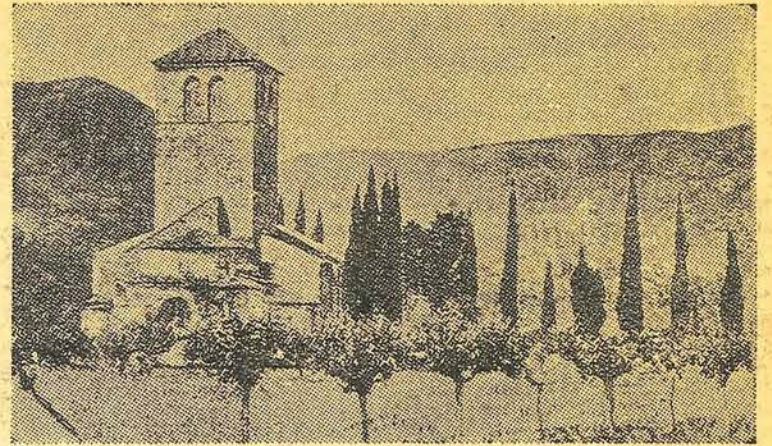
Su cuerpo desangrado ya no tiene fuerzas. Pero el espíritu habla todavía: "Servir... ¿Amar?... El verdadero Dios... En paz".

Y mientras expira sobre la tierra consagrada por la sangre, el coro entona solemne la Aleluya.

CIUDADES EN DECADENCIA

EL MEDIODIA
DE FRANCIA
Por
GEORGES
PILLEMENT(Para LA NACION)
27 de febrero de 1937

La columna de Los cuatro evangelistas, en el claustro de la catedral de Saint-Bertrand de Comminges



La iglesia de Saint-Just de Valcabrère. Al fondo, Saint-Bertrand

La supremacía de la tierra de "oc" sobre la de "oil", de los hombres del Norte, enérgicos y prácticos, sobre los hom-

bres del Mediodía, artistas e indolentes, contribuyó ya, después de la desastrosa guerra de los Albigenses, una de las más terribles de la Edad Media, a coartar el desarrollo de estas provincias siempre ricas y prósperas, habituadas a una vida fácil y despreocupada. En cuanto penetramos a la hoya del Garona, nos sorprendemos del clima agradable que reina en estas comarcas. En Auch lo mismo que en Pau, Tolosa y Perpiñán, el clima es todavía más dulce que en Niza y en la Côte d'Azur. No se siente, por así decirlo, los rigores del invierno y los veranos soleados duran casi todo el año. Era, pues, natural, que en un país así favorecido, pero bajo la dependencia administrativa de las provincias nortueñas, se creara un número de pequeñas capitales donde las artes florecían en torno de un obispo o de un príncipe que los protegía. Igualmente natural era que las vicisitudes de las provincias y de las casas señoriales, los azares políticos y económicos, el caprichoso establecimiento de las líneas férreas y tantas otras causas diversas, debidas a circunstancias fortuitas o a leyes generales — como la de que muchos de estos departamentos tienden a despoblarse — han sido causa de que cierto número de estas pequeñas ciudades, otrora llenas de vida y actividad, brillantes y hasta fastuosas, se encuentren hoy moribundas y no conserven como testimonio de su pasado esplendor, sino edificios cuarteados, grandes palacios vacíos y esqueletos de catedrales desiertas.

Hice este verano una de las peregrinaciones más conmovedoras a estas ciudades decaídas que conservan un semblante noble y príncipesco, bajo los harapos de sus paredes en ruinas, polvorientas y asoleadas. Recorrí desde Nérac, la pequeña capital alegre del bondadoso rey Enrique IV, cuando no era aún sino rey de Navarra y señor de Béarn, hasta Sauveterre de Béarn, donde vivió su madre, Juana de Albret; desde Condom, donde Bossuet fué obispo, hasta Saint-Bertrand de Comminges donde Herodes, tetrarca de Galilea, fué desterrado por orden de los emperadores romanos al igual que tantos otros vencidos de Roma. Recordamos el soneto de Hérédia:

"Dans ce vallon d'Ardèche ou
[César t'exila...
... Tu regardes le ciel triste,
[Sabinula".

De Saint Bertrand de Comminges que fué tan importante en tiempos de Roma y en la Edad Media y que actualmente no es sino un modesto burgo, pasé a Pezenas, ciudad también famosa en la Edad Media, que conserva al lado de calles en-

Una vista de la catedral de Saint-Bertrand de Comminges

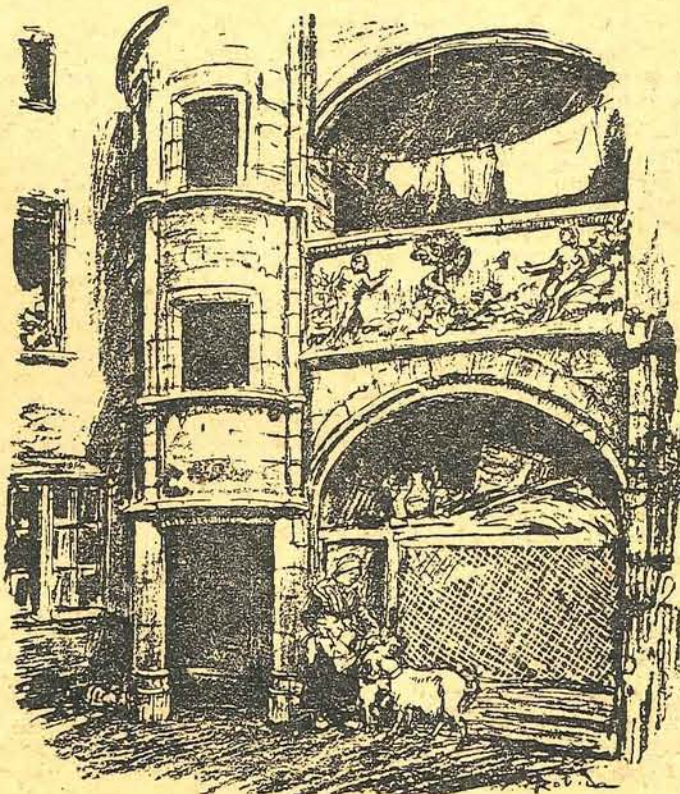
terras de viejos palacios góticos o del Renacimiento, magníficos edificios del siglo XVIII. ¡Cuántos recuerdos evoca Pezenas, ciudad de Etats, donde Molière compuso sus primeras comedias, donde todavía se ve la casa de su amigo el barbero Gély, en cuya tienda veía vivir y hablar a los marqueses de Pourceaugnac, a las marquesas de Escarbagnac y a tantos otros tipos que inmortalizara después en sus comedias.

Y si subimos hasta Auvernia, ¡cuántas ciudades medievales semiabandonadas encontramos, como Montferrand o Besse en Chambesse! ¡Qué rara impresión de viaje al pasado, de retroceso patético y angustioso tenemos a cada instante! ¡Cómo pesa toda la desolación del tiempo pasado sobre nosotros, con mucho más violencia que en las grandes ciudades activas y febriles, alegres y confiadas, que guardan en un lugar apartado de sus grandes arterias varios monumentos antiguos, y hasta un barrio arcaico! Allí no observamos tan sólo curiosidades, arquitectónicas, sino toda la vida de una ciudad, de una provincia, de un país, congelada, momificada y que se deshace poco a poco en polvo, junto con su alma que flota ya incierta e impalpable entre las piedras que se desploman.

Toda la historia de un país está ahí, en estas pocas ciudades decaídas sobre las cuales nos hemos asomado piadosamente, desde los primeros siglos de la era cristiana, cuando llegamos a los primeros contrafuertes de los Pirineos y apercibíamos sobre su verde estribación a Saint Bertrand de Comminges, el "Lugdunum Convenarum", antigua capital del país de los Convenos. Antaño, toda la colina y toda la llanura que la circundaba hasta las orillas del Garona estaban cubiertas de caseríos. Se contaban cincuenta mil habitantes, al paso que hoy no se cuentan más de quinientos. ¡No queda sino un villorrio acurrucado en torno de la poderosa catedral de torre románica, rechoncha y fortificada con maderos! ¡Cuántas extrañas vicisitudes en la historia de esta ciudad elevada ya de por sí, encajada extrañamente en su cofre montañoso, en el fondo

de un valle! Fué fundada 72 años antes de Cristo y no tardó en adquirir gran prosperidad, como lo atestiguan las excavaciones hechas por todos lados en estos últimos tiempos; pero entregada en el año 587 a los soldados de Gontrán, rey de Borgoña, fué completamente destruida; su brillante civilización se desvaneció y durante quinientos años sus ruinas permanecieron abandonadas.

Apenas a principios del siglo XII resucitó gracias al impulso del obispo Bertrand de l'Isle Jourdain, que edificó allí una ciudad nueva y unió su nombre al vocablo antiguo (Comminges deriva de Conve-



Montferrand. Patio de la "Casa de Adán y Eva"

nicum, país de los Convenos). Y creció de nuevo una ciudad próspera. Allí es donde se reúnen los peregrinos de toda Europa que emprenden viaje a Santiago de Compostela. Se ha creado así, un tráfico intenso; es una ciudad alegre y animada; pero la época de las pere-

grinaciones pasa. Saint Bertrand de Comminges va quedando cada vez más separada de las rutas comerciales y de toda vida económica. Durante la revolución se suprime su obispado y como vejiga que se desinfla, la vida huye de esta ciudad inútil. Acaba por no ser sino un modesto burgo, repleta, sin embargo, de tesoros arquitectónicos que la convierten en una especie de Mont Saint Michel de los Pirineos.

¡Qué conmovedora se nos aparece desde lo alto de su mirador, con sus antiguas casas de puertas ojivales, de ventanas con cruceros, de torrecillas con cornisas y sus ojos nuevos e ingenuos con que mira un valle y montañas verdes y pintorescas.

Pero lo que más maravilla sobre todo es su catedral y su claustro. La fachada casi desnuda con un tímpano sobrio figurando los Apóstoles y la Adoración de los Magos, tiene el semblante trágico y severo de ciertos edificios románicos. Está construida para acoger a los peregrinos que han hecho voto de pobreza y humildad y que llevan sus pecados por los caminos de Europa en busca del santuario que se los perdonará. Mas al franquear el pórtico, penetramos en una vasta bóveda gótica de una sola nave extremadamente liviana y elegante, que para los peregrinos sería como una estación celestial a lo largo de su doloroso sendero. Fué Bertrand de Got, obispo de Comminges, más tarde el Papa Clemente V, quien colocó su primera piedra en el año 1304.

Más tarde, la magnificencia del Renacimiento erigió en este recinto gótico espléndidas obras de talla: una caja de órgano formando ángulo, que se eleva hasta la bóveda y forma un cuerpo con la catedral, y en medio de la iglesia un coro alto con galería formando un vasto recinto cerrado, una segunda iglesia dentro de la misma, que encierra el altar mayor y sesenta y seis siales trabajados maravillosamente, donde se advierte al lado de motivos religiosos, temas profanos, al lado de ornamentos occidentales, otros imitados del arte hindú. Fué el obispo Juan de Mauleón quien mandó eje-

cutar este trabajo admirable en el siglo XVI.

No hablaremos de los demás tesoros que guarda esta catedral; pero iremos derecho al claustro, el más aéreo, el más luminoso y más cercano al cielo que conozco. Imaginad graciosos arcos románicos con capiteles historiados, sostenidos por finas columnitas unidas de dos en dos, que encuadran un jardín florido, al paso que uno de los costados de aquél se abre ampliamente sobre las pendientes boscosas de los alrededores. ¡Qué ligeros y puros nos sentimos entre esta armonía de piedras rosadas, de flores y verdor, en este retiro paradisíaco, prendido al costado de la catedral, suspendida entre la montaña y el cielo, verdadero altar de descanso donde el alma se siente más apacible y confiada. No nos decidimos a irnos; nos parece estar a las puertas del cielo, que los ángeles se pasean entre nosotros y que por efecto de una gracia angélica nuestra alma se abre y está por volar! Y si volvemos a bajar por la colina, nos encontramos a cada instante con ruinas galo-romanas que están excavando: mosaicos, el basamento de una basílica cristiana del siglo IV, sarcófagos, y un poco más lejos, cerca de la antigua Vallis Capraria romana, la iglesia de San Justo, rodeada por su cementerio donde se alzan cipreses que parecen el símbolo del recuerdo de Roma. La iglesia de San Justo es una de las más antiguas iglesias románicas de Francia, en cuya construcción se utilizaron numerosos fragmentos romanos. Toda la campiña circunvecina estaba cubierta de ruinas romanas que sirvieron para construir iglesias cristianas. ¡Qué conmovedora aparece en su sencillez, con sus muros blanqueados a cal, sus líneas sencillas, su portal de estatuas esculpidas con fervor, tan nobles y atrayentes. Son las primeras edades de la fe cristiana, todo un lado de la historia de la Edad Media lo que descubrimos en Saint Bertrand de Comminges, que es a la vez una Pompeya galo-romana y un Mont Saint Michel pirenaico y que nos evoca sucesivamente a Herodías que bailó con la cabeza de San Juan Bautista sobre un plato, y a los obispos que guiaron su rebaño de peregrinos por la ruta de Compostela.

Si queremos ver otros aspectos de la Edad Media, encaminémonos a Pezenas, que conserva aún su barrio judío, en donde callejuelas sinuosas, sucias y mal olientes conservan todos sus antiguos edificios con sus ventanas góticas, sus torrecillas, sus rincones misteriosos, sus corredores, sus escaleras de caracol; o a Montferrand le Fort que ya no es sino una antigua ciudad medieval olvidada hace siglos y habitada por obreros de usinas.

Qué amargo destino el de Montferrand, que, con un poco de suerte, podía haber sido una Nuremberg de Auvernia, pero que entregada a la vulgaridad

LEYENDAS BRASILEÑAS



Brasil, como todo país misterioso en su grandeza, posee innumerables leyendas que envuelven sus selvas, encantan sus ríos y habitan sus islas. Y el pueblo, que las susurra en los oídos de los niños, les da cada día una nueva forma, sin alterarles, no obstante, el fondo, que no varía merced a la gran imaginación de los historiadores. En las dumas apartadas existentes, sobre todo, en las mesetas de Goyaz y Matto Grosso, extensiones desiertas en donde, de cien en cien leguas, se avista una cara humana, las leyendas son numerosas. Cuando el lunar da a las arenas o a las piedras por él bañadas, expresiones gallardas, parecen vivir entonces bajo la estructura de espectros y fantasmas extravagantes y amedrentadores. Pero nunca será exclusivamente en torno a esas zonas todavía caóticas e impresionantes donde se crearán las fábulas, sino también en la capital, resplandeciente de luces, palpitante de agitaciones, resonante desde la mañana a la noche de ruidos diversos, de movimientos sin treguas y de los modernismos más refinados. Alrededor de la famosa y original bahía de Guanabara, siempre admirada por nacionales y extranjeros, existen islas pintorescas, y cada una encierra cierta y determinada leyenda que les aumenta la poesía y la aureola de interés. En medio de las aguas, plácidas o revueltas del océano, azules o verdes, según las horas, surgen esas islas con sus plantaciones de palmeras sacudidas por el viento y las copas de los mangos que recuerdan tiendas esmeraldas, de donde cuelgan, en las estaciones oportunas, las frutas sabrosas, tan gustadas por los brasileños. Y entre todo ese ramaje verdusco que el invierno respeta, a pesar de que el otoño le amarillea las hojas, que se suspenden en los aires como mariposas color de café, vemos tejados toscos que encubren pe-

queñas casas habitadas, que traen a la imaginación nidos alegres y pacíficos. El más poético de esos hermosos islotes es el de Paquetá, que el dulce escritor brasileño Manuel de Macedo immortalizó al trazar en él su novela "A moreninha". En la hora en que fué escrito ese libro sincero y sentimental, la literatura en el Brasil sólo comenzaba a despuntar como una flor de la raza, germinada con la mentalidad especial de su pueblo. "A moreninha", obra de Macedo, fué recibida con entusiasmo por las mujeres y curiosidad por los hombres, determinando una época y dotando a Paquetá de una luz resplandeciente de poesía y de leyendas, que aun no la abandonó del todo, a pesar del progreso y civilización que hoy, relativamente, la adornan. En la época en que el escritor nacional lanzó a la palestra su novela, impregnada sólo de sentimiento y costumbres, época en que la psicología era casi un absurdo en los libros, dirigirse a la hermosa isla equivalía casi a un viaje, por cuanto los botes, pequeños e incómodos, eran los únicos medios de transporte a la encantadora región, cercada por un mar tan tranquilo, que pasaría por una laguna si no fuese por su amplitud y su profundidad. Manuel de Macedo, al ocuparse de Paquetá como lugar central de su libro, no olvidó ninguno de sus encantos, ninguna belleza de sus calles orilladas de bambúes y de mangos, entre los cuales oscilan las flores como cordones fastuosos e inimitables. Y al borde del océano opalino que lame sus piedras narra la leyenda que forma la base de su tierno y simple volumen. Hace muchos años, cuando el poblador de América era el indio, violento y cariñoso, tenaz y valiente, la melodiosa Paquetá, isla de esta metrópoli, hoy potente y civilizada, no pasaba de ser un agrupamiento de árboles, que la transformaban en una especie de pequeña floresta, casi inalcanzable. En esos lugares, destacándose por encima del arenal, dorado bajo el

sol y plateado bajo la luna, todos los días una deliciosa india venía a llorar la indiferencia del valiente guerrero que, no obstante su hermosura, no la amaba. Tanto lloró la virgen la frialdad de aquel que adoraba, que brotó una fuente en ese sitio, fuente adonde van a beber todos los saciados y perturbados por el amor. Avanza mar adentro la Peña en que brotó la fuente, se llama a esa Peña "la piedra de la moreninha", y nadie, inclusive el más escéptico, huye a la impresión de curiosidad y sentimentalismo que despierta en todos los cerebros.

El tierno autor de "A moreninha", al narrar esa leyenda de lágrimas y de pasión, la hizo renacer como ejerciendo influencia en el seno de una doncella de su tiempo, cuya casa todavía existe al lado de la famosa piedra en que la india iba a derramar sus llantos, que se transforman en agua, agua que la doncella va a beber, juzgando con eso despertar o activar el afecto del estudiante que ella quiere desposar. Nadie irá a Paquetá sin visitar la simbólica piedra que un amor lloroso de mujer transformó en fuente, mitigante de la desesperación de las otras que sufren de idéntico mal. Como la leyenda jamás pierde sus efectos sobre los espíritus simples—¡los bienaventurados!—no es raro asistir a verdaderas peregrinaciones a ese lugar en que el indigenismo representó su papel.

Carmen Dolores, la ilustre escritora fallecida hace años, escribió también un volumen que contenía varias leyendas brasileñas que circulan entre la gente de todos los Estados nacionales. Ahí se desenvuelven las "madres de agua", los "lobos-hombres", los "sapos-jururíes" y el "pez-boya", que ejerce inmensa influencia sobre la vida de las criaturas.

CHRISANTHEME

(Para LA NACION)

RIO DE JANEIRO, febrero de 1930

que, hasta no creyendo en lo sobrenatural, se sienten invadidos de respeto o de pavor frente a las sorpresas y asombros de una naturaleza fértil y misteriosa en algunos sitios.

En el tiempo de la esclavitud, esa era de prestigio africano, de mezcla de dos razas, una venida de territorios donde la ignorancia se velaba con hechicerías y la otra simple y primitiva, las leyendas tomaron tal importancia, que se metamorfosearon en una especie de segunda vida de este país. Mezcladas en la existencia de los niños, por los cuidados que les dispensaban, las negras les inculcaban verdaderas creencias en un mundo artificial, oculto a los ojos de los sanos y equilibrados. Así instruidas, esas criaturas jamás perdían las creencias de sus nodrizas; temblaban al menor ruido y recelaban de su propia sombra.

En las antiguas haciendas del Estado de Río, tan curioso por las ruinas de esas casas abandonadas desde la extinción de la esclavitud, las fábulas concernientes a sucesos ocurridos en ellas son innumerables y poseen todos los colores. En cierta zona hay una colina que representa con perfección la cabeza encrespada de un negro. Atraída mi atención por tan interesante fenómeno, oí la siguiente historia:

"En la vieja heredad fronteira a la extraña colina, heredad de la que no quedan sino las murallas, que se derrumban bajo la acción del vendaval y de la lluvia y a las que rodea, como una barricada verde, una capa de grueso feno, moraba, en la época de los esclavos, un hacendado soberbio, rico y malo. Padre de una jovencita muy blanca y rubia, llamada Cecilia, era, también, señor de un mulato casi blanco, llamado Juan, que por vivir al lado de su señorita se apasionó por ella, que le había enseñado a leer y tratado con afecto. En las noches de luna, Juan, haciendo vibrar en su instrumento de cuerdas todas sus palpitaciones de amor, oía el ruido de la ventana de Cecilia al abrirse y entreveía las formas, esbeltas y armonio-

sas, de la amada, que se recclinaba en el alféizar tan dulce y suavemente como una flor atacada del mal de languidez y de voluptuosidad.

"Una noche, el hacendado descubrió el idilio y mandó morder a palos al pobre enamorado, que, ensangrentado y moribundo, aun consiguió enviar una mirada de pasión a la enristecida jovencita, que lloró hasta empañar para siempre sus ojos azules. Viendo la mirada de despedida que los tristes amantes se cambiaban, el amo, llevado por la cólera, ordenó que ahorcasen al misero Juan en lo alto de la colina que se alzaba frente a la casa y que se abandonase allí su cadáver. Cecilia, desde la ventana donde había escuchado tantas frases de amor, presencié el sacrificio de su pobre amigo. Y no se admiró de que, con el tiempo, la colina tomase la forma de la cabeza martirizada que había guardado en su seno tantos años. Por otra parte, la enamorada poco sobrevivió a Juan y dicen los habitantes del lugar que en las noches de tempestad se observaba perfectamente una nube que descendía sobre la cabeza encrespada del morro fatídico. Hasta las criaturas, bendiciéndose con terror, dicen en esos momentos:

"—¡Es Cecilia que va a visitar a Juan!"

El Brasil, este país inmenso y grandioso, contiene, pues, toda suerte de leyendas a lo largo de su opulento territorio. En las noches de luna, en las grandes extensiones solitarias en que los árboles se estremecen como seres humanos al recibir los besos del huracán, hay algo como susurros inexplicables que cruzan el espacio y causan pavor a los viajeros.

Sin embargo, si bien es cierto que algunas de esas fábulas son terribles, todas encierran una esencia de amor y de poesía, que endulzando la visión de las mortajas de los espectros, acarician el sentimentalismo de nuestra raza, siempre propensa a la piedad y a la solidaridad con los casos pasionales.

de la ciudad contigua y rival, Clermont, nos muestra sus murallas desmanteladas, su castillo arrasado, sus viejos palacios tristes, lúgubres, edificados con "volvic"; la piedra de lava, gris, negra y tosca, si queremos saberlo.

Esta miserable fué durante el siglo XVI una ciudad opulenta que acogió muchos reyes de Francia, a Luis el Gordó, a Felipe Augusto, a San Luis, a Francisco I, a Carlos VII, a Carlos IX y hasta reyes extranjeros como Enrique II de Inglaterra y Alfonso de Aragón.

Su desgraciado destino está en cierto modo personificado por Juan de Doyat, hijo de un humilde campesino y que llegó a ser chambelán de Luis XI y baillío de Montferrand. Luis XI lo hizo ministro, y en razón de su energía y de su habilidad como jurista le encargó que obligara al Duque de Borbón a rendir vasallaje efectivo, citándolo ante su tribunal.

Fuó en Montferrand donde tuvo lugar este acontecimiento memorable. Juan de Doyat tenía una corte brillante en esta ciudad, que a la sazón llegó al apogeo de su esplendor. Pero a la muerte de Luis XI, el Duque de Borbón, nombrado miembro del Consejo de la Regencia, se vengó del hombre de baja extracción que lo humilló, y lo hizo arrestar. Juan de Doyat se defendió mucho tiempo y muy hábilmente durante el proceso que se le siguió, pero terminó por ser condenado a ser azotado en todas

las calles de París, a que se le horadara la lengua con un hierro candente, a que se le cortara una oreja en París y otra en Montferrand, y a la confiscación de todos sus bienes. Esta sentencia espantosa fué ejecutada. Juan de Doyat se refugió en el Piamonte. Más tarde, Carlos VII ordenó que se revisara su proceso; se le devolvieron sus bienes, si no sus orejas y fué nombrado Gran Maestre de Artillería.

Montferrand, despojada poco a poco de sus privilegios en provecho de la vecina ciudad de Clermont, cayó en decadencia. No es sin una sensación de malestar que recorremos sus calles trazadas a cordel (Montferrand fué una de las pocas ciudades medievales edificadas conforme a un plan trazado de antemano) y que contemplamos estas deliciosas casas con maravillosos motivos escultóricos, de elegantes torrecillas utilizadas como escaleras y que se abren en amplios balcones encuadrados por esculturas, como en la casa de Adán y Eva. En la del Lirio o en la del Baillío. Aparte del delicioso hotel Albiat o de los señores de Beaujeu, verdadero palacete de estilo Enrique II, en perfecto estado de conservación, todos los demás edificios nos emocionan por su estado lastimoso. Ya sea la venerable Casa del Elefante, con sus arcadas románicas tapiadas, uno de los raros edificios civiles que poseemos del siglo XII, o la casa de Lucrèce o de la Anunciación, todas las piedras pa-

recen haber adquirido el mismo aire cansado y de resignación. Decadidas, degradadas, todas estas joyas de arquitectura ya no tienen orgullo, ni dignidad; ya no tienen alma.

Pero si queremos descubrir una pequeña ciudad perdida en el Gers y henchida aún de carácter, tenemos que dirigirnos a Condom. Construida sobre una colina, en las márgenes del Baise, está coronada por una catedral en donde el gótico flamígero anuncia ya el Renacimiento y cuya fachada levanta una sola torre, pero poderosa y atrevida. Condom tuvo obispos sabios como Bossuet, que modelaron su alma, y otros fastuosos que la colmaron de edificios.

Podemos pasearnos a la ventura por las calles de esta curiosa ciudad, y no tardaremos en hallar uno, dos, tres y a veces cinco o seis en fila de estos viejos palacios del siglo XVIII que parecen contruados ayer, y que no ofrecen más decoración que una puerta sobriamente esculpida, un balcón de elegantes líneas, adornado con una concha o una consola. El más suntuoso está casi en las afueras de la ciudad; sus líneas son majestuosas, lo precede un portal adornado con enormes columnas corintias. Penetramos en un gran patio de honor y advertimos que está ocupado por una escuela de varones. Es evidentemente la mejor escuela de varones de Francia. Sin embargo, este antiguo palacio episcopal parece ignorar su nuevo destino: no

se puede imaginar edificio más noble, más altivo, ya se mire la fachada del patio o aquella que, colocada en una terraza, domina los alrededores. Nada de adornos superfluos, ni de motivos esculturales que absorben la atención, sino un poder de emoción extraordinario dentro de su armadura de piedras amarillentas que la pátina del tiempo ha revestido con barniz encantador.

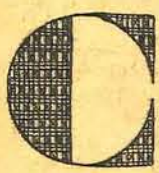
Bordeando una avenida, encontraremos otros no menos seyeros y majestuosos. Sus vastas hileras de ventanas tienen los postigos cerrados. ¿Estarán habitados? Sus dueños ¿están de viaje o están allí, a la sombra de esas grandes salas frescas, de paredes desnudas? Nos ponemos a soñar en vivir en Condom, en llevar una vida retirada, de concentración en nosotros mismos. ¿Cómo se puede gustar aquí de la soledad! ¡Cómo se puede soñar, vivir recogido! ¡Qué vida noble y severa la que se puede llevar aquí, a semejanza del semblante de esos palacios! Pero al mismo tiempo cómo nos aburriríamos: estamos en verano, un sol espléndido dora todas estas piedras y las transfigura; pero en invierno, bajo la lluvia, nada ha debido nacer y crecer entre estos muros que no ofrecen otra promesa que lo infinito y la esperanza de lo eterno. Pocas almas están a la altura de esta lección, pocas pueden mantenerse mucho tiempo allí.

Vagando todo un día por las calles de Condom, hemos podi-

do adivinar una grave tragedia detrás de la sonrisa de estas piedras. Condom, ciudad episcopal decadida, tiene toda la majestad de un sermón de Bossuet, parece la ilustración viva de su oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra: "hace ver al mundo la nada de sus pompas y de su grandeza". Es la ciudad francesa que mejor ha conservado el ambiente y el espíritu del gran siglo: la sombra de Bossuet parece pesar sobre ella; esto maravilla y espanta; se desea y al mismo tiempo se teme vivir aquí. Parece que habitarla fuera una experiencia terrible y azarosa, y que después de haberse doblado el yugo de la meditación y del recogimiento, no fuera posible deshacerse de la impresión con que nos ha marcado. Quien ha sabido comprender y someterse a la lección de esta ciudad austera, no debe tardar en renunciar a las pompas y a las grandezas, a las diversiones y a las frivolidades de la vida; no tendrá más ansia de lo infinito y de lo eterno, no será sensible sino a la voz de Dios. En la campaña gascona, quemada por el sol, polvorienta, tan propensa a la alegría, al bienestar, a la risa y a la buena mesa, Condom es una ciudad recogida en sí misma, una ciudad jansenista.

¡Cuántas lecciones diferentes nos reservan estas antiguas ciudades en decadencia: son ellas las que guardan los aspectos más conmovedores del alma de cada país; hace bien venir a contemplarlos y a im-
pregnarse de ellos.

LA LECCION DE GAUGUIN



COMO consecuencia de las exhibiciones de obras de Paul Gauguin en distintas exposiciones y en distintos países, particularmente las que en París se han celebrado con carácter retrospectivo, Gauguin ha vuelto a tomar un gran interés para el público y la crítica; se la han dedicado libros y monografías que, con lo que ya había sobre este notabilísimo artista, forma hoy una copiosa investigación crítica y biográfica que nos permite conocer al detalle su vida y la reproducción de sus obras. Todo ello coloca a este remarkable artista en el lugar de honor que él mereció siempre entre los artistas de su época y en el que merece compararlo con los de ahora. Si en su época y entre sus compañeros y amigos fué un ejemplo, ahora más aun; él es actualmente un ejemplo y una gran lección.

El popularizar la consagración de este gran artista supone, por parte de los escritores, el hacer pagar a los artistas de ahora una deuda de gratitud a Gauguin, como asimismo se la deben a Cézanne y a Van-Gogh. Deuda de gratitud por lo mucho que los de ahora aprendieron de esos singulares y geniales artistas. ¿Qué es el arte "ultraista" y el de "vanguardia" sino una continuación de Cézanne, Van-Gogh y de Gauguin? Una mala continuación, pero hijos, al fin, de esos tres artistas que, sin proponérselo, influyeron de una forma lamentable en lo que ha venido después.

Ya estaba reconocido el triunfo de los impresionistas cuando en el ambiente artístico parisiense surge la distinguida figura de Paul Gauguin. Este gran artista empezó tarde a pintar; fué un caso aislado de lo que generalmente ocurre, y es indudable que ello contribuyó en mucho a facilitar el carácter de la ejecución de su arte; la "manera", el estilo. Su juventud, "ebria de sol y de armonía", lanzada por aspectos bien diferentes al arte, por circunstancias que la vida le fué presentando, aturdiéndole, distanciándolo de sus verdaderas condiciones psicológicas de soñador, de artista, le privó de esas nefastas enseñanzas de academia, que generalmente impurifica la sensibilidad del muchacho verdadero artista; pero, en cambio, le dió una conciencia de su propia personalidad, una más justa percepción del valor de sus impulsos artísticos, lo que después había de ser definido de una forma notabilísima en todas sus obras: "Gauguin porte aux mers du sud ses inquiétudes, sa fièvre, son souci d'un art riche, profond et libre, et il réalise un de ces accords entre les génies des races sans lesquels le monde ne serait pas possédé par l'homme"; así se expresa el ilustre crítico de arte M. Henri Focillon, en su notable historia de la "Pintura aux XIX et XX siècles" (1).

Nació en París, y no en Bretaña, como ha escrito el propio M. Charles Morice; de origen bretón por parte de su padre, y de sangre peruana por herencia de su madre; con esa herencia bretona de sentimiento profundo y melancólico, y esa otra herencia de espíritu soñador que heredara por línea materna de la que fué tan singular temperamento femenino como desventurada en sus predicciones libertarias, Flora Tristán, hija de un español, se formó el carácter psicológico y artístico de Gauguin. Conviene no olvidar, por las influencias que ello tiene en la sensibilidad de un artista, Gauguin pasó su juventud de marino; un

misterioso y atávico impulso le hace recorrer por el mar, ciudades y lugares que dieron a su imaginación una gran riqueza de poesía y una más fina percepción pictórica. Conoce la Polinesia, y este país le subyuga, dejándole una honda impresión, que más tarde había de ser para su arte todo el placer y credo estético; final de todas sus inquietudes y de su triste existencia.

más o menos inteligencia de la pintura "ultramoderna".

Como hemos visto anteriormente, los impresionistas ya estaban en pleno triunfo; a Sisley, Pissarro, Monet, etc., ya no se les consideraba como a unos locos, sino como a unos admirables innovadores de un arte nuevo. Paul Gauguin recoge enseñanzas de esos triunfos y en esa pintura se adiestra y emprende su camino artístico

mientos artísticos; es, como ha dicho M. Edouard Krakowski, el filósofo artista de profunda y exquisita sensibilidad, en su reciente estudio sobre la filosofía del Amor y de la Belleza, "L'Esthétique de Plotin et son influence" (3): "C'est quelque chose de sensible, mais que l'âme reconnaît comme analogue à sa propre essence, qu'elle accueille et qu'elle s'assimile. Quand elle aperçoit un objet

un sentimiento de orientalismo y de simplicidad, que en él era hijo de su propia sensibilidad; por esto se ve en sus continuadores ese falso primitivismo y esa premeditada manera orientalista. Además, hay otra equivocación de principio, en los que le han seguido, y ella es la de no haber comprendido que Gauguin no es pintor para continuarle en su propia "manera", sino en una forma que él dejó indicada con todas las posibilidades: ella es en la pintura mural y decorativa.

Gauguin hizo de su credo estético un camino definido en la isla de Tahiti. Su sensibilidad, cada día más sedienta de una singular personalidad, hizo que abandonase Bretaña y en Tahiti fijó su residencia. Consiguió lo que se proponía, esto es, desnaturalizar su cultura europea, "descivilizándose" de todo lo aprendido y vivido en nuestro mundo de Europa, dejando salir de su alma todo lo que de sencillez y de encantadora inocencia le fué posible. Un día escribió al pintor Odilon Redon: "Je juge que mon art que vous aimez n'est qu'un germe, et j'espère là-bas (en Tahiti) le cultiver pour moi-même à l'état primitif et sauvage" (4). En efecto, así fué después su arte; un arte de un primitivismo encantador y admirable, y de un salvajismo genial, cuya pasión artística se observa en una riqueza de coloraciones dignas de todo su renombre; renombre que de una manera irónica se ha ido presentando después de su muerte. Por fortuna, su reputación artística y personal se ha estudiado a fondo y de una forma precisa que nos permite conocer el verdadero Gauguin, no el que por falta de malos e intencionados informes conocíamos desde hace tiempo, sino el Gauguin de un profundo sentimentalismo; no el Gauguin mal padre y mal esposo, sino el hombre atormentado por la involuntaria separación que él hubo de hacer con su mujer y sus hijos; no el Gauguin frío e indiferente a la amistad, sino el caballero mal comprendido; no al pintor de carácter soberbio, sino al artista de temperamento superior y de orgullo de su propio valer; mal comprendido y peor juzgado el genio de Gauguin, queda ahora en el lugar que merece gracias a la inteligencia y bondad de dos ilustres escritores con sus muy notables libros: "Paul Gauguin", de Jean Rotonchamp (5), y "La vie sentimentale de Paul Gauguin" (6), de Jean Dorsemme. Con los estudios de estos dos notables críticos, Gauguin adquiere su muy merecido prestigio, y así podemos conocer de la vida de este gran artista un aspecto que hasta ahora nos era desconocido; todo el dolor, toda la terrible lucha por la vida y por el arte; todos los grandes y heroicos sacrificios que por su pintura él fué capaz de soportar; la eterna y dramática "Calle de la Amargura", que pasó con la dignidad del genio; es toda una admirable lección.

Sea como ejemplo sublime el amor y conducta heroica que por el arte tuvo Paul Gauguin, y véase como una gran lección su vida y su obra; uno de los más grandes artistas del siglo XIX, lo que significa para los peruanos un elevado y profundo orgullo de raza. Rosa de oro de Sud América, desprendida, como aquella otra de Rubén Darío, de la pletórica historia de España.

- (1) Librairie R. H. Laurens, éditeur. Paris.
- (2) Les Editions G. Crès et Co. Paris.
- (3) Boccar, Editeur. Paris.
- (4) "Les Albums D'Art"—"Gauguin", por Pierre Girieud. (Librairie de France) Paris.
- (5) Les Editions Crès et Co. (Paris).
- (6) L'Artisan du Livre. (Paris).



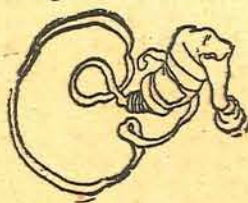
AUTORRETRATO DE PAUL GAUGUIN

Después de estos viajes le encontramos trabajando en la Bolsa de París, donde ganaba importantes cantidades. Pero Gauguin no había nacido para especular y, obedeciendo a una íntima necesidad espiritual que no le dejaba tranquilo, lo abandona todo: "Sous une apparence froideur, il dissimulait une ardeur passionnée. Doué d'un égoïsme monstrueux, avide de sensations toujours nouvelles, l'univers ne lui paraissait destiné qu'à servir à ses besoins d'artiste"; esta justa apreciación, que han escrito los ilustres críticos de arte Mrs. Adolphe Basler et Charles Kuntler en el notable libro "La Peinture Indépendante en France, de Monet à Bonnard" (2), da idea del estado de alma en que se encontraba el gran artista; familia, amistades, compromisos adquiridos, todo lo abandona, y sobre el adinerado hombre de negocios cayó una serie de dificultades que pusieron en serios aprietos su vida particular; durante una semana se vió obligado a ganarse la vida de encolador de carteles por las esquinas. Es todo un ejemplo digno de ser imitado por los que hoy alardean de carácter y de integridad, y sólo son fabricantes con

co. Es cierto que siguió a Degas, pero la luminosidad de la paleta de Pissarro fué lo que él aprendió con más decidido empeño, y de ella conservar la mejor parte. Poco después de estos aprendizajes observamos en la vida de este gran artista una extraña inquietud. El concepto y finalidad del impresionismo no le era suficiente a su espiritualidad y cultura; en él se da el caso extraordinario y ejemplar de esa sublime inquietud de la singular personalidad, de un alma que desea ante todo y por todo ser hija de su propia esencia; recibir las emociones de belleza no para copiarlas, sino para poner y ver en ellas las propias imágenes de sus senti-

qui a de l'affinité avec elle, elle se réjouit et tressaille. Elle pense à elle-même et à son essence interne". Esas inquietudes son las que le inspiran su voluntario retiro a Bretaña, y en Pont-Aven él es el jefe de un grupo de artistas a los cuales expone sus teorías y demostraciones de que "el arte no es una copia de la naturaleza, sino una emoción interpretada con personalidad y estilo propio". Y es cuando en él comienza esa feliz preocupación de lo rítmico en la línea y el equilibrio en la composición; bello sabor de primitivismo y de clasicismo que dieron a sus obras un sello de personalidad que los impresionistas no podían darle. Gauguin, como Cézanne y como Van-Gogh, siente y sabe que el arte es sensación directamente recibida de la naturaleza, pero que también es producto de razonamientos personales que forman un estilo. Es en esto que Gauguin, Cézanne y Van Gogh son tradicionalistas y de las buenas épocas. Los tres son en la pintura francesa un jalón y un parentesis que aun no ha sido cerrado: ¿Quizá en espera de ese genio que suele aparecer cada siglo?

Gauguin da al arte moderno



FRANCISCO POMPEY

(Para LA NACION)
PARIS, febrero de 1930

LA MEDICION DEL ESFUERZO FISICO HUMANO

RESULTADOS DE LA BIOENERGETICA

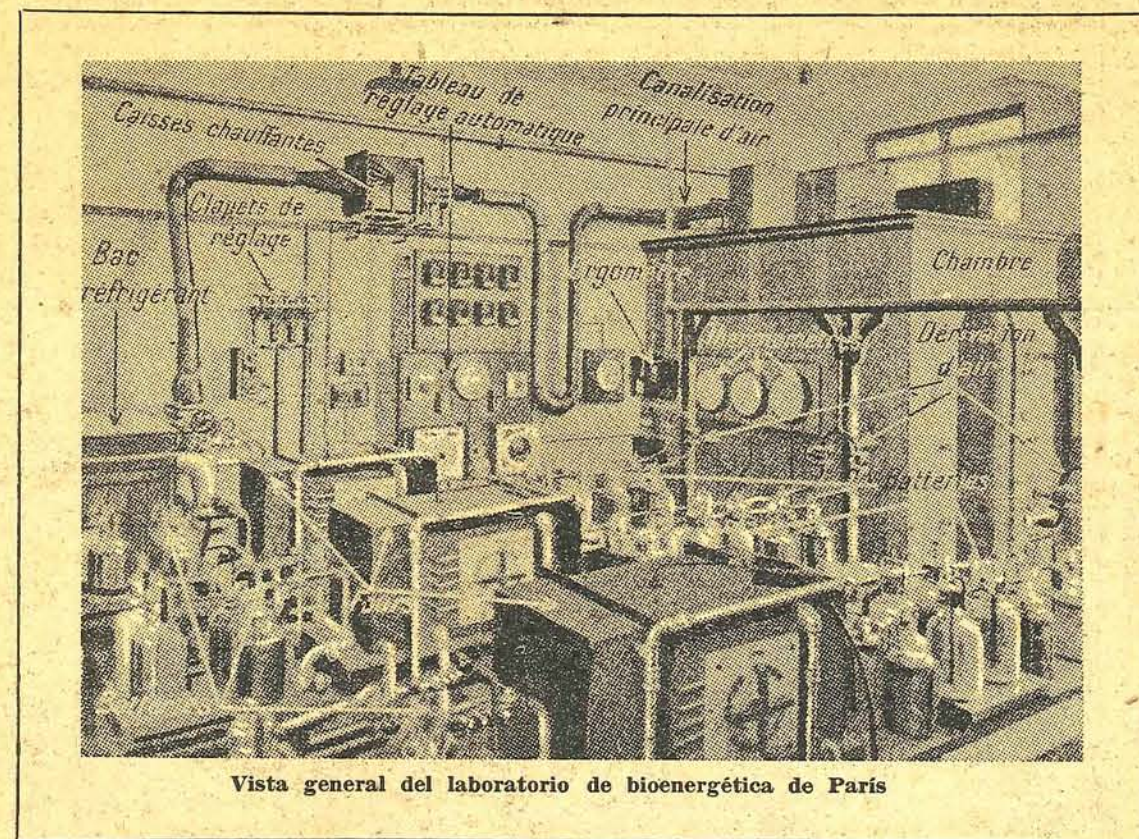
PARA determinar las características de un motor cualquiera, que transforma una energía en trabajo mecánico, es necesario medir su rendimiento. En motores eléctricos o de explosión, máquinas de vapor, etc., la ciencia ha logrado, desde hace tiempo, realizar con precisión tales medidas. Pero medir la capacidad de trabajo del motor humano es un problema mucho más difícil y delicado, a causa de los factores de orden biológico que en él intervienen. Hace poco tiempo que los sabios se están ocupando en tan interesante cuestión, y el profesor Lefèvre ha instalado recientemente en París un laboratorio modelo, especialmente dedicado a tal objeto.

De los estudios y experiencias realizados se deduce que el trabajo muscular del hombre se halla en vías de desaparecer del dominio industrial. Las máquinas, inteligentemente manejadas, proveen y utilizan toda la energía necesaria. Pero fuera del trabajo, en la vida física y especialmente deportiva, el motor humano funciona todavía intensamente. Aun sin hacer nada, por el mero hecho de existir, la máquina humana trabaja sin reposo.

Como máquina física, el motor humano ha sido estudiado seriamente en estos últimos tiempos. Apenas durante unos cinco lustros. La bioenergética es una ciencia nueva que sólo comienza ahora a tener sus laboratorios de precisión. El de París, que es uno de los más importantes, ha sido instalado por el Instituto de Bromatología (higiene de productos alimenticios).

Mediante una rueda de gran diámetro que hace girar el peso de un hombre como si caminase dentro de la misma, se ha medido el trabajo de un obrero, tal como se utilizaba en antiguas canteras para las tareas de extracción. Ha resultado ser equivalente a un décimo de caballo de vapor.

Medir el trabajo mecánico del motor humano es fácil en tal forma, como también evaluar en calorías la energía contenida en los alimentos. El motor animal tiene una ventaja sobre el inanimado: que puede trabajar "económicamente". El sostenimiento de la vida, fuera



Vista general del laboratorio de bioenergética de París

de todo trabajo mecánico, comporta un gasto mínimo de energía, lo cual en bioenergética se llama "metabolismo de base".

Naturalmente, este metabolismo no debe entrar en el cálculo del "rendimiento", dado que el motor inanimado, en cuanto se detiene, ya no consume nada de alimento. La determinación del metabolismo de base es, por tanto, uno de los primeros fines de la bioenergética. El profesor Chauveau ha establecido esta fórmula: "Energía alimenticia = Metabolismo de base + Trabajo mecánico".

Esta ecuación no contiene ningún término relativo al trabajo intelectual. Ello es quizá debido a que la máquina de "producir ideas" no es del mismo orden que la máquina de "extraer piedras".

Haciéndose variar el régimen alimenticio, el trabajo muscular y las condiciones físicas en las cuales se desarrolla la experiencia, puede esperarse que se constituya una verdadera

"termodinámica" de la máquina animal.

Para demostrar que el calor animal es producto de una combustión, Lavoisier había ya realizado una interesante experiencia, luego perfeccionada por el norteamericano Atwater. Sin embargo, para obtener resultados más precisos, Benedict, director del "Nutrition Laboratory", del Rockefeller Institute, ha introducido actualmente nuevos métodos métricos. Ha medido tanto el trabajo como el metabolismo de base por la medida de los productos de la respiración (vapor de agua, ácido carbónico) y, en consecuencia, por la medida de las combustiones en las cuales dichos productos representan, finalmente, el balance térmico.

Ahora, en Francia, el profesor Lefèvre, discípulo de Chauveau, y su colaborador Auguet acaban de resucitar el método

primitivo de Lavoisier y de Atwater, dotándolo de todos los perfeccionamientos que permite la técnica moderna. Consiste en la disposición de una cámara calorimétrica, aislada del laboratorio y sometida a un régimen absolutamente constante, no sólo desde el punto de vista térmico, sino desde el punto de vista higrométrico y de la proporción de ácido carbónico.

Este régimen se mantiene en la cámara vacía mediante aparatos automáticos, de modo que la introducción de un ser vivo lo alterará en seguida. Así, todas las calorías, lo mismo que el ácido carbónico y el vapor de agua que los aparatos automáticos tengan necesidad de extraer para restablecer el régimen elegido, procederán del ser vivo que ha producido ese excedente. La extracción de esos productos de la respiración y restablecimiento del régimen constante en la cámara son posibles mediante una instalación y maquinaria

muy complicada e ingeniosamente dispuesta.

El operador descubre en tal forma: 1o., el valor energético de los alimentos; 2o., la cantidad de oxígeno consumido; 3o., el ácido carbónico y demás gases secretados; 4o., el número de calorías extraídas; 5o., el vapor de agua.

Sólo queda por saber el valor en kilogramos del trabajo realizado por el sujeto en los diversos aparatos puestos a su disposición. Ya mediante pedales o un molino de manubrio, el hombre acciona una dinamo colocada fuera de la cámara y a la cual se transmite la energía. La corriente de la dinamo, medida con un amperómetro y un voltímetro, dan en vatios o en kilovatios-hora la medida del trabajo del sujeto. El conjunto de este aparato constituye un "ergómetro", análogo a las balanzas dinamométricas empleadas sobre los motores.

Si bien la máquina humana, en condiciones de normalidad, puede dar un rendimiento apreciable, es en extremo frágil, porque se halla vecina de la neutralidad—según ha observado Daniel Berthelot—, tanto desde el punto de vista físico, como desde el químico. Además, trabaja con temperatura constante (37 grados). No se parece a las máquinas térmicas, que deben trabajar con grandes diferencias de temperatura. El motor humano utiliza un manantial de energía química, pero sin producir combustión a elevada temperatura, por lo cual no pone en juego grandes diferencias de potenciales eléctricos. ¿Cómo logra transformar esa energía química en movimiento? Es probable, a juicio de Berthelot, y según los estudios de d'Arsonval sobre la contracción muscular, que la transformación bioenergética de los alimentos tome como intermediaria la energía capilar de las membranas. La energía mecánica aparece en seguida, mediante muy débiles variaciones de potencial eléctrico. La máquina viva sería finalmente un motor análogo al motor "electro-capilar" de Lippmann.

La bioenergética, en suma, con sus calorímetros gigantes y maravillosos aparatos, es una ciencia todavía en la infancia, pero llamada a sorprendentes descubrimientos en lo porvenir.

WANDERER

Capitán

Mi traje verde.
Su traje blanco.
Mis ojos negros.
Sus ojos claros.

A su camarote voy
de puente a puente, saltando;
la brisa de cada día
mi rostro va bronceando.

A su camarote entro,
Ya canta el ventilador
una canción de aire y sueño
que vuela a mi alrededor.

A saltar en el azul
juegan peces voladores
y vemos la Cruz del Sur
por los altos miradores.

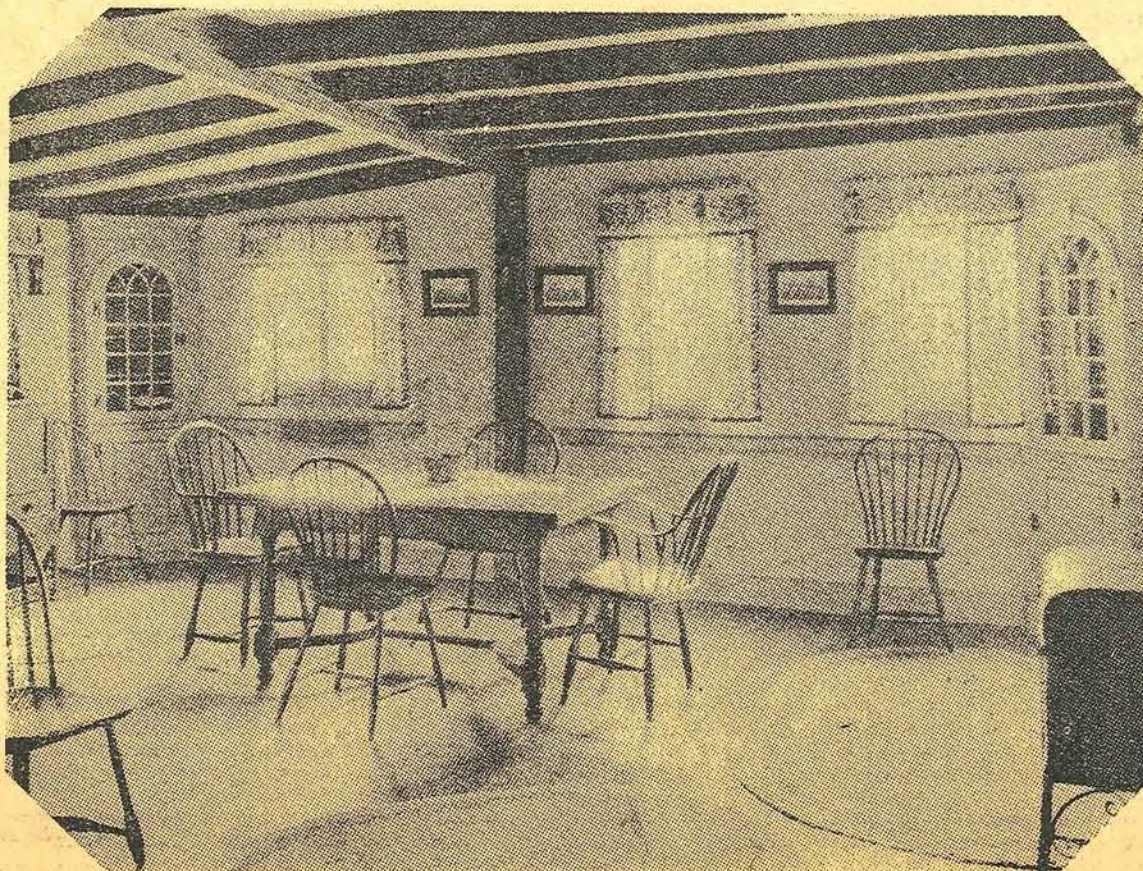
Y vemos marchar el sol
rosando la tarde quieta.
En el horizonte es
como una rubia cometa.

Y vemos caer la luz
sobre el agua, desmayada.
y vemos un no sé qué
nacer en cada mirada

¡Noches y días del mar
a bordo de su navío
que ya no podré olvidar!

¡Noches y días del mar!

Concha Méndez Cuesta



La sobriedad en el mobiliario y en la distribución de los elementos decorativos caracteriza este elegante comedor de casa de campo en estilo colonial norteamericano

LOS SOMBREROS DE PRAGA

MAL descansa una cabeza que soporta una corona—dice un refrán. Esto no sucede sólo con las testas coronadas; lo puede atestiguar el presidente de la República Checoslovaca, a quien no le es permitido usar el sombrero que le es cómodo.

Masaryk, presidente de dicho país, es un hombre de gustos muy sencillos, para quien la galera de felpa ha sido siempre un instrumento incómodo, pomposo y tan inútil como la crinolina.

Pero hace poco se le presentó una delegación de fabricantes de sombreros de felpa, reprochándole como cosa suya el mal estado de esa industria. Todos los habitantes de ese país han abandonado la galera alta, ya sea por imitar a su presidente héroe, o por simple economía; el hecho es que nadie la usa y los obreros que se dedicaban antes a fabricar ese artículo, se encuentran sin trabajo.

La delegación apeló al patriotismo del presidente. ¿Podía él soportar que se arruinaran infinidad de familias por pensar en su propia comodidad? El buen presidente prometió usar en adelante la galera de felpa en las reuniones oficiales. Pronto todos los principales funcionarios imitaron al presidente, presentándose con el sombrero de gala. Seguramente éste les resultaría bastante incómodo, pero en cambio los hijos de los obreros sombrereros tuvieron desde entonces hasta dulce para el té.



vez en cuando se cita una dependencia o un técnico en forma elogiosa.

Muchas personas creen que esa repartición nacional debe ser algo así como una incubadora de profesionales preparados, y se olvidan que tanto aquí como en cualquier otro país del mundo, no es la masa de empleados la que acredita un departamento de gobierno, sino una simple minoría de hombres estudiosos y trabajadores.

¿Que existen técnicos de "guantes blancos"? Qué podemos hacerle; ellos no molestan, llenan cumplidamente su alta misión de colocar notas en los expedientes administrativos y cobran con la conocida puntualidad oficial sus haberes.

Como no son por lo general estos empleados precisamente quienes tienen a su cargo la solución de innumerables problemas de nuestra agricultura, no interesan mayormente, sólo nos basta saber que existen en cada dependencia o repartición el número de profesionales capaces y ello es ya más que suficiente.

Pero dentro de los profesionales con cargo oficial, pareciera que los que prestan servicios en el interior del país—directamente sobre el terreno—como los encargados de chacras experimentales, escuelas agrícolas y los agrónomos regionales, pertenecieran a otra categoría menos brillante y cuyos servicios no fueran en realidad tan eficaces.

El alejamiento crea el olvido, y aquí se prueba una vez más la verdad de tal aserto.

Salvo las acostumbradas notas que éstos reciben y que he tenido oportunidad de ver, dándoles instrucciones para intensificar tal o cual propaganda, o proporcionar series inacabables de datos "para importantes estudios" (?), en lo demás no se los toma mayormente en consideración, olvidando que estos técnicos acreditan para el Ministerio de Agricultura, una buena parte de sus éxitos, si tal pueden llamarse a las felices intervenciones de dicha repartición en favor del progreso agropecuario del país.

Solamente viviendo la vida de campaña, se aprenden a conocer las múltiples dificultades que se presentan a la labor de esos técnicos y las rutinas que deben vencer para que sus consejos sean escuchados y puestos en práctica.

No es obra de un día sino de muchos años, la que ha de cambiar las faces de nuestra explotación agrícola, comenzando por la adecuada preparación del agricultor, que, al reconocer en los consejos del técnico hechos prácticos y no simples "latas", se convence de las ventajas que esas indicaciones pueden reportarle.

Nada es más difícil en algunas ocasiones, que lograr convencer a ciertos agricultores de los beneficios que representa la ciencia agronómica, y en tal sentido recuerdo un hecho, que si aun está grabado en mi mente, es por las circunstancias que lo rodeaban, ya que como éste son infinitos los que cuenta cualquier profesional.

Hacia muy pocos días que se había creado en la Compañía General de Ferrocarriles en la Provincia de Buenos Aires, la Sección Fomento Rural, y como agrónomo de esa empresa, recorrí sus líneas, visitando a los agricultores a fin de darles a conocer nuestros objetivos.

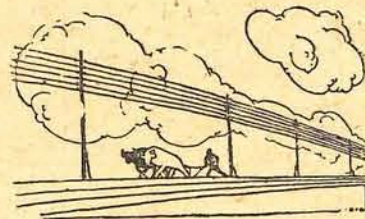
Mi primer candidato, un cha-

carero italiano cuyo nombre no recuerdo, en sus muchos años de América jamás se le ocurrió averiguar qué quería decir "agrónomo", pues se empeñaba en considerarme agente de una compañía de seguros, y a pesar de expresarme en su idioma (Dante me perdone), no podía conseguir que comprendiera mis propósitos.

Sólo después de largo rato entendió, poco más o menos, cuál era la índole de mi misión, e inmediatamente hizo traer un maíz que él cultivaba desde hacía quince años seguidos (!) y me lo recomendó para que lo propagara, pues según sus manifestaciones, no lo había mejor en toda la zona. Yo no dudo que ese maíz al chacarero de marras lo satisficiera, pero lo que es a sus vecinos...

La rutina en este caso predomina sobre todos los actos del chacarero y lo hace inaccesible a toda influencia exterior, pues está plenamente convencido que los problemas que le plantea el trabajo de la tierra

COSAS DEL CAMPO



la magnitud de las máquinas, expresando en términos irónicos su opinión sobre la calidad del trabajo que realizaría y, cuando se iniciaba el trabajo efectivo, se tornaban esos comentarios irónicos en preguntas sobre su funcionamiento



sólo tienen las soluciones que él aplica y no otras.

En otras oportunidades, una propaganda mal encaminada crea posteriormente dificultades, ya que el agricultor en este caso guarda demasiado vivo el recuerdo anterior, y si a ello añadimos la terquedad de que hacen gala algunos, que estiman haber llegado al máximo del saber en materia agrícola, pueden suponerse cuáles no serán los inconvenientes que deben vencerse.

Muchas de las prácticas que a diario se recomiendan, como asimismo las semillas más adecuadas para cada zona o clase de tierra, una vez que se incorporan al dominio público, queda de hecho relegada al olvido la fuente de su difusión, y no es extraño escuchar de aquel mismo agricultor que ayer sembró tal o cual semilla por consejo de un técnico, el concepto de "teórico" que tiene del mismo, sin sospechar muchas veces que una gran parte de los agrónomos han egresado del establecimiento donde las prácticas agrícolas son el desayuno diario y en los cuales no se los exime de ninguno de los trabajos de la chacra, por pesados que sean.

En el año anterior, cuando la empresa ferroviaria a que aludimos en párrafos anteriores, equipó un vagón construido especialmente, con una máquina seleccionadora de trigo y lino, de la cual nos hemos ocupado hace algún tiempo en estas páginas de LA NACION, se suscitaban durante la campaña realizada, las más pintorescas escenas.

Con sonrisas en los labios y muchas veces con comentarios en alta voz se hablaba de este equipo, del cual y hasta el momento en que comenzaba a funcionar, sólo podían apreciar

Sementera de trigo Lin Calel en estación Victorino de la Plaza. En la foto aparecen el jefe seccional de tráfico de la C. G. B. A., el jefe de estación, el agricultor Juan Yatzky y el comerciante Gervasio López

pues las máquinas que trabajan la semilla por su peso específico y por el tamaño, no están aún difundidas en la campaña.

El problema más difícil de resolver era siempre el de dejar satisfechos todos los pedidos de nuestros amigos agricultores, pues debido al poco tiempo de que disponíamos, no era posible permanecer mucho en cada localidad, y esta razón nos obligaba a acortar en lo posible nuestra estadía.

En ciertas ocasiones, estos pequeños inconvenientes eran producidos por el recuerdo que los agricultores conservaban de un equipo oficial, que tuvo la virtud de hacer perder la paciencia a un competente agrónomo regional y no es de extrañar, por lo tanto, que se juzgara a este otro en la misma forma que el anterior.

A pesar de lo expresado, debemos convenir que esas dificultades son propias del ambiente y de errores que vienen de tiempo atrás, todo lo cual ha retardado la evolución en las normas de cultivo, pero en

la actualidad se notan evidentes signos de progreso, ya que sólo el trabajo eficaz del agricultor permite obtener una justa compensación a sus esfuerzos.

Muchas normas de cultivo, paulatinamente se incorporan como prácticas comunes en toda chacra, y si bien algunas de ellas no con la rapidez que sería de desear, a medida que los hechos demuestran los beneficios que son capaces de aportar se aumenta el número de agricultores que les prestan atención.

Publicamos hace algún tiempo en estas páginas, una colaboración "Notas de viaje sobre la sequía y la lluvia", ilustrando el texto con una fotografía de dos plantas de trigo obtenidas en una misma sementera pudiéndose apreciar la diferencia significativa en el tamaño de ambas, debido a que una provenía de una parte del sembrado cuyo terreno había sido arado al levantar la anterior cosecha y en cambio la otra se

tándose diferencias en los rendimientos, sumamente apreciables dentro de una misma localidad.

Para la zona del trigo Kanred, el interés ha estado en el Lin Calel, el cual venía siendo objeto de una activa propaganda por parte del Ministerio de Agricultura, propaganda que bien pudo encaminarse en forma más práctica, suministrando semilla a los agricultores y no simples folletos relativos a las características y cualidades de este trigo, que los interesados debieron adquirir a criadores particulares, que en vista de sus condiciones lo multiplicaron rápidamente.

Sobre la línea de la Compañía General de Ferrocarriles en la Provincia de Buenos Aires y en la zona propia del trigo Kanred, el Lin Calel fué sembrado en tres estaciones distintas: Salazar, Girodías y Victorino de la Plaza, obteniéndose resultados bastante buenos si se consideran las características del año agrícola.

En estación Salazar, el agricultor Bonifacio Recalde sembró 31 hectáreas el 22 de mayo, a razón de 43 kilogramos por hectárea, obteniendo un rendimiento de 26 bolsas, lo cual significa alrededor de 1700 kilogramos por hectárea. El grano bien lleno y de buen color.

El Sr. Antonio Cantu, de Girodías, sembró dos hectáreas y media, con dos bolsas de Lin Calel (bolsas de 66 kilogramos), y el rendimiento fué de veinte bolsas por hectárea.

Este trigo fué sembrado al mismo tiempo que el Kanred, cosechándose sin embargo diez días después, y fué el último de todos, ya que este trabajo se realizó el 31 de diciembre, soportando bastante bien los calores del 24 y el 25 de diciembre, que fueron fatales para muchos triguales. El grano resultó algo liviano.

La estación Victorino de la Plaza es la que está más hacia el Oeste y donde el ensayo del Lin Calel revestía la mayor importancia, por las condiciones del suelo, la distribución de las lluvias, régimen de los vientos, etc.

El Sr. Juan Yatzky, agricultor de esa localidad, sembró dos hectáreas, echando 66 kilogramos en cada una de ellas, y obtuvo como rendimiento total 48 bolsas, vale decir, 24 bolsas por hectárea, y dentro de la chacra se observó que el rendimiento fué superior a los otros trigos en cinco bolsas por hectárea.

A excepción del trigo Lin Calel cosechado por el Sr. Recalde, los otros han sufrido los efectos de los fuertes calores, y ello no permite por lo tanto establecer comparaciones con el Kanred, el trigo por excelencia para esas zonas.

En cuanto a la época de siembra, quizá convenga adelantarla hasta la segunda quincena de abril o 10. de mayo, y en los cultivos de este año que se realizarán en muchas localidades, será posible obtener datos concretos al respecto.

Hemos observado plantas con 20 y 30 espigas perfectamente bien formadas, que indudablemente dan la pauta de las condiciones de este trigo en años menos desfavorables que el pasado.

Como para las próximas siembras el precio de la semilla del Lin Calel será más equitativo, su difusión se realizará en mayores proporciones y así el agricultor podrá disponer de otro trigo para esas zonas.

Al dar término a esta colaboración, me encuentro que encierra un poco de todo, como en botica, y a pesar de ello la envío a LA NACION, pues esas pequeñas cosas del campo son precisamente las que presentan a menudo fases más interesantes para el comentario.

PEDRO
DEL
CARRIL

LECTURAS
INFANTILES

BRAVO! ¡Bravo! — exclamaron los niños abrazándose y dándose palmadas en la espalda.

En realidad estaban locos de alegría, pues su tío acababa de prometerles que los llevaría a hacer una excursión en plena selva virgen. ¡Qué maravilla! Andarían verdaderamente entre animales salvajes como lo habían hecho tantas veces en sueños creyendo que nunca llegaría a convertirse en realidad.

Eran dos hermanos varones de catorce y quince años de edad a quienes sus padres habían enviado a Sud Africa para las vacaciones, viviendo con su tío, célebre cazador.

—¡Estrenaré mi escopeta nueva! — gritaba Emilio —. Estoy seguro de no errar un solo tiro con ella.

—No seas botarate — respondió el otro algo ofendido de que el regalo hubiera sido para su hermano mayor—. Acuérdate que siempre he tenido mejor puntería.

—Así me gusta verlos, tan contentos—dijo entonces el tío, que se había acercado en ese momento—. ¡Están ya listos! Salimos inmediatamente. Tú caminarás al frente, ordenó a Raúl, y tu hermano, el de la escopeta, nos seguirá.

El itinerario resuelto empezaba con una hora de ferrocarril y después de abandonar a éste, atravesarían a pie un espeso monte para llegar luego al famoso río, punto final de la excursión donde contaban encontrar gran cantidad de cocodrilos.

Al poco rato de bajar del tren iban los tres excursionistas caminando, cuando el tío Juan dió un salto y tomando la escopeta que llevaba, gritó:

—¡Cuidado, chicos! ¡Vayanse atrás!

Emilio, posesionándose de su



papel de cazador, echó mano a su escopeta y pretendió hacer frente al enemigo, aun cuando ignoraba en absoluto de qué se trataba. Hasta se cruzó por su imaginación la idea rápida como un rayo de que su tío los estaba embromando.

—¡Atrás, he dicho! — repitió el hombre en un tono que no daba lugar a dudas. En efecto, frente a ellos se encontraba una víbora que al verlos se erguía provocante.

—¡Una cobra! — gritó el tío Juan —. Y parece de mal humor. Quédense atrás, pues no se puede jugar con estos bichos.

El terrible animal parecía extraordinariamente hermoso, pues todo su cuerpo brillaba al sol. Todo pasó de una manera tan rápida que los jóvenes creyeron que estaban soñando, pues se oyó una detonación y la víbora cayó muerta en el acto.

Emilio y su hermano se precipitaron para mirarla.

—Ahora sí pueden acercarse — dijo su tío —, pero no deben

tocarla. Estos terribles animales son peligrosos también después de muertos. Lo que es por mi parte les tengo más miedo que a los tigres.

Los dos hermanos miraban llenos de admiración al cazador, por quien profesaban gran cariño y respeto. ¿Qué dirían los amigos de Londres cuando les contarán lo que había pasado?

—Enrique es tan tonto, que seguramente no va a querer creerlo — pensó Raúl.

—¡Qué magnífico tiro! — exclamó Emilio —. Le pegó en el mismo medio de la cabeza!

—La costumbre, amigo mío—replicó modestamente el tío —. Para vivir continuamente en estos parajes es necesario aprender a tirar.

—¡Si llegaré algún día a tirar como Vd., tío! — añadió Emilio mirando pensativamente a su flamante escopeta.

Era un día radiante y la selva, no demasiado espesa, resultaba realmente hermosa.

—Parece un lugar ideal para almorzar — insinuó Raúl, que

EL CACHORRO DE TIGRE

comenzaba a sentir bastante apetito.

—No — replicó el tío Juan —. Tenemos que caminar un rato más hasta llegar a orillas del río. Pero sería bueno apurar el paso para que no se nos haga tarde. Yo caminaré adelante. Sigánnme, pero sin apartarse, pues en este lugar bien podríamos encontrarnos con un tigre. Además, es muy fácil perderse entre los árboles.

Durante un rato los dos muchachos siguieron a su tío, pero poco a poco se fueron quedando más atrás. Acostumbrado a esta clase de excursiones el cazador no sentía las asperezas del camino, pero a los dos jóvenes acostumbrados sólo a las carreteras de las cercanías de Londres la cosa les parecía más difícil. De repente Emilio se sentó en el suelo para quitar una espina de su bota.

—¡Mira qué tamaño de espina! — exclamó —. ¡Como para caminar con ella! Estoy tan cansado — confesó — que me gustaría sentarme aquí y no moverme nunca más.

—Levántate inmediatamente y vamos — respondió Raúl —. Nos vamos a perder y acuérdate que hay tigres.

Emilio se levantó de un salto al oír esto. En efecto, su tío estaba ya fuera de su vista y como no había sendero alguno era imposible saber qué dirección había tomado.

—No te digo. ¡Ya estamos perdidos — exclamó Raúl —. Y es por culpa tuya.

—No te enojés, chiquilín — dijo burlesco su hermano —. Recuerda que tengo una escopeta, ¡verdadera y cargada!

En ese preciso instante oyeron el ruido de unas ramas que se apartaban y frente a ellos vieron con espanto a una enorme tigre que llevaba en su boca un cachorro, al parecer recién nacido.

Durante unos instantes los dos hermanos permanecieron como petrificados por el terror. Raúl recordó las recomendaciones de su madre: "En cualquier momento de peligro acuérdate de rezar". Siempre inmóvil hizo una corta plegaria. Esta debió ser bien recibida en el cielo, pues un instante después oyó una detonación que provocó un salto de la fiera. Esta dejó caer al cachorro que llevaba en la boca y se preparó a saltar sobre los dos hermanos, cuando un segundo tiro la hizo caer al suelo donde se revolvió de dolor. Dos tiros más y la tigre quedaba muerta, tendida en el suelo.

—¡Oh, tío Juan! — exclamó Raúl —. Estaba cerca nuestro. Nosotros, que nos creíamos perdidos. ¡Qué bien la mató!

Emilio fué el que tiró primero — respondió este último, al aparecer con su simpática cara quemada por el sol —. Fué un buen tiro, hijo mío; pero recuerda esto: Siempre son necesarios varios tiros para matar una de estas fieras, y un tigre herido es un enemigo terrible. Vamos a mirar el cachorro.

Los dos hermanos se precipitaron sobre el pequeñísimo animalito que daba vueltas en el suelo gritando de terror. Era un cachorro de muy pocos días pero de buena clase. Es de suponer la alegría que tenían los jóvenes cazadores.

—Tío, ¡por favor! — imploró Raúl —. Deje que lo llevemos y lo tengamos en casa hasta que sea más grandecito.

El tío accedió al pedido en vista de que había quedado huerfano, y siguieron su viaje. Pero ya fuera porque éste no tuvo más perances o por la falta absoluta de cocodrilos, los jóvenes cazadores no se ocuparon ya de nada más que del cachorro.

UNA MAÑANA INUTIL

(Continuación de la pág. 7)

como si quisiera incrustarle las palabras en los ojos:

—¡Cuidado, eh! Ni una palabra, porque si no...

¡Oh, afuera, la noche! ¡Colgadas de la noche, mórbidas telas del reposo, que ningún viento de crimen puede agitar! ¡Qué bien se desliza por ellas la pasión, y cómo canta en el cojín del silencio nocturno el recuerdo de ojos dormidos! Y todavía quedan caminos para las pisadas que no dejan huellas. Pisadas sin ruido, que van junto a Carlos acompañándole el paso, y con ellas, ya más cerca, casi cierta, una presencia.

—Amo tu empeño de serme en vecindad cada vez más próxima—dice él, —pero comprendo que hayas podido perder la redondez de tu rostro de hoja y que tus curvas yerren en la noche de astros fríos; que aun no haya concluido el naufragio en que se hundió tu voz, y que las veletas busquen siempre tus gestos en el mundo del aire. Comprendo... Pero, no importa, sé siempre así, participe de mi trayectoria; alguna vez coincidiremos en una claridad que sepa conjugarnos. Tal vez yo mismo...

—¡Quién va!—grita una voz, y un hombre se hace a un lado, con la mano en la cintura.

—¿Eh? ¡Ah! Soy yo, Romero, no te asustes.

—¿Y con quién ibas hablando?

—¿Hablando? ¡Yo? ¡No, hombre, no; si no hablaba! Tal vez tarareaba alguna canción. Vos sabés que...

—Sí, sí, ya sé: tu cabeza...

—Peligra menos que la tuya.

—¡Oh, yo la tengo bien firme!

—Sí, pero la vida es como un pájaro, ¿sabés?, y pronto vuela.

Romero se le acerca y le taladra los ojos con una mirada violenta:

—¡Habla claro—le dice, sacudiéndolo—, ¿qué querés decir?

—Gabriel te espera para matarte. He estado recién con él y salí para prevenirte.

—¿Ah, sí? Si se creará el tano ese... ¿Qué te parece a vos, se animará?

—¿Qué sé yo? Es un tipo sombrío, capaz de cualquier cosa.

Gabriel ríe, y, con aire fanfarrón: —¡Bah!—dice—, a mí no me mata ningún botarate como ese.

Los dos hombres callan. En silencio, echan a andar, adivinando, en la sombra, el camino habitual. La noche

está lejana de estrellas, honda de silencio. Pasan junto al embarcadero de hacienda; los alcanza un acre olor de estiércol. Después, el aire fresco de la noche, que va pasando la mano por las cosas dormidas.

Carlos siente a su lado, sin disimulos posibles, la inquietud del hombre que marcha hacia donde quizá lo espera la muerte. Le parece percibir el latido del corazón valiente y abierto de Romero, como contándole los segundos a su propia vida.

Mientras caminan, Carlos piensa: Mañana será un nuevo día. "Un nuevo día para todos", dice la gente; pero no es así. Para algunos ya no será ese día, como si el tiempo se hubiera olvidado de ellos (el tiempo olvidado de ellos...). Para los muertos y para los recuerdos, el tiempo no pasa; los recuerdos son vida muerta. El tiempo, en realidad, sólo existe por nuestro devenir. "En la orillita del mar la vi llorando las otras tardes..." "Mi madre murió el 28 de octubre..." Para todo eso ya no pasa el tiempo. El tiempo de ese recuerdo y de esa interrupción de vida está inmovilizado en mí. Y yo voy bordeando la posibilidad de una presencia, con ese tiempo muerto asido al...

—Debe ser tarde—dice de pronto Romero—. Es tiempo de que nos acostemos. Mañana tengo que tomar servicio.

—Es tiempo... Mañana... — murmura Carlos.

—¿Qué decís?

—Nada. Mirá, es mejor que yo me adelante y entre primero, ¿sabés?, así Gabriel...

—Bueno, bueno, como quieras; andá no más—siente Romero con aire que quiere ser indiferente.

Carlos se adelanta a paso rápido. Otra vez el montón de hierros, el ojo encendido del semáforo atajando la muerte en el paso a nivel, y el eco resplandeciente del galpón de cinc. Su paso, el de Romero, también despertará ese eco, dentro de un momento, piensa Carlos, pero quizá por última vez. Tal vez mañana ya se le haya congelado el tiempo a Romero, en el corazón sin ritmo.

Ya ante la puerta del cuarto, siente Carlos un miedo atroz, que lo paraliza. Lo que está detrás de la puerta ya no es Gabriel, es la muerte, la extinguidora de días, la del silencio sin devenir, la que fija en el tiempo a los hombres, convertidos en recuerdo. Impulsado por el rumor de los pasos de Romero, que se acerca, Carlos empuja la puerta y entra. Gabriel duerme vestido. La mano del miedo se suaviza un poco en el corazón de Carlos.

Los dos hombres se acuestan. Ro-

mero en su cama, frente a Gabriel; Carlos en la pieza contigua.

Apagan las luces y Carlos siente que la noche se cierra sobre ellos, les penetra en el cuerpo con la respiración. Su pensamiento agranda el gesto entre las cosas, y el hombre siente a la tierra girando y deslizándose en su órbita, arrojada al espacio, con sus vidas, sus tristezas, sus crímenes, sus alegrías. El silencio reptante, cautelosamente, trepa por las cobijas y le zumba en los oídos, vampiro de los ecos. Agil y sinuoso como un reptil, huye de pronto, y llega la canción de la embriaguez enternecida de Pilón:

Deux canards deployaient ses ailes,
couac, couac, couac!

Carlos sonríe y recuerda la escena de esa tarde, frente al boliche. Por sobre el hombro de ese recuerdo mira, como si recién la viera, su vida en aquel pueblito de campaña, pobre, desesperanzado. Y entra con gesto indagador por todas sus sensaciones, asombrado al no saber, de pronto, por qué está allí, en ese pueblo todo orillas. En esta palabra se afianza su extraviado pensar: "En la orilla del mar la vi llorando..." Es cierto; es cierto. Hay una presencia que se promete a su alrededor. Pero, ¿cuándo? ¿Y si esta atmósfera de crimen la alejara? Perdido en ideas vagas, Carlos se adormece largo tiempo.

Lo despiertan, de madrugada, un rumor de lucha y voces ahogadas que llegan de la otra pieza. Salta de la cama y se queda inmóvil, helado, en la puerta de comunicación: Gabriel apuñalea a Romero en la cama. La defensa del hombre acostado y ya herido es débil e ineficaz. Cuando el herido cae sobre su cama, ahogado en sangre, Gabriel huye con el cuchillo en la mano.

Carlos aun permanece inmóvil. Romero lo mira y mueve los labios, sin pronunciar palabra. ¡Lo mira, cómo lo mira, desde el borde de su tiempo! Todos sus días mueren con su muerte, y la luz le arrebatada de la mirada las últimas cosas.

Cuando la cabeza de Romero cae pesadamente sobre la almohada, Carlos lanza un grito y sale corriendo.

De un salto cae en medio de la mañana, que extiende en el aire sus telas de claridad. Un viento de lavar las cosas trata inútilmente de borrarle de los ojos la horrible visión. Corre todavía, y da de bruces sobre alguien que duerme en el suelo.

—¡Pilón, Pilón!—grita Carlos sacudiéndolo—. Venga... La mañana en sangre... Gabriel ha matado a Romero—y sigue corriendo.

—¡Eh, bon Dieu! ¡Cómo, cómo! ¿Dónde?

—No sé, Pilón; pero venga, venga conmigo.

Y corren, estremecidos. Pero qué difícil es estremecerse en la mañana, piensa Carlos, en una mañana así, toda claridad, como para una fiesta, cuando todo, todo amanece, como en las ciudades, donde el sol enciende, alto, las ventanas.

En su carrera sin rumbo, los dos hombres han llegado al paso a nivel, en el momento en que llega un tren. Se detienen, temblorosos. Pasa el convoy, furgón, vagones, luego coches de pasajeros...

La mañana se alza sobre el tren, limpia el paisaje a su alrededor; el sol le deslumbra las ventanillas. De pronto Carlos se estremece violentamente: ¡Las ventanas iluminadas...! Al fin, la ciudad, y la mañana para ella, para ella que está allí, al fin, allí abajo, polvorienta la cabellera...

Carlos hace un violento movimiento hacia adelante, con las manos extendidas, pero Pilón lo sujeta fuertemente por un brazo, junto a las ruedas del tren.

—Eh, Carlitos, ¿qué hacés?

Con el impulso, ambos hombres han rodado por el suelo, tras el rechinar de hierros y el cortejo de polvo del último coche, tras el último paso de la muerte.

Carlos se pone violentamente de pie: —¿Qué pasa, Pilón?

—¿Qué sé yo! Saliste corriendo, me trajiste hasta aquí...

—Sí, sí, pero ¿y las ciudades, Pilón? ¿Y la mañana, esta mañana?

—¡Oh, bah, la mañana!...

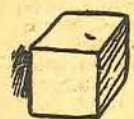
—Sí, la mañana, la claridad que yo buscaba... ¿Para qué, para qué era, Pilón?...

—No sé, Carlitos, tendrás que buscar algo...

Carlos mira alrededor suyo, y, sin decir nada, echa a andar de nuevo hacia la estación. Nota recién que está en ropas de dormir. Se siente vacío y extraño. Ni mira a la gente que rodea al asesino, ni oye sus comentarios y sus gritos de indignación. ¿Para qué, piensa, para qué quería esa mañana, toda esa claridad que de pronto le inundó el pecho? Ah, si la muerte no se hubiera cruzado dos veces en su camino en esa mañana, quizá... Quizá su tiempo hubiera tenido un glorioso florecer, lejos, muy lejos de este pueblucho todo orillas, agarrado a la tierra. Quizá, sí; pero, ahora... ¿Eh, Pilón? ¿Qué inútil es ahora la mañana, qué inútil!... Ya la inquietud ha muerto; ahora la claridad no hace sino agrandar el vacío, ahuecarlo más.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

Un terrón de azúcar que arde



Para ejecutar esta prueba se requiere un terrón de azúcar cualquiera. Al acercarle un fósforo, el terrón de azúcar ardiera.

Si otros se empeñan en hacerlo no lo conseguirán.



El secreto consiste en sumergir previamente el terrón dentro de las cenizas de un cigarro. Esto bastará para que arda.

APROVECHANDO LA OCASION

LALITO entró precipitadamente, a media noche, al cuarto de sus padres, creyendo que había ladrones en la casa.

—¡Ladrones! ¡Papá! — exclamó el niño.
Se pusieron a escuchar. Entonces el padre respondió:
—¡Silencio! ¡Tal vez ellos puedan abrir la puerta que está cerrada desde que estuvieron los pintores!

UN CAPITULO FRIVOLO

(Continuación de la pág. 3)

y sin belleza moral ninguna. Esto justifica sin reservas el movimiento hacia la izquierda. Igualmente el caso de una mujer delicada, tierna, amorosa, que muere por un hombre adocenado y vulgar, reafirma la hipótesis. Esas antipatías y repulsiones instantáneas, ilógicas, que tan frecuentemente nos invaden, constituyen, sin duda alguna, el movimiento en espiral hacia la derecha...

—Es desconsolador—añadió la señora Arlette—, se ve una reducida a la categoría de un fantoche que no sabe lo que quiere, que no tiene la libre facultad del discernimiento...

—¡Ah, claro!—repuse—que no negaré que este concepto simplista reduce a un esqueleto fenómeno fisiológico el tópico más discutido y examinado por la moderna psicología. Ya nos dio Schopenhauer con su definición del genio de la especie una interpretación luminosa del sentimiento amoroso, pero sucede que, comprobando en la vida las premisas del filósofo pesimista, vemos que su teoría no tiene esa unidad categórica que aparenta. Al lado de esos datos abrigados por un barniz científico debiera colocarse la parte intuitiva, pasional. Claro que esto habría que hacerlo con Stendhal y Balzac en manos...

—¿Con Balzac? — interrumpió la francesa —. Con ese neurópata literario...

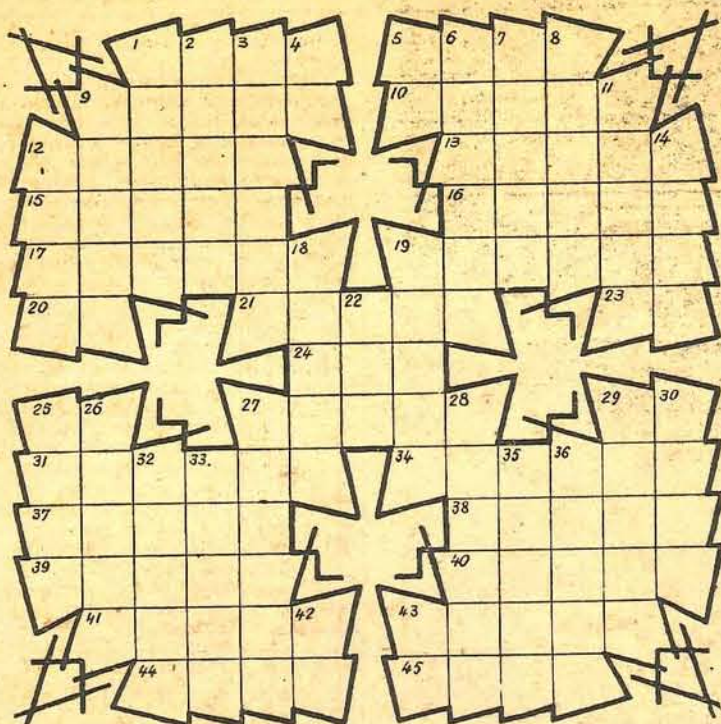
—Naturalmente, con Balzac, que era un señor del amor "in extenso". Estos dos espíritus han clarificado en parte el misterio. Balzac con una cadena ideológica un poco pesada; Stendhal con desenvoltura, con agilidad y con una fuerza de intuición extraordinaria. Para él el amor equivale a un estado alucinatorio, a una fiesta de los sentidos, realzada por el bulleto espejismo de la imaginación. Recordemos, amigas mías, su célebre hallazgo comparativo...

—¿Cuál? — inquirió la hermosa española —. Mi memoria es infame.

—Pues el de la ramita escueta, desmenuada de hojas, de las profundidades de las minas de sal de Salzburgo y sacada después toda cubierta de brillantes cristalizaciones... Así, el sentimiento primitivo, descarnado, se trueca por obra y gracia de la imaginación en uno más completo, más armónico, añadiéndole facetas y fulgores desconocidos...

—¿Cuánta literatura! — interrumpió la española —. Creo que el amor es más sencillo, de origen más ingenuo.
—En usted puede que sí—respondí—, eso varía; el temperamento lo es todo.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Abertura ancha y despejada entre dos montañas.
5. Cualquier mineral terroso que tiene color amarillo.
9. Arrojad, lanzad en dirección determinada.
10. De corta extensión o duración.

Verticales

12. Tortuga de mar, cuya materia córnea es muy apreciada.
13. Publicó por medio de la imprenta una obra.
15. Extingue el fuego o la luz.
16. Reunión donde se discuten públicamente asuntos políticos o sociales.
17. Diversión bulliciosa de gente ordinaria.
19. Polonesa.

20. Sufijo aumentativo.
21. Nombre de varón.
23. Unidad de moneda, peso y medida de los antiguos romanos.
24. Nombre de la vigésima primera letra del alfabeto griego.
25. Contracción.
27. Agua convertida en cuerpo sólido y cristalino por un descenso suficiente de temperatura.
29. Artículo.
31. Ciudad de Mesopotamia, a orillas del Tigris, que desde el siglo XIII al XV fue capital de un importante califato.
34. Resalto que como refuerzo o como adorno, suele haber en algunos edificios.
37. Pequeña población de beduinos, formada de tiendas, chozas o cabañas.
38. Nombre de la última letra del alfabeto griego.
39. Feliz o bienaventurado.
40. Escorzar que resulta en el paladar por haber comido alguna cosa picante.
41. Pone una cosa contra otra para estorbarle o impedirle su efecto.
43. Repuesto o prevención que se tiene de una cosa.
44. Atrévase.
45. Impresión que los efluvios de los cuerpos producen en el olfato.

6. Tartrato ácido de potasa; que se halla en la uva, el tamarindo y otros frutos.
7. Aparisco circuido con un vallado de estaca.
8. Aparta algún daño, peligro o molestia; precave, impide que suceda.
9. Encubren, disimulan, ocultan o callan un defecto.
11. Parte de la filosofía que trata de la moral y de las obligaciones del hombre.
12. Pestaña que forma el encuadernador en el lomo de un libro sobre las primeras y últimas hojas, para que quiepan cómodamente los cartones que han de cubrirlos al encuadernarlo.
14. Indios sudamericanos.
18. Culebra venenosa, pequeña, muy conocida en la antigüedad.
19. Vasiija grande de metal, redonda y poco profunda.
22. Nombre de una consonante.
25. Marinero turco libre que se empleaba en las galeras a falta de forzados.
26. Inclino y tuerzo una cosa hacia un lado.
27. Lerda, perezosa, holgazana.
28. Cosa de poco valor y mucha apariencia.
29. Especie de azadón, de diversas formas.
30. Casualidad, caso fortuito.
32. Animoso, bizarro y resuelto; que desprecia los peligros y los acomete.
33. Antecedentes necesarios para llegar al conocimiento exacto de una cosa.
35. Ejecutó una cosa a ejemplo de otra.
36. Menear y mover un líquido de una parte a otra, para que se mezcle o incorpore.
42. Indica lugar, tiempo o modo.
43. Repetida, empléase para arrullar a los niños.

—¿Cómo?... ¿Y lo de las fibras cerebrales?

Me eché a reír. La francesa me lanzó una mirada brillante, ansiosa.

—Es usted literato... y, además, charlatán.

Asentí cortésmente. Eran dos elogios.

—Señora—añadió—, no he visto jamás hablar a un ladrillo...

Reímos todos. Volvimos a llenar los pocillos del café.

Más allá del barandado se veía el lago, quieto, tranquilo, reflejando como un cristal el cielo azul y las nubes blancas... Un cisne lo cruzaba ceremonioso, el cuello erguido, su plumaje níveo. A ratos batía las alas, rompiendo la superficie quieta del agua.

—Vean ustedes qué paisaje tan bonito y a la vez tan insulso, tan frío. Recuerda esos cromos de comedor que se ven en la fonda de los pueblos. Sin embargo, la reproducción fotográfica de este lago que he visto en un prospecto de turismo me ha traído aquí.

—Coincide usted con mi marido—agregó la señora Arlette—. Nosotros hemos venido por igual motivo.

Sonrei, mascullando una impertinencia.

—¡Ah, es lógico que nos embaque una tricomía chillona, una estampa iluminada cualquiera! Nuestra pobre vida está ansiosa de perspectivas. Seguimos siempre a quien nos promete una nueva.

Un momento después mis amigas se despidieron.

—¿Subirán ustedes esta noche?—pregunté al despedirlas.

Dijeron que sí y se marcharon.

Después de cenar, cuando llegué a la terraza a fumar mi cigarro, encontré en ella a Consuelo y a Arlette.

A poco llegó el señor Gastón. Se sentó junto a su mujer, sacó de uno de los bolsillos un paquetito de polvos Garsfield, los vació sobre la lengua y apuró un sorbo de agua. Nos dijo que hacía diez años que tomaba ese medicamento, que consideraba de efectos extraordinarios. Yo hice en seguida el elogio de la aspirina y me explayé en una larga divagación sobre farmacopea. ¡Qué gesto de fastidio se dibujó entonces sobre el rostro de la española!

Por suerte, el señor Gastón se retiró. Tenía concertada una partida de billar a las diez y eran ya las diez menos cinco minutos.

—Llegaré a la hora justa—dijo con ese aire engreído de los hombres puntuales.

Cuando se hubo marchado, yo me atreví a comentar esa idiota manía de la puntualidad.

—Hay hombres—dije—que no tienen otro mérito que el de ser puntua-

les. Creen que eso indica algo. Llegan a una cita a la hora en punto y al llegar advierten que se han dejado las ideas en casa.

—¿Qué ocurrencias tiene usted!—exclamó Arlette—, perc debe confesar que mi marido le está brindando temas para sus chistes.

—No son chistes—balbucí—, meras observaciones, como dicen los periodistas...

La francesa no respondió. Vi sus ojos llameantes, tocados por la ira, y traté de levantar el tono de la charla.

Consuelo, con innata sagacidad, comprendió mi esfuerzo y me auxilió con una pregunta inofensiva y trivial.

La orquesta del hotel hizo oír el trozo del sueño de la "Manón", de Massenet.

La noche estaba tranquila, sin viento. De pronto, de entre unos nubarrones, salió la luna en cuarto creciente y comenzó a brillar en las aguas del lago.

Iba llenándose de gente la terraza. Se oía en las mesas vecinas hablar en francés y en alemán.

Yo quedé un momento ensimismado, mirando a Consuelo, que paseaba su mirada por la terraza y la detenía después a lo lejos, prendida en el encanto de las montañas oscuras que rodeaban el lago.

¡Qué bonita, qué atrayente estaba esa noche! Sin duda, la belleza de la mujer sufre una serie de transformaciones instantáneas. Una mujer bonita no es igualmente bella a una hora que a otra. Tiene momentos, relámpagos que la afean o la favorecen. Aquella noche la espléndida española se hallaba en la plenitud de su atracción.

Rápidamente pensé que debía partir de Bregenz al día siguiente. El tren, a ochenta kilómetros, me llevaría muy lejos; no volvería jamás en mi vida a la terraza de ese hotel, al margen de ese lago... Pensé también (¿quién pone riendas a la fantasía?) en un pasaje de "Le Rouge et le Noir"... Julián Sorel en casa de la señora Renal, bajo el tilo, delante de la señora Derville...

Miré mi reloj. Eran las doce.

—A las doce y diez minutos—pensé—invitaré a Consuelo a pasear por la margen del lago, bajo los árboles... A las doce y media conoceré el sabor de sus labios.

Sostuve energicamente mi decisión. A las doce y diez minutos, como buen "stendhaliano", formulé mi pedido.

—Entonces—exclamó Arlette—yo estoy de sobra...

Musité una disculpa fútil, forzada.

—Señora...

Arlette se puso de pie, saludó con un leve movimiento de cabeza y se marchó.

—Se ha enfadado—exclamó Consuelo—; usted tiene la culpa.

—No importa.

Hizo ella un ligero mohín lleno de gracia, yo la tomé del brazo y bajamos las escaleras...

Fué espléndido, silencioso, lleno de ternura aquel paseo junto al lago de aguas dormidas, por una alameda flanqueada de árboles en flor...

Las estrellas eran puntos de plata trémulos y brillantes, reflejados fantásticamente; entre las sombras se veían, a intervalos, los destellos de oro de las luciérnagas.

Ella habló, habló de sus sueños, de sus correrías por el mundo, de esa agriñolencia melancólica que dejan los viajes; habló también de sus amores...

—Siempre—afirmó con cierto dejo de tristeza—terminaron mal... en la indiferencia, en nada.

—Es inevitable; las pasiones grandes y las pasiones chicas terminan así, Consuelo.

—Entonces... cenizas, humo...

—¿Y qué más?... Eternizar el amor es una verdadera estupidez; además, un imposible. Dejemos que él llegue a nosotros una vez o mil veces y sepamos recibirle. En medio de esta vida llena de imitaciones, de miserias, de absurdos, de petulancias, amar es algo casi religioso...

Nos sentamos en un banco rústico, de espaldas a una gruta.

Las manos de mi amiga, unas manos pequeñas, nerviosas, temblaban entre mis manos.

—Esto mismo—añadió—no durará más que un instante... ¿no es cierto? (Aludía a nuestra entrevista, quizá a un anhelo de porvenir).

—Durará "ahora"—repuse con firmeza—¿y acaso no basta?

Ella cerró los ojos y quedó así, reecogida en sí misma, un poco temblorosa...

(Yo viví con secreta delectación el capítulo de mi novela y lo viví hasta el final...)

Al día siguiente parti de Bregenz, a ochenta kilómetros por hora, como lo presumía.

Llevaba vivo, cálido, el recuerdo de mi amiga y ella llevará el mío quizá por más tiempo, también vivo y cálido...

El amor acompaña.

Yo lo sentía a mi lado, celoso, tierno, huraño. A ratos, mientras el tren corría entre rocas grises y blancas y matorrales negros, asomaba la cabeza por la ventanilla.

La luna hacía de vez en cuando su aparición en el cielo y entonces todo el paisaje cobraba un cierto aire misterioso, espectral...

(Así es de espectral y misteriosa nuestra endeble vida, que se nutre de fantasías, de ensueños y de burlas...).

BETTY

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

por C.A.Voight

EL CUENTO DEL VALET

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).



**Muchas personas
nos preguntan**

¿Qué es el Te del Hogar?



Sueño reparador

Si toma antes de acostarse una taza de Te del Hogar dormirá plácida y tranquilamente; se despertará despejado y con un agradabilísimo sabor en la boca.



Por el buen camino

En todo el mundo se abandona cada vez más la mala costumbre de tomar café después de las comidas. La experiencia demuestra que nuestros antepasados tenían razón cuando terminaban sus comidas con una infusión de plantas y flores aromáticas, grandes entonadoras del estómago.

Contestamos:

El TE del HOGAR es la bebida racional e higiénica que todos, hombres y mujeres, grandes y chicos, deben tomar a diario, después de las comidas, para mantenerse en plena y equilibrada salud.

Tan feliz resultado se debe a las flores y plantas aromáticas que fundamentan la excelencia del TE del HOGAR con sus virtudes, tradicionalmente consagradas: *estomáticas*, por la menta, cedrón, manzanilla y anís; *diuréticas*, por la cola de caballo, estigmas de maíz, ulmaria; *antinerviosas*, por el tilo, violeta, flor de azahar.

Estas flores y plantas, cuidadosamente seleccionadas en los países de origen, forman un armonioso conjunto, indicadísimo para asegurar, a quienes las tomen a diario, en lugar de café y te común

Digestiones Felices Nervios en Calma Sueño Reparador

Las personas que toman TE del HOGAR notan complacidas, a los pocos días, una agradable sensación de bienestar y equilibrio orgánico que les hace amable la vida.

El TE del HOGAR se vende en toda la República a \$ 1.80 el tarro para 70 tazas. Poco más de dos centavos por taza.

Dep. Gral. para la República Argentina:
Lab. Salud - Sáenz Peña 1614 - Bs. Aires

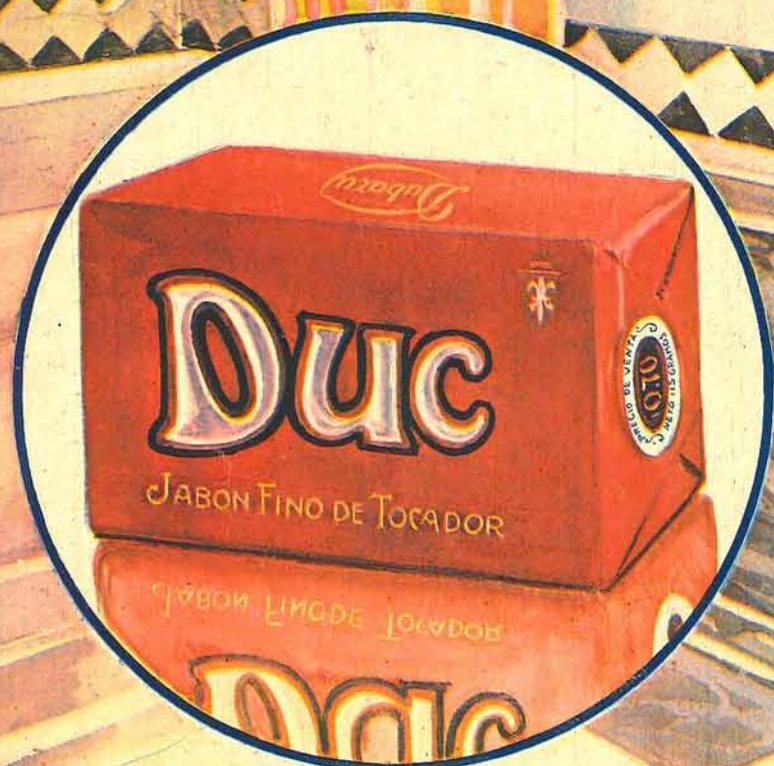
Eso es el Te del Hogar

La bebida higiénica y saludable para después de las comidas

En la casa donde entra el Te del Hogar, desaparecen el te y el café comunes — tan perjudiciales — con gran satisfacción de todos y con ventaja para la salud de todos.
Se prepara como el te común.
Una cucharadita para cada taza.

*Mejor que el te y café comunes,
mucho más rico y más barato*

Sarpullidos



70 centavos la pastilla de 115 gramos.



Mientras el niño ríe al verse enjabonado, el DUC sana y tonifica su delicada piel.

Las personas que tienen la piel delicada o enferma, deben usar el DUC

en la forma siguiente:

Frotar el DUC suavemente y con poca agua sobre la parte afectada (sarpullidos, etc. etc.).

En esta forma el DUC produce una crema mantecosa que se debe dejar un rato, sobre la piel, para que penetre bien en los poros.

Luego, con más agua provocar la espuma hasta dejar la epidermis bien limpia.

Este tratamiento puede repetirse dos veces al día. En millares de hogares aprecian diariamente las cualidades benéficas del DUC, cuya eficacia se debe a que su pasta neutra y pura contiene la

“Fórmula al BENJUI de Dubarry”
que rejuvenece el cutis.

Perfumeria
Dubarry
FUNDADA EN 1903

Si compra 3 pastillas le regalarán un precioso cuadro de 50 x 70.